

AUTORA FINALISTA DEL 2º CONCURSO INDIE DE AMAZON

KRISTEL RALSTON

A man with a beard and short hair, wearing a grey suit, white shirt, and dark tie, stands with his arms crossed, looking out a window. The background is a warm, dimly lit room with a framed picture on the wall.

UN HOMBRE
DE *Familia*

Un hombre de familia

Kristel Ralston

©Kristel Ralston 2018
Un hombre de familia.
Todos los derechos reservados.
SafeCreative. Código de registro: 1808118029444

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: Karolina García ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

“Hay dos formas de ver la vida: una es creer que no existen milagros, la otra es creer que todo es un milagro.”

-Albert Einstein

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Tracy caminó con decisión por las calles del distrito financiero de Toronto. Ese día era muy importante y necesitaba mantener una actitud optimista. A pesar de que solía disfrutar manejando, aquel día no era adecuado para correr el riesgo de verse inmersa en un atasco vehicular. Así que pidió un taxi y este la había dejado a solo dos calles del inmenso edificio de oficinas en el que iba a tener su entrevista de trabajo.

Estaba emocionada como hacía mucho tiempo no le sucedía, en especial con algo relacionado a su carrera. Al menos, no, desde que supo que Adrian, su exnovio, la traicionó robándole su arraigada convicción de que todavía existían personas por las que valía la pena arriesgarse a amar. ¿Quién hubiera podido saber que, mientras ella viajaba por negocios a Nueva York, Washington D.C., y Filadelfia, Adrian buscaba el modo de hacerse con el control de la compañía?

Tracy echaba de menos la cotidianidad de su vida en Boston, y también los recuerdos de su paso por Nueva York. Esta última era una ciudad en la que había vivido tan solo un par de semanas en el intento no solo de encontrar nuevos clientes, sino también de descubrir si la fantasía —que tantas veces había visto en las películas— sobre la ciudad era fidedigna. ¿Su veredicto? Nueva York era encantadora, sí, pero también tenía lados trágicos y oscuros. Y quizá ese era el atractivo de una urbe que parecía identificarse más con las diferencias que con la homogeneidad que la sociedad pretendía mantener a toda costa.

A ella le gustó la sensación de libertad y expansión que había sentido en cada uno de sus viajes a Nueva York. Una de las ventajas de su estancia en esa ciudad había sido tener casi todo al alcance de sus requerimientos a cualquier

hora del día; desde el más ridículo antojo gastronómico, hasta la simple maravilla de estar resguardada bajo los frondosos árboles del Central Park. El emblemático parque le había ofrecido el amparo de una burbuja de confort que ahuyentaba el ruido de los cláxones, el humo de los automóviles, los gritos de la gente, el ir y venir, la hora punta y el estrés cuando ella había buscado un poco de tranquilidad.

Sí, echaba de menos Nueva York, también otras ciudades, aunque no tanto como su natal Boston, en donde se había criado y fundado su compañía junto a Adrian Haunier. HaGo, denominada así porque era la combinación de las iniciales de sus apellidos paternos. Había sido la apuesta perfecta a juicio de Tracy, hasta que el demonio mostró sus sombras escondidas tras la apariencia de ángel.

Habían pasado muchos meses desde aquellos tiempos... Tracy se había mudado a Toronto, y había encontrado en Toronto una metrópolis más amigable y que además le ofreció la oportunidad de tener ilusiones otra vez.

Se había quemado las pestañas estudiando Publicidad, y no pensaba desistir hasta conseguir el trabajo que le permitiera reinventarse profesionalmente. Tenía la mirada en un objetivo: S.W. Group, una corporación elegida en varias ocasiones como uno de los mejores lugares para trabajar en Canadá. Las vacantes en el equipo de ejecutivos de cuentas y creativos eran muy escasas, así que Tracy decidió aplicar a la primera oportunidad profesional que se abrió: asistente personal. No importaba el cargo, sino el hecho de poder abrirse camino en la compañía. Estar dentro. Ese era el objetivo principal, y ya después iría encontrando alternativas laborales internamente.

Quizá Tracy no empezaría en un puesto como creativa para una cuenta grande e importante —como todas las que tenía S.W. Group—, pero podría asimilarlo todo sobre el funcionamiento corporativo. Ya había pasado las

primeras tres rondas de entrevistas, dos largos meses de proceso, porque no se trataba de cualquier tipo de asistente personal. La plaza de trabajo era para colaborar directamente con el esquivo CEO y presidente, Sean Winthrop.

Ella tenía gran optimismo sobre su entrevista de ese día, porque estaba segura de que esta experiencia le abriría puertas inimaginables en su campo profesional. Estaba decidida a demostrar que no solo podía ser organizada y ágil como asistente personal de un hombre de la talla de Winthrop —no es que le gustara particularmente la idea de trabajar en algo a nivel administrativo—, sino que también quería dejar entrever que conocía cómo funcionaba el concepto de una compañía publicitaria a gran y pequeña escala. Ella era la mejor para el puesto.

A sus veintisiete años de edad ya contaba con seis en experiencia profesional, entre pasantías laborales mientras estudiaba la universidad y después cuando intentó consolidar su propia mini empresa, HaGo, en Houston. Su pequeña empresa no falló, claro que no. Terca como una mula y persistente a morir, aunque quizá no tan lista cuando de hombres se trataba, luchó cada día por su sueño. Fue precisamente esa candidez, en lo referente a las verdaderas intenciones de otros, lo que la llevó a perder su compañía.

HaGo estaba ahora en manos de Adrian bajo el nombre de Haunier Corporation. El cretino le robó un sueño por el que Tracy había trabajado arduamente. Y esto último la había lastimado más... La magia profesional, la forma de fusionar sus mentes para crear temas magníficos y el modo de trabajar tan eficiente, no era algo que se encontrase con frecuencia, y quizá eso era lo que en realidad echaba en falta. Podía afirmar que no amó a su cretino exnovio, sino que se enamoró de la idea de lo que juntos representaban. El recuento de lo que en realidad echaba en falta de HaGo, y de su relación pasada, era el más claro ejemplo.

Tracy cometió la gran equivocación de tener nublado el cerebro con

corazoncitos estúpidos hasta el punto de no ser capaz de pensar con claridad y no darse cuenta de que su ex estaba empezando a desmantelar la empresa poco a poco para llevarse a los clientes a otra compañía creada exclusivamente por él. Ella le había permitido hacerla sentir débil y necesitada de su aprobación. La debilidad era un lujo que ningún ser humano, que quisiera triunfar en la jungla laboral, podía permitirse.

Adrian Haunier se había encargado de destrozarla emocionalmente antes de largarse con todo: su compañía y su reputación profesional. La había desacreditado con sutil efectividad, a sus espaldas y con sutileza, ante los clientes para que abandonaran HaGo y prefiriesen la nueva compañía que él había fundado con toda la infraestructura conceptual, desarrollo comercial y estrategia de mercado.

A pesar del tiempo transcurrido desde su decepción profesional y emocional, Adrian continuaba causándole daño a la distancia. Esa mañana, Tracy había visto en el periódico que Haunier Corporation —surgida del robo y desmantelamiento de HaGo— iba a salir a cotizar en Wall Street con una perspectiva de ganar millones de dólares. Unos millones que deberían ser compartidos con ella. Ella había dejado todo el manejo legal de HaGo a Adrian, porque confiaba en él. «Si hubiera sabido...».

Suspiró al contemplar el edificio de S.W. Group.

Las posibilidades de reivindicar su valía profesional —que tanto necesitaba su ego— estaban en el interior de esa infraestructura moderna. Con una sonrisa miró hacia arriba desde la acera. El cielo azul canadiense estaba despejado.

Con cautela se quitó los audífonos y los guardó en el bolso de Louis Vuitton, un préstamo especial de Becky Johns, su amiga corredora de bienes raíces que le había dado la idea de mudarse a Canadá. Becky le estaba rentando una casa increíble por un precio de bagatela en el barrio de

Lawrence Park.

Se animó con un pensamiento positivo. La ley de la atracción iba a ser su nuevo mantra para empezar ese nuevo periodo de prosperidad que necesitaba. Un año atrás su vida había sido un caos. Canadá le estaba dando la oportunidad de cambiar eso.

«Muy bien, Tracy. ¡Tú puedes!»

Dio un paso, y lo siguiente que sintió fue el calor de un líquido vertiéndose sobre la blusa celeste de seda. Su blusa de la buena suerte. Horrorizada levantó el rostro, y dejó caer el bolso sobre la acera.

—Oh, Dios, lo lamento muchísimo —dijo el desconocido—. Debí darme cuenta por dónde andaba.

—La has hecho buena, papá —agregó una voz infantil—. Cuando le cuente a mamá se va a enfadar porque llegaremos tarde con su tarta de frambuesa.

Tracy no podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos, y tampoco al ardor que le acababa de dejar el líquido caliente sobre la piel. Podía empezar a dar saltitos desesperados y quitarse la blusa en media acera pública de Toronto, pero valoraba su estatus de residente y no le gustaba ser el centro de atención. Poco a poco iría bajando la ligera quemazón.

Por ahora solo se enfocó en el hecho de que un hombre guapísimo se encontraba muy diligentemente limpiándole el chocolate de la pechera de la blusa con un pañuelo, y junto a él, su versión miniatura lo miraba con desaprobación por ser tan despistado. «Un hombre que tenía demasiado estrés encima como para no fijarse por dónde pisaba», pensó Tracy.

A ella no debería sorprenderle ver tipos guapos, aunque parecía que en la nación de Justin Trudeau los hacían para todos los gustos y en diversos moldes. Al menos eran moldes bastante ajustados a los de su fantasiosa imaginación.

—Mi esposa está esperando gemelos —dijo el desconocido empezando una explicación—. Con mi hijo íbamos a comprarle uno de esos antojos propios de las embarazadas —continuó tratando de quitar la mancha— ya sabe...

Tracy carraspeó.

—Déjeme, por favor, ya me las arreglo sola —murmuró apartando la mano que la tocaba, sin intención de incomodarla. Se agachó a recoger su bolso del suelo—. Yo... —tenía los zapatos de tacón también manchados— tengo una entrevista de... ¡Oh, no! —miró el reloj—. Voy a llegar tarde si no me doy prisa. Y estoy hecha un desastre...

—¡Espere! Le debo...

—No se preocupe. Que sean unos bebés sanos los suyos, y más le vale ir a comprarle esa tarta a su esposa. —Miró al niño—: Adiós, a ti también.

Sin darle al hombre la oportunidad de hablar o decir algo adicional, Tracy corrió hacia la entrada del edificio. Le quedaban ocho minutos, exactos, para llegar a su cita. Si el universo le sonreía, y no echándole chocolate caliente en su blusa favorita cortesía de un extraño, quizá ella alcanzaría un elevador vacío y podría ir después a un aseo para tratar de limpiarse los zapatos de tacón y la mancha de su ropa.

La blusa estaba echada a perder; ni modo. Tendría que ajustarse la chaqueta de tal forma que no se notara la terrible mancha. «Vaya comienzo.»

Tracy suspiró cuando el elevador empezó su viaje hacia el piso dieciséis con destino a las oficinas centrales de S.W. Group. Trabajar era, para Tracy, una necesidad de tipo emocional mas no económica. Ell no corría el riesgo de quedarse en la calle; no era millonaria, ni de cerca, pero sus padres le habían dejado al morir una considerable herencia. Gran parte de ese fondo heredado

lo había invertido en HaGo. Otra pérdida que agregar a su debacle con todo lo que llevaba el apellido Haunier.

En esos doce meses que llevaba en Canadá, Tracy tuvo un par de empleos ocasionales. Bien remunerados, aunque aburridos. La mayoría fue contratos por internet y una que otra pequeña asesoría de forma presencial gracias a las recomendaciones que hizo Becky a sus influyentes amigos. Toronto no era una ciudad barata en cuanto a costo de vida, así que Tracy era muy cuidadosa con la forma en que invertía su dinero, en especial porque todavía le quedaban varias décadas de vida por delante y quería usar el resto de su herencia con inteligencia.

Apenas salió del elevador puso una sonrisa en el rostro, aunque estaba no solo nerviosa, sino preocupada por el accidente de hacía solo unos minutos en la acera.

—Buenos días —dijo, casi sin aliento, cuando estuvo en el escritorio de la recepción del piso de presidencia, le sonrió a la mujer—. Soy Tracy Goldstein. Tengo una entrevista para el puesto de asistente personal.

La recepcionista sonrió antes de comprobar los datos. Una vez que estuvo segura de que la información de la persona que acababa de llegar concordaba con los que tenía registrado, regresó su atención a la joven.

—Señorita Goldstein, bienvenida. Su reunión está agendada. Usted está postulándose para reemplazar a Amanda Willows. —Tracy asintió. Le parecía curioso que hubiese una recepción tan solo para el presidente de la compañía, y que adicional a eso, hubiera una asistente personal. Lo más común era que una asistente hiciera las veces de recepcionista del CEO de la compañía, pero, ¿quién era Tracy para juzgar los negocios de otros? —. El señor Winthrop ha tenido un retraso esta mañana. Me pidió que le extendiera sus disculpas. —«Eso le daba un margen de tiempo para intentar usar el aseo de damas», pensó Tracy—. No es algo habitual en él retrasarse —continuó la señora—,

¿podría esperarlo media hora? Salvo que tuviese usted otra reunión ya planificada en otro lugar, entonces, dada esta inesperada situación, podríamos cambiar la fecha sin ningún problema.

¡Claro que podía esperarlo! ¿Cambiar la fecha? Ni loca. En más tiempo, ¿quién sabría qué podría ocurrir? Ella esperaría un día entero, no le importaba, porque Sean Winthrop tenía en sus manos la posibilidad de abrirle un nuevo abanico de oportunidades profesionales.

—Oh, no pasa nada —dijo Tracy con alivio. Se señaló a sí misma—: Tuve un accidente esta mañana, ¿ve esta mancha tan fea? Ocurrió hace unos minutos casualmente —sonrió— y créame que nada me iría mejor que usar el aseo de damas para estar un poco más presentable. ¿Me indica en dónde está?

—Al final del pasillo, a la izquierda. —Comprobó algo en la pantalla del ordenador y miró a Tracy—: En treinta minutos, señorita Goldstein.

Tracy asintió, aliviada.

—Por supuesto.

—Si desea alguna bebida puede ir a la cafetería abierta y gratuita que utilizan los empleados. Está frente a las oficinas de los directores de cuentas, y los creativos de la compañía. Dos oficinas más adelante está el equipo del área administrativa.

—Muchas gracias. —Le gustaba ese rasgo de los canadienses: amables ante todo y solícitos con otros. O quizá era que, durante todo ese año viviendo en el país, había tenido buenas experiencias.

—De nada.

Tracy caminó por los alrededores y miró de reojo las oficinas cubiertas por vidrio transparente. No veía la hora de estar sentada entre esos profesionales que compartían la misma pasión que ella. Nada era tan importante como labrarse un nombre en los círculos de Toronto, no por vanidad, sino porque necesitaba recuperar su prestigio profesional.

Notó que varios ejecutivos estaban reunidos discutiendo algo, y otro grupo estaba concentrado en sus ordenadores. El espacio se veía dinámico, moderno, y cómodo. Había una zona de videojuegos, otra con pufs y una mesa de centro con juegos de mesa, también una pequeña mesa de pool. Tracy imaginaba que manejaban un concepto similar al de las empresas de Google. El espacio estaba diseñado para propiciar un ambiente distendido, en especial para el grupo de empleados que manejaban los aspectos creativos.

Cuando llegó hasta la zona de la cafetería, contuvo las ganas de ponerse a dar brinquitos de alegría. El aroma a café se filtró de inmediato por sus fosas nasales, y ella lo aspiró con gusto. Había una estantería llena de diferentes tipos de café, distintas clases de azúcar; también una variedad de galletas y chocolates.

Los asientos de la cafetería estaban dispersos y organizados en grupos de tres, dos y seis. Todo estaba impoluto, y las conexiones para diferentes puertos de dispositivos no faltaban alrededor.

—¿Buscas a alguien?

Ella se giró. Un tipo alto de aspecto de tener pocas pulgas, la observaba, café humeante en mano. Tenía los ojos de un celeste muy claro. El cabello negrísimo.

—Oh... Errr... Iba al aseo...—sonrió.

—Es por ese lado —señaló con un gesto de la cabeza—, aunque puedes aprovechar para tomar un café o alguna cosilla de las que ofrecen a diario aquí.

—Gracias...

—Soy Thomas —dijo— ¿ya sabes qué equipo vas a elegir?

—No sé a qué te refieres.

—¿No estás aplicando para la vacante de hoy?

—Yo no sabía que existía otra vacante.

Thomas asintió.

—Ayer abandonó el cargo Eve Neville. Manejaba cuentas pequeñas, ya sabes, temas de papelería o útiles escolares —se encogió de hombros—, pensé que eras su reemplazo.

—No, en absoluto. Estoy aplicando para el cargo de asistente personal del señor Winthrop. —«Y no creo que la industria escolar sea “pequeña”». Se guardó ese pensamiento.

Thomas soltó una carcajada que la sorprendió.

—¿Qué? —preguntó.

El hombre era bastante extraño. No le sorprendía a Tracy, porque conocía que el área creativa —en cualquier abanico profesional— era peculiar e imaginaba que Thomas pertenecía a ese grupo de trabajo.

—Aquí no somos tan formales. Aunque Sean suele ser un poco hosco a veces, en general es un buen tipo y un jefe justo, así que no tengas temor de decir exactamente lo que piensas.

Ella sonrió con cautela.

—Es bueno saberlo... Ahora —se aclaró la garganta— tengo que irme.

—Buena suerte.

—Gracias...

Él asintió y continuó hacia el sitio en donde estaban las galletas.

Una vez que Tracy abrió la puerta del aseo y se acercó al espejo inmenso que iba de pared a pared, miró hacia uno y otro lado, comprobando que no hubiese nadie. Dentro del gran cuarto de aseo había cuatro puertas —detrás de cada una, un aseo privado— y ella esperaba no ser interrumpida para lo que tenía que hacer. Cuando estuvo segura de que era la única persona alrededor fue hasta la puerta y presionó el seguro del pomo.

Consciente de que tenía el tiempo justo, se quitó la blusa y la lavó como pudo con el jabón líquido. Después acomodó la prenda mojada sobre la parte

superior del secador, así la parte más empapada quedó cerca de la boquilla del flujo de aire. «¡Qué lista eres Tracy!». Presionó el botón de encendido, y se aseguró de colocar una pequeña caja, que encontró en la esquina del amplio mesón con espejos, sobre la blusa para que la prenda no se rodara y cayera al suelo.

Más tranquila aprovechó para recogerse el cabello en una coleta y arreglarse el labial. Cada que el secador se apagaba volvía a presionar con descuido el botón de encendido. Se retocó el delineador hasta que sintió que su imagen estaba muy decente. Incluso tuvo tiempo para sonreír.

Pasaron diez largos minutos, y —milagro de milagros— la blusa estaba seca... ¡y quemada! «Maldita sea», se quejó con amargura. ¿Acaso había perdido el sentido del olfato o qué? Frustrada, pensó que estaba de seguro pagando algún karma extra. De esa clase que a una le toca pagar por caridad, porque a la gente normal no le sucedía lo que a ella. No creía que ese día pudiera ir peor...

—¡Hey! ¿Quién está ahí encerrado? —preguntó alguien.

—¡Un momento! —exclamó, abochornada.

Estaba en sujetador. Con una blusa quemada en la mano. Solo le quedaba la chaqueta, y si se la ponía sobre el sujetador iba a parecer todo menos una ejecutiva profesional. Ay, Dios, ¿por qué le pasaban esas cosas?

—Si no abres en este momento voy a llamar a seguridad —volvió a decir la mujer, evidentemente enfadada.

—Grrrr —murmuró Tracy para sí—. ¡Ya voy! Tuve un ligero accidente.

Lanzó al bote de basura la prenda inservible. Ahora no tenía blusa de la buena suerte. Se ajustó la chaqueta. Parecía una actriz lista para hacer striptease. «¡Excelente trabajo, Goldstein!»

Abrió la puerta de sopetón.

—Lo siento —dijo a la chica de ojos negros que la miraba mitad

enfadada, mitad burlona, al contemplar su atuendo—. Tuve un ligero inconveniente...

—¿Estás con alguien ahí dentro? —preguntó metiendo la cabeza para mirar hacia uno u otro lado del baño. Frunció el ceño al no ver a nadie—. Soy Andrea. Trabajo en el área contable de la compañía. No te conozco.

—Tengo una entrevista hoy con el presidente de la compañía —dijo con amargura por todo el desastre que acababa de sucederle—. Antes de venir... —suspiró—, lo cierto es que es una larga historia que me ha dejado tal como ves. Me toca improvisar.

Andrea se echó a reír.

Tracy tenía los zapatos limpios ahora. La falda manchada ligeramente no tenía remedio, y ella no podía obrar milagros. La chaqueta la cubría bastante, aunque no lo suficiente para ocultar del todo el vestigio de un sujetador negro de encaje. Tracy era una persona de gustos sencillos, pero su capricho personal era la ropa interior. Podía gastarse un salario entero en lencería, y no porque tuviese un novio, no. Se trataba tan solo de sentirse bien consigo misma, y vaya si la lencería exótica y elegante no lo conseguía. Al salir de esas oficinas pensaba pasarse por la tienda de Agent Provocateur que quedaba cerca del centro. Necesitaba compensar el terrible inicio de ese día.

—Winthrop es un buen tipo, no te lo tomará en cuenta si ya has logrado la entrevista personal, pero si acaso él trae uno de esos días...

—Espera, ¿a todos los empleados los entrevista personalmente?

Andrea asintió.

—Si no hace la entrevista él, entonces lo hace el vicepresidente, Jackson. ¿Qué puesto es al que vas a aplicar?

—Asistente personal.

—Oh, vale, pues imposible que la haga Jackson Luther entonces. Aquí todos nos llamamos por nuestros nombres de pila, salvo la asistente personal

de los jefes y eso es relativo también, creo que según el estado anímico de los socios —sonrió.

—Comprendo...

—Nada aquí es como debería ser en un inicio. Ojalá te vaya bien, y si algún momento coincidimos, pues puedo hablarte un poco más de la empresa. Es fantástica y con unos beneficios que no encontrarás fácilmente en otra parte. Entrar en la plantilla de empleados es casi como recibir la carta de que has sido admitido en Harvard o Columbia.

Tracy rio.

—Gracias, Andrea.

Tracy había escuchado hablar de Jackson Luthor, y conocía el estupendo trabajo que realizaba. El hombre era una máquina de hacer dinero y poseía una mente tan brillante como la de su socio, Sean Winthrop.

—Suerte —dijo la mujer que trabajaba en el departamento de contabilidad antes de encerrarse en uno de los cuatro aseos.

«Sí, suerte, Tracy», se repitió a sí misma mientras volvía a la recepción.

A Sean Winthrop, según Tracy había leído, no le gustaba figurar en la prensa y al parecer era un fanático de la privacidad, pero jamás negaba una sonrisa a los periodistas. Poco o nada se sabía de su vida personal, pero Tracy solo estaba interesada en conseguir el empleo.

Había visto algunas fotografías de Sean en internet, y las que constaban en la página web corporativa. Ninguna de esas tomas tenía un detalle personal, pero revelaban una sonrisa cautivadora y unos rasgos faciales varoniles con labios sensuales. Él parecía envuelto en un aura de poder y confianza que atraía la mirada de Tracy una y otra vez a la fotografía. Pero ella no estaba en esa ronda de entrevistas para conseguir una cita romántica ni algo parecido. Tan solo quería de regreso la carrera y el prestigio que le habían arrebatado en Boston. Necesitaba un nuevo comienzo, incluso si ello implicaba trabajar

como asistente personal, en lugar de ser ejecutiva o directora de una cuenta. La vida le había enseñado a ser humilde, así que a Tracy poco le importaba iniciar todo el proceso cuesta arriba otra vez.

Que no quisiera una relación romántica o una cita con alguien, no implicaba que su curiosidad quedaba de lado. Así que Tracy hizo algunas búsquedas en Google, pero no halló menciones de la vida personal del presidente de S.W.Group. Ella imaginaba que parte de la fortuna de los Winthrop estaba destinada a borrar rastros de información que Sean no quería que fuesen públicos. Ella consideraba que era una forma de actuar muy acertada. Tal vez si estuviese en la posición de una persona con muchos recursos económicos, ella habría hecho lo mismo. Quienes buscasen a Sean Winthrop solo encontrarían datos de sus logros profesionales, y al final era todo lo que de verdad importaba en el mundo de los negocios.

Tracy estaba sentada en la sala de espera. Una bonita zona en la que también se encontraba el escritorio de la recepción. El decorado consistía en líneas simétricas, sin curvas, en tonos azules con toques de beige. Primaban los detalles en vidrio entremezclado en las superficies. El respaldo alto era un común denominador en los sillones de la salita. El área parecía diseñada para brindar calma a quienes esperaban, mucho tiempo, para reunirse con los encargados de la empresa.

Para formar parte del proceso de selección como asistente personal le hicieron firmar a Tracy una cláusula de confidencialidad. Ese era un requisito no-negociable para cualquier cargo al que se aplicara en S.W. Group. Y, obtuviera o no el trabajo, aquella cláusula caducaba después de cincuenta años. Nada de lo que viese o escuchase el candidato durante su permanencia en el edificio podía divulgarse. Tampoco sobre el proceso de selección.

Tracy no tenía ningún problema en cerrar la boca, había firmado el archivo electrónico con mucho gusto, aunque le parecía una medida un poco

extrema poner una cláusula con validez de cincuenta años. Aunque, ¿quién era ella para criticar esos pequeños detalles de una corporación?

—Señorita Goldstein —dijo la recepcionista sacándola de sus pensamientos.

Tracy elevó la mirada hacia Charlotte desde el sofá. Había pasado los últimos minutos ensayando muy discretamente la idea de sentarse y procurar que la chaqueta no revelara su sujetador o el inicio del valle de sus pechos. Unos pechos difíciles de ocultar, pero, ¿quién podría culparla por intentarlo? A veces envidiaba a las mujeres que tenían talla B de sujetador, en lugar de una D como la suya.

—¿Sí?

—Puede pasar a la oficina de presidencia. El señor Winthrop la está esperando —insistió sin dar indicios de empatía en relación a las emociones de Tracy.

—Oh. No lo vi pasar, porque lo hubiera saludado, no quisiera que piense... —empezó a decir, horrorizada ante la idea de que la primera impresión del dueño de la compañía fuese que ella era una persona maleducada. Se aclaró la garganta.

—Él tiene un elevador privado y acaba de llegar hace breves minutos —interrumpió sin mayor ceremonia ante el balbuceo de Tracy—. Venga conmigo. La guiaré al despacho del señor Winthrop —dijo incorporándose del asiento y rodeando el amplio escritorio beige.

Tracy se incorporó.

—Gracias —murmuró recogiendo sus pertenencias.

CAPÍTULO 2

Sean detestaba llegar tarde a la oficina o a sus reuniones de trabajo, pero su hija de cuatro años, Milla, estaba constipada. No era la primera vez que él se encontraba en el apuro de lidiar con la gripe y el mal humor de una niña enferma. Odiaba sentirse impotente ante la idea de que su hija sufriera la más mínima incomodidad. Podía ser implacable y despiadado en los negocios, pero cuando se trataba de Milla, él era un caso perdido. La niña era su talón de Aquiles.

El doctor Phillips, el pediatra, le había extendido una receta para Milla y él pensaba cumplir a rajatabla. Antes de ir a la oficina, Sean se detuvo en la farmacia con su hija en brazos para comprar todo lo necesario. Cuando llamó a su madre, Eugenia, esta le aseguró que podía ayudarlo a cuidar de Milla en la tarde, no antes, porque tenía una cita programada desde hacía una semana.

Enfadado por tanta contrariedad, él decidió llevar a su hija a la oficina. No era la mejor idea, pero sí más coherente que perder el día de trabajo. La niñera de toda la vida, Abby Mulligan, se había jubilado un mes atrás, dejándolo en la estacada. Ya contaba treinta días sin una niñera y era un milagro que no lo hubiesen enviado a un manicomio. Su vida como padre era un caos, y no podía darse el lujo de permitir que su oficina también se convirtiese en una zona de guerra.

Sean no solo necesitaba con urgencia una niñera, sino también una asistente personal que reemplazara a Amanda. Al ser un cargo clave en la empresa, marcado por un altísimo nivel de confianza dada la información sensible que se manejaba a diario, él no podía delegar a cualquiera esa responsabilidad. No podía cancelar la entrevista de esa mañana. El reemplazo era imperioso.

A veces se compartían responsabilidades con su vicepresidente ejecutivo y socio, Jackson Luthor, pero tampoco quería recargar a Jackson con más proyectos. A pesar de que eran mejores amigos, y se conocían de toda la vida, cada uno llevaba su parte empresarial; los problemas familiares no formaban parte de la billonaria compañía publicitaria que habían fundado.

Los últimos cinco meses, para sorpresa de ambos, varias cuentas corporativas que creían tenerlas ganadas para S.W. Group, habían preferido a la competencia. Ashton Brothers. Sean y Jackson no lo entendían, porque todo el proceso de trabajo había estado marcado —como de costumbre— por un metódico desarrollo. Las conversaciones con los clientes siempre a punto, la respuesta de los grupos de enfoque ante la perspectiva de la campaña publicitaria para los productos o servicios, con el feedback que buscaban e incluso la oferta económica encajaba en los parámetros de la agencia y del cliente. Pero al final todo parecía torcerse y favorecer a los Ashton.

Si continuaban perdiendo sus potenciales clientes a manos de la competencia, implicaría un golpe a la reputación de S.W. Group, pues era una de las agencias más rápidas en conseguir los mejores tratos. Sean tenía fama de ser un crack para cerrar acuerdos, y Jackson no se quedaba atrás. Necesitaban averiguar qué estaba ocurriendo, porque ellos no dejaban nada al azar. Hacer un profundo análisis de sus empleados era imperativo, y las conversaciones con una empresa externa de seguridad corporativa estaban por cerrarse para iniciar un proceso de investigación interna.

Todo ese jaleo de la posible fuga de información volvía indispensable que Sean consiguiese una asistente personal que manejara su agenda.

—Señor Winthrop —dijo la recepcionista por el interfono—, la señorita Goldstein está aquí para la entrevista que cubriría el puesto de asistente personal.

Sean llevaba tres años trabajando con Amanda Willows. Ella tenía cinco

meses de embarazo, así que ella le informó la decisión que había tomado de dedicarse a tiempo completo al bebé, y con ello abandonar las labores en la compañía. En honor a los siete años que llevaban trabajando juntos, Amanda hizo la concesión de quedarse hasta que Sean encontrara una persona que considerara idónea para reemplazarla e iba a entrenarla durante una semana.

—Sí, claro. Dile que pase, por favor. En silencio, porque tengo a Milla.

—Por supuesto, señor.

Sean observó a su hija dormida en el sofá marrón ubicado en el lateral derecho de su amplísima oficina. Le había dado la medicación y ya había hecho efecto. Esperaba que no se despertase de un momento a otro, porque ella podía ser toda una sorpresa. O bien sonrisas o bien llanto desesperado.

Unas veces tenía suerte con el estado de ánimo de su hija, y en las demás ocasiones solo le tocaba resignarse y poner la mejor cara al día. Al final, ¿no era esa gran parte de la paternidad? Jamás podría arrepentirse de la existencia de Milla. Sean solo deseaba un poco de paz, ¡y una niñera, por favor!

Agarró su esferográfica y terminó de firmar el finiquito para un empleado del área de bodegas que acababa de renunciar. Tan solo apartó la mirada de su escritorio cuando escuchó abrirse la puerta principal de vidrio tintado de gris.

Se quedó absorto en la mujer que tenía ante él. No era un tipo de belleza convencional. Podía calificarla como exótica. La piel era blanca y parecía suave al tacto. Los ojos de un azul oscuro, y Sean no recordaba haber visto antes un tono similar. Esas dos gemas parecían destellar con un brillo especial. ¿Esperanza, ambición...? No sabía cómo calificarlo. El cabello rubio de la mujer lucía un poco despeinado, pero eso no quitaba en absoluto la belleza que era ella en conjunto. Esa boca sensual tan sutilmente curva, que daba la impresión de saber los misterios más recónditos del placer, tensó un músculo en particular de su anatomía ante el súbito deseo de probarla. ¿Qué

rayos?, se preguntó dejando la esferográfica a un lado.

Ser padre implicaba muchas responsabilidades, y su vida personal se había visto afectada, lo reconocía. A veces temía que su niña tuviera la esperanza de sentirse apegada a una persona que se iría de un momento a otro, más pronto que tarde, y Sean no quería que sufriera esa sensación de pérdida siendo tan pequeña. Milla ya había tenido suficiente con la carencia de una madre que estuviese presente. Y con su agitada vida laboral tampoco tenía tiempo para una relación comprometida.

Recuperando su habitual indiferencia, Sean procuró obviar el hecho de que la candidata a ser su asistente fuese cautivadora físicamente porque eso no iba a llevarlo a ninguna parte. No era común la respuesta sexual tan visceral que ella acababa de despertar en él, aunque no por eso tenía que dar rienda suelta a su estúpida libido. Era una entrevista de trabajo y esa mujer, de ser elegida, estaría perennemente a su lado para sacar adelante la ajetreada agenda laboral.

—Señor Winthrop —dijo Tracy con cautela e incluso algo nerviosa—. Esta empresa es increíble.

Para ella, el CEO de S.W. Group, era todo un personaje. Admiraba su trabajo, la trayectoria y cómo había matizado tantas campañas publicitarias con un toque original, atractivo y que no perdía vigencia. Ahora que lo tenía frente a frente iba a intentar no quedarse con la boca abierta, porque las fotografías que vio de él en internet no le hacían justicia. El hombre exudaba virilidad a raudales, y esos penetrantes ojos negros parecían dominarlo todo, sin dejar entrever sus emociones.

Él asintió.

—Buenos días —señaló la esquina en donde Milla dormía profundamente—, no haga ruido y siéntese lo más cerca posible del escritorio. No quiero tener que gritar y que se despierte mi hija.

Tracy imaginaba que el secretismo de Sean con respecto a su vida personal tenía que ver mucho con ese pequeño bultito que estaba en el sofá. De pronto sintió gran curiosidad por ver la carita de la niña. ¿Quién sería la esposa de Sean? En ninguna fotografía existía una mujer constante que fuera del brazo del imponente publicista.

—¿Así está bien? —le preguntó en un susurro, mientras acercaba la silla al escritorio—. Intentaré mantener la voz baja.

Sean esperaba equivocarse ante la idea de que, bajo esa chaqueta negra, ella no llevaba nada más que el sujetador. Al menos su cerebro intentaba no reaccionar, pero su sexo era otra cosa. Agarró el vaso de agua y bebió un trago.

La miró a los ojos, y Tracy contuvo el aliento.

—Sí, pero no tiene que susurrar. Solo baje la voz. —Ella asintió con una leve sonrisa—. He leído su hoja de vida. Impecable. Antes de que los candidatos lleguen a esta etapa de entrevista conmigo, Recursos Humanos se encarga de verificar las referencias. Así que dígame, ¿por qué se mudó a este país? —abrió un instante el archivo en su ordenador—. Lleva un año aquí, y un par de empleos nada despreciables, pero tampoco prometedores para una alumna Summa Cum Laude. —Apartó la mirada de la pantalla y la fijó de nuevo en el rostro femenino, y agregó—: El cambio es bastante radical para alguien de veintisiete años que levantó una compañía con potencial.

—¿Cómo sabe...? —suspiró. Imposible que no la hubiera hecho investigar. Seguro tenía conocimiento de HaGo, pero nadie conocía los detalles más personales y que habían robado algo más que solo dinero—. Digamos, en pocas palabras, que mi socio no se portó del todo honesto y perdí la empresa. Al final, me tuve que buscar una nueva forma de sobrevivir. Una amiga me dijo que Toronto es una ciudad con muchas oportunidades. Aquí estoy —dijo esto último con un tono pretendía ser alegre—, intentando

conseguir esa gran oportunidad.

Él no sonrió, pero Tracy no se lo tomó en consideración. No estaban en una reunión de amigos. Sean era el jefe, y ella una aspirante a un puesto de trabajo, aunque eso no impidió que sintiera un ligero picor en las manos ante las súbitas ganas de enterrar sus dedos en los cabellos negros para comprobar si eran tan suaves al tacto como parecían. «Enfócate en conseguir el empleo.»

—¿Por qué eligió postularse para ser asistente personal con esa hoja de vida que puede otorgarle un mejor rol para su currículum? —preguntó sin molestarse en seguir el hilo de humor de Tracy.

Ella intentaba no quedarse mirando como idiota el rostro de ese hombre. Si el descuido que le había echado el chocolate sobre la ropa momentos atrás podía ser considerado 'guapo', pues Sean Winthrop era de otro planeta. Tenía el cabello espeso y negrísimo. Una oscura mirada penetrante y que parecía ser capaz de ver a través de las barreras que sabiamente había erigido desde Adrian. Ese aspecto de pirata con traje moderno le provocaba un cosquilleo en la piel. «Mal timing.»

Todo en Sean parecía estar contenido, a punto de explotar si alguien provocaba sus puntos sensibles. Poseía una boca dura y seria. Mirarlo causaba un impacto que Tracy no era capaz de describir; y era mejor si no lo intentaba.

Sean se asemejaba a un leopardo en calma, que observaba todo con mesurado sigilo, pero que era capaz de devorar lo que se encontrara en su camino si se veía amenazado de alguna manera. Tracy se preguntó cómo sería encontrarse en la posición de ser una presa para un felino como Sean, con una energía que destilaba arrogancia y suficiencia. El único instante que la mirada de ojos negros pareció suavizarse fue cuando Sean señaló al pequeño bultito que dormía en el sofá. Tracy no podía dejar de sentir curiosidad por ver a la niña. «No es de tu incumbencia.»

—Yo —se aclaró la garganta—, lo que quiero es buscar oportunidades, y

conectarme con este entorno, indistintamente del puesto de trabajo que ocupe, es una excelente opción. Tal vez en algún momento pueda participar aportando en algún proyecto —sonrió con timidez—. Las gestiones de una asistente personal no me son ajenas, pues durante años tuve que apañármelas siendo multifunciones, hasta que finalmente pude contratar a alguien que me ayudara. Estoy preparada para el cargo de asistente, y si ese es un peldaño para lograr vincularme más a la compañía en el ámbito creativo —en un futuro— entonces merece la pena que aplique al cargo.

Ella le sonrió. Él, no.

—Esta no es una burbuja experimental, señorita Goldstein.

—No, no es lo que quise decir...

—¡Baje la voz! —le ordenó en un siseo cuando vio por el rabillo del ojo que Milla empezaba a moverse sobre el sofá.

Tracy se enderezó sobre el asiento. ¿Por qué tenía que darle explicaciones tan elaboradas cuando bien podría limitarse a responder de forma escueta?

—Una carta de recomendación trabajando para usted me abriría muchas puertas —continuó explicándose, porque ya no podía echarse atrás y ser mezquina con las palabras—, y si puedo conseguir que confíe en mí lo suficiente para participar en una cuenta, por más pequeña que sea, sería increíble —dijo en tono bajo.

—No soy un hada madrina —miró el reloj de pared—. Tengo una reunión dentro de un momento. Si solo puede responderme que quiere que haga sus sueños realidad, entonces vaya a un *reality show*.

Ella abrió y cerró la boca. «No respondas como quieres hacerlo. Hoy, no.»

—Puedo hacer bien mi trabajo, señor Winthrop —dijo con firmeza.

—Eso dicen todos los candidatos. ¿Qué la hace a usted diferente?

—Déjeme demostrárselo —pidió con convicción—. Puedo ser un activo para esta compañía, en lugar de solo un referente de organización y control administrativo.

Sean era consciente de que el tiempo estaba agotándosele para poner en orden todos sus asuntos corporativos. Continuar entrevistando más personas como estaba programado en su agenda para ese día, no iba a ser productivo. A pesar de que Tracy parecía sobre-cualificada para el puesto de asistente, él iba a darle una oportunidad. ¿Quién era Sean para decidir si le convenía o no a ella un trabajo más acoplado a su preparación académica? No era su problema.

—Soy un jefe muy demandante, y será mejor que se haga a la idea de que en ocasiones el cargo de asistente personal implica tener un horario no definido.

—¿Horas extras pagadas?

Sean la observó con suspicacia. Al menos no era el tipo de persona que se dejaba amilanar ni tenía reparos en decir lo que pensaba. Eso era un punto a su favor. No necesitaba una asistente incapaz de tener iniciativa por temor a enfadarlo. Su asistente tenía que ser alguien con la habilidad de discernir cuándo abrir la boca y cuándo cerrarla, pero en especial, necesitaba que fuese honesta en sus opiniones. Sería su mano derecha y trabajarían estrechamente cada día. Lo que hubiera dado para convencer a Amanda de quedarse. No había vuelta atrás, y al menos su actual asistente le hizo la concesión de capacitar a la persona que él eligiese como reemplazo.

—Espero que no haya creído que exploto al staff que trabaja para mí, señorita Goldstein. En esta empresa cualquier pequeña gestión fuera de los lineamientos habituales y fuera de las horas de oficina es remunerada y reportada a recursos humanos —dijo con rigidez.

Preocupada por haber metido la pata, otra vez en tan corto tiempo, Tracy

sintió un frío gélido recorriéndole las manos. Resultaba fácil olvidarse de que no estaba negociando un contrato publicitario, sino su modo de supervivencia.

—No quise ofenderlo...

Sean se incorporó.

—En este puesto la sensibilidad está de más. Solo quiero que tenga claro que S.W. Group es una compañía consciente que tiene mucho respeto por el tiempo de sus empleados. Será mejor que se prepare leyendo el manual que le entregarán en el departamento de recursos humanos. Espero que no vuelva a hacer comentarios sin antes haberse instruido apropiadamente sobre cómo se manejan las cosas aquí.

—Sí... Sí... —murmuró sonrojándose—. ¿Tengo el puesto? —preguntó con un ligero tono de emoción, porque ya había notado que Sean era indiferente.

—No haga que me arrepienta de ello —replicó Sean.

Mucho se temía que, a pesar de que la señorita Goldstein pudiera ser eficiente, iba a convertirse en un quebradero de cabeza para él. Debía concentrarse en no fijar su mirada en las esbeltas curvas, los expresivos ojos azules y la forma en que sonreía sin ser consciente de su sensualidad. «Necesito echar un polvo pronto», pensó. Pasaba demasiado tiempo entre la oficina y la casa. Sus reuniones de negocios fuera de Toronto eran cada vez más escasas, porque ahora el encargado de manejarlas era Jackson, así que apenas tenía oportunidad de conocer una mujer y llevársela a la cama.

—Gracias por la oportunidad, señor...

—No me agradezca. Gánese el salario, y haga un buen trabajo. Eso es suficiente.

Ese lapso en que Tracy Goldstein iba a estar en el puesto era perfecto para que Sean pudiese reorganizar su existencia y encontrar, al fin, una niñera. Si Tracy era capaz de crear una compañía y hacerla funcionar con éxito,

entonces podría con el trabajo administrativo en una oficina con tanto movimiento como era la de él, al menos eso esperaba. No tenía paciencia para lidiar con quebraderos de cabeza.

—¿Cuándo empiezo?

—Hágale esas preguntas a Amanda.

—No la he conocido...

—Este no es un evento social —dijo con menos paciencia cada vez—, y yo no soy el anfitrión de la fiesta. Pregúntele a Charlotte en donde puede encontrar a Amanda y la espera en la oficina.

—De acuerdo...

—Y asegúrese de utilizar una ropa menos escandalosa —hizo un gesto con la mano señalando la chaqueta de Tracy que se había entreabierto dejando a la vista la curva de unos pechos sugerentes cubiertos por seda negra—, porque esta es una oficina, no una pasarela. No tenemos un código de vestir porque nos parece que está implícito, pero si acaso le es desconocido o ajeno, le sugiero conversarlo con recursos humanos.

Tracy se sonrojó, y se ajustó la chaqueta.

—Si me permite explicarle el porqué de mi atuendo. Lo cierto es que esta mañana tuve un accidente mientras estaba próxima a entrar al edificio...

—No tengo tiempo, señorita Goldstein, para anécdotas. Ya se dará cuenta de que no le pago para que me dé explicaciones, sino soluciones. —Sean agarró el teléfono y habló brevemente. Después volvió su atención a Tracy—: La esperan en recursos humanos para que firme el contrato.

Sean empezaba a desesperarse. Primero, porque no quería que Milla se despertase, y segundo, porque su indiscreta anatomía tenía otras ideas ante la fantasía sexual que conjuró la imagen de Tracy en su cama dispuesta a dejar que él descubriera el placer de su cuerpo. «Estoy enloqueciendo. Necesito un respiro de tanto estrés.»

—Por supuesto —dijo con una amplia sonrisa. —Sean se quedó cegado por un breve instante por el modo en que la sonrisa de Tracy pareció de pronto iluminar la estancia. ¿O era que estaba volviéndose loco, después de haber tenido unos días tremendamente estresantes con tantos proyectos y sin la niñera de Milla? —. ¿Cuáles serían mis funciones...? —preguntó incorporándose, y procurando que la chaqueta no revelara más de su cuerpo.

—Amanda responderá todas sus preguntas. Buenos días —dijo dando por terminada la reunión mientras sostenía el pomo de la puerta abierta.

Tracy parpadeó unos segundos. Extendió su mano hacia Sean quien se la estrechó con la mano libre. Si hubo entre ambos el reconocimiento de una sensación parecida a una descarga eléctrica, en el instante en que sus dedos se tocaron, no lo dieron a notar.

—Gracias.

—No me las dé —dijo con indiferencia—, y solo asegúrese de entender las políticas de mi compañía y ganarse a pulso su salario.

Ella asintió, no sin antes contemplar el bultito que ya se había despertado en el sofá y miraba con grandes ojos verdes la escena. Era una niña preciosa de cabellos negros y piel blanca. Tracy le sonrió, pero la pequeña permaneció en silencio, como si estuviera analizándola. O eso creyó Tracy, porque antes de que Sean cerrara la puerta de la oficina, el estallido de un llanto infantil se hizo eco alrededor.

Al llegar a casa lo primero que hizo Tracy fue hacer un bailecito eufórico sobre la alfombra de la sala. ¡Había conseguido el empleo! Agarró el teléfono y marcó a su mejor amiga, Bethany Carrington.

—Debe ser algo muy importante para marcarme en medio de mi turno en el hospital, Tracy —dijo—. ¿Conseguiste un folla-amigo guaperas del que

quieras hablarme? —preguntó con una carcajada.

Las dos eran amigas desde la secundaria. Bethany había elegido estudiar enfermería, a pesar de los horarios maratónicos que solían tener todos los que servían en el área de la salud. El magnífico salario compensaba las malas noches, porque con ese dinero solía darse unas vacaciones increíbles en exóticos rincones del mundo. La idea era que, pronto, tanto Tracy como Bethany pudiesen compartir un tiempo libre juntas en Ibiza. Un par de noches en la famosa isla española, sin ataduras con ningún hombre que les amargara la vida, y mucha rumba.

—Ya quisiera —replicó Tracy riéndose—. Bethany, pensé que tenías libre hoy, creo que me confundí. Tendrás que darme nuevamente tu horario en el hospital.

Vestida con su uniforme de enfermera en el Hospital Infantil de Boston, Bethany sonrió y se acomodó el cabello negro ondulado. Había sido elegida años atrás como Miss Massachusetts, y eso le garantizó buenos contactos que le continuaban siendo de utilidad en su profesión como enfermera. De pómulos altos, figura esbelta, y ojos de color turquesa en combinación con una piel del tono del capuchino, Bethany conseguía que los hombres volteasen a mirarla.

Lo que marcó la diferencia para Bethany, entre tratar de continuar la vida de una famosa —como marcaban las propuestas de diferentes empresarios que querían su rostro para la televisión— y ser una persona alejada de las cámaras, fue la pasión por su carrera y el deseo de ayudar. Le gustaba la posibilidad de cuidar a otras personas, y eso no iba a conseguirlo si solo tenía que sonreír, decir lo que le indicaban en un discurso o intentar ganar adeptos para alguna ideología específica. Le encantaban los niños, y por eso trabajar en ese hospital era una experiencia increíble.

—Te reenviaré mi horario, pero antes de que me llamen por el altavoz mejor dime, ¿qué tal va todo en estos días por tu nueva ciudad?

—No me quejo, y sobre eso casualmente quería hablarte —dijo con emoción —, pero, antes, ¿por qué no me vienes a visitar durante tus vacaciones?

—Eso sería estupendo, aunque tengo que consultarlo con mi hermano. Ya sabes que Lucas y yo nos turnamos para cuidar de mamá. No siempre puedo utilizar mis días como me place —dijo. Su madre tenía Alzheimer.

—Inténtalo, porque tengo una casa gigante, y conozco unos bares la mar de entretenidos. Toronto es increíble.

—No tienes idea de lo mucho que quiero conocerla. Ahora, cuéntame, ¿qué jugosas noticias me tienes?

Tracy dio un trago a su vaso de Coca-Cola.

—Estás hablando con la nueva asistente personal de Sean Winthrop, el CEO de S.W. Group. ¿Puedes creerlo?

—¡Me encanta! Felicidades, Tracy. ¿Qué tal es él?

Sexy, interesante y distante, quiso decirle Tracy, pero prefirió cerrar la boca. Su amiga tendía a utilizar una desbordada imaginación y no quería darle ideas.

—Bastante exigente al parecer, pero su recomendación me abrirá muchas puertas. Si juego bien mis cartas incluso puede que forme parte del equipo creativo... O si tengo suerte. De momento me conformo con entrar en la empresa. Podría extenderme, pero tengo una cláusula de confidencialidad. Son muy estrictos en ese sentido. Es la primera vez que me topo con un muro de secretismo corporativo así...

—Pfff, ya sabes que cada empresa es un mundo diferente. Diablos, ya me están llamando. Se me acabó el tiempo, Tracy querida. Ojalá pueda ir a verte muy pronto y así celebramos por todo lo alto tu nuevo empleo. Quiero que me cuentes todo, aunque lea tarde tus mensajes. ¿Vale?

—Vale —sonrió—. Cuídate, Bethany.

—Bye, bye, baby —dijo en broma antes de terminar la llamada.

CAPÍTULO 3

El sonido del teléfono la despertó de un sueño plácido.

A tientas, Tracy estiró la mano sobre el velador que estaba junto a su cama, pero no alcanzó el condenado aparato electrónico. Se estiró un poco más, y no fue capaz de mantener el equilibrio. Se dio de bruces contra el suelo.

Maldijo una retahíla de insultos, pero antes de que se perdiera la llamada, respondió jadeante por la forzosa situación. ¡Dios, no eran ni las seis de la madrugada!

—Diga —contestó de mala gana.

—Señorita Goldstein —saludó el tono acerado de Sean—, le agradeceré que, la próxima ocasión, si está en la mitad de un tórrido quehacer físico, intente hacer un esfuerzo para responderme con más profesionalismo.

Tracy no podía creer su suerte. Antes de dormir se había dicho que registraría el número de teléfono personal de su nuevo jefe para estar alerta. Incluso pensó en asignarle un tono de llamado personalizado, pero había estado tan agotada después del gimnasio que se olvidó por completo.

—Errr... buenos días, señor Winthrop. No... —Se sentó sobre la alfombra y apoyó la nuca contra el colchón de la cama. Cerró los ojos porque explicarle sería una pérdida de tiempo. Preguntó—: ¿En qué puedo ayudarlo?

Sean no había esperado que le respondiera con esa voz sexy. La idea de haber interrumpido un interludio sexual mañanero de Tracy le causaba una inexplicable satisfacción. Ni siquiera iba a cuestionar el motivo. ¿Qué debería importarle si su nueva asistente se acostaba o no con alguien?

—Necesito en mi escritorio un informe completo de la compañía tabacalera Ghent con todos los detalles que se han conversado de forma

preliminar. Hoy me reúno con el CEO a las diez de la mañana. Tampoco olvide pedir que tengan mi café caliente. Negro. Quiero que busque una lista de candidatas para el puesto de niñeras. Necesito entrevistarlas con urgencia. —Tracy al menos podía concederle que no era tan ogro como ser humano si tanto se preocupaba por su hija, pensó mientras intentaba tomar nota mental de todo—. Necesito los periódicos del día abiertos en la sección de economía sobre mi escritorio y una lista de mis llamadas pendientes. Contacte a la tintorería y pídale que envíen mis trajes de color gris a mi casa a más tardar hoy a las cuatro de la tarde. Organice los archivos pendientes de ejecución para los próximos dos meses, en secuencia alfabética por compañía en un archivo comprimido y envíemelos a mi correo. Ah, y quiero reunirme mañana temprano con Jackson. Coordínelo todo.

Tracy entraba a las ocho de la mañana, y el día anterior —después de firmar el contrato— se reunió con Amanda para que le explicase los pormenores más indispensables de su gestión. La asistente de Sean resultó ser una mujer muy agradable y paciente. Le explicó los puntos más importantes que tenía que desarrollar como su reemplazo bajo las directrices del CEO de la compañía. La llevó también en un recorrido por las instalaciones de la compañía y le presentó a todo el staff de directores creativos, diseñadores, consultores, ejecutivos de ventas, ejecutivos de negocios. El vicepresidente de la compañía no estaba en Toronto, pero volvería dentro de unos días, así que Tracy se perdió de conocerlo en persona.

Jackson Luthor solía presentarse en eventos, bien lo sabía Tracy, y además era un prestigioso conferencista en diversas universidades del mundo. El trabajo de Jackson —al menos para los ojos de Tracy en calidad de profesional publicitaria— era opacado por el que llevaba la inigualable firma de Sean Winthrop.

A pesar de toda la información que recibió el día anterior, Amanda al

parecer olvidó decirle que Sean tenía por costumbre despertar muy temprano, y con el condimento especial de llamar ladrando órdenes como si su asistente personal recién contratada tuviese un chip en lugar de memoria humana. Sean, según Amanda, era un excelente jefe. Tracy empezaba a sospechar que la mujer, después de tantos años trabajando con el CEO de la compañía, ya no era capaz de diferenciar los defectos de las virtudes de Sean Winthrop.

Si Tracy se daba prisa, entonces no tendría problema en tener toda la lista de órdenes que Sean acababa de dictarle. Ella había manejado en Boston cuentas publicitarias más complejas que las órdenes de su nuevo jefe, así que iba a demostrar que podía ejecutar perfectamente cualquier directriz desde el primer día.

Se aclaró la garganta.

—A las ocho en punto de la mañana tendrá...

—No, señorita Goldstein —interrumpió él, con impaciencia—, a las ocho no me sirve. Lo necesito *todo* coordinado para las siete de la mañana.

Si quedaba un resquicio de sueño en Tracy, este se evaporó.

—Eso es... ¡en una hora!

—Me alegro que tenga conciencia del tiempo. —Le cerró el teléfono.

Tracy no podía creerse lo que acababa de ocurrir.

06h15 marcaba el reloj. Gruñó, incorporándose. Se dirigió al cuarto de baño dando un portazo.

Mientras se cepillaba los dientes, ella intentó aclararse el cerebro para organizar las ideas que le rondaban sobre cómo iba a manejar la agenda del día. Su vida había tenido desafíos más complejos, claro que sí, y no creía demasiado difícil acoplarse al cambio que implicaba dar órdenes a recibirlas. Por otra parte, ¿cuándo había sido su vida pacífica y carente de desastres?

Se puso lo primero que encontró combinable en su guardarropa. Una falda beige con ribetes negros que le quedaba como un guante. Una blusa

morada de seda. Chaqueta beige, y zapatos de tacón negro. No alcanzaba a ponerse las medias de nylon, así que se las guardó en el bolso.

Le dejó la comida a su gata de abundante pelaje negro, Tallulah, y le acarició la cabeza un par de segundos. Agarró las llaves del automóvil y corrió hacia la puerta.

Desde su escritorio, y apenas recuperando el resuello, después de una hora frenética para cumplir con la agenda que le había sido encomendada, Tracy vio a Sean que se aproximaba. Mientras ella estaba agitada, su nuevo jefe lucía perfectamente afeitado y peinado. Él llevaba un traje de tres piezas como si dominase el mundo, y una actitud decidida que se marcaba con cada paso que daba.

La oficina de Tracy, bastante amplia y con una pequeña salita de reuniones, estaba justo frente a la de Sean. El elevador privado de su jefe, y que compartía con Jackson según le comentó Amanda, estaba en un pequeño y discreto pasillo. Toda el ala izquierda del piso correspondía a los dos socios. El ala derecha era extensa y se dividía en varios ambientes para cada uno de los empleados de la compañía. La distribución era armónica, pero a nadie le quedaba duda de quiénes llevaban las riendas y a quiénes pertenecía S.W. Group.

—Buenos días, señor Winthrop —dijo Tracy con una resplandeciente sonrisa. Quizá él solo estaba poniéndola a prueba para saber si tenía madera suficiente para tolerar altos niveles de presión laboral. Ella podría manejarlo—. Todos sus requerimientos han sido solucionados.

Sean detuvo su andar y maletín de cuero en mano, la miró.

Amanda, que estaba sentada junto a Tracy, se dedicó a enviar correos electrónicos sin levantar la cabeza. Conocía muy bien al CEO de la compañía,

y sabía que no le gustaban las chácharas a menos que él las iniciara porque su horario de trabajo era estricto y los errores tenían un límite de tolerancia. Todo eso, Amanda se lo había comunicado a Tracy.

La excelencia era una marca en el día a día, pero lo más importante de todo era que a Sean Winthrop no le gustaban las primeras horas de la mañana. Había olvidado, y no a propósito, comentarle esa ligera minucia a Tracy. Antes de dejar el puesto de forma definitiva pensaba hacer una lista para que la chica fuese precavida.

—No sabía que era usted una persona capaz de leer el futuro y descifrar lo que tendrá lugar en las próximas horas como para decir que todo ha sido solucionado, señorita Goldstein —dijo Sean.

Boquiabierta, Tracy volvió a sentarse mientras el presidente de la compañía entraba en su opulenta oficina y cerraba la puerta tras de sí.

—¿Es así todos los días? —le preguntó en un susurro a Amanda.

La mujer suspiró.

—No, no. Lo siento, Tracy, debí decirte que, en las mañanas, Sean se comporta un poco... errr, distante. Después de las diez, cuando ya tiene calculado todo su día, conocerás al verdadero jefe. Es muy amable, considerado y, no te hagas ilusiones, estricto, pero flexible.

—Dios —murmuró Tracy— incluso mi gata es más fácil de entender, y eso que la pobre carece de habilidades verbales para emitir otra cosa que solo sonidos.

Amanda soltó una carcajada.

—Fue así conmigo durante un mes, completo, cuando recién empecé a trabajar aquí. No le gustan las personas débiles, en especial si tienen que llevar sus asuntos personales y también los administrativos. Si tienes algún problema, puedes confiar que Charlotte siempre te puede ayudar. Es una excelente compañera, y lleva en ese puesto desde que se fundó la empresa. Así

que ya puedes imaginar la cantidad de información útil que puede tener para darte un empujoncito cuando tengas algún apuro —sonrió.

Tracy apoyó la barbilla en la palma de la mano y miró a Amanda.

—¿A qué te refieres con “asuntos personales”?

—Tu salario es muy alto precisamente porque él paga muy bien la discreción.

—¿Amantes?

—Es padre soltero, y tiene mucho trabajo. En el tiempo que he estado aquí, no he visto a ninguna acompañante si es a lo que te refieres. Sean es sumamente discreto, y si acaso ha tenido algún vínculo personal con una mujer, pues habrá sido fuera de esta oficina, pero solo te hago este comentario porque, como su asistente, debes estar preparada para cualquier eventualidad que surja en este ámbito. Llevo siete años aquí, y cuando eso ocurre forjas un cierto vínculo con tu jefe, así que mi trabajo, que ahora será el tuyo, es ayudar a controlar los daños colaterales si acaso los hubiese, aunque Sean como te mencioné es muy discreto. Creo que a lo largo de mi paso por esta oficina solo he conocido a dos personas antes de la madre de Milla.

—¿Dónde está la madre de la niña? He buscado información, pero...

—Nunca vas a encontrar nada en las redes, a menos que sea Sean quien quiera abrirse a ti...

—Algo muy improbable —interrumpió Tracy con una sonrisa irónica

—Bastante —dijo Amanda con un asentimiento—, aunque no imposible si logras pasar varios años aquí.

Tracy se preguntó qué habría sido de la madre de la pequeña niña que conoció el día anterior en la salita de su nuevo jefe.

—Muy coloquial —dijo la nueva asistente del CEO con una sonrisa.

—Tienes que aprender a serlo. En todo caso, su hija, Milla, es una dulzura, pero cuando tiene uno de sus días propios de la edad, pues...

—¿Como ayer?

—Estaba enfermita, por lo general es muy calmada, y tiene una niñera. Sean no suele traerla a la oficina salvo que sea una emergencia. Ayer, lo fue. Lo has pillado en un momento turbulento de su día a día.

Tracy tamborileó los dedos contra la barbilla.

—Por cierto, mil gracias por salvarme con la lista de las candidatas a niñera para la hija del jefe. ¿Cómo conseguiste esos nombres tan rápido?

—Ese es otro detalle —dijo Amanda—, tienes que adelantarte a las necesidades de Sean. Durante días se ha quejado de que su hija no tiene niñera y que le es difícil manejar la oficina y su vida como padre. Entre más se quejaba, más me daba prisa reuniendo la información sobre posibles niñeras que pudiesen cuidar a la nena.

—¿Por qué debería importarnos su vida fuera de la oficina?

—Porque eres su asistente personal en todo sentido, administrativa y personalmente. Además, si no quieres tener un ogro dentro de estas paredes de cientos de miles de dólares canadienses más te vale considerar que en su vida familiar tenga un respiro, en especial si está dentro de tus posibilidades organizarla de esa manera. No es un jefe explotador, pero exige lo mejor, porque paga bien, y los beneficios en bonificaciones a final de cada año son espectaculares.

—Creo que va a ser difícil ser toda una ejecutiva como tú.

Amanda le dio una palmadita amistosa en el hombro.

—Lo harás genial. Solo procura no dar consejos cuando no te los piden, y ser discreta en todo sentido. Toda la información que te estoy dando, basándonos en nuestros contratos de confidencialidad, no pueden comentarse con los demás empleados, pero lo hablo contigo porque vas a reemplazarme y es preciso que tengas una idea de lo que vas a enfrentar.

—Que es poco —dijo con sarcasmo, y Amanda sonrió—. Lo siento, no

quise sonar... Es la primera vez, como te comenté ayer, que trabajo para alguien. Siempre he sido muy independiente, pero esta es una gran oportunidad. No quiero echarla a perder, así que te agradezco la ayuda.

Amanda asintió.

—Debes saber entonces, mejor que nadie, que los sacrificios darán frutos a largo plazo. —Tracy sonrió—. Poco a poco llegarás a apreciar a Sean y, si tienes suerte, incluso puede ser tu amigo.

—¿Es el tuyo?

—Tengo el privilegio de llamarlo así. Tal vez, en alguna ocasión, podamos charlar de cómo empecé a trabajar aquí. De momento —miró el reloj— será mejor que prepares la portátil para organizar la lluvia de tareas. Durante tu hora del almuerzo te mostraré los archivadores y haremos un recuento de la lista de clientes más importantes, los contratos por firmar, los eventos por organizar, las organizaciones benéficas a las cuales debes enviar dinero y excusarte por la ausencia de Sean e invitar a Jackson a cambio.

Tracy escondió el rostro entre las manos, y entreabrió los dedos.

—¿Puedo morirme ahorita mismo?

Amanda sonrió.

—No te lo aconsejo.

Ese preciso instante sonó la línea de Tracy. Levantó el auricular.

—¿Sí?

—Señorita Goldstein, venga a mi oficina —sonó la voz varonil de Sean.

—Claro —murmuró antes de echarle una mirada a Amanda—. ¿Le llevo alguno de los folios para revisar?

—No.

Amanda estaba preocupada por dejar todo organizado en esos siete días, y así poder vivir su maternidad en calma. Madre a los cuarenta años. Todo un milagro que ella pensaba celebrar en paz con su esposo. Retirarse del mundo

corporativo era un gran sacrificio, pero lo hacía por un bien mayor: su bebé. Iba a echar de menos las oficinas de S.W. Group, y también el buen ambiente laboral que existía.

Quizá Amanda era una de las pocas personas que conocía realmente a Sean Winthrop, y había visto el modo en que los chispeantes ojos negros de su jefe brillaron por un breve instante en el preciso momento en que vio a Tracy. La muchacha era jovial, inteligente y tenía carisma, toda esa combinación resultaba letal si venía en un empaque bonito, y Tracy era más que solo bonita. La publicista era el tipo de mujer que no se dejaba avasallar y tenía sus propias opiniones. Amanda no dudaba de que soltaría sus pensamientos a diestra y siniestra una vez que tuviera dominado el terreno laboral en la compañía.

Sean tuvo la suerte de dejar a Milla con su madre esa mañana. Su padrastro, William, había ido de viaje a Edmonton, ciudad de la que era oriundo, y Eugenia decidió quedarse en Toronto.

Milla estaba mejor de la gripe, sin embargo, continuaba fastidiada por los estornudos y los mocos. Él no pensaba enviarla a la escuela hasta que estuviera recuperada por completo, y por eso había contratado una profesora durante los días que su hija iba a estar en casa y así se pondría al día en las tareas escolares.

Miró a Tracy cuando entró en la oficina. Esa mañana no llevaba ningún traje que pudiera parecer provocativo, sin embargo, la ropa se le ajustaba como un guante a su físico curvilíneo y él se encontró ante la fantasía de desear conocer qué secretos escondía bajo la tela.

¿Qué carajos le pasaba?, pensó, cabreado. Era su asistente personal, mas no el lienzo sobre el que podía plasmar sus fantasías o anhelos físicos.

Necesitaba desarrollar sus otras facetas aparte de la paternidad. Una amante, después de seis meses de soledad sexual, empezaba a convertirse en una pulsante prioridad. Tenía que tomar medidas sobre ese asunto lo antes posible o iba a cometer una estupidez de la que podía arrepentirse.

—Señor Winthrop —dijo Tracy. Aferró la MacBook Air contra el pecho como un escudo. El aroma a madera fresca, con toques de bergamota, en la oficina tenía que ser parte de los detalles de Amanda, pensó Tracy, y más le valía tomar nota para que incluso el ambientador siempre fuese el mismo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Detrás del minimalista escritorio, Sean parecía dominar el mundo. El ventanal, sin divisiones, dejaba ver gran parte del área más concurrida por hombres y mujeres de negocios de Toronto.

—La próxima vez no espere que otra persona le resuelva los problemas. Amanda está para entrenarla, no para hacer favores y salvarle el pellejo en el primer día de trabajo.

—No sé de qué...

—Mentir no se le da bien —interrumpió Sean— y su sonrojo la delata. La única persona que sabe que tomo café con azúcar, aunque lo pida negro, es Amanda. Cometa sus propios errores.

Tracy contó mentalmente hasta tres. No entendía la necesidad de probarla en detalles por completo estúpidos.

—En otra ocasión intentaré dejarle cinco tipos diferentes de café para que decida cuál le sabe mejor —sonrió.

Sean la quedó mirando. Tracy quiso darse contra las paredes, pero no había podido evitar el sarcasmo. El sarcasmo era un idioma que ella hablaba con fluidez. Debería quizá pensar en dar un poco de clases al respecto en las empresas.

—Mi chofer nos llevará dentro de cuarenta minutos a las oficinas

centrales de la Tabacalera Ghent en las afueras de Toronto.

Ella lo miró con una expresión única de sorpresa.

—Pero yo no he...

—Si no piensa leer la información que me entrega sobre un potencial cliente, ¿cómo cree usted que va a entender lo que escucha en las conferencias o juntas a las que tendrá que acompañarme? ¿Cómo va a tomar notas que me sean de utilidad? El informe de la tabacalera se lo pedí porque me gusta repasar ciertas anotaciones que dejo en los archivos. Su trabajo es leer sobre cada posible cliente de esta empresa y hacer una profunda investigación para que saque a colación los puntos que quizá yo deje pasar por alto en esas reuniones. ¿Está claro?

—Como el agua más cristalina —replicó con una gran sonrisa, cuando lo que más deseaba era darle a Sean un pisotón. Iba a tener que empezar a mover las piezas según sus propias reglas. No podía esperar que Amanda, en menos de veinticuatro horas, la preparase al completo para el puesto. Ya hacía suficiente con darle las directrices y ciertos consejos, además, claro, de haberle salvado la campana esa mañana con la lista de niñeras para Milla, el café, y los periódicos más importantes, esparcidos en la sección de Economía, sobre el escritorio de Sean.

—¿Mis trajes de la tintorería?

—Estarán en su residencia a las cuatro en punto. Su lista de llamadas tendré que cambiarla para poder encajar la reunión fuera de la ciudad. ¿Cómo va a proceder con respecto a la lista de niñeras?

Quizá debería empezar a romper el hielo llamándolo por su nombre de pila, pensó Tracy. Esta era la primera ocasión que, como publicista, tenía que tratar a un colega —indistintamente de su trayectoria o prestigio— como si fuese el presidente de una nación o el primer ministro canadiense. ¿En dónde quedaba el ambiente relajado y bromista que había visto en la sala de

creativos y directores de cuentas?

—Yo me encargo de eso más tarde —replicó Sean.

Ella asintió.

—¿Quiere que convoque una reunión de urgencia con el director que va a asignar para la cuenta de la tabacalera?

Sean se acomodó contra el respaldo de su silla. Se cruzó de brazos. Inclino la cabeza hacia un lado, ligeramente, y sonrió.

—Usted no recibe seis cifras como salario mensual para preguntarme *a mí* lo que hay que hacer en la oficina. Y si revisara su correo corporativo, entonces se habría dado cuenta de que Amanda hizo un envío ayer al terminar el día, copiándole a usted, sobre la reunión de hoy. —Tracy se maldijo por no haber pensado en revisar su correo de S.W. Group. Sean parecía ir a mil por minuto, y ella a paso de tortuga—. No hay director asignado porque primero me reúno yo con el presidente o vicepresidente de la compañía que quiere contratarnos, después pienso en el ejecutivo más adecuado para llevar la cuenta, a menos que a mí me interese particularmente entonces la tomo a cargo. ¿Comprendido?

—Comprendido, Sean —dijo ella con un asentimiento.

—Señor Winthrop —corrigió.

—Me parece que eso en un entorno creativo es aburrido. Puedes llamarme Tracy y no por eso me sentiré mejor o peor. Y yo, al llamarte Sean o tutearte, no dejaré de tener presente que eres mi jefe, pagas mi salario y das las órdenes —sonrió.

Sean reconocía que la mujer tenía nervio para exponerse a ser despedida por su comentario. En el primer día de trabajo nada menos. Interesante.

—Las opiniones que tenga con respecto a las políticas de mi compañía me tienen sin cuidado. Las reglas las pongo yo. Si quiere tutearme, va a tener que ganarse ese derecho. De momento, empiezo a poner en tela de duda que

haya tenido ayer mi mejor juicio al contratarla. —Tracy abrió y cerró la boca —. Ahora, *señorita Goldstein*, puede retirarse. —Apartó la mirada y se enfocó en su trabajo.

Dios, ¿cómo tenía tanta energía ese hombre por la mañana?, se preguntó Tracy. Su organismo estaba falto de cafeína.

—Hasta más tarde, *señor Winthrop* —replicó ella con un tono optimista, aunque no sin antes escuchar a Sean rezongar por lo bajo.

Una vez que estuvo tras su escritorio, Tracy tomó una profunda bocanada de aire. Sentía como si hubiera pasado en medio de un huracán. Si esas eran las primeras horas de trabajo, no quería pensar en las que todavía faltaban.

Había sido un inicio poco prometedor en un cara-a-cara con su jefe, pero eso no iba a condenar el resto de su panorama. Ella estaba decidida a hacer su mejor trabajo. De hecho, se sentía generosa, así que iba a regalarle a Sean una oficina menos fría. Apenas tuviera la ocasión, le pondría un toque de su creatividad para que las vibras fuesen más relajadas.

Tarareando en voz baja una canción, Tracy empezó a recoger las carpetas y organizarlo todo para la reunión con Tabacaleras Ghent. Imaginaba que no habría almuerzo con Amanda, ni tampoco la inducción que le prometió. «Bienvenidas horas extras en el primer día de trabajo.»

CAPÍTULO 4

—Queda todo muy claro —dijo Sean estrechando la mano de Ollie Munroe, el CEO de Tabacaleras Ghent—. Te enviaré a nuestro mejor director para que coordine la campaña. Ya tienes mi número de teléfono directo. Estaré supervisándolo todo para que quedes satisfecho con los resultados.

—Gracias por venir hasta nuestra planta para dialogar. —Se giró hacia Tracy, quien hasta ese momento había estado en silencio tomando notas en un cauto puesto en la larga mesa de juntas, y le dijo—: A pesar de su discreción, yo soy muy bueno leyendo el lenguaje no-verbal de las personas. ¿Hay algo que quisiera aportar a todo lo que se ha hablado aquí?

Tomada por sorpresa, Tracy se quedó mirando ceñuda al hombre de barba blanca y vestir elegante. Era la versión de Papá Noel en un traje de ejecutivo.

—Yo... —miró de reojo a Sean, y la indiferencia en su mirada le dijo que, primero, él no creía que tuviese nada que decir; y segundo, que si ella se atrevía a meter la pata iba a costarle el puesto—. No, por el momento no, señor Munroe. Tal vez en otra ocasión pueda dialogar más abiertamente —dijo con una sonrisa, y después miró de reojo la boca tensa de Sean.

Ollie asintió y observó al resto del equipo de trabajo que estaba recogiendo los materiales que se habían dispuesto para la extensa junta.

—Nuestros abogados estarán contactando a los tuyos —aseguró Sean.

—Sean, escucha, no podemos dejarte marchar sin una comida apropiada, hombre —dijo Ollie—, y ya son casi las tres de la tarde. Los hemos tenido aquí más del tiempo previsto, así que he pedido que reservaran una mesa en Cosmos, el mejor restaurante de esta zona. Mi hijo, Harry, está regresando desde Montreal, pero nos acompañará en la comida. Me gustaría que lo

conocieras. Tiene casi tu edad, y un futuro brillante cuando herede la tabacalera, estoy seguro de que tendrán mucho de qué hablar.

—Será un gusto. Gracias, Ollie.

—Usted también es bienvenida, señorita Goldstein —dijo el regordete empresario antes de guiarlos hacia los elevadores privados de las oficinas de la planta tabacalera.

El chofer de Sean, Coleman, esperaba a los dos publicistas. Una vez que ambos subieron al automóvil, el conductor puso rumbo hacia al restaurante.

Tracy empezó a tararear una canción, e iba cambiando de un momento a otro el tema de su tareareo. A veces lo hacía de forma consciente, otras, por inercia. El estómago le rugía de hambre, literalmente, y no veía el momento de llegar al restaurante. No obstante, ella era consciente de cómo funcionaban los encuentros gastronómicos que implicaban negocios: gastritis.

—¿Puede parar de hacer eso? —dijo Sean, con voz exasperada.

Ella se calló abruptamente. Miró a su jefe.

—¿De hacer qué?

—Tararear.

—No sabía que estaba prohibido por las normas corporativas —replicó encogiéndose de hombros.

—Tengo una jaqueca terrible, y si no se calla estoy dispuesto a dejarla en la mitad del camino para que haga el recuento de lo que falta hasta el restaurante a pie.

—Mi jefe es todo un caballero, awww —dijo con sarcasmo—. Gracias, *Sean*, pero no gracias. Te privaré de mis habilidades musicales... Una pena.

Él abrió solo un ojo y al verla sonreír volvió a cerrarlo. «Qué mujer tan molesta.» Si no fuese porque en verdad parecía dispuesta a todo con tal de mantener su puesto de trabajo, él ya la habría echado... No. No era verdad. En las circunstancias en que se encontraba la compañía, con tantos proyectos, él

no podía volver a perder el tiempo en la búsqueda de una candidata a asistente. Además, Tracy tenía un currículum impecable. El tonto sería él si la despidiese, porque además tenían en la empresa el problema con la competencia: los contratos fallidos, y eso era imperioso de resolver.

—Es usted una persona exasperante.

—Eficiente y optimista —corrigió.

—La vida no es fácil —dijo él a regañadientes. No sabía ni siquiera por qué estaba respondiéndole.

—No soy Deepak Chopra, pero me halaga que piense tan alto sobre mis capacidades reflexivas y haga comentarios para obtener mis opiniones. Muy sutil de su parte. Así que me gustaría darle un consejo, aunque...

—¡Silencio, señorita Goldstein! —zanjó dando un manotazo sobre el asiento de cuero—. Deje mi cerebro en paz unos minutos. No tiene ni veinticuatro horas en el puesto y está haciendo gala de una capacidad, nada loable, para exasperarme.

Ella se encogió de hombros. Sacó el iPhone y se colocó los audífonos.

Doce minutos más tarde, el chofer aparcó a la entrada del restaurante que parecía tener una fachada sacada de los años 40's. Sean bajó del automóvil y cerró la puerta. Esperó a que Tracy bajara, pero no sucedió. Golpeó la ventana tintada del Lincoln negro.

Tracy bajó el vidrio automático.

—¿Sí, jefe?

Sean tomó una bocanada de aire. Odiaba tener reuniones fuera de la ciudad, y más cuando Milla esa mañana había llorado incesantemente para pedirle que no se marchara porque estaba enferma y quería que fuese él quien la cuidara, y no la abuela. Las lágrimas de su hija ejercían presión en su habitual tranquilidad. Era consciente de que Milla lo tenía bailando en la palma de su pequeña mano, sin embargo, él rehusaba ceder a las

manipulaciones infantiles; era difícil, pero al ser el único con la capacidad de educarla, entonces tenía que tomar las decisiones más convenientes.

—Espero que no esté a la caza de una invitación especial para bajar del maldito automóvil y entrar al restaurante.

Ella sonrió.

—Claro que no, *señor Winthrop*, he decidido contribuir a que su dolor de cabeza continúe en descenso. De hecho, mientras usted esperaba de pie ahí afuera le he invitado a Coleman a almorzar en un McDonald's. —Le hizo de la mano moviendo los dedos en un gesto de despedida—. Volveremos cuando nos llame. Ya tengo todos los apuntes de la reunión y han sido enviados a su correo electrónico. Ahora, si le parece bien, espero que al menos sea considerado y nos deje disfrutar sin atorarnos de una rica y grasienta hamburguesa con papas fritas.

Sean se pasó los dedos entre los cabellos. Necesitaba toda su buena actitud para culminar ese agotador día fuera de la oficina. Él no era aficionado a salir de viaje de negocios, por más que se tratara de los alrededores de Toronto —dentro o fuera—, y su nueva asistente no estaba facilitándole las cosas. ¿Acaso no era esa, precisamente, una de sus más importantes funciones? O quizá tenía que ver con esa falda azul que se ceñía a un magnífico trasero y la blusa de seda palo rosa que parecía querer enseñar más de lo que estaba a la vista, por más de que eso fuese imposible porque él solo fue capaz de ver la blusa cuando ella dejó la chaqueta azul a un lado para empezar a tomar notas durante la junta.

Necesitaba echarse un polvo, urgentemente, o esa mujer iba a enloquecerlo con solo pocas horas de estar a su alrededor.

—Señorita Goldstein...

—Buen provecho, *jefe* —dijo ella mostrándole toda su perfecta y blanca dentadura en una gran sonrisa. Después subió la ventana del automóvil.

Sin poder creer cómo había sido despedido de repente, Sean vio el Lincoln alejándose calle arriba. En menos de un día, Coleman estaba bajo el embrujo de la parlanchina mujer. «Increíble», pensó elevando las manos al cielo.

Sean estaba agotado, pero la mujer parecía haber bebido seis tazas de café, porque cada que abría la boca para decir algo era como si recién hubiese descubierto la habilidad de hablar. Y tal vez ese había sido solo un día de suerte para Sean, porque consideraba prácticamente un milagro que Tracy hubiese estado en silencio durante toda la junta con Ollie.

Él entendía que su nueva asistente estuviese habituada a dar órdenes mas no a recibirlas, porque había sido dueña de una compañía, y tan solo por ese detalle él estaba siendo indulgente. Las credenciales de Tracy eran impecables y, después de varias indagaciones que le había pedido hacer a Amanda, sabía que su trabajo como publicista era muy bueno. Aunque, después del numerito que acababa de jugarle hacía solo unos segundos, iba a tener una seria charla con ella.

Sean se ajustó la corbata y el maître lo recibió en la entrada de Cosmos.

Esperaba no pescar una indigestión por el exceso de paciencia que estaba siendo forzado a desarrollar.

—Coleman, no sé cómo puede soportar a Sean —dijo Tracy dando un gran bocado a su hamburguesa.

Ese bocado era como entrar al cielo de los carbohidratos, en especial después de haber pasado más de cinco meses intentando comer sano. Su jefe era el culpable, ¿quién si no? Él la había instado a romper sus buenos hábitos alimenticios con su falta de calidez. No entendía cómo Ollie logró que Sean derrochara encanto en una sala de juntas y tuviese ese tono de voz tan agradable. Y todo, sin ladrarle órdenes a ella. Casi pareció civilizado. «Lo

que hace la gente por un buen contrato.»

—Llevo muchos años trabajando para la familia Winthrop y los años no han sido muy benévolos con el joven Sean. No es el mismo que conocí antes de que naciera la pequeña Milla.

Tracy hizo una mueca y hundió una patata frita en la mayonesa. «Mmm, ¡ñami!», pensó cerrando los ojos mientras saboreaba esa mezcla tan letal como adictiva. Se iba a morir algún día, ¿no? Además, no es que quisiera adelantar su partida de este mundo, lo único que deseaba era disfrutar un poquito de excesos “ligeramente saludables”.

—Ha fundado un imperio respetable —dijo ella apuntando su comentario moviendo la papita frita—. No sé cómo puede la vida ser más generosa con un profesional.

Coleman, con su expresión afable, esbozó una sonrisa. Hizo una bola de papel con la basura y la dejó sobre la bandejilla color negro de la comida.

—Tal vez, señorita Goldstein, detrás de las apariencias de una brillante fachada se esconden realidades muy duras de sobrellevar. Usted debe saberlo si trabaja en el mundo de la publicidad.

Ella frunció el ceño. Durante el trayecto al McDonald's Tracy le habló un poco a Coleman sobre su profesión. Omitió el dato de Adrian. ¿Para qué recordar la basura que una dejaba en el camino? Carecía de propósito.

—¿Hay algo que deba saber para evitar cometer graves errores en esta compañía? O más bien, ¿con Sean?

Coleman se incorporó. Tomó la bandeja con los desechos de él y los de Tracy. Ella también se puso de pie, no sin antes limpiarse los labios con una servilleta. No dejó la gaseosa, sino que se la terminó con gusto. No recordaba la última vez que había sido indulgente con sus deseos de comer comida chatarra.

—El tiempo es un gran maestro. En el momento en que deba saber algo,

pues lo sabrá, señorita Goldstein.

Tracy sabía cuándo podía presionar para obtener lo que quería, información en especial, y cuándo era mejor continuar su camino. El chofer era leal a los Winthrop y bajo ninguna circunstancia dejaría de serlo por una persona que acababa de conocer menos de veinticuatro horas.

—Será mejor que vayamos al restaurante —comentó Tracy con una gran sonrisa, le caía bien Coleman—, porque tengo dos llamadas perdidas del jefe. Y cinco mensajes de texto para decirme que está listo. ¿Cómo no se permite disfrutar de una comida en santa paz? Parece que comió a la velocidad de un rayo.

El chofer la miró con estupor, como si ella hubiera permitido que el Big Ben fuese decorado con obscenos grafitis, y apresuró el paso. Él revisó el teléfono, pero se dio cuenta de que lo había dejado en el automóvil, porque Tracy le prometió que avisaría si Sean llamaba.

—Debió decirme. Jamás llego tarde cuando el señor Winthrop me necesita —dijo con preocupación—. Pensé que acordamos que me diría si recibía una llamada.

Tracy se sintió culpable.

—Lo siento, Coleman. Dejé el teléfono en silencio a propósito... Cualquier problema yo asumiré la culpa. Solo quería terminar de comer mi comida con tranquilidad, y que usted pudiese hacer lo mismo —murmuró las últimas palabras con pesar—. De verdad, me siento apenada. No volveré a hacer algo así.

El chofer le abrió la puerta trasera del Lincoln sin decir palabra. Subió al asiento del conductor y puso en marcha la máquina del vehículo.

—Por favor, abróchese el cinturón de seguridad.

Y así, con distante y monótono tono, él le estaba diciendo que acababa de cruzar un límite. Ella no era idiota, y si quería tener en el chofer a un

aliado, más le valía no volver a tomarse arbitrariedades en decisiones que pudieran afectar el trabajo de otros.

Las oficinas de S.W. Group continuaban en plena actividad cuando el reloj marcó las primeras horas de la noche. La mayor parte del equipo administrativo no estaba ya ejerciendo labores, pero otra historia era el grupo de creativos que tenían campañas por pulir, organizar, bosquejar, y presentar. Los publicistas vivían una carrera comprometida e invertían mucho su creatividad en ideas siempre procurando diferenciarse del resto. Las personalidades de muchos de ellos eran bastante peculiares, incluso algunos podrían calificarlas de exóticas.

Últimamente habían ingresado en la lista de clientes varias compañías, pequeñas pero sólidas, y requerían de un plan de publicidad mucho más detallado para sus productos. No era fácil convencer a los gerentes o presidentes corporativos sobre la necesidad de implementar un cambio en la visión o formato de presentación a la hora de llevar la imagen de la compañía a los consumidores, pero ese era parte del trabajo de un publicista. A veces, Sean, podía ejercer de 'todólogo' y otras veces tenía que hacer un gran esfuerzo para no convertirse en el próximo asesino en serie del país. «Si la paciencia pudiera comprarse...», aquel era un pensamiento recurrente en Sean.

Tracy avanzó por el pasillo alfombrado de la compañía y llegó hasta el escritorio que compartía con Amanda temporalmente. Dejó la carpeta y la Macbook en la superficie de madera pulida. Todavía le faltaba decorar el espacio con su toque personal, y el espacio de su nuevo jefe, pero ya habría tiempo para esos detalles.

—Usted es nueva en la compañía, imagino —dijo un hombre que, después de verlo tantas veces en las revistas, le era muy familiar a Tracy.

Ella no pudo evitar la luminosa sonrisa en el rostro. Le extendió la mano, y todo el mal humor de la tarde en compañía de un jefe gruñón se esfumó.

—Señor Luther, vaya, qué honor —dijo—. Admiro su trabajo y siempre lo pongo de ejemplo como una visión con toques contemporáneos, pero que mantiene el impecable estilo conceptual de los publicistas exitosos de antaño.

Jackson soltó una carcajada y estrechó la pequeña mano de Tracy.

—Gracias. Siempre es agradable un halago a esta hora de mierda en un día tan complicado —dijo con desparpajo—. ¿Y tú eres?

—Tracy Goldstein, la nueva asistente de Se... del señor Winthrop. Apenas empecé a trabajar hoy.

Él asintió.

A pesar del tono desenfadado y la postura afable, Jackson no era ni por asomo una persona fácil de leer. Infundía respeto y confianza al mismo tiempo, y aquella era la combinación ideal para un líder.

—¿Has hecho ya un recorrido por todas las oficinas?

—Sí —sonrió Tracy—, es un piso impresionante. La sala de la cafetería parece hecha para impedir que los empleados quieran salir de la oficina.

Jackson se rio.

—Puedes pasarte por la librería central también, allá tenemos archivos de todos los casos que hemos trabajado desde la creación de la empresa. Seguro te resultará muy ilustrador, y al ser la nueva asistente personal de Sean será de gran utilidad al momento de ponerte al día sobre algún cliente que quiera volver a trabajar con nosotros en una campaña.

—Lo haré, gracias.

—¿Viene Sean contigo o se quedó en la junta fuera de la ciudad?

Tracy no preguntó cómo sabía de Tabacaleras Ghent, porque ambos socios —según Charlotte— estaban al tanto de las negociaciones que se llevaban. Y resultaba lo más lógico. De hecho, el único modo de hacer

negocios en un mundo en el que primaba la competencia desleal.

—Tuvo que ir a ver a su hija —replicó—. El chofer me vino a dejar, pero partió de inmediato con Sean —se encogió de hombros—. Solo he venido a recoger un par de documentos. La cuenta de la tabacalera es muy prometedora.

Jackson asintió.

—Eso he escuchado. En todo caso, Tracy, bienvenida a la compañía. Nuestra política es de puertas abiertas, es decir, puedes acercarte a hablar con frontalidad sobre cualquier tema laboral que esté causándote molestias, dudas o incluso si tienes nuevas ideas o propuestas para mejorar el entorno. Nos gusta escuchar a nuestros empleados.

—Ese es uno de los motivos por lo que siempre he querido trabajar aquí —dijo Tracy con emoción—, gracias, señor Luther.

—Solo dime 'Jackson'. Las formalidades no aplican conmigo.

—Así será entonces.

—Que tengas una fructífera carrera con nosotros —dijo el vicepresidente de la empresa antes de alejarse para continuar con su ajetreada agenda de trabajo.

El humor de Milla no era el mejor esa noche. Después de que le hubiera bajado la fiebre, y el malestar corporal, los incómodos mocos habían hecho acto de presencia. Sean se desesperaba por la más mínima incomodidad que su hija pudiera sufrir, y esta ocasión no era en absoluto distinta. Era solo una gripe, tal vez, pero él se sentía preocupado como si se tratara de un diagnóstico fatídico.

—Papi —dijo Milla acostada en la cama—, yo no quiero ir a la escuela mañana.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

Él no pensaba enviar a su hija para que tuviese contacto con otros niños ante el peligro de contagiarlos, y tampoco quería que ella estuviese fastidiada en un entorno sin los cuidados que Milla requería hasta su completa recuperación.

—Vale —dijo con un asentimiento solemne—. Pero es que, de verdad, papi, no quiero ir mañana... —susurró esto último acompañado de un puchero.

—La escuela es un lugar importante para que aprendas cosas nuevas.

—Me gusta mi cuarto —dijo con una expresión de desamparo.

—Lo sé, Milla, pero no va a irse a ninguna parte. Seguirá aquí hasta cuando regreses de la escuela. Cada día. Al igual que yo.

La habitación tenía detalles escogidos por la pequeña. Estos detalles se notaban especialmente en las partes en que había impresiones de unas manitas pequeñas con diferentes colores de pintura, y también en los sitios en los que el papel decorativo de la princesa de Disney, Mérida, no lucía tan impecablemente plasmado. El resto, gracias al trabajo de una persona perfeccionista como Sean, se veía magnífico.

La decoración invitaba a dar una escapada de la realidad con toques muy artísticos, en especial la cama de Milla, porque Sean la había enviado a tallar con escenas de la película Valiente. La iluminación era muy clara, salvo por la lámpara que estaba en el escritorio en el que Milla hacía sus tareas. También había una lámpara para leer, sobre el respaldo de la cama, y en el centro de la habitación estaba ubicado un pequeño proyector de estrellas y constelaciones que se reflejaba en el techo color blanco. A ratos, Sean se preguntaba qué haría el día en que su hija creciera.

Él trataba de captar momentos importantes con una cámara profesional, y mantenía varios álbumes familiares que guardaba en una preciosa estantería en la sala de lectura de la casa. Amaba la tecnología, pero nada podría

reemplazar la idea de pasar generación tras generación las fotografías impresas. El digital podía perderse, lo que permanecía plasmado en papel, difícilmente.

—Tengo un poco de frío.

Él la arropó.

—¿Mejor?

Ella asintió, y Sean se acomodó a su lado. La abrazó mientras le acariciaba los cabellos que mantenían el aroma al shampoo infantil de manzanilla.

—Quiero quedarme contigo todo el día —dijo con tono de tristeza.

—Tú eres una niña grande, Milla —dijo con dulzura—, y muy valiente como la princesa Mérida. Así que tienes que sacar las mejores calificaciones de toda la clase, porque pronto te sentirás mejor.

Ella lo miró, y asintió con suavidad antes de empezar a cerrar los ojos.

Una vez que la niña estuvo dormida, Sean salió de la habitación. Eran las ocho de la noche. Bajó a la cocina y empezó a hacerse un sándwich de pollo con tomate y lechuga. Su vida era solitaria salvo por la presencia de su hija.

Se acomodó en una de las sillas del desayunador de cuatro puestos. Mientras daba un bocado al pan, Sean contempló la cocina de su casa acompañado por el silencio exterior.

El diseño de la casa había sido encargado a un arquitecto con ideas muy pragmáticas sobre el uso inteligente de los espacios, mientras la decoración la realizó una especialista fanática del estilo clásico de los años 20's. Así que el resultado había sido una fantástica mezcla de dos estilos que le aportaban a la propiedad un aire sofisticado y clásico a tiempos iguales.

La cocina era una de las estancias en las que más tiempo solía pasar Sean, por su hija, y también porque resultaba más fácil sentarse a trabajar con el ordenador en la mesa del desayuno porque así tenía más cerca la máquina

de café. Los anaqueles de madera pintada de blanco con agarraderas doradas le brindaban calidez al entorno. Los anaqueles contenían finas vajillas — herencia materna— y también había todos los utensilios inimaginables para cocinar, y muchos de ellos Sean no tenía la más remota idea de cómo utilizarlos. El mesón de mármol ubicado en el centro, y rodeado por el más moderno conjunto de electrodomésticos, había sido idea de la madre de Milla, años atrás...

Estaba a punto de terminar su cuarto mordisco del sándwich cuando el bolsillo del pantalón azul de mezclilla que llevaba empezó a vibrarle. Dejó el sándwich a un lado y deslizó el dedo sobre la pantalla al darse cuenta de quién se trataba.

—Buenas noches, señor Winthrop.

—Hemos vuelto a la formalidad —dijo Sean—, imagino que es un gran avance.

Tracy dejó escapar una risa, y él no pudo evitar sonreír también. Estaba en casa, y tal vez el ambiente tranquilo lo había relajado. Lo más importante: ella no podía verlo, así que su libido estaba a salvo.

—No se deje engañar —replicó Tracy—. Lo llamo porque me pidió que le entregase unos documentos, pero no sé si piensa regresar a la oficina. Aquí tengo un fajo de papeles. Puedo escaneárselos, aunque con todo eso de la seguridad informática y blablablá... Usted dirá qué debo hacer. —Sean murmuró por lo bajo una maldición, porque había olvidado por completo esa parte—. Sé que el trabajo no tiene horario fijo, pero al menos quiero saber si tengo que empezar a considerar traer una tienda de campaña para dormir en las noches en medio de la oficina a esperar que usted me indique si puedo o no irme.

Sean cerró los ojos momentáneamente. La mujer era exasperante. Nadie se atrevía a hablarle de esa manera.

—Debería hacer una lista con los comentarios tan fuera de sitio que siempre tiene para decir, señorita Goldstein, pero tengo otras cosas más importantes que hacer como por ejemplo *trabajar*. Anote mi dirección, y tráigame esos documentos ahora mismo. Y antes de que lo pregunte, sí, la compañía cubre los gastos de transporte o gasolina en el caso de que tenga usted automóvil.

—Tengo automóvil, sí. Le pasaré la factura —dijo—. Aquí tengo todo para tomar nota de la dirección de su casa, así que usted dirá... —Sean empezó a dictarle, pero ella interrumpió—: Hey, espere, espere, ¿ha dicho Bridle Path?

—Pensé que mi dicción era muy clara —dijo él rascándose la cabeza. Su cabello era negro como el de las alas de un cuervo. No tenía la suerte de que fuese fácil de peinar, así que Sean lidiaba cada mañana con el gel para mantener su cabello en el sitio correcto todo el tiempo, pero cuando estaba en casa su maraña ondulada hacía gala de su esplendor. Su madre solía decirle que parecía un pirata con traje de hombre moderno, y él se limitaba a reír.

—Yo vivo en Lawrence Park y usted en Bridle Path, así que somos casi vecinos, y puedo estar allá sin problemas apenas cierre aquí la oficina...

—De acuerdo —murmuró Sean.

—Amanda se fue un poco temprano porque tenía una cita médica —continuó sin inmutarse por el tono exasperado en la voz de su jefe—. ¿Sabe? El personal de ventas de la empresa es muy amable, y el equipo de creativos está tan lleno de gente peculiar —sonrió para sí misma porque se identificaba de algún modo con ellos—, tuve la oportunidad de charlar con algunos mientras esperaba a que usted volviese y fui a tomar un té a la cafetería, que por cierto es muy completa. Ah, y también hoy conocí a Jackson, y déjeme decirle que...

Sean se frotó los ojos con los dedos de la mano que tenía libre. Esa

tarde, aunque hubiese querido, no le fue posible concertar las entrevistas con las tres candidatas que le parecieron más idóneas para el puesto de niñera. Al día siguiente, menos mal, su madre iba a salvarle el día cuidando a Milla. Los demás días tenía una agenda muy compleja en la oficina, y llevar a su hija no era una opción. Necesitaba organizar esa misma noche las entrevistas con su parlanchina asistente o iba a tener una semana de pesadilla a la cual enfrentarse. Esto último no le apetecía lo más mínimo.

—Señorita Goldstein —dijo con un tono impaciente—, no le pago para que me haga un recuento de su vida social dentro de la oficina. Tiene veinte minutos para llegar aquí con los documentos.

—Pero...

—Veinte minutos —repitió él, antes de cerrar la comunicación. No lograba comprender cómo esa mujer tenía tanta energía para parlotear y sonreír todo el tiempo. Solo esperaba que se tratase de la emoción de emprender un nuevo proyecto profesional, porque Sean no estaba seguro de poder mantener la cordura entre las curvas femeninas, su eficiencia y esa parlanchina forma de comunicarse.

CAPÍTULO 5

Tracy aparcó en el exterior de la casa de Sean.

En el camino desde la oficina había pasado por un autoservicio de McDonald's. Era fan de las papas fritas, ¿y qué? No es que sus curvas fuesen a disminuir con las clases de Zumba. Privarse de un capricho no estaba dentro de su agenda de vida. Revisó la carpeta que contenía los archivos que Sean le había pedido. Todo estaba completo. Menos mal.

Le gustó el exterior de la casa de Sean, y eso que las propiedades en la zona eran hermosas arquitectónicamente. Todas en su estilo particular. No en vano era una de las áreas más acaudaladas de Toronto.

Con un frondoso jardín delantero, iluminado con luces tenues y un caminillo de piedra daba paso a dos juegos de escalones bajos y cortos, la casa invitaba a ser recorrida. Tenía dos plantas y una puerta negra inmensa como preámbulo a lo que, según Tracy, de seguro sería un sitio acogedor y decorado con mimo. Si le pertenecía a un publicista como Sean Winthrop, ella no dudaba de que tendría todos los ingredientes adecuados para darle un toque hogareño.

Bajó del automóvil y estuvo a punto de llamar a la puerta cuando recordó que Sean le había pedido que le enviase un mensaje para no despertar a la pequeña que vivía con él. Así lo hizo e instantes después, el tragaluz de la puerta se encendió.

Acostumbrada a mantener siempre la compostura, Tracy se sorprendía porque sus nervios parecían traicionarla constantemente en presencia de Sean. No había esperado la súbita atracción que sintió la primera vez que lo vio en persona, ni tampoco el modo en que molestarlo a propósito —tan solo para observar la reacción que él podría tener— la hacía sentirse un poco más

cercana. ¿Empezaba a perder la cabeza con solo 24 horas de trabajo en una oficina que iba a mil por hora? Más le valía que no.

Por lo general, cuando su cerebro registraba a alguien del sexo opuesto bajo la etiqueta de “trabajo” o “cliente empresarial”, ella se conducía de forma impecable y sus reacciones eran medidas, y su cerebro se coordinaba con su boca antes de hablar. Esto último no sucedía cuando estaba en presencia de Sean. Curioso y preocupante a tiempos iguales, en especial porque quizá existiese una corriente de atracción, pero Tracy era consciente de que su jefe tenía cosas más importantes que hacer que analizar las reacciones —desmesuradas o no— de su nueva asistente personal, en especial cuando tenía una hija. El hombre llevaba su imperio publicitario con mano de hierro, y —en palabras de Amanda— su único Norte era Milla. Tracy tenía curiosidad sobre la madre de la pequeña, pero más le valía guardarse sus inquietudes. Imaginaba que pisaba terreno minado. Uno podía sentirse atraída por un hombre que tenía dueña, eso no estaba mal; lo censurable era intentar algo más que solo saludar, conocerlo o ser su amiga o empleada. Ella no era ese tipo de mujer. Además, había experimentado en carne propia la horrible sensación de ser traicionada.

El recuerdo de aquella etapa tan triste de su vida la hizo reaccionar y quitarse toda la bobería que llevaba en la cabeza en lo referente a Sean. Sí, era un hombre por el que cualquier mujer daría todo para tenerlo a su lado. Inspiraba respeto, causaba suspiros con su masculinidad, y tenía una vena viril que lograba desconcentrar con facilidad, aunque nada se comparaba con su ingenio profesional e inteligencia, así como su historia de éxito corporativo siendo tan joven.

Con un plan profesional a la vista, Tracy, no iba a permitir que sus emociones más mundanas, como la atracción sexual y punzante hacia Sean Winthrop, arruinaran las posibilidades de recuperar su prestigio profesional.

Y no porque quisiera demostrar a otros que podía abrirse paso exitosamente en cualquier sitio del mundo, no. En este caso era un asunto de validarse como profesional en el espejo, y ante el reflejo más difícil: el propio.

—Pase, por favor.

Ella tardó breves segundos en reaccionar. Con la camiseta blanca, pantalón de mezclilla, descalzo y con el cabello desordenado, Sean podía ser la imagen de una campaña publicitaria millonaria. Tracy tragó en seco.

—Buenas noches, jefe —murmuró recordando claramente por qué no podía dejar a sus emociones tomar el timón del barco.

La puerta se cerró tras ella, y cuando Sean pasó a su lado para guiarla al interior de la casa el perfume masculino la sacudió internamente. Necesitaba tener sexo. Eso era todo. Claro que sí.

—Aquí estaremos cómodos, la calefacción está encendida —dijo él extendiendo la mano para que ella se sentara en uno de los mullidos sofás blancos de la sala de estar—, pero si tiene frío, puedo subir un poco más la temperatura. Mi hija está dormida, así que apreciaré que mantenga la voz baja. —Tracy asintió—. ¿Le ofrezco algo de beber?

—Un té caliente estaría bien... Gracias.

—Ya vuelvo —dijo apartándose, mientras ella daba un buen vistazo a la casa.

El tono cordial y amable de Sean la desconcertó por completo. ¿Habría tomado Xanax o algo así para controlar el genio de mil diablos que tenía en la oficina? Tal vez el solo hecho de estar en un ambiente más calmado, lo impulsaba a actuar en consecuencia. Con la mirada, Tracy, empezó a buscar vestigios femeninos alrededor. Quizá era un poco machista el pensamiento de que solo las mujeres tenían ciertos detalles que lograban que otros identificaran esa “mano femenina” en la decoración del hogar. En este caso, Tracy no podía deducir nada, pues el entorno era sobrio desde todo punto de

vista... y eso podía ser tan femenino como masculino.

Dejó de lado sus cavilaciones existenciales, y prefirió dirigir su atención hacia las fotografías que constaban en algunas esquinas. Las tomas solo eran las de Sean con su hija, y otras, con una señora mayor; imaginaba que la abuela de Milla. Por ningún lado se veía una esposa. «Qué curioso.» O quizá la parte más personal estaba en las estancias menos accesibles a las visitas, por más conocidas que fuesen. Había todo tipo de personas; desde las más abiertas hasta las más cuidadosas de su intimidad. Ella respetaba eso, aunque no por ello se volvía menos curiosa por querer conocer lo que otros intentaban ocultar. Su abuela solía decirle que, en lugar de dedicarse a publicista, le hubiera quedado mejor el título de detective.

Recorrió con la yema del dedo el marco de una fotografía que reposaba sobre la chimenea. En la toma, Sean estaba sonriente junto a Jackson, este último sostenía un reconocimiento profesional. Tracy imaginaba que se trataba de alguno importante, pero no lograba leer. Se acercó un poco más y leyó: *Paradigma*. La placa más codiciada que se entregaba anualmente a la mejor compañía publicitaria de Canadá. «Magnífico», pensó con una sonrisa en los labios, y recordó porqué estaba trabajando como asistente personal en esos momentos, en lugar de hacerlo como publicista.

Su carrera profesional estaba en el tablero, y no podía darse el lujo de perderla. No otra vez...

Continuó su breve recorrido por la inmensa sala. Se preguntaba qué tal lejos quedaba la cocina, porque la casa estaba en un sepulcral silencio.

Todo lo que había esperado ver en una propiedad como aquella, y más, la rodeaba en esos momentos. Obras de arte discretas, y originales de seguro, colgaban de las paredes amplísimas. El suelo estaba recubierto por una alfombra gris, impoluta. La chimenea estaba apagada, aunque los vestigios de ceniza daban cuenta de que había sido recientemente utilizada. El techo era

alto y de él pendían lámparas con gotas de cristal dispersas en dinámicas secuencias. La escalera estaba al final, y ella suponía que llevaba a las habitaciones.

Tracy volvió al sofá. Estaba algo cansada. Desde que volvió del viaje a la tabacalera, Amanda la instruyó sobre todos los detalles que consideró importantes antes de la cita que tenía con el médico. La mujer era una máquina de trabajo, y Tracy imaginaba que se trataba de la familiaridad con la compañía. Tenía suerte de que Amanda fuese generosa en su afán de dejarlo todo organizado antes de su partida, incluyendo instruir a su reemplazo.

Sean debía ser un jefe estupendo cuando no estaba interpretando el papel de tirano, porque no fácilmente se creaba una lealtad en un empleado con el carácter de Amanda hasta el punto de ofrecerse a capacitar a una persona que – viéndose desde un punto de vista lógico – era la competencia profesional. Una lástima que pronto ella no volviese a ver a la asistente saliente de Sean, porque sin duda la mujer era una fructífera fuente de información. Le iba a tocar tantear el terreno casi desde cero. Un reto interesante. Tracy se pasó la mano por el rostro. Le ardían los ojos.

Rebuscó en el bolso y sacó unas gotas hidratantes. Aplicó dos gotas en cada ojo.

Frunció el ceño al notar que Sean no volvía. Hacer un té no era nada fuera de este mundo. Con un suspiro se puso en pie, y siguió el camino por el que su jefe se había alejado. La casa era más grande de lo que pensaba.

Mientras caminaba por el pasillo encontró varias estancias. Todas tenían las puertas abiertas, y se podía entrever amplísimas estanterías, un piano de cola, una habitación que parecía ser un mini cine en casa. «Interesante», pensó Tracy, mientras iba dejando atrás esas puertas que, de haber sido otra la situación, ella hubiese abierto del todo para explorarlas más a fondo.

No quería presionar sus límites... No de momento al menos.

Después de servir el té, Sean salió de la cocina con una bandeja de plata entre las manos. Llevaba azúcar y leche, porque solía tomarlo de esa manera desde que tenía memoria. Por otra parte, era consciente de que Tracy solo había tratado de hacer su trabajo, y lo había pillado en un momento complicado desde que pisó las oficinas de S.W. Group. Él no solía ser tan ácido con las personas con quienes se vinculaba a nivel empresarial, menos si una de esas personas iba a ser su mano derecha.

Ahora, en el silencio de su casa, Sean se sentía menos presionado, aunque no por eso podía relajarse en lo relacionado con la niñera de Milla. Necesitaba con urgencia resolver ese asunto. Podría pedirle a Tracy que hiciera un tiempo extra cuidando a Milla, remunerado de forma espectacular eso sí, pero consideraba que aquel era un límite entre asignar tareas y abusar del tiempo – aunque fuese pagado – de un empleado. Él no era ese tipo de jefe.

—Aquí tiene —le dijo a Tracy—. ¿Está cómoda?

Ella asintió y tomó la taza de té. Le vertió un poco de leche y agregó dos cubitos de azúcar. Mezcló con suavidad. Sentirse observada, en un entorno tan personal, la hizo consciente de lo cerca que estaba Sean. El aroma masculino entremezclado con la colonia personal, y sumada a la apariencia despreocupada, empezaba a causarle nervios. Esto último podría traducirse en un principio de verborrea. ¿Quién tenía ganas de escuchar todos sus comentarios dichos como si estuviese dictando una carta de urgencia?

—Gracias, señor Winthrop...

—Tal vez he sido demasiado obtuso con usted, por favor, llámeme por mi nombre como intentó hacerlo en un inicio. No ponga esa cara de asombro —sonrió—. No soy un ogro... —Tracy asintió—. Decir que he tenido unos días de mierda no es un justificativo para mi tozudez, pero sepa que sus

esfuerzos son apreciados, aunque no tanto su tendencia a hablar de más.

Tracy soltó una risa suave.

—Si yo te tuteo, puedes hacer lo mismo.

—Lo sé, pero gracias por tu permiso —replicó él enarcando una ceja, y eso la hizo sonreír.

—¿Repasamos la lista de niñeras para tu hija? —preguntó Tracy—. Imagino que es otro de los motivos por el que me pediste que viniese.

Él asintió, y se acomodó junto a ella.

Estuvieron hablando durante casi una hora. Pros y contras de cada perfil. A medida que ella escuchaba los argumentos de Sean para aceptar o rechazar a determinada candidata, entendía el amor que sentía por Milla y cuán protector era de su única hija. Tracy se preguntaba cómo sería experimentar el sentirse protegida por un hombre como Sean. Y ese pensamiento era su señal para tomar sus cosas e irse. No quería pisar bombas de tiempo.

—Entonces queda todo arreglado —dijo Tracy, incorporándose. Se alisó la falda morada del vestido y empezó a acomodarse la bufanda. La noche estaba fría y no quería pescar un resfriado—. Mañana en la tarde despejo tu agenda de la oficina para que puedas tener libre el tiempo necesario para entrevistar a las cinco personas que has elegido como más idóneas.

Él la quedó mirando un rato, antes de asentir e incorporarse.

—Gracias. Le diré a recursos humanos de tu paga extra de hoy. No será siempre un requisito que vengas aquí, pero mi hija está enferma y no podía volver a la oficina con ella en brazos de nuevo ni tampoco esperar a otro día para dejar esta situación coordinada de una buena vez.

—No hay problema, Sean —dijo con suavidad y se ajustó la chaqueta—. Entiendo la situación.

—Gracias. Te acompaño a la salida.

—Espera —dijo ella de pronto, y Sean enarcó una ceja—, sé que no me

compete...

—Otra de tus curiosidades —murmuró él, interrumpiendo y cruzándose de brazos. Tenía una expresión de buen humor en el rostro, porque entendía que Tracy pudiese tener inquietudes sobre la compañía o sobre los procesos habituales. No había sido el mejor día para un primer encuentro laboral, pero él pensaba remediarlo. ¿Acaso no era una gran concesión pedirle que lo tuteara?

En la calma de su hogar, la presión del entorno no existía y Sean podía relajarse un poco, aunque eso no implicaba que la punzante erección —al tener el aroma femenino tan cerca y la curva de esa boca sensual a poca distancia— pudiera desaparecer por solo quererlo. Tendría que aprender a lidiar con ello—. Pregunta lo que desees saber sobre la compañía —dijo en tono tenso.

Ella se aclaró la garganta y aferró el bolso contra su costado. ¿Era su idea o las chispas de química eléctrica pasaban entre los dos en medio del silencio y el leve sonido del reloj cucú de la sala?

—No tiene que ver con la compañía —expresó, como si necesitara dejarlo claro, y tampoco le dio tiempo a Sean de replicar nada antes de agregar con rapidez—: ¿Voy a conocer a la madre de Milla o tendré que tratar algún tema con ella en algún momento? Me gustaría saberlo, porque así...

—No continúes —interrumpió Sean elevando la mano derecha para reafirmar su exigencia—. Cualquier requerimiento te lo enviaré por correo, Tracy, ahora es momento de que vayas a descansar a tu casa. Gracias por el trabajo de hoy, y espero que a partir de mañana la situación se agilice en cuanto a tu adaptación a los requerimientos de la compañía.

Tracy era del tipo de personas que podía leer con facilidad el rostro de otros, pero no en este caso. Apenas terminó de formular la pregunta en voz alta, el rostro de Sean se volvió más impenetrable. Sus ojos negros parecieron

costrar un brillo severo y la forma en que torció la boca, le dio un indicio de que su curiosidad no era en absoluto bien recibida al tratarse de un tema personal.

—Gracias, errr, creo... —apretó los labios, y agregó—: Tengo un contrato de confidencialidad con tu empresa y que está más que blindado. Lamento que...

—Eso es todo, Tracy —interrumpió con menos paciencia cada vez.

—Me dijiste que podía preguntar, y...

—Temas empresariales —dijo con severidad—. Mi vida privada, aparte de que organices entrevistas para la niñera de mi hija, es mía, salvo que yo te permita lo contrario, lo cual no haré. Ahora, si me disculpas, me gustaría acompañarte a la puerta para poder ir a ver a Milla de inmediato.

Se sintió avergonzada por su abrupto intento de conocer más sobre él. Asintió con pesar.

—Sean, yo solo quería entender cómo funcionaba la dinámica, y si acaso podría encontrarme en una situación en la que tu esposa... —suspiró con reticencia al notar la tensión en él—. Vale... Lo siento. Yo solo quería tener claro el panorama. Gracias por el té.

—Vamos —dijo Sean con un suspiro de frustración y colocando la mano en la espalda baja de Tracy para guiarla hacia la puerta.

Ella no quería crear un clima hostil.

En mi favor debo confesarte, Sean, que a veces suelo ser muy curiosa, porque me gusta tener clara la perspectiva sobre la que voy a trabajar, en especial en un empleo como el de asistente personal para el que no tengo experiencia, y para el que quiero ser eficiente. No era mi intención causarte incomodidad.

Él asintió bruscamente.

—Mi compañía publicitaria es tu prioridad, Tracy. Punto. Es por ella

que recibes una paga mucho más alta que cualquier otra asistente en Toronto. Límitate a mantener una distancia profesional.

—¿Esto último es una advertencia?

Sean apartó la mano de la espalda de Tracy y se frotó las sienes. Estaba a punto de perder el control, y acallar a esa tentadora mujer con su propia boca y no con palabras precisamente. Tomó una profunda inhalación.

—Es una orden —dijo Sean.

El perfume de Tracy lo tenía atrapado en una suerte de maldito hechizo que parecía impulsarlo a desear besarla hasta quitarle toda conciencia de la realidad. Y ese era solo el principio, porque su curiosidad implicaba querer descubrir todos los secretos de Tracy que tenían como principal objetivo saber qué la haría gemir de placer y cómo sería deslizarse en su interior. Estaba en problemas e iban más allá del simple hecho de desear a alguien.

Molesto consigo mismo, y con ella por ponerlo en una posición como aquella sin ni siquiera ser consciente del efecto que le causaba, sacudió la cabeza en un gesto que procuraba quitarle los pensamientos lujuriosos sobre Tracy. Tenía demasiado tiempo sin el contacto físico con una mujer. No solo porque apenas tenía espacios libres en su agenda, incluso cuando iba de viaje de negocios, sino porque jamás permitiría que una mujer intentara acercarse a Milla lo suficiente para intentar manipularla con el fin de llegar a él. Aunque, para que alguien fuese capaz de atraparlo, él tendría que estar libre de todo remordimiento. Y la libertad era un lujo que no poseía desde hacía muchos años, y tal vez continuaría de esa maldita manera a no ser que un condenado equipo de médicos y abogados dictaminase lo contrario.

—Yo... Entiendo, pero puedes hablar conmigo. Eres mi jefe, sí, aunque también una persona que quizá necesite de otra que lo escuche. Soy buena escuchando —sonrió— y no te cobraré horas extras —dijo tratando de alivianar un poco el tenso entorno que había surgido de pronto.

Sean acortó la distancia y su rostro quedó solo a un palmo del de Tracy. Las pupilas de la mujer se dilataron, y aquella fue una clara revelación para Sean de que, a pesar de la eficiencia de su nueva asistente, perderla por un momento de lujuria implicaría crear un caos en su vida profesional. Incluso una posible demanda por acoso sexual en la oficina. Él no necesitaba sabotearse a sí mismo. No tenía ganas de acarrear problemas. Tenía suficientes.

Probablemente era tiempo de aflojarse las cadenas que se había autoimpuesto después de que nació su hija. Tal vez era el momento idóneo para buscar una compañía femenina que no implicase un compromiso, pero lo más importante era que necesitaba que fuese alguien sin vínculos con su ámbito laboral ni social. Necesitaba alguien de perfil bajo y discreto. Tenía que ponerle remedio a su celibato o iba a cometer un grave error más pronto que tarde.

—Voy a contar hasta tres, Tracy, si no sales por esa puerta pronto — señaló el umbral de la salida— vas a marcar el récord de la asistente personal que más rápido ha sido despedida en la historia de Canadá. ¿Te gustaría eso?

—N... no. No.

—Eso pensaba —replicó abriendo la puerta, y ella puso su cuerpo al amparo de la noche. El viento frío entró a la casa como si fuese el rey que dominaba el mundo, no solo afectando la temperatura de Sean.

Tracy abrió y cerró la boca para decir algo más, pero no salió ni una palabra de su garganta. Un cosquilleo empezó a recorrerle el cuerpo, aún bajo las capas de ropa, con el toque de Sean —minutos atrás— todavía vibrándole en la espalda baja. El brillo oscuro de aquellos ojos la mantenía inmobilizada.

Consciente de la química tan palpable que chispeaba alrededor, pero que al parecer solo la afectaba a ella, Tracy tragó en seco y no protestó ante la súbita reacción fiera de Sean. Mantuvo silencio incluso cuando él cerró la

puerta, prácticamente en sus narices, con un suave `clic`.

Boston, Estados Unidos.

Bethany se despidió de Agnes, su amiga del grupo de enfermeras del turno de la madrugada en el hospital, y agarró la chaqueta para protegerse del frío. Tiritando abrió la puerta de su automóvil y de inmediato encendió la calefacción. Cuando estuvo a una temperatura decente se relajó. Llevaba demasiado tiempo sin concederse un respiro, aunque lo que más le pesaba era no haber sido lo suficientemente valiente para abrirse al mundo tal y como deseaba vivir su sexualidad.

En una América más abierta, los prejuicios hacia los homosexuales continuaban siendo marcados. En el caso de las lesbianas, todavía más, y a Bethany le parecía un absurdo por completo. ¿Acaso la libertad no implicaba desear y amar a quien se le viniese en gana sin importar la orientación sexual? «Cuando en las calles existe tanta gente haciendo daño a otros, la humanidad pierde el tiempo fijándose en la vida ajena», aquel era un pensamiento recurrente en Bethany.

Durante su adolescencia, ella consideró sincerarse con su mejor amiga, pero un reportaje que vio en la televisión detuvo por completo esa idea. No podía olvidar lo impactante que le resultó aquella noticia. Una chica de quince años había sido torturada y asesinada por sus padres porque rehusó dejar a su novia.

Esa noche, Bethany incluso fue a la cama sin comer. Toda la valentía que había ido acumulando para aceptar sin ninguna vergüenza ante el mundo que era lesbiana, y que podía amar a otra persona de su mismo sexo y no por eso amar menos, se desvaneció por completo.

A pesar de que sabía que Tracy era diferente a los homofóbicos, y le constaba porque de otro modo no podría haber sido su amiga, no encontraba el valor que aquella noticia le había quitado. La sola idea de que hubiesen sido los padres de la muchacha, quienes se suponía que debían apoyar y dar su amor incondicional, los que la trataron como si tuviese una enfermedad mental por ser lesbiana hasta el punto de asesinarla, le puso invisibles grilletes a la valentía de Bethany.

Por más que trató, ella no pudo dejar de preguntarse cómo reaccionaría —en el peor de los escenarios— una amiga, fuese o no Tracy. A partir de ese día, Bethany se recluyó de nuevo en su pequeño mundo en el que coexistía con su sexualidad plagada de frustraciones y miedos. Lastimosamente, aquel era un mundo en el que, a sus veintisiete años de edad, todavía vivía.

En un intento, del que se arrepentía, por encajar en un círculo social que parecía expandirse día a día en la secundaria, Bethany había aceptado una cita con un chico muy simpático. Creyó que tal vez lo que en realidad ocurrió a sus quince años, sin considerar la noticia, fue una confusión sobre sus impulsos sexuales. Ni siquiera lo habló con la psicóloga del colegio, ¿cómo podría haber reaccionado la mujer ante una duda como la suya?

Fue un gran error haberse acostado con Morgan a los diecisiete años. No solo que la palabra 'disfrutar' no estuvo en la ecuación, sino que la penetración le dolió muchísimo. Morgan se disculpó, porque resultó que era también su primera vez, e intentó que la segunda ocasión fuese mejor. Pero esa segunda ocasión solo sirvió para que Bethany reconociera que a sus quince años no tuvo confusión sobre su orientación sexual. No le causaba excitación la idea de que un hombre la penetrase, le acariciara los pechos o la besara. Había tenido sexo con Morgan porque le parecía lindo, pero la excitación que sintió aquella ocasión vino dada ante el pensamiento de cómo sería si hubiera sido una mujer y no Morgan, y su vagina húmeda — que facilitó la embestida

del miembro de su primer y único amante masculino – fue resultado de la inexperta boca de Morgan entre sus labios más íntimos.

Decidida a romper los esquemas mentales que la mantenían atrapada, la frustración emocional y sexual que la carcomía por la soledad tan abrumadora en que vivía inmersa día a día, abrió la guantera del automóvil. Sacó la tarjeta de Byron Wells, un amigo que conoció cuando iba a conciertos de Jazz, tiempo atrás. Tracy no lo conocía, y eso le permitía a Bethany sentirse menos cohibida ante la idea de visitar el negocio de Byron.

Él era dueño del Hotel Cumbria. Según él mismo le comentó, se trataba de un lugar muy discreto en el que no había huéspedes con propósitos familiares. No existían fotografías del sitio dispersas online. Para poder acceder a la página web del hotel, que primero aparecía solo con el nombre del hotel y el resto era una bonita plantilla en tonos dorados y negros, Bethany tuvo que digitar el código de barras de la tarjeta de presentación de Byron. Un código único, según le había dicho su amigo durante aquel concierto. Cuando Bethany le preguntó por qué le daba esa tarjeta, con especificaciones tan crípticas, él solo había respondido: «Sé que puede interesarte visitarme un día. No pierdas esta tarjeta, porque solo la reciben pocas personas».

La charla con Byron fue breve, pero le dejó claro que, si ella quería, podía descubrir nuevos rumbos de forma discreta. Después del concierto de Jazz, al llegar a casa, Bethany se quedó largas horas despierta. La forma en que su sexo vibraba y su corazón latía ante la idea de poder abrirse a alguien, sin tapujos, la mantuvieron inquieta. Su hermano, su adorado hermano, tenía una imagen pública que preservar en Boston como un reconocido arquitecto joven y con prometedores proyectos en la ciudad a largo plazo. Bethany también pensaba en cómo impactaría si `saliera del clóset` abiertamente, entre los más remilgados círculos políticos que solían vincularse por temas laborales con su hermano, Lucas.

Lo último que quería era causar daños colaterales por una decisión que era tan personal. ¿Quizá estaba haciéndose líos la cabeza? ¿Quizá eran solo imaginaciones suyas? Lo que sí sabía era que la muerte de aquella chica, una década atrás, a manos de sus padres por su preferencia sexual era el punto de la contención personal de Bethany. El maldito miedo...

Cuando recibió su título de enfermera, con una información que se suponía tenía que haberle dado directrices para que sus miedos emocionales se difuminasen, Bethany decidió acudir a un psicólogo. El hombre, muy respetado en su campo y recomendado, la atendió durante casi tres meses, pero ella sentía que no era suficiente desahogarse. El hablar con alguien que – por preceptos éticos – no podía discutir nada sobre ella con otros, solo añadía más secretismo a su situación. Vivía en una contradicción constante. La falta de conexión emocional en su vida en un plano íntimo, más privado, y distinto a la que podía proveer una amiga o un amigo, era una perenne frustración en su día a día. La necesidad de ser aceptada y salir a la calle sin reprimirse, el sonreír con el viento fresco en el rostro en la búsqueda de su felicidad sentimental, era un anhelo que parecía rasgarla por dentro.

Encontraría la forma de `salir del clóset` de una vez por todas. Tenía que existir un principio en el proceso, y si Byron podía ayudarla, entonces ella tomaría el riesgo de abrirse a él. No sabía qué podía encontrarse en la propiedad que él regentaba, pero estaba dispuesta a darle una oportunidad. ¿Qué podía perder? ¿Qué podía ganar? Estaba ciega en todo lo concerniente a la situación, pero no iba a dejarse amilanar.

Encendió el automóvil y condujo a su casa. Iba a dormir. Apenas despertara iba a dar un paso que, esperaba, cambiase el rumbo de su vida.

CAPÍTULO 6

Dos semanas después, Sean tenía una nueva niñera. ¡Al fin! Aunque, por supuesto, no era suficiente para mantener a raya la demandante vida que él llevaba. No iba a quejarse, después de todo ya había pasado el infierno de no tener una persona de confianza con quien dejar a su única hija.

Heather Tyson rondaba los cuarenta y tantos años de edad, y era oriunda de Winnipeg, además, poseía una desbordante energía y había conseguido que Milla se sintiese a gusto. La mujer era paciente, entusiasta, y responsable. Él sabía que había hecho una buena elección. En el ámbito familiar se podía relajar un poco, y eso le daba un respiro para enfocarse más en la empresa.

Los planes en la oficina seguían a tope, y ya había tenido suficiente con la carga de trabajo. Iba a sufrir una apoplejía si su ritmo laboral no disminuía. Así que, contra todo pronóstico, esa noche iba a salir, y aprovechando que Heather había accedido a cuidar a Milla horas extras, él pensaba utilizar sabiamente esa oportunidad.

No quería perderse el agradable ritual de acostar a su hija, pero él también necesitaba revivir la sensación de euforia que recordaba al entrar en un bar y hallar una mujer que le gustase, y poder tocarla, besarla... No iría a uno de los concurridos bares o discotecas de moda, porque no quería toparse con alguien conocido. Así se lo hizo saber a sus dos amigos, Maxwell y Scott, y dado que ambos eran unos mujeriegos consumados, les importaba muy poco el sitio con tal de que hubiese cerveza de buena calidad, y mujeres guapas dispuestas a pasar un buen rato sin complicaciones. Tal como a Sean esa noche.

En otra época, el grupo de amigos para salir de juerga había incluido a Jackson, pero ahora el poco tiempo libre se lo dedicaba a sus hijos y a su

mujer. Comprensible. De alguna manera, Sean lo envidiaba, pero no quería ahondar en los motivos y prefería pensar en lo que le esperaba esa noche.

Sonrió ante la perspectiva, pero antes tenía que culminar su último compromiso en la agenda. Tecleó en el ordenador los detalles para aprobar la presentación para la campaña de la marca de calzado Higher. El target eran los adultos mayores del país, pero el proceso iba a iniciarse enfocándose en la provincia de Ontario.

Sería un trabajo que duraría al menos seis meses. Aquel target que estaba en su panorama era uno poco explotado, y no entendía el porqué, así que le llamó la atención la idea cuando el presidente de la compañía ShoeHi, Jonas Hollister, lo buscó para que S.W. Group fuese la encargada de la publicidad.

Sean solía aceptar trabajar con emprendedores cada que le era posible, porque tanto él como Jackson también lo fueron en su momento. Ambos sabían la necesidad de contar con un apoyo externo o alguien que creyera en el potencial de sus ideas cuando sus nombres eran nuevos en el mercado.

—¿Puedo pasar? —preguntó la inconfundible voz de Tracy.

La interesante noche que le esperaba le pareció a Sean todavía más atractiva ante la idea de deshacerse de los fantasmas lujuriosos que lo rodeaban cuando su asistente entraba a la oficina dejando su aroma de coco y almendras flotando en el aire. Él no recordaba cuántas veces se había levantado y acostado pensando en las formas de tener sexo con Tracy. Esa noche acababa su frustración, porque era tan solo eso.

Agarró su taza de café humeante y bebió. Miró a su asistente sobre el borde de la taza, y asintió.

—Imagino que ya tienes listo todo para la reunión con Jonas dentro de quince minutos. —Ella asintió—. Bien. ¿Algo más?

—El equipo se reunirá en la sala principal, ya está todo coordinado. Me gustaría saber si requieres que esté presente —miró su reloj de pulsera—, ya

casi son las siete de la tarde y tengo una cita médica que ya no puedo continuar postergando.

—No sabía que estabas enferma, porque ya sabes que contamos con el mejor seguro médico corporativo, y...

—Se trata de otra cosa, Sean —interrumpió mordiéndose el labio inferior de forma nerviosa—. ¿Me necesitas para algo más?

«Si tú supieras.» La miró un largo rato.

—No me gusta que me mientan —dijo.

Ella se alisó la invisible arruga del pantalón, que por cierto le quedaba como un guante, y después hizo lo mismo con la chaqueta. Llevaba una blusa interior gris, y el cabello recogido en un suave tocado bajo.

Además de las pestañas con rimmel, el labial de tono coral y el blush en sus altos pómulos, Tracy no necesitaba más artificios femeninos para realzar su belleza. No porque careciera de vanidad, sino porque cada mañana, despertaba con la sensación de que iba a llegar tarde al trabajo. Se ponía lo primero que encontraba en el bolso de maquillajes, para contrarrestar las maratones que se echaba en Netflix durante las noches en que se enganchaba con alguna serie, y después bebía una taza de expreso.

Esa noche tenía una cita que había estado postergando con un doctor, pero no porque tuviese problemas de salud. Después de la insistencia de Bethany, Tracy abrió una cuenta en un sitio de citas muy popular, Perfect Click. Ella rehusó las primeras tres invitaciones de Lassner Tomlinson, el hombre que había captado su interés, a lo largo de la última semana, pero era tiempo de dejarse de excusas.

Un café no podía hacerle mal a nadie y estarían en un sitio público. Le enviaría, por precaución a Becky la dirección del hotel, aunque al ser el Shangri-La de Toronto no creía que fuese necesario más que solo mencionarle el nombre.

Realmente le atraía Lassner, y el hecho de que fuese doctor en leyes todavía más, aunque él le había confesado que la escultura era su pasión y que pretendía llevarla a una muestra privada. Con solo treinta años, le parecía un candidato interesante. Si a eso le agregaba que se parecía a Jamie Fraser de la serie *Outlander*, entonces ya tenía puntos extras. Solo esperaba que no fuese algún asesino en serie.

—Puedo traerte la factura de la cita si es eso lo que quieres —replicó con acidez, aunque esperaba que Sean se negara a ello, porque estaría en problemas.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Que todo salga bien en tu cita médica —replicó al fin relajando la expresión—. Tampoco queremos que piensen que soy un tirano y que pretendo que te mueras de alguna apoplejía en el trabajo.

—Imagino que eso sería más trágico que decir que puedo morir de un susto con llamadas a mi teléfono a las seis de la madrugada —dijo cruzándose de brazos—. Tengo un jefe que no sabe los límites de los horarios de oficina.

Él se encogió de hombros.

—Una hora prudente la que mencionas —replicó Sean recostando la espalda contra el sillón—, y ahora, ¿me puedes permitir continuar con mi trabajo antes de la reunión? Lo cierto es que no tengo un buzón de quejas, aunque si tienes alguna puedes ir a contársela al jefe... Oh, cierto, ¡el jefe soy yo!

Tracy resopló.

—Uno poco gracioso, por supuesto. Hasta mañana, entonces —dijo ella.

—Tracy —replicó con una media sonrisa y utilizando el mismo tono sarcástico—, espero que todo salga bien en tu cita con el médico.

Ella tan solo asintió y cerró la puerta tras de sí.

Sean pudo respirar de nuevo. Aunque, si juzgaba por el bulto que

presionaba contra la tela de su pantalón gris marengo, el hecho de respirar había sido una equivocación. El aroma femenino se quedó encerrado en la oficina. «Solo tres horas más para ir al bar», se recordó con frustración. Había pasado demasiado tiempo...

El tema de la madre de Milla estaba vetado de sacarse en las conversaciones, por tácito pacto entre sus amigos, lo cierto es que Sean sentía que no tenía en realidad ninguna responsabilidad. Contaba más de tres años desde la última vez que supo de Sandy o los padres de ella. Ninguno de los Maynard quiso vincularse con Milla y su crecimiento, porque la culpaban del desastre que había sido Sandy una vez que dio a luz, una vez que sacó sus verdaderos colores a relucir.

Para Sean, la distancia del matrimonio Maynard era una bendición y al mismo tiempo un ejemplo de que jamás permitiría que alguien de esa familia se acercara a su hija. Jamás. ¿Cómo era posible culpar a un angelito de tener una madre irresponsable? ¿Cómo podían juzgar a un ser que apenas tenía conciencia de lo que era la maldad, la ira, la avaricia...? Esos tres años que él había pasado sin ver a la mujer de quien una vez estuvo enamorado, o creyó estarlo, le parecían en realidad tres siglos. Estaba mejor así. Si acaso tenía que hacer alguna penitencia, los tres años de celibato le parecían suficientes. Y no por Sandy, jamás por ella.

Después de darse una ducha rápida, secarse el cabello y aplicarse maquillaje, con mucho más detalle que en sus horas de trabajo, Tracy abrió el clóset de par en par. Se decidió por una lencería de seda en tono azul. Tal vez no iba a acostarse esa noche con Lassner, pero eso no implicaba que rehusara la posibilidad de sentirse sexy.

Pasó la yema de los dedos sobre la ropa. Uno de los vestidos que no

había utilizado en mucho tiempo colgaba envuelto en la funda plástica de la tintorería. Lo sacó, lo puso sobre su cuerpo, y se miró a sí misma en el espejo de cuerpo entero. Era un vestido Versace corto en tono turquesa, de mangas transparentes que le cubrían los brazos, y tenía cuello en V.

Deslizó el cierre de la espalda hacia abajo, y se lo acomodó. Alisó la prenda sobre su propia piel, y le gustó el reflejo. Soltó un suspiro acompañado de una sonrisa. Tal vez Lassner no fuese a durar más que esa noche, pero al menos ella estaba intentando crear un equilibrio. No más soltería.

Una vez en el hotel, le indicaron en dónde podía encontrar el restaurante insigne, el Bosk. A pesar de llevar doce meses en Toronto, aquella era la primera ocasión que visitaba el bar o el restaurante de un hotel. No porque estuviese fuera de su presupuesto, sino porque no le llamaba la atención. Se consideraba una mujer de gustos sencillos en lo que a sitios de comer concernía. Sería hipócrita agregarle el mismo parecer a su gusto por la ropa interior y los zapatos.

A medida que avanzaba, buscando con la mirada a la persona que pudiese asemejarse a las fotografías del sitio de citas, apreció cuán sofisticado era el interior. No en vano se trataba de un hotel cinco estrellas, y que costaba más de quinientos dólares la noche en una habitación sencilla. Claro, no pensaba hospedarse, pero ya iba considerando que los precios del Bosk serían de altos estándares. La arquitectura contemporánea solía gustarle más que lo vintage o minimalista, porque le causaba una sensación de amplitud. Odiaba los sitios demasiado cerrados.

Cuando su mirada se posó en el único hombre que la observaba inquisitivamente desde la silla roja de la mesa para dos, Tracy sonrió de forma automática. Sí, era mejor que en las fotos y que la única video-llamada que hicieron.

—Asumo que estoy sentándome con Lassner —dijo ella con una sonrisa,

porque la vibra que emanaba de él le gustó. No se sentía en peligro, y debía agregar que el hecho de que se pareciera al protagonista de la serie *Outlander* era un plus.

—Encantado de conocerte —replicó él abriéndole la silla para que ella se acomodara—, y debo decir que estoy muy impresionado. No sé qué haces como asistente cuando deberías estar en una valla publicitaria como modelo. —Eso consiguió que Tracy soltara una carcajada—. Además de tener una risa contagiosa —agregó Lassner con un guiño.

—Salvo que el trabajo de modelo se combine con alguna tarea adicional que implique utilizar el cerebro en lugar de la sonrisa, entonces prefiero quedarme de asistente personal publicitaria por ahora —replicó con una sonrisa que Lassner imitó—. Por cierto, me encanta este sitio. ¿Ya has venido antes?

—Un par de veces con colegas de trabajo. El servicio es impecable y la comida deliciosa. Creí que te gustaría también, por eso lo sugerí. —Ella asintió—. Por cierto, no tengo la tendencia de utilizar Perfect Click e invitar a salir a las mujeres de esa plataforma para venir aquí conmigo.

—Yo tampoco...

—Lo sé, me lo comentaste, pero solo quería recordártelo.

—¿Por algo en particular?

—Tracy, recuerdo lo que me contaste sobre tu ex, y agradezco que hayas tenido esa confianza conmigo. Gran parte del motivo por el que te invité a salir es porque es refrescante conocer a alguien sin artificios. Las mujeres de mi entorno suelen ser superficiales y siempre están planeando estrategias raras para conseguir quién sabe qué... —suspiró—. Apenas cuento con tiempo de mantenerme activo en estos temas de citas y tal por la cantidad de trabajo que manejo. No creas que soy un mujeriego o un jugador emocional. Si estoy aquí es porque me siento atraído por ti, y creo que merece la pena invertir mi

tiempo y esfuerzo de conocerte.

—Una declaración de amor en la primera cita, awww —dijo ella, consciente de que la frontalidad de Lassner le gustaba, sonrojándose.

Él se puso una mano en el corazón de forma dramática.

—Ese soy yo, el abogado que litiga en las cortes para conseguir que los criminales estén tras las rejas, siempre dispuesto a poner el corazón en la primera cita con una mujer sexy y guapa.

Tracy se rio.

Ese momento fue el elegido por el camarero para aparecer, y ambos ordenaron unas entradas, hasta decidirse por un plato fuerte.

—Salud por eso —replicó ella elevando el vaso de Tom Collins.

—¿Por el hecho de que no tengo muchas citas en Perfect Click? —preguntó en un tono que simulaba ser consternado, y elevó a continuación su Whisky Sour Clásico.

A Tracy le gustaba cómo le resultaba tan fácil hablar con Lassner, y también lo sencillo que era soltar una carcajada cada tanto. No se sentía cohibida, y el nerviosismo ya era inexistente, y eso que llevaban tan solo veinte minutos de conocerse personalmente. En sus conversaciones telefónicas habían mantenido la misma dinámica, y ella reconocía que fueron un factor importante para arriesgarse a conocerlo en menos de una semana y media de hablar seguido. Tracy sabía que no podía sacar demasiadas conclusiones de una primera cita, pero sí que estaba empezando celestialmente. De hecho, no tenía idea si acaso existía la posibilidad de que hubiese una segunda salida con Lassner, así que pensaba disfrutar la que tenía.

—¿Tienes muchas citas con mujeres en general? —preguntó en tono gracioso.

Lassner se rio.

—Un ritmo menos habitual del que quisiera debido a mi trabajo, aunque

lo cierto es que no tengo tiempo para mantener una relación.

—Una sutil manera de decirme que no buscas nada serio —dijo Tracy de buen humor.

—¿Es lo que buscas tú? ¿Algo serio?

Ella se encogió de hombros.

—No busco nada en particular para ser sincera. Haber aceptado la idea de mi mejor amiga de estar en la plataforma es un avance gigante, y salir en una cita, pues... Una aventura, llamémoslo de esa manera.

—¿Es por lo de tu ex?

—En gran parte. No es que sienta algo por él, pero quedaron espinillas de desconfianza clavadas en mi piel. Intento que duelan menos hasta que poco a poco desaparezcan. Este es un inicio, supongo...

—Lo es. Me siento honrado de la oportunidad. Eres una mujer hermosa, y me encantaría ver hacia dónde nos lleva esta cita.

Tracy asintió con suavidad estudiando los ojos verdes de Lassner. Le parecía encantador, pero no se fiaba de la fachada, y por más de que no se sintiera en peligro existían algunos puentes que un hombre tendría que sortear para que ella experimentase las ganas de abrirse por completo. Tan solo por ese exceso de cautela, y la desconfianza que se había convertido en su segunda piel, despreciaba a Adrian.

El amor no era prioridad, pero no por eso iba a dejar de divertirse. No permitiría que su ex tuviera el poder de ser una sombra en sus decisiones en lo concerniente a los hombres. No todo era un desastre, y por eso se sentía feliz de tener una amiga como Bethany. ¿Qué sería sin ella y sus locas ideas? ¿Qué sería de ella sin la ayuda de Becky en Toronto? Definitivamente, las amigas eran la familia que uno elegía.

—Hace tiempo no le doy la oportunidad a nadie de conocerme en un plano más...mmm, digamos personal —comentó mordiéndose el labio inferior

—, y creo que es hoy un buen inicio para remediar esa situación. Tan solo estoy explorando mis posibilidades, Lassner. Quizá podamos o no ser buenos amigos. Quizá algo más, ¿qué tal si lo vamos viendo? Al menos creo que no eres un asesino en serie.

—Y tú no eres Mata Hari. Qué alivio... —dijo con una carcajada.

A Tracy le pareció que él tenía una expresión cautivadora, y la risa fácil, a tal punto que la invitaba a sonreír constantemente en lugar de sentir aprehensión. ¿Un efecto habitual de los abogados que manejaban casos criminales para sacar la verdad de sus defendidos o quebrar a los testigos? «Mucha imaginación, Tracy», se reprendió a sí misma. Empezaba a ponerse paranoica con su florida imaginación.

Por otra parte, no pudo dejar de notar que su corazón no latía desbocado ni sus nervios la traicionaban esa noche. Ambos efectos solían cobrar fuerza cuando estaba cerca de Sean Winthrop. ¿Qué hacía pensando en su jefe durante una cita? No tenía la más puñetera idea.

—Oh, bueno, eso lo tendrás que ver por ti mismo, Lassner —respondió con humor, y enviando a un hoyo negro de su memoria la idea de pensar en Sean—. Al menos puedes estar seguro de que, por ahora, tu cabeza no corre peligro.

Él rio.

—Me gusta cómo suena eso, así que intentaré hacer honor a la ocasión de ser tu primera cita en mucho tiempo. Brindemos, Tracy, por una noche entretenida.

Relajada, ella asintió.

CAPÍTULO 7

Una vez que Sean despidió a su cliente, y los ejecutivos de S.W. Group empezaron a salir de la sala de juntas, él tomó la portátil y regresó a su despacho. Solía registrar todas sus impresiones sobre cada cliente de la compañía, y a esas notas sumaba las de su asistente de turno. En las últimas dos semanas, las de Tracy.

Él no veía la hora de emprender la apertura de una sede de la empresa en Winnipeg. Estaba a cargo de Jackson el desarrollo de la gestión de construcción, la supervisión, pero la elección del personal era responsabilidad de Sean. En otras ocasiones, al ser socios, los papeles se invertían para combinar la carga al ser los dueños de una compañía en constante crecimiento.

Sean tenía en ese momento abierta la puerta de su oficina, y desde esa posición podía observar el escritorio vacío de su asistente. Frunció el ceño ante la idea de que ella estuviese enferma. Aunque no le quiso decir de qué se trataba – tampoco hacía falta, todos tenían derecho a la privacidad – Sean se preguntaba si estaría bien o no. Sentía la tentación de llamarla, pero no quería ser intruso.

Él no solía ser despistado cuando las personas que trabajaban tan estrechamente con él atravesaban alguna dificultad. No se consideraba un jefe tirano, y la salud de sus empleados era importante. Por otra parte, Tracy era un caso misterioso para él, a la par que fascinante. Un instante parecía controlarlo todo y al siguiente dejaba que sus palabras salieran como una cascada infinita. En ocasiones, lo hacía rabiar, y otras – que él procuraba controlar – reír. Una combinación extraña. No iba ni siquiera a mencionar lo que sucedía con su libido. Mantener el enfoque en asuntos profesionales con

ella resultaba una proeza, porque implicaba dejar de fijarse en las curvas sensuales, los inteligentes y agudos comentarios, y el maldito aroma que lo llevaba loco.

El teléfono vibró sobre la mesa interrumpiendo sus pensamientos. Él deslizó el dedo sobre la pantalla para acceder a los mensajes.

Max: Me escribió Athina. ¿La recuerdas?

Sean: No...

Max: Ya no tienes memoria o tu miembro viril pretende no tenerla, decídeté.

Sean: Elegante como siempre.

Max: Piensa, tonto. Irlandesa. Pelirroja. Tetas grandes y un culo de infarto. La conocimos ese fin de semana que pasamos en Puerto Rico. Te desapareciste con ella quién sabe dónde, vamos, haz memoria.

«Pero no me acosté con ella... técnicamente.»

Sean: Tan sutil, ¿qué haces con su número de teléfono?

Max: Te recuerdo que le diste *mí número* en lugar del tuyo, y por eso acabo de recibir su mensaje.

Sean: Jaja. Puerto Rico fue hace más de ocho meses...

Max: Athina me preguntó qué era de mí, o sea de ti, y le dije que íbamos a reunirnos. La invité, es decir tú la invitaste.

Sean: Qué conveniente.

Lo último que Sean buscaba era tener algo que ver con una mujer que sabía quiénes eran sus amigos y el negocio que manejaba. Solo quería una noche anónima.

Max: Hermano, necesitas echarte un polvo. La mujer ha venido a conocer la ciudad, y se acordó que existes. ¿Qué te dice eso?

Sean: Que no tenía nada mejor que hacer por la vida...

Max: Idiota. Le diré a Scott que desaparezca temprano y lo mismo haré

yo. Tenemos un par de horas para unas cervezas antes de que llegue Athina.

Sean: Te veo al rato, hombre.

Max: Lleva condones para que no tengas excusas. Juajua.

Él ya no respondió más y dejó el teléfono a un lado.

Sus mejores amigos sabían de la situación personal en la que se hallaba, porque conocieron a Sandy y todos los enredos que acarreó tras el nacimiento de Milla. Tal vez el hecho de que Athina estuviera en Toronto era el destino. «Adiós celibato.»

Durante el fin de semana que estuvo en Puerto Rico, a regañadientes porque prefería estar con su hija, pasó entretenido con sus amigos. Ese break incluso le hizo bien a su ego masculino. Hubo besos apasionados y caricias muy ardientes con Athina, pero Sean no fue más allá de unos magreos, menos después de dejar el cuerpo en las pistas de baile de las mejores discotecas de San Juan.

Él no llegó a más con Athina. Eso sí lo recordaba.

Antes de involucrarse con su ex, la idea de acostarse con una mujer que conocía brevemente le daba igual, y lo había hecho incontables ocasiones. Sin embargo, la madre de Milla le había dejado sendas cicatrices, y lo comprobó cuando su cuerpo estaba excitado con Athina, pero su cerebro detuvo las posibilidades de dejarse llevar por el ardor de la mujer irlandesa y penetrar el húmedo sexo. No podía recordar del todo el rostro de ella con claridad, y eso era intrigante para un hombre que vivía de reconocer detalles que otros olvidaban. Quizá hubo demasiado licor involucrado a lo largo de sus encuentros con Athina.

Ese viaje había sido una gran irrupción a su agenda habitual en Toronto.

Su día a día no cambiaba demasiado; todo era claro y transparente. Él recordaba cada rostro, en especial de sus empleados. Tal vez los nombres se le podían escapar de la memoria contadas ocasiones, pero procuraba

aprendérselos.

Su mejor momento del día era al despertar. Sean empezaba la rutina habitual con Milla para prepararla y llevarla al kínder, no sin antes llamar a las seis de la mañana a Tracy para dictarle una lista de requerimientos. Ese era su momento de revancha personal del día, porque sabía – ahora al menos – que ella odiaba esa llamada.

¿Acaso había otro placer más entretenido que incordiar a la única mujer que lo había tentado, hasta el punto de tenerlo en un perenne estado de lascivia, y que él no podía tocar del modo que deseaba? La respuesta era «no», en especial, porque era su única forma de creer que equiparaba el marcador cuando – admitía que Tracy no era consciente de lo que causaba en sus emociones masculinas – ella lo enloquecía cada maldito momento que pasaba frente a él en su despacho. La forma de vestir era elegante, femenina, y provocativa, pero – una vez más – Tracy parecía ajena al afecto que generaba alrededor. Esto último no era lo peor del caso, claro que no.

Lo que sacaba de quicio a Sean era ver que algunos de sus empleados parecían devorarla con la mirada cuando creían que ella no se daba cuenta. Sentir ganas de abandonar su despacho e ir a darles un puñetazo para que mirasen a otro lado no era muy agradable. ¿Qué tal con eso?

El cúmulo de trabajo parecía interminable, la tensión sexual a punto de explotar, y su nivel de autocontrol empezaba a alcanzar el límite como nunca antes le había ocurrido. Varias mujeres, desde que tenía memoria, procuraban llamar su atención. Sean sabía que no se trataba de su arrolladora personalidad la que atraía el interés, como sí lo hacía su próspera cuenta bancaria y las propiedades que poseían los Winthrop en diferentes sitios de Canadá. Tenía una autoestima muy alta, y sabía que era un hombre atractivo. Sumados esos detalles a su riqueza económica, entonces tenía sendas probabilidades de conocer varias cazafortunas. Sin embargo, ninguna de las

mujeres que intentaban `cazarlo` había sido capaz de cautivarlo por más de unos minutos. Su sentido le falló con Sandy. No pensaba permitir que sucediera de nuevo.

Por otra parte, él era el tipo de persona que perdía pronto el interés una vez que la belleza era opacada por una falta de chispeante inteligencia. Y ahí entraba el elemento más importante sobre su atracción por Tracy. Aparte de que cada prenda de ropa, aunque fuese un sencillo traje de corte ejecutivo, se adheriese a los movimientos del cuerpo femenino de manera sensual, ella era sumamente eficiente y sus comentarios – aparte de en ocasiones inoportunos – resultaban útiles y refrescantes para el trabajo, y Sean estaba convencido de que era una gran ventaja que ella tuviese experiencia en el campo publicitario.

Después de la partida de Amanda días atrás, parecía como si Tracy hubiese estado a cargo del puesto de asistente desde el inicio de la compañía en lugar de solo dos semanas. Sean estaba perdido por los encantos de esa mujer, y era tonto querer negarlo. No podía despedirla, porque sería sexista, absurdo e injusto, en especial porque ella no tenía la culpa del efecto que causaba en él.

La única salida que tenía él para no cometer una estupidez era desahogarse con otra mujer tal como pensaba hacer esa noche. No más celibato autoimpuesto ni culpas por una condenada ocasión. Si Athina estaba disponible e interesada, pues qué mejor. Ya le daba igual que ella no fuese alguien por completo anónima, y que conociera a sus amigos. Al final, no volvería a verla. Ella tenía que regresar a Irlanda.

«Quizá era el destino.»

Él vivía atrapado en una jaula de oro, con una aparente posibilidad de escape, cuya llave debía recordar que estaba en manos de otros.

Todos tenían secretos. Sean no era la excepción.

La música de moda vibraba en los parlantes del bar, mientras Sean y sus amigos compartían una cerveza en la barra. Llevaban casi una hora hablando y riéndose de boberías o anécdotas. Estaban pasándose muy bien. Después de un ajetreado día de oficina, lo cierto es que Sean había echado en falta poder disiparse con un par de personas que lo apreciaran por quién era, y no por lo que poseía.

Max era vicepresidente de Air Canadá Top, una aerolínea low cost con gran acogida y excelente reputación entre los viajeros. Scott manejaba una cartera de clientes muy importante en su empresa de paneles solares y sistemas de recolección de desechos en los océanos. A los dos les iba estupendo, no solo en el plano económico, y disfrutaban la soltería, así como la libertad que esta les proporcionaba.

Ese par de rufianes eran conscientes del viacrucis que Sean había pasado con la madre de Milla y a pesar de que le tomaban el pelo cada tanto, lo cierto era que estaban preocupados porque su amigo era un obseso del trabajo y tenía su vida sentimental de lado. Ellos no predicaban la idea de la monogamia, así que lo único que pretendían eran que Sean se dejase llevar por la diversión en lugar de la constante responsabilidad. Al menos durante esa noche.

La idea de ir un fin de semana de juerga a Puerto Rico fue de ellos, y contaron con el apoyo de Eugenia para sacar a Sean de la oficina y de los cuidados paternos durante tres días. Convencer a su amigo fue más difícil que conseguir boletos en primera clase en un vuelo que estaba sobrevendido. Lo pasaron fenomenal.

—¿Ya resolviste tu problema con Amanda? —preguntó Scott girando el cuello de la Budweiser con la mano—. Hace semanas que no hablamos —bebió su cerveza—. La mujer es una máquina en eficiencia. Ojalá yo pueda decir lo mismo de Harriet —dijo con fastidio—, porque estoy a punto de

despedirla.

—Hazlo —intervino Max.

—No puedo porque estamos en medio de una negociación. Tiene sesenta años y se cree que puede mandarme como si fuera su hijo —se quejó Scott—, no sé por qué carajos la contraté.

—Si dejaras de actuar como un imberbe cada que un proyecto te sale mal, quizá la mujer fuese menos fastidiosa. Es su tiempo el que consumes, aunque se lo pagues, cuando haces horas extras por estúpido —dijo Max riéndose.

—Cálmense, cálmense, muchachos —intervino Sean con una sonrisa—. A ver, para los aficionados en saber de mi vida —dijo con sarcasmo— pues les diré que ya tengo una nueva asistente hace dos semanas. Vida laboral sobre ruedas, sí señores.

«Y libido sin control», hubiera querido agregar, pero contuvo la lengua. No quería discutir sobre Tracy con sus amigos, ni tampoco traerla a colación. Carecía de sentido, en especial porque su cita era para —precisamente— quitársela de la cabeza. Aunque quizá no se tratase de ella, sino del tiempo de él en soledad.

Tracy tan solo había sido el detonante a su contención. Punto. No tenía que darle más vueltas. ¿Verdad que no?

—Bien por ti —dijo Max con seriedad—. Ah, y pronto es el cumpleaños de la esposa de Jackson. Imagino que, como todos los años, hará una mega fiesta. Esa no me la pierdo por nada. Las amigas de Lucy son un bombón.

Sean y Scott se rieron.

De todo el grupo, Max era el que tenía las historias más impensadas en lo que a mujeres se refería. Una ocasión incluso terminó en la cárcel, porque lo encontraron aparcado en un sitio público teniendo sexo. El tonto creyó que no había ningún alma alrededor, pero lo cierto era que había aparcado detrás

de una escuela secundaria al caer la tarde. En esa escuela se impartía un programa para personas de la tercera edad de escasos recursos, una vez que las clases de los estudiantes habituales terminaban. Lo pillaron los guardias de seguridad, y estos llamaron de inmediato a la policía.

—Lucy es la mejor —dijo Scott con tono firme—, y el bastardo de Jackson tiene suerte. Todavía le tengo pendiente un puñetazo por el día en que la hizo llorar.

Max y Sean soltaron una carcajada.

—No seas imbécil —dijo Max—. Ella lloraba de alegría cuando le puso el anillo de matrimonio en la iglesia. Y solo te enferma la situación porque es tu hermana.

—Mi hermana menor, inocente y de corazón demasiado bondadoso para haberle hecho caso a ese tonto —corrigió como si hubiese gran diferencia en aclararlo—. El muy cretino —dijo entre dientes, y sus amigos volvieron a carcajearse—. Solo se lo perdono porque ahora tengo tres preciosos sobrinos.

—Jackson no es un cabrón como el exnovio de Lucy. Y hacen una buena pareja —dijo Sean.

La situación que vivió la hermana de Scott a manos de un hombre abusivo, la envió varias veces al hospital, hasta que tocó fondo el día en que ese bastardo la amenazó con quemarle la cara con aceite hirviendo. Lucy salió corriendo a pedir ayuda, y la primera persona a quien llamó fue Jackson. El resto era historia.

—Lo sé —replicó Scott en voz baja—, supongo que después de todo puedo omitir el puñetazo a Jackson...

Max sonrió, y miró sobre su hombro. Abriéndose paso entre la gente estaba una tentación enfundada en un vestido muy sexy. Él no tenía duda de la identidad.

—Bueno, ya es momento de irme —dijo Max, y le dio un codazo a Scott

porque este parecía demasiado entretenido comiéndose las entradas que habían pedido en la barra—. Quiero hacer un par de llamadas para coordinar la nueva ruta interna que abriremos pronto.

—Yo no tengo que hacer nada hasta el mediodía —comentó Scott, y de inmediato recibió otro codazo en las costillas—. Oh, sí, sí. Momento de irnos —se corrigió al caer en cuenta de la mirada asesina de Max, claro, no sin antes terminarse la cuarta cerveza que tenía ante él.

—Par de payasos, ¿qué demonios pasa? —preguntó Sean frunciendo el ceño.

—Hola... ¿Sean? —dijo una entusiasta voz femenina a modo de respuesta—. Vaya, no has cambiado nada. Sigues igual de guapo —sonrió.

Él giró el cuello ligeramente para mirar sobre su hombro.

Si Jessica Rabbit tuviera una doble en carne y hueso, en este caso con un vestido verde oliva de tirantes finísimos sobre los hombros, entonces era la mujer que él estaba mirando en esos momentos. Tuvo que estar demasiado ebrio en Puerto Rico para no recordar un rostro y un cuerpo como aquel, pensó Sean. Dejó el vaso de cerveza a un lado y se giró por completo para mirarla cara a cara.

—Hola —dijo él. Max le dio un codazo y Sean agregó—: Qué bien que hayas podido venir esta noche.

—Lamento el retraso —dijo ella sonriendo—. Gracias por invitarme.

—Un placer —y en ese momento Sean lo decía de verdad. La mujer era un bombón, ¿cómo había podido olvidar su rostro? Definitivamente, necesitaba esa noche para él—. ¿Te invito algo? —preguntó señalando a la cantidad de botellas de diferentes licores del bar.

—Un Cosmopolitan —replicó acomodándose junto al guapo publicista.

Max y Scott saludaron a Athina e intercambiaron recuerdos superficiales del viaje a San Juan. Durante la animada conversación, la atmósfera se volvió

entretenida y propicia para que Sean se quedara a solas con la mujer que no paraba de sonreírle o tocarlo sutilmente cada que podía. Al notar lo que ocurría, los dos amigos de Sean supieron que era momento de agarrar sus chaquetas e irse, además llevaban claro que esa salida tenía un propósito y querían que su mejor amigo disfrutara. Qué mejor cuando las estrellas conspiraban a su favor.

—Nosotros ya nos tenemos que marchar —interrumpió Max—. Que pasen buena noche. Espero que tu estancia en Toronto sea agradable, Athina.

La chica asintió con una sonrisa.

—Nos vemos pronto, espero —terció Scott mirando a la muchacha—. Mañana tengo un viaje de negocios en Halifax y quiero estar tan fresco como la lechuga. Que sigas pasando bien.

—Qué bueno haberlos visto —dijo Athina—, tal vez durante mis tres semanas en la ciudad podamos coincidir.

—Claro —dijeron Max y Scott al mismo tiempo, pero ambos sabían que eso no iba a ocurrir, porque Sean solo pensaba tener una sola noche con Athina y después se olvidaría de ella—. Hasta pronto entonces.

Una vez que abrió la puerta de la suite del hotel, Athina dejó de lado cualquier inhibición. Sean la tomó de la cintura, y la sintió rodearle las caderas con las piernas. La apoyó contra la puerta y empezaron a besarse con desenfreno.

La mano de uñas pintadas de laca roja forcejeó brevemente antes de quitar el cinturón del pantalón masculino. Sacó la camisa de Sean de su paso, y pronto hundió los dedos bajo el elástico del bóxer hasta palpar entre sus manos la gruesa erección. Manióbró y acarició a gusto. La boca de Sean le recorrió el cuello y cuando llegó a los pechos, le mordió los pezones sobre la

tela del vestido.

—Mucha ropa —murmuró él, girándose con Athina hasta que llegaron a trompicones a la cama.

Le bajó el vestido hasta la cintura. Le subió la falda hasta dejarla en bragas. Con un movimiento rápido rasgó la ropa interior dejándola completamente expuesta.

—Sean, penétrame, ahora —pidió ella.

A medio vestir, él no dudó en quitarse el bóxer. Se cernió sobre el cuerpo curvilíneo y sonrió. Bajó la cabeza para lamerle los pechos, y con su mano empezó a frotarle el clítoris. Le gustó provocar placer en una mujer. Estaba tan excitado que le dolía y el vaivén de sus caderas lograba que su miembro se frotase contra la ingle de Athina sin llegar a penetrarla.

El teléfono empezó a sonar.

Respirando agitadamente, ella le tomó el rostro a Sean y lo atrajo hacia el de ella para besarlo.

—No queremos distracciones —le susurró contoneándose para lograr que el miembro masculino tocara su húmeda entrada. Elevó las caderas y recorrió con los labios la quijada de Sean—. Tómame, ahora —urgió, no sin antes chupar la piel hasta dejarle una marca en el cuello.

El teléfono no dejaba de sonar, y Sean empezó a impacientarse.

Eran las doce y media de la noche. Su madre estaba a cargo de Milla. Sus amigos se habían ido. ¿Qué carajos pasaba?

—No estoy en la secundaria como para que me dejes marcas —dijo antes de penetrar a Athina con el dedo. Le mordió el labio inferior con fuerza, y ella jadeó—. Así que tendré que empatar el asunto.

—Qué maduro de tu parte —dijo ella riéndose, pero pronto se convirtió en un gemido de deseo cuando él le mordió el pezón y después lo chupó con fuerza. Bajó por entre el valle de sus pechos hasta llegar a las caderas, y

succionó hasta que estuvo seguro de que iba a quedar una marca por un par de días.

Él sonrió.

—¿Te quejas?

—Jamás.

El teléfono sonó por cuarta ocasión. Y después por una quinta y sexta.

—Demonios —dijo él de mala gana.

—No, no te atrevas a irte justo ahora —dijo señalando el pene de Sean que estaba justo en la abertura de su sexo, a punto de embestirla. Se contoneó, pero él dejó de prestarle atención.

—Tiene que ser algo importante.

Ella dio un manotazo sobre las sábanas.

—Si te vas ahora, no volveré a considerar llamarte jamás —expresó en tono frustrado y enfadado—. En Puerto Rico entendí que no pudieras estar conmigo, porque estabas demasiado ebrio y no querías tener sexo en esas condiciones. Aunque eso no te detuvo para lo que sí te permitiste hacerme, y hacerte.

—Tu reclamo está demasiado fuera de lugar... —replicó desapasionado. De pronto, la idea de estar con ella le parecía mal—. ¿Qué haces en Toronto?

—Busco información para mi agencia de viajes. Estaré tres semanas, y pensé que llamarte sería una buena idea —replicó incorporándose y muy cómoda con su desnudez—. Al parecer, no.

—Lo siento —murmuró, sin sentirlo de verdad. Agarró el bóxer y se lo puso. Todavía llevaba la camisa a medio abrochar—. Te puedes quedar en la habitación.

—Imbécil. Lo cargaré todo a tu tarjeta.

—Hazlo... Adiós, Athina.

Apartándose de la cama, Sean caminó con rapidez hasta el escritorio de

vidrio con metal que estaba cerca y en donde reposaba su teléfono. Agarró el aparato y deslizó el dedo. Todas las llamadas eran de su madre.

Un pánico helado se apoderó de él. Todo dejó de tener importancia salvo que su madre respondiera. Milla. Milla. Milla. El nombre de su hija golpeaba en su cabeza. Si algo le había ocurrido a su niña no se lo perdonaría jamás.

Se vistió a toda prisa, y marcó el número de su madre. Caminó por el corredor y presionó el botón para el elevador. El corazón le martilleaba desbocado. Sentía que el aire le faltaba. No podía dejar que un ataque de pánico lo paralizara. No de nuevo.

Hizo los ejercicios de respiración que había aprendido. Y se calmó.

Su madre no respondía, y él – que nunca perdía la calma – empezó a creer que era el peor día de su vida. Milla era todo su mundo. Y si algo le había sucedido él no volvería a ser el mismo. Se moriría.

Pensó en ir por las escaleras de emergencias, pero justo en ese momento se abrió el elevador. Presionó varias veces el botón de la planta baja como si eso pudiera acelerar el movimiento.

Cuando llegó el valet parking, y él estuvo en un sitio seguro, al fin su madre contestó. Eso calmó un poco los nervios de Sean y sintió que el aire volvía a su cuerpo.

—Madre, ¿qué sucede? ¿Qué le ha sucedido a Milla? —preguntó angustiado.

—Sean, lo siento, no quise alterarte con mis llamadas insistentes. Milla está bien. Ahora mismo está dormida y disfrutando de un sueño calmo. —Él sintió que el alma le volvía al cuerpo. Frunció el ceño, porque su madre había dicho algo de un mensaje—. Llamaron el hospital St. Michaels, porque dijeron que no habían podido contactarte a tu móvil y llamaron aquí a tu casa.

—No entiendo... —murmuró. Puso a su madre en altavoz, y revisó sus llamadas perdidas. Tenía dos de un número desconocido, y minutos después

estaba el número de su madre cuatro veces—. ¿Por qué habrían de llamarme del hospital?

Él escuchó que su madre sacaba un papel o al menos eso creía por el sonido.

—Tracy Madeleine Goldstein te tiene como uno de sus contactos de emergencia. Como yo respondí, me dieron el mensaje para que te lo hiciera llegar lo antes posible. Ha sufrido un accidente de tránsito y está en el hospital.

—Dios mío...

—¿Quién es ella?

«La mujer que me tiene loco.»

—Mi asistente personal en la empresa. Imagino que me tiene entre sus contactos por el cargo que tiene conmigo y porque su familia no está aquí... Dios... Esto no puede ser... —dijo pasándose los dedos entre los cabellos.

—Cuánto lo siento. Ojalá se recupere.

—No puede ser... —murmuró de nuevo pensando en la mujer guapa, tan vital y desafiante. No podía concebir la idea de Tracy en una cama de hospital—. Creo que tardaré en regresar, iré al hospital de inmediato, ¿te quedas con Milla un poco más en caso de que no llegue a tiempo para el desayuno? Sé que tienes que volver a casa con William para ir de viaje a Halifax, pero...

—Me quedaré —interrumpió—. Mi esposo puede esperarme como siempre ha hecho cuando necesito su apoyo. Maneja con cuidado, cariño. Yo tengo a Milla y bajo mi cuidado no le sucederá nada.

Él soltó el aire.

—Gracias, mamá.

CAPÍTULO 8

Después de casi cuatro horas charlando, Tracy consideró que la cita era estupenda. La comida del hotel, deliciosa; su acompañante, guapísimo e interesante; y ella, al fin, se sentía viva de nuevo de una manera que no era capaz de explicar con palabras. No quería parecer necesitada de atención alargando la noche más de lo que debería. «De lo bueno, poco.»

—Te invitaría un café aquí mismo —dijo Lessner después de que pagaron la cuenta y estaban caminando para cruzar la calle—, pero me gustaría pasar más tiempo contigo en un lugar más privado, si te parece bien.

Ella se sonrojó. ¿Debía aceptar o no? ¿Cuáles eran las posibilidades de que fuese víctima de un Hannibal Lecter?

—Yo... —bajó la mirada—, bueno, me gustaría conversar un rato más contigo. Podemos buscar un café cerca.

—¿Te parecería muy apresurado si te dijera que tengo muchas ganas de besarte? —preguntó acercándose.

Nerviosa, Tracy se rio con suavidad. Estaban en la esquina próximos a cruzar la calle. Los carros iban y venían, aunque al ser casi medianoche el ritmo del tráfico había bajado considerablemente desde la hora punta.

—No... —susurró cuando la boca de Lessner se acercó a la suya.

—Entonces, ¿puedo besarte?

Ella asintió con suavidad, y pronto los labios masculinos delinearon los suyos, probándolos con cautela, y poco a poco Tracy lo dejó entrar para explorar su sabor y conocer la dulzura de su boca. El ritmo del beso era lento y duró pocos segundos, aunque fueron suficientes para que ella supiera que no hubo fuegos artificiales, y a lo largo de su cita no sintió el cosquilleo que experimentaba con cierta persona que no quería nombrar. ¿Qué tal su

conclusión para un beso en la primera cita después de más de un año de soltería? Era una lástima. Él le gustaba de verdad.

Se apartaron, y él le acarició la mejilla, sonriéndole. Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa, porque lo cierto es que se sentía cómoda. Imaginaba que era el principio, o el final, de una amistad, porque Tracy no era el tipo de mujer que le gustara experimentar con las emociones ajenas si ya tenía un veredicto. La única que no vio estrellitas doradas con el beso fue ella, y lo sabía. ¿Intuición femenina? Sí, y también la forma en que su cita trataba de tener un contacto físico sutil cada tanto.

—Voy por mi automóvil.

—Esta es la parte en que me dices “yo te llamo”, ¿verdad?

Lassner se rio.

—No, voy por mi automóvil porque me dijiste que has venido en Uber —se acercó—, y esta es la parte en la que te invito a mi apartamento y tú me dices que `sí`.

En esta ocasión fue el turno de Tracy de sonreír.

Sí, el tipo era encantador, pero, ¿acaso no lo eran todos cuando tenían en mente un único objetivo? El sexo lo tenían delante como una bandera publicitaria. Estaba en la naturaleza masculina, y no iba a juzgarlo por ello. Las mujeres solían también – como quizá hubiera hecho ella esa noche de no haberlo besado – tener sus noches sin buscar nada más que un revolcón. Pero ese tema de hombres y mujeres, con la palabra `sexo` de por medio daba para una discusión interesante con copa de vino en mano, por supuesto.

Rescataba que su gran logro, personal al menos, había sido romper la barrera impuesta por Adrian de salir con otros hombres sin que resultase toda una batalla. Aunque eso no resolvía la cuestión que le rondaba en la mente, mientras su cita aguardaba una contestación. ¿Cómo le decía que no creía poder tener otra cita cuando él acababa de invitarla a pasar la noche con él?

¿Estaba enviando las señales equivocadas? «¡Ayuda, universo! ¡Ayuda!»

—Acepto tomar algo contigo, pero nada más que eso —dijo con suavidad.

Él inclinó la cabeza hacia un lado e hizo sonar las llaves del automóvil en la mano. Le sonrió.

—¿Por ahora o permanentemente?

—Lassner, tu compañía ha sido increíble, y el beso.

—¿No fue lo que esperabas?

Ella se mordió el labio inferior y suspiró con pesar.

—No. Lo siento.

—Disculparse no es preciso, Tracy. Al menos, déjame llevarte a casa, ¿de acuerdo? No soy ningún loco, y no voy a insistir si no lo deseas.

—Puedo llamar un Uber.

—¿Qué clase de hombre dejaría que su cita se fuese en Uber?

Tracy se rio.

—Uno que busca una salida fácil a un momento embarazoso.

—Después de conversar conmigo, ya te deberías hacer a la idea de que no me gustan las salidas fáciles y que un rechazo no es una derrota.

Ella asintió.

Empezaron a cruzar la calle. Tracy sintió que el abrigo estaba desanudándosele, y se detuvo – semáforo en rojo – para ajustarse el cinturón. Lassner llegó sin problemas hasta la otra acera.

—¡Tracy, corre! —exclamó él cuando vio que un vehículo se aproximaba a toda velocidad.

Ella apenas logró ver al frente y hacerse a un lado, pero el automóvil la golpeó de costado lanzándola contra el pavimento. Rodó sobre sí misma con el impacto, y lo último que recordó fue un rostro borroso gritando ayuda.

Tracy no podía definir qué era más desastroso: que una prometedora cita después de tanto tiempo para decidirse a tenerla hubiera acabado abruptamente o que Lassner estuviese en esos momentos viéndola discutir con la enfermera porque tenía pánico a las agujas. Además, le dolía todo el cuerpo y solo quería descansar.

¿Cuáles eran las probabilidades de que, en una ciudad civilizada como Toronto, llegase un atorrante, se pasara la luz roja, y que la víctima fuese Tracy Goldstein? No pues, si es que estaba de suerte.

—Tiene que dejarse aplicar la intravenosa —dijo la enfermera con poca paciencia. Llevaba más de diez minutos tratando de convencer a Tracy que había perdido sangre y necesitaban hidratarla—. Tengo cuarenta años de experiencia, y es usted la primera adulta que tiene tanto miedo a una pequeña aguja.

Tracy la miró como si estuviera refiriéndose a la guillotina en los tiempos de Francia del siglo... ¿Qué hacía recordando a los decapitados durante la Revolución Francesa? Dios. Necesitaba dormir. Eso era todo.

—¿Y si me la da en pastilla? —preguntó con impaciencia.

Lassner se rio. Estaba de pie junto a la cama y trataba, desde hacía ya media hora, de convencerla de que todo iba a estar bien. La risa de él le valió una mirada asesina de Tracy.

—No es opcional —dijo la enfermera de nuevo.

—Venga, Tracy, tú eres la chica valiente que conocí hoy —dijo Lassner acariciándole los dedos de la mano con los suyos—, no te va a causar dolor.

—Al menos no tanto como el choque de un automóvil contra mis huesitos. Y tú no eres médico, sino doctor en leyes que no es lo mismo.

—Todavía te queda sentido del humor. Eso es bastante —replicó él, riéndose—. Creo que ha sido una experiencia curiosa para una primera cita.

—Y la última —murmuró ella, mortificada.

—¿Significa que no quieres salir conmigo de nuevo? —preguntó Lassner. Tracy se rio. Y al instante soltó un gemido porque la cabeza le dolió.

—Tendré que ver si sobrevivo a la vergüenza de que me veas quejándome como niña de cinco años porque me van a pinchar con una aguja. Podemos ser amigos...

—No es lo que quiero de ti. Eso lo dejé claro.

—Yo...

—Señorita Goldstein —interrumpió la enfermera cada vez con menos paciencia—, ¿me dejará ponerle la intravenosa o tengo que llamar a todo el cuerpo de enfermeras de este hospital? No es usted la única paciente. Me ayudaría mucho reduciendo mis horas de guardia extra.

Avergonzada por el papelón que estaba haciendo, finalmente, Tracy asintió.

—Qué remedio... —susurró cerrando los ojos y girando el rostro hacia otro lado para no tener ni siquiera que percibir el olor de la aguja, porque claro que la aguja tenía olor. ¡Olía a dolor y castigo demencial!

De acuerdo, estaba siendo un poco dramática, pero, ¡hey! ¿Por qué juzgar a una persona con fobias a las agujas como ella? El hospital debería estar agradecido de que no hubiera empezado a gritar como si tuviese a la Inquisición persiguiéndola.

El proceso tardó un tris tras, aunque ella no era de la misma opinión a juzgar por el sudor frío que le recorrió la columna vertebral. Primero abrió un ojo y después el otro antes de voltear de nuevo hacia la enfermera cuando esta le dijo que ya estaba lista para recibir el suero. Sentía los dedos de Lassner sobre los suyos dándole soporte. ¿Qué más podía ir mal esa madrugada?

Alguien se aclaró la garganta desde la puerta. Ella giró el rostro y se quedó más pálida de lo que había llegado.

—Tracy.

Ahí tenía su respuesta, pensó, cuando la inconfundible voz de Sean inundó la habitación de la sala. En su lista de contactos de emergencia tenía a Becky, pero al parecer su amiga tenía el teléfono desconectado, según le dijeron las enfermeras. Al ser Sean su jefe, y debido al tipo de trabajo que hacía en S.W. Group, lo puso en la lista de contactos. Como ella tenía tanta suerte, pues al parecer era él quien sí había respondido la llamada. ¡Tachaaán! Jamás pensó que fuese a terminar en el hospital, en apenas dos semanas de trabajo. ¿Cuáles eran las posibilidades de que algo así le sucediese? Definitivamente su próximo objetivo iba a ser lanzarse al mar, congelado o no, para que el agua salada le quitase las inoportunas cosas que le ocurrían.

—Hola —murmuró ella—, no hacía falta que vinieses...

Él miró a la persona que estaba sosteniendo la mano de Tracy y frunció el ceño. La preocupación dio paso a otra emoción por completo inesperada. Una ola de celos se apropió de él, y le costó mucho contenerse para no arrancarle la mano al hombre que estaba junto a Tracy. Su noche iba de mal en peor.

—Aquí estoy, ¿quieres contarme qué sucedió? —preguntó con suavidad, acercándose a la cama y sin importarle que ella estuviese acompañada. Su presencia tan cercana, y él lo sabía, propició que los dedos de Lassner abandonasen los de Tracy para que Sean pudiera acercarse a un mejor ángulo y así no hablar desde la puerta.

—Por favor, procure no quedarse más de veinte minutos —intervino la enfermera. Después miró a Lassner—: Lo siento, pero tengo que pedirle que se retire porque la paciente necesita descansar. —Lassner asintió—. Las visitas no son habituales a medianoche, aunque estoy haciendo una excepción.

A regañadientes, Lassner besó la mano femenina, y le acarició la mejilla, ajeno a los oscuros ojos de Sean que podían matar con su fiereza. Tracy no

hizo intento de hacer presentaciones. Vamos, no era una ocasión social, y menos tenía ganas de escuchar los comentarios coloquiales y estúpidos cuando la cabeza estaba bombeándole como si la hubiesen utilizado como platillo de orquesta.

—Te llamaré pronto, ¿vale? Trata de descansar —se despidió Lassner. Él sacó de su bolsillo una tarjeta de presentación y la dejó junto a la mesita de noche de Tracy. Miró a la enfermera y le dijo—: Aquí está mi información — señaló la cartulina pequeña con la firma de su estudio jurídico impresa— por si la señorita necesita algo.

—Gracias... —susurró ella, incómoda por la presencia de los dos hombres. «Demasiado testosterona para una persona accidentada.»

Lassner asintió y salió de la pieza. Lo mismo hizo la enfermera, no sin antes recordarle a Sean que volvería cuando su tiempo de visita hubiera concluido.

Una vez que la puerta se cerró, Tracy y Sean se quedaron solos.

Lo primero que hizo el presidente de S.W. Group fue dirigirse hacia la mesita de noche y agarrar la tarjeta de presentación. La miró, le dio la vuelta, y después dirigió su atención a Tracy.

—J.D. Lassner Tomlinson —pronunció, en especial las siglas de Juris Doctor, como si se tratase de una enfermedad terminal—, ¿este es el *doctor* con el que tenías una cita hoy, Tracy?

CAPÍTULO 9

Tracy debía admitir que sus latidos acelerados no tenían nada que ver con la intravenosa, y todo con la presencia de Sean. Alto e imponente, llenaba todo el espacio con su aura de suficiencia. ¿Cómo podía ese hombre ser tan suspicaz en un simple instante y unir cabos? No tenía salida.

—Me duele la cabeza —susurró ella cerrando los ojos, pero no por eso dejó que su boca tomara las riendas—, pero ya que estás aquí te contaré cómo terminé en este maravilloso cuarto de hospital. —Y, sin darle tiempo a rehusar, ella empezó a contarle cómo había sido el accidente.

—¿Al menos lograron ver la placa del automóvil?

—Eso hubiera sido interesante —replicó ella con sarcasmo—, pero puesto que estaba descansando en el pavimento, e inconsciente, se me hizo complicado.

Él se inclinó apoyando una mano en el colchón, al costado de Tracy, y con la otra le tomó la mejilla con suavidad.

—Deja de dar rodeos, Tracy —dijo con firmeza.

—No son rodeos. Me duele la cabeza, pero tenía que decirte lo que ocurrió. Ya sabes, por si la curiosidad es más poderosa que tu interrogatorio estilo FBI barato.

—Tracy —dijo conteniendo su genio—, odio las mentiras —musitó Sean con un tono helador—, así que responde la pregunta. ¿Era ese el *doctor* con quien tenías una cita, sí o no?

Ella suspiró y lo miró a regañadientes. El fulgor de esa mirada oscura la capturó. Quería apartar su atención de Sean, moverse, pero no podía. «¿Se habría quedado parálitica?» En lugar de publicista debió ser dramaturga, porque lo cierto es que sus pensamientos tenían con frecuencia una tendencia

trágica.

La cercanía de Sean le hizo notar un detalle que trajo de golpe unas imágenes que hubiera preferido no recordar. El perfume que él llevaba iba mezclado con algo más, y no existía nada masculino en ello. Sí. Otra de sus virtudes era tener un olfato prácticamente canino. ¿Y si la empleaban en antinarcóticos para detectar drogas? Sería un buen empleo. Era el aroma de otra mujer. Si en ese momento estaba un poco mareada, de repente, todo le daba vueltas.

—Yo también odio las mentiras... Y, no es que sea de tu incumbencia mi vida personal, pero sí, Lassner es el *doctor* con el que tenía una cita. No sé por qué podría ser ese detalle relevante para ti, Sean. Dejé todo listo en la oficina, ni un archivo fuera de sitio y la última reunión coordinada. ¿Por qué el enfado y esa actitud? —preguntó en esta ocasión fastidiada por el perfume de mujer que él llevaba entremezclado con su habitual – y delicioso – aroma masculino.

Ese mismo perfume era el que utilizaba la amante de Adrian. Y es que existían ciertos detalles que una persona, a quien le habían sido infiel, no olvidaba. En su caso particular se trataba de ese maldito aroma.

—¿No se te ocurrió decirme la verdad? —preguntó Sean—. Realmente creí que estabas enferma y llegué a sentirme culpable por no haber notado que algo no iba bien contigo. Suelo tener una percepción muy buena cuando algo ocurre entre mis colegas o colaboradores con los que trabajo codo a codo.

Solo por ese detalle, Tracy se sintió un poco mal. Aunque no lo suficiente. Ella solo quiso evitarse el disgusto y el trámite de tener que dar demasiadas explicaciones, pero, ¡hey!, ¿quién era la reina del desastre más impensado?

—Lamento la pequeña mentira, pero al menos me siento con la conciencia tranquila porque mi salida nada tenía que ver con mi desempeño

laboral... —tragó en seco—. Gracias por venir, Sean, y qué pena que te hayan tenido que llamar a estas horas. Me las arreglaré sola de aquí en adelante, y gracias al seguro médico de la compañía, pues está todo cubierto.

—Tracy, no se trata de eso, me gusta que me digan la verdad a la cara.

—La verdad cuando tiene que ver con temas laborales, es comprensible, sí. La verdad cuando tiene que ver con la vida personal de un empleado, no.

—Eso lo juzgo yo, porque son mis parámetros.

—Qué difícil eres... No, no. Déjame terminar. Escucha, mi amiga Becky, cuando reciba el mensaje de que estoy aquí, de seguro vendrá a verme —carraspeó antes de agregar—: Y también siento haber interrumpido tu cita. Puedes volver a ella. Como te es posible notar, ahora sigo viva.

Él frunció el ceño, sorprendido por el comentario, y fastidiado por el sarcasmo.

—¿Cómo sabes que he tenido una cita? —preguntó sin apartarse.

—El perfume. Es el mismo que usaba la amante de mi ex... —dijo con una mueca—. Además, tienes una marca en el cuello que deja claro que no estabas firmando contratos ni enviando correos electrónicos hasta hace poco. En fin, Sean, quiero descansar... El lunes volveré a la oficina como nueva.

Decir que estaba celosa era poco. Su sangre, que estaba algo aletargada en su proceso de circulación arterial, empezó a hervir. ¿Una explicación? Negativo. No existía. De seguro golpearse la cabeza contra el pavimento contribuía a lo inexplicable. Quizá era un buen momento para llamar a los agentes Mulder y Scully de Los Archivos Secretos X.

—¿Quieres saber por qué estaba en una cita hoy? —preguntó él, sin apartarse, hasta que ella pudo leer la intención en sus ojos.

Tracy prefería considerar que eran imaginaciones suyas el súbito cambio de enfado a deseo que creyó discernir que existía en la expresión masculina.

—No, no quiero —dijo con tono débil, y volvió a apartar el rostro.

—Mírame —increpó, tomándole la barbilla y frotándole el labio inferior con el pulgar—. Desde el día en que te apareciste en mi oficina no dejo de pensar en ti, y no precisamente porque seas un silencioso miembro de mi staff de trabajo.

—No sé qué quieres decir —murmuró a pocos milímetros de la boca de Sean. Ella no podía apartarse, y si pudiese la verdad es que no deseaba hacerlo—. Solo hablo lo necesario y puntual —refunfuñó tratando de defender lo indefendible.

Sean sonrió levemente.

—Aunque te deseo, no puedo tener nada contigo por el tipo de relación profesional que tenemos.

—No te lo he pedido —dijo ella.

Él se rio, y el aire cálido envolvió los labios de Tracy como una caricia.

—Lo sé... Tan solo exponía un contexto para contarte el motivo por el cual hoy tuve una cita. Con eso espero que tu inquietud quede resuelta, y también quede claro para ti que mis exabruptos a veces tienen que ver con el hecho de que me enloqueces cada día y no puedo hacer nada al respecto —dijo con frustración.

Ella frunció el ceño. Su corazón sintió un remesón. «Entonces, no he estado equivocada. Él siente la misma tensión sexual que yo...». No sabía si ese pensamiento debía alegrarla o frustrarla a tiempos iguales.

—¿Como me deseas y no puedes tenerme preferiste buscar otra mujer para desahogarte sexualmente?

—Eso mismo...

—¿Funcionó?

—Estoy aquí, porque tuve una llamada que interrumpió el proceso —replicó él en tono burlón.

Bajó la mirada.

—¿Debo deducir que llevas bastante tiempo sin acostarte con nadie? — preguntó y volvió a conectar sus ojos con los de él.

—Uno de tus puntos fuertes son las deducciones —replicó Sean riéndose.

Tracy se aclaró la garganta.

—¿Puedo preguntar qué tan lejos llegó...? —preguntó con reticencia. Debí retener esa interrogante para que no saliera de su cerebro directo a las cuerdas vocales, pero, ¿cuándo había tenido suerte en el autocontrol de su verborrea? Nunca. Exacto.

—Los caballeros no tenemos memoria, señorita.

Tracy hizo una mueca, y ese gesto consiguió que sus labios rozaran mínimamente los de Sean. Contuvo el aire y empezó a respirar con cautela. Temía acercarse demasiado o perder el contacto. No era una posición ideal.

—Ya, claro. ¿Debo felicitarte?

Él soltó una carcajada, pero de inmediato su rostro se tornó serio.

—¿Sientes lo mismo que yo, Tracy? —preguntó, y sus labios ya no tenían ninguna distancia. A medida que hablaba sus labios acariciaban los de ella—. Porque si es así, entonces encontraré la manera de resolver esta situación.

—No soy un problema a resolver ni una situación. No tiene sentido que te diga que `sí` cuando ya conoces la respuesta... Además —dijo recuperando el sentido—, no quiero ofenderte, pero me resulta nauseabundo ese perfume femenino que llevas encima... No me trae buenos recuerdos.

Sean apretó los dientes y se apartó de ella con lentitud para no agitar el colchón y causarle molestias.

—Olvida todo lo que he dicho...

—Imposible, porque tengo una memoria prodigiosa —interrumpió ella.

—Ha sido inapropiado de mi parte e inoportuno decirte todo esto, en especial cuando estás adolorida y lo primero que debes pensar es en tu salud

—suspiró sonoramente—. Supongo que causas cierto efecto en mis neuronas... y en mi libido —sonrió sin alegría—. Lo siento. Te dejaré descansar.

—Sean..., espera —empezó ella, pero él se le adelantó.

—Cuando me dijo mi madre que recibió una llamada del hospital y dio tu nombre, entré en un estado de preocupación inusual. Las únicas personas que me preocupan son mi madre, mi padrastro y mi hija, después mis tres mejores amigos. El resto se puede defender solo. No contaba con el desespero que experimenté ante la idea de verte inmóvil en una cama de hospital o inconsciente. Detesto esperar, y antes de que me dijeran el número de tu habitación tuve que aguardar a que la enfermera confirmara mi identidad —se pasó la mano por el rostro—. Tu accidente me recordó lo frágil que es la vida. El poco tiempo que tenemos y lo mucho que desperdiciamos en postergar lo que deseamos o decir lo que pensamos.

—¿Y qué deseas? —preguntó en un susurro, perdida en la voz que parecía acariciarle el cuerpo y reconfortarla.

—A ti.

—Creía que la atracción era parte de mi loco cerebro —murmuró ella.

Él la observó con dulzura y estiró la mano para acariciarle el cabello. Le parecía tan dulce y al mismo tiempo tan fiera. La combinación de la personalidad de Tracy era envolvente.

—Ahora sabes que es mutuo —aseveró—. Mi vida es muy complicada, y no solo en el plano laboral. Tengo que sacarle minutos extras a cada hora, y lo último que quisiera es perderte como asistente, porque, aunque eres demasiado parlanchina —Tracy hizo una mueca, y él sonrió— eres auténtica, y eficiente, eso es mucho decir para mí. Aunque ese es mi debate interno, no tuyo. Es complejo balancear lo que deseo y lo que necesito, en especial

cuando ambos aspectos provienen de una persona. También tengo una hija, y ella es mi mundo entero. Los momentos que paso con ella son primordiales y no negociables —exhaló—. No quiero comprometer sus emociones, así que intento mantenerla fuera del alcance de personas que quieran llegar a mí, manipulando las emociones de una niña de cuatro años.

—Es comprensible —dijo Tracy con suavidad.

—¿Lo es? ¿No crees que he sido demasiado arriesgado al decirte todo esto...? ¿Inapropiado incluso? —indagó en una mezcla de incertidumbre y expectación.

Él poseía una facilidad de palabras asombrosa, y no entendía por qué de pronto se sentía inquieto ante lo que ella fuera a decirle. La cautela con la que solía manejar sus asuntos acababa de volar por los cielos. Todo era culpa de Tracy, y ella no lo sabía. Era incapaz de recordar la última vez que todo en su cabeza y sus emociones se habían cortocircuitado.

Tracy estiró la mano que no tenía la intravenosa, y agarró la muñeca de Sean.

—No ha sido inapropiado lo que me has dicho... Entiendo que a veces la vida te hace reflexionar sin contemplaciones sobre aspectos que no tenías idea de que podían resultar relevantes...

—Es así...

—Tal vez tenga algunos golpes y moratones, pero mis neuronas, aunque algo moviditas por el impacto contra el pavimento, parecen funcionar bastante bien. Me hicieron el escaneo aquel de la cabeza y no hallaron nada de qué preocuparse, pero me tendrán hasta mañana en observación.

Él asintió.

—Debes descansar —le dijo con una expresión cálida. La tensión de sus hombros había menguado de pronto. No sabía si era la voz o la dulce mirada que tenía Tracy. De cualquier forma, le gustaba la sensación cuando la tenía

alrededor. Salvo cuando su libido entraba en acción.

—No puedo creer que en quince días de trabajo todo un torbellino se cierna sobre mi existencia —dijo mortificada interrumpiendo los pensamientos entre reflexivos y preocupados de él—. Espero que no creas que voy a entretenerme con un accidente cada dos por tres, porque de ser así el seguro médico dejará de respaldarme.

Sean soltó una carcajada.

—Es refrescante conocer a una mujer sin artificios, y que sabe reírse de sí misma —dijo con sinceridad.

Lo que acaba de decir era muy sincero. Tan solo despertarse y pensar qué réplicas recibiría de Tracy en el día de trabajo le causaba una absurda sonrisa. Ella tenía un humor negro y retorcido en ocasiones. Podía burlarse de sí misma, pero siempre sacaba una idea genial que, ni en un millón de reuniones, a él se le hubiese ocurrido. Tenía también un gran ojo para detectar las falencias en un proyecto y sabía, con una eficacia que lo deslumbraba, cómo transformar una idea aparentemente tonta en una brillante.

Lo mejor de todo era que ella no temía enfrentársele cuando consideraba que una tarea asignada estaba de más o existía alguna carencia en los procesos. Era una líder innata, y aquello era lo que más admiraba. Sean estaba seguro de que podía asignarle coordinar a los pasantes de la compañía, y ella lo haría con la misma diligencia y profesionalismo como si se tratara de organizar una junta con los más altos ejecutivos de una compañía multimillonaria internacional. En todo ese tiempo trabajando codo a codo, a él le parecía que habían pasado meses y no breves semanas con su nueva asistente. Debido al inusual exceso de trabajo, la investigación con Jackson sobre la posible fuga de información en relación a los contratos que estaban perdiendo sin explicación lógica ante la competencia, la cantidad de horas que pasaban juntos no se comparaba con las que en sus momentos de mayor estrés

había pasado con Amanda. Quizá porque ella tenía una familia a la cual atender y, después de dejarle organizada la agenda de las últimas horas del día, Sean se quedaba hasta altas horas de la noche resolviendo los problemas. Ni siquiera con Amanda logró esa conexión, y eso a pesar de los años que llevaban colaborando a diario.

Tracy era refrescante, sexy e inteligente... En conclusión, estaba en problemas.

—No me has respondido la pregunta más importante —dijo Sean.

Ella no iba a hacerse la que no comprendía.

—Yo también te deseo, Sean, aunque lo cierto es que tener un affaire contigo implicaría poner en riesgo mi puesto de trabajo, y ese no es un lujo que pienso darme... He pasado momentos difíciles, y ser parte del staff de S.W. Group es mi única salida para remontar mi carrera de publicista en algún punto del camino.

Él la miro con expresión cauta.

—Mi nivel de ética jamás me permitiría semejante canallada, Tracy. Tu puesto de trabajo continúa intacto, y seguiría estándolo indistintamente de lo que sucediese o no entre nosotros en el plano personal.

—¿Qué me estás pidiendo con exactitud?

—Una aventura si tú también la quieres. Exclusiva, porque no me gusta compartir. La decisión es tuya. Decidas lo que decidas, tu puesto de trabajo continuará intacto. En las horas de oficina seré tu jefe, y fuera de ellas...

—Seríamos amantes —completó Tracy con el corazón agitado—, sin expectativas, por supuesto. Y una vez que acabe, porque todo tiene una fecha de caducidad, haremos de cuenta que jamás ocurrió. ¿Estoy en lo correcto?

Sean estaba muy seguro de que, después de probar la dulzura de Tracy, nada volvería a ser lo mismo. Sería imposible olvidarla. Vamos, incluso ahora, sin haberla tocado como deseaba, le era difícil quitársela de la mente.

Una vez que se sumergiera en la suavidad de sus piernas, acariciara su piel y paladease el sabor del deseo, toda la experiencia quedaría marcada a fuego en su memoria. Ella era la mujer más peligrosa que jamás se había cruzado en su camino, porque tenía el poder de destruir la norma de vivir con prudencia y cautela que él se había trazado cumplir desde su desastrosa relación con la madre de Milla.

—Lo estás —respondió tajantemente. La idea de que ella creyese que él podía ser desechado con tanta rapidez le escoció. Pero no tenía caso dejar fluir esa emoción—. Pero no se puede borrar algo por el simple hecho de quererlo. Aceptaríamos que algo ocurrió entre los dos, y las situaciones a nivel laboral no perderían su enfoque ni prioridad. No mezclaríamos un campo con otro.

—Comprendo —dijo Tracy con indiferencia, porque le parecía demasiado clínico todo. Ella prefería la espontaneidad, pero tampoco iba a comentarlo—. Todos los escenarios cubiertos —esbozó una sonrisa que no tenía nada de alegre, aunque Sean apenas lo notó.

—Quizá me he apresurado en decirte todo esto, pero recordar cuán incierta es la posibilidad de un nuevo día, vivos, ha sido un detonante muy potente esta madrugada... ¿Considerarás la posibilidad de tener algo conmigo, al menos? Si tu respuesta fuese negativa, lo entenderé.

—Yo... —bajó la mirada a los dedos fuertes y elegantes de Sean—, creo que por ahora prefiero descansar. Y sí, lo consideraré. Te dejaré saber mi decisión en cuanto la haya tomado...

—¿El doctorcillo, ese Lassner, es alguien con el que sales de forma seria? —preguntó sosteniendo la mano de Tracy con firmeza—. ¿O el golpe que te diste en la cabeza es muy fuerte?

—Ah, humor negro pasada la medianoche, ¡qué dulce, señor Winthrop! No sé a qué viene la pregunta —dijo volviendo al tono ligero.

—Un hombre siempre debe saber el panorama cuando quiere estar con una mujer, y si en el camino existen idiotas a los cuales apartar.

Tracy no pudo evitar reírse, porque estaba conociendo un lado peculiar de Sean. Le gustaba. «Quizá tenga que accidentarme con más frecuencia y venir a pasearme por las salas de emergencias de los hospitales de un país extranjero.» Al parecer, ella también gozaba de un saludable humor negro.

—Aún no he tomado una decisión, así que no creo que tengas que preocuparte por apartar a nadie —dijo Tracy.

—No nos desviemos del tema del *doctorcillo* —dijo Sean mirándola con firmeza.

—Con Lassner —mencionó el nombre solo para fastidiar a Sean—, la de hoy fue nuestra primera cita. Eso es todo.

—¿Memorable?

—Inolvidable, porque terminé en la cama... —se rio ante la expresión fiera de Sean—, y de un hospital nada menos. ¿Qué te parece?

Sean le acarició el dorso de la mano.

—Ahora que sabes que me interesas de un modo más, digamos, personal, te aprovechas de la ocasión para empezar a presionar mis circuitos masculinos.

—Inevitable —replicó ella con una media sonrisa.

—Bueno, creo que ya has tenido suficiente por hoy. Y yo también, así que descansa. ¿Tienes quién venga por ti cuando te den el alta médica? —preguntó, preocupado.

—Sí, mi amiga Becky... —suspiró—, bueno, si es que atiende el teléfono.

—Escríbele un mensaje y dile que yo me encargaré de tu bienestar durante el fin de semana y lo que reste del tiempo hasta que estés por completo al ciento por cien. —Sean agarró la tarjeta de presentación de Lassner, la hizo

pedazos y se los guardó en el bolsillo—. No hay discusión.

—Sean...

—Es una orden directa —dijo antes de inclinarse para besarle la mejilla—. Tienes mucho en qué pensar, pero no debes preocuparte de que tu puesto de trabajo pueda estar en peligro por lo que acabamos de hablar. Eso que te quede claro.

—Vale...

—No he tenido una relación con una mujer en años, y se me hace complicado el concepto... Solo quiero que consideres mi propuesta o vas a tener que conseguir a un médico que esté diariamente disponible para mí en la oficina.

—¿Eh? —inquirió con el ceño fruncido.

—Bolas azules, Tracy —murmuró saliendo de la habitación mientras lo seguía la risa de ella.

Una vez que Sean estuvo de nuevo en la calle, la realidad de lo que acababa de hacer lo desconcertó. Estaba tratando de tener una relación con una mujer a la que vería cada día; una mujer que conocía cada minuto de su agenda; una mujer que había capturado su atención de un modo inusitado, pero en especial, con una mujer que merecía más de lo que él podía entregar. Estaba siendo egoísta, y le era imposible evitarlo, porque Tracy se había colado bajo su piel con sutileza.

Él no era un hombre libre, al menos no del modo convencional, pero tendría a Tracy de un modo u otro. Porque si ella lo rechazaba, él haría de todo para seducirla y convencerla de lo contrario. Y si le decía que sí, entonces procuraría terminar el affaire antes de que todo se pudiese volverse demasiado complejo y uno de los dos saliera lastimado.

Lo único que le preocupaba era saber si él sería capaz de alejarse de Tracy Goldstein una vez que hubiera probado más que solo un beso de esa

deliciosa boca.

Boston, Estados Unidos.

Cuatro días atrás, Bethany, se había decidido a llamar a Byron.

—Me alegro de que al fin llamaras, hermosa Bethany. ¿Estás decidida a entrar a nuestra sociedad especial?

—No sé qué esperar —había dicho mordiéndose las uñas, y observando el calendario que tenía pegado en la pared de su habitación. Las fechas de sus vacaciones estaban tachadas de rojo. Tenía veinte días, más diez acumulados del año anterior—. Así que pediré los días en el hospital, porque las necesito, y... No sé...

—Eso es lo mejor de todo en el Hotel Cumbria. No tienes que esperar nada, y nadie espera nada de ti. Solo ven. Te mostraré lo que hacemos, y serán las mejores vacaciones que hayas vivido. Reserva tu estancia para poco más de una semana, si te va gustando, puedes extender tu tiempo con nosotros. ¿Te parece?

—Está bien, lo haré. Gracias, Byron.

—No tienes que dárme las. Hasta pronto.

Ya habían pasado cinco días desde esa charla, y de la decisión que ella tomó. Necesitaba arriesgarse, buscar respuestas y empatía. Su destino sería el Hotel Cumbria durante una semana completa.

No era algo habitual en Bethany que tomase vacaciones lejos de la ciudad, en especial porque solía turnarse con su hermano para hacerle visitas periódicas a su madre enferma de Alzheimer. Sin embargo, cuando le habló a Lucas para contarle su decisión de viajar fuera de Boston unos días, este se mostró comprensivo, de hecho, su hermano la alentó a visitar algún sitio que la

desconectase del mundo por un rato asegurándole de que él se encargaría de cualquier necesidad de la madre de ambos.

Mientras Bethany conducía por las autopistas sentía un poco de ansiedad. No sabía qué podía encontrar en el hotel, ni qué experiencias aguardaban por ella. Todos sus sentidos estaban en alerta, y un cosquilleo de curiosidad estaba anclado en su sangre desde esa mañana que empacó sus maletas y las guardó en la cajuela del BMW. Tenía un viaje de más de hora y media por delante.

Pensó en llamar a Tracy para contarle, pero, ¿qué podría decirle cuando ni siquiera ella era capaz de entenderse a sí misma? ¿Cómo iba a confesarle a su mejor amiga que no le gustaban en absoluto los hombres, si ni siquiera tenía la valentía de mirarse al espejo y decirle en voz alta a su propio reflejo que era lesbiana? Ignoraba lo que podría o no encontrar en ese viaje, pero el solo hecho de estar camino al Hotel Cumbria ya era un gran paso.

Primero necesitaba ser honesta consigo misma.

Cuando el extenso camino de árboles, después de casi dos horas de viaje debido a la lluvia, empezó a desaparecer para dar paso a una inmensa mansión de piedra que parecía perdida en el tiempo salvo por las luces y lo prístino del entorno, Bethany soltó un gemido de asombro. Su rostro esbozó una amplia y espontánea sonrisa.

Se dirigió hacia el extenso parqueo y notó que todas las placas de los automóviles estaban cubiertas por un velo negro. «Todo es anónimo. Pueden que conozcan tu identidad una vez dentro, pero jamás una palabra sale de aquí», recordó ella las palabras que le había dicho Byron. No había demasiados coches. Con los nervios todavía a flor de piel condujo y aparcó en un sitio apartado del resto.

Sacó las maletas y cerró la cajuela.

—¡Al fin te tenemos aquí!

Ella dio un brinco y giró hacia la voz masculina.

—Byron —sonrió con la mano en el pecho— casi me matas del susto. Qué sigiloso sigues siendo. —Le dio un abrazo que el devolvió.

—Te vi entrar por el camino de árboles a través de las cámaras de seguridad de mi oficina, y quise darte personalmente la bienvenida. Déjame encargarme de tus maletas. —Marcó un número y al instante apareció un carrito de golf de color azul y un botones al volante.

—Por favor, lleva el equipaje de la señorita al segundo piso. Ala este. Habitación Centella —le dijo al hombrecillo. El botones asintió, y en menos de unos minutos estaba yendo hacia un camino que llevaba al interior de la mansión palaciega.

—Yo... gracias, Byron —dijo Bethany cuando volvió a estar a solas con su amigo—. Venir aquí ha sido...

Él le colocó la mano en el hombro con amabilidad.

—Todos tenemos un lado que necesitamos conocer, rescatar o reavivar. Soy homosexual, y me siento orgulloso de serlo, y mi felicidad está dada por la posibilidad de abrir un panorama a aquellas personas que no han sido capaces de entenderse a sí mismas, que no se sienten aceptadas o que necesitan aclarar sus emociones en muchos sentidos. Por eso creé este hotel para ellos, para mí.

—No sé qué decirte...—dijo bajando la mirada.

—Hey, Bethany, mírame. —Ella lo hizo—. La sexualidad de cada ser humano es única. No tenemos por qué pregonarla, tampoco ocultarla. Solo es un asunto de vivirla. —Bethany asintió con suavidad—. No sé cuáles sean tus temores, tus inquietudes, pero las veces que salimos juntos de fiesta noté varios detalles en ti que me impulsaron a darte una tarjeta de mi hotel. Como te dije, no se la doy a cualquiera. Los miembros son personas exclusivas, y de los más variados círculos profesionales de diversos niveles socioeconómicos. No juzgamos por lo que tenemos, sino por lo que somos capaces de aportar

para el crecimiento y aceptación de los demás.

—Juzgar es algo a lo que temo.

—Aquí no tienes porqué...

—¿Qué detalles notaste para decidir invitarme? —preguntó algo asustada.

Él sonrió.

—Cálmate, Bethany —le dijo observando cómo los ojos de ella parecieron impregnarse de preocupación—. No es algo que sea visible a ojos menos acuciosos o entrenados —le hizo un guiño de ojo, y ella se relajó—. Pero te diré qué detalles en ti me impulsaron a invitarte, solo al final de la estancia. ¿Te parece bien?

—No —se rio, sintiéndose más ligera—, pero lo acepto.

En ningún momento, él mencionó frases o comentarios que la hicieran sentir expuesta. Byron tenía un tino único con las palabras, y fue ese uno de los aspectos que de inmediato la hicieron entrar en confianza con él la primera vez que se conocieron. No se sentía intimidada ni tampoco cohibida.

Ahora que lo tenía frente a frente, en un entorno silencioso y calmo, era capaz de decir que en compañía de Byron no solo se entretenía – cuando solían ir de fiesta – sino que también se sentía cómoda. Él conocía un secreto que ni siquiera le había contado; tampoco pregonaba de su deducción silenciosa al respecto, y en cambio la instaba a relajarse y disfrutar de un sitio que parecía tener elementos para ayudarla a salir de su estado de inquietud. Ella era consciente de que Byron conocía su secreto, y la sensación de estar a salvo era refrescante. «Al menos no me forzaré a que confiese o me matará como aquellos padres a su hija por tener una novia, años atrás.»

Byron le dio una suave palmadita en la mano.

—Ven, te mostraré las instalaciones, y después te guiaré a tu habitación. Este proceso por lo general lo hace una recepcionista o un azafato, pero he

decidido hacerlo personalmente —sonrió.

—Gracias, Byron, significa mucho para mí.

Caminaron juntos hasta la entrada principal. Y ella abrió y cerró la boca, sorprendida por la magnífica edificación que contenía una entrada deslumbrante. Techado de vidrio en forma de cúpula, y alrededores decorados con madera. El toque era una mezcla única de modernidad y época victoriana.

—Aquí empieza el recorrido —dijo él.

—Esto es... Byron, es genial.

—Bienvenida al Hotel Cumbria, y a un mundo que espero disfrutes. Acompáñame y te hablaré de todas las posibilidades que tienes a disposición durante toda esta semana.

CAPÍTULO 10

Becky, con una expresión preocupada, llegó al hospital a la hora que empezaban las visitas. Avanzó con prontitud por el pasillo hasta que encontró la pieza en la que estaba hospitalizada su amiga. Procurando no lastimarla, y consternada por el raspón que Tracy tenía en la mejilla —producto de la caída sobre el asfalto— se acercó y la rodeó con los brazos. Después, con lágrimas en los ojos, se disculpó profusamente por no haber respondido el teléfono a tiempo.

—Me siento tan mal —dijo Becky— y mírate, sentada con esa ropa de hospital, sin poder moverte con normalidad.

—No pasa nada —murmuró Tracy con una sonrisa que intentaba disimular el dolor de las costillas mientras se acomodaba en el colchón—, además, estabas en una fiesta y ambas sabemos que tú con copitas de más lo último que vas a escuchar es un teléfono —sonrió—. Por otra parte, una de las dos tenía que pasar por algo divertido, que no fuesen los accidentes de tránsito.

—Ay, mírate nada más, mujer, intentando parecer graciosa en una situación como esta... —exhaló ruidosamente—. La próxima estaré más atenta al teléfono... O al menos cuando salgas a la calle.

Tracy bufó.

—¿Quién rayos tiene un accidente como el mío la primera noche que decide romper el celibato y tener una cita?

—Alguien especial —dijo Becky riéndose.

—O con un karma de cientos de vidas pasadas a cuestras —replicó Tracy de mala gana—. Pero —se aclaró la voz— no creo que pueda irme contigo a casa, querida amiga, así que necesito que cuides a mi gata mientras tanto. Solo

cambiarle el agua y la comida hasta que yo regrese.

—No entiendo... Es decir, claro que la cuidaré, no pasa nada. Tú tienes que ponerte mejor, pero no comprendo por qué no habrías de comprobar por ti misma las condiciones en que está Tallulah hoy —murmuró frunciendo el ceño.

Tracy soltó un suspiro. Miró el reloj azul de pared.

—Dame cinco minutos, y verás el motivo en carne y hueso por el cual tengo incertidumbre sobre la hora en la que iré a casa, y también por el cual te estoy pidiendo que te encargues de mi gata —murmuró en tono críptico.

No hicieron falta ni dos ni cinco minutos porque, segundos después de que hubiera terminado de hablar, un torbellino de un metro ochenta y cuatro de estatura, músculos atléticos y un rostro de pirata moderno, apareció en el umbral de la puerta. Llevaba el cabello todavía húmedo y una expresión inquieta en el rostro.

Ella nunca lo había visto con una pose tan informal. Por lo general, llevaba un traje de oficina que conseguía que su imaginación pensara en muchos modos de desnudarlo en diferentes escenarios. Y ahora sin la pose ejecutiva y su aire descuidado era como una brisa fresca en medio del desierto. «¡Basta, Tracy!», se reprochó.

Quizá los analgésicos tenían un efecto secundario, como disfrutar de tener vívidos pensamientos eróticos de un hombre. Bueno, no cualquier hombre, sino uno en particular y que casualmente le había propuesto ser su amante fuera de las horas de oficina. No, pues, si ella tenía un abanico de anécdotas para su vejez que de seguro funcionarían para escribir un libro.

—Hola... —dijo Tracy cuando él se acercó ignorando por completo, no a propósito, a Becky.

—Buenos días, ¿cómo te sientes? —le preguntó—. Intenté venir antes, pero mi hija no quiso despegarse de mí hasta que le dejé ver un capítulo de su

cartoon preferido y la llevé a casa de mi madre.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Ni siquiera debiste molestarte en venir, así que no sé por qué...

—Hola, soy Becky Johns, la compañera de casa de esta señorita con tendencia a sufrir los más raros accidentes —interrumpió porque la curiosidad podía más que la discreción—. ¿Y tú, quién eres?

Sorprendido por un gesto tan impropio de su carácter, de no darse cuenta de la presencia de una persona, él se disculpó. Siempre aleccionaba a Milla que tenía que saludar y despedirse. ¿Qué tal con su falta de educación esa mañana?

—Qué pena, Becky. Apenas te vi. No quise ser grosero —estiró su firme mano y ella la estrechó, sonriéndole—. Soy Sean Winthrop, el jefe de Tracy.

—Qué gusto conocerte. Supongo que tú eres el motivo por el que ella no quiere venirse conmigo a casa hoy. ¿La llevarás en tu automóvil?

—No —dijo Sean, esta vez mirando a Tracy—, lo que haré será pagarle durante una semana la estancia en un hotel de lujo y con una enfermera. Podrá despachar y trabajar desde ahí hasta que se recupere por completo.

—¡Yo tengo voz en esta situación! —exclamó ella desde la cama—. Pensé que solo ibas a llevarme a casa, Sean. No voy a ir a un hotel.

—Claro que puedo. Lo dice tu contrato.

—¡No estoy trabajando!

—Salvo que yo diga lo contrario.

—Te cobraría horas extras.

—Las pagaré con gusto —sonrió él.

Becky, al ver el intercambio entre los dos supo que era momento de irse.

—Tracy —se aclaró la garganta, y consiguió que ese par al fin le prestara atención—, me siento fatal, pero pasado mañana me iré de viaje a Melbourne porque existe la posibilidad de un tour de venta de casas de

vacaciones y quiero inspeccionar el mercado. Creo que la idea de tu jefe no solo es considerada, sino también bastante adecuada porque yo no podré cuidarte. No tienes a nadie en la ciudad.

Tracy abrió y cerró la boca. ¿Becky le estaría mintiendo? No sabría decirlo, porque el brillo en la mirada de su amiga tenía más que ver con la preocupación que con el hecho de urdir algún retorcido plan para que se quedara a solas con Sean.

—Decidido —dijo el presidente de S.W. Group— el hotel será el mejor sitio hasta que tu amiga regrese. ¿Cuándo será eso?

—En dos semanas —murmuró Becky. Tenía un buen sexto sentido y reconocía la abrumadora química que se fraguaba entre su amiga y el tal Sean. Además, solo estaría extendiendo su viaje a Australia siete días. Una semanita que pensaba aprovechar, y esperaba que la obcecada de Tracy se diese cuenta de que un hombre como el que acababa de entrar en la habitación no aparecía dos veces, ni con ese cuerpo ni menos exudando sexualidad a raudales dirigida, sin filtro, hacia una sola mujer. Que él quisiera pretender que se trataba de interés profesional era una cosa, pero el lenguaje corporal decía algo distinto.

No en vano Becky era la mejor vendedora de bienes raíces; para serlo se requería leer con *expertise* los gestos de sus potenciales clientes. Esperaba que, en algún momento, Tracy le agradeciera. Y si algo fallaba, o no se concretaba, siempre habría Netflix y Ben&Jerry.

—Está decidido —expresó Sean—. Llamaré a Coleman.

—Yo no he decidido nada —refunfuñó Tracy cruzándose de brazos.

Becky sonrió.

—Me llevaré a Tallulah a Australia. Si es que te parece bien —sugirió.

—Claro que no —refutó—, ella se queda conmigo, aunque te agradeceré que la cuides antes de irte. No creo que pueda moverme con agilidad para

jugar con ella.

—En el hotel aceptan gatos —dijo Sean zanjando lo que podría convertirse en un inútil debate—, ya me encargaré yo de eso. Así que Becky puede ir a su casa tranquila y ya después enviaré por tu gata y sus elementos necesarios. ¿Te parece bien?

—No... —dijo Tracy, testaruda.

Sean se rio, y ella sintió los huesitos derretírsele. «Qué fácil eres, Goldstein.»

—Bueno, lo organizaremos todo cuanto antes, así que me iré a casa con ese propósito —intervino Becky—. Los espero dentro de un rato. ¿Vale?

—Claro —dijo Sean, feliz porque había encontrado una aliada.

—Gracias por cuidar de ella —dijo Becky, mirando a Tracy con cariño—. Es una excelente profesional para atender requerimientos en beneficio de otros, pero en su vida personal se olvida de que a veces necesita de que cuiden de ella. Este caso es algo tan poco convencional... Empecé a entrar en pánico ante la idea de que yo tuviera que irme y ella que, tan autosuficiente, no consintiera pedir ayuda.

—Qué amable, seguro te nominan al Nobel de las Metomentodos —murmuró Tracy con un bufido que sacó una carcajada de su amiga.

—Tienes una gran amiga —dijo Sean con una encantadora sonrisa porque se había salido con la suya.

—Ajá —murmuró Tracy.

Sin más, Becky se despidió dándole un beso en la mejilla a su amiga, y un apretón de manos a Sean.

Cuando se quedaron solos, Sean se acercó más a Tracy.

—¿Por qué pones tanta resistencia a que la empresa te pague un hotel?

—Porque no estoy inválida, Sean. Tengo un poco de avería en el sistema motriz. —Él soltó una risotada—. Así que estoy fuera de servicio.

—Ah, ¿es acaso una respuesta anticipada a mi propuesta sexual? —preguntó con sensualidad y acariciándole la mejilla con la mano.

—Siempre tan directo... —murmuró de mala gana y consciente de que estaba sonrojada. «¿Por qué tenía un cuerpo tan traicionero?», se quejó.

—Me gusta que tengas claro el panorama —dijo inclinándose para hablarle al oído—. Ahora, deja de poner tanta resistencia, ¿de acuerdo? Es solo un par de semanas, después, cuando estés por completo recuperada, podrás volver a tu vida normal. No es complicado aceptar la ayuda de otros.

—Bueno, sería menos complicado si esa ayuda no viniera con un motivo oculto.

—¿Crees que se trata de llevarte a la cama? ¿Es eso? —preguntó él, apartándose un poco para mirarla a los ojos.

—Dímelo tú...

—Podría seducirte, pero tú siempre tendrás la última palabra en acceder o no a ello o a cualquier avance de mi parte. Te dije que esperaré tu decisión, y eso haré, pero no implica que no intentaré procurar apresurar esa respuesta, en especial si quiero que sea positiva.

—Sean...

—Déjame continuar —dijo con seriedad—. Quiero que sepas que mi prioridad es que te encuentres en pleno estado de salud, porque te necesito en mi empresa al ciento por cien. Segundo, porque quiero acostarme contigo sin lastimarte en el caso de que decidas aceptar mi propuesta. —Ella lo miró sorprendida por el desparpajo con el que Sean se portaba fuera de la oficina. Le parecía interesante... Excitante inclusive—. Y tercero, estoy haciendo esto porque considero que, si tengo los recursos para ayudarte en esta situación, entonces los utilizaré. Lo haría con cualquier persona que colaborase conmigo.

—Porque todos somos iguales para ti —susurró ella algo dolida, ridícula emoción la verdad, al sentir que tal vez no era tan especial para Sean.

Él le tomó el mentón con firmeza, y ella se quedó prendada de esa mirada que parecía ser capaz de atravesar sus muros más infranqueables.

—No, Tracy, porque es lo humanamente correcto. Carece de sentido tener una plantilla de empleados que se sienten como robots en lugar de colaboradores con emociones, necesidades y sentimientos. Soy estricto, incluso malhumorado a ratos, pero jamás podría aprovecharme de un empleado. ¿Quieres saber si eres especial para mí? —Ella abrió y cerró la boca, pero Sean no la dejó continuar, y agregó—: Te responderé con un hecho: Mis empleados son importantes, y en una circunstancia como la tuya los hubiera visitado, contratado un equipo de monitoreo médico, pero jamás les hubiera ofrecido llevarlos personalmente a sus casas o procurar acomodarlos con sus mascotas en un hotel de lujo. ¿Sabes por qué?

Ella tragó en seco.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

—Porque la única mujer especial en la ecuación eres tú.

«Mierda. ¿Cómo carajo iba a presentar resistencia cuando el hombre le salía con respuestas de ese calibre?».

Tracy terminó de organizar sus pertenencias en la suite del hotel. Su gata, como no podía ser de otro modo, ya estaba escondida bajo la cama ejercitando las uñas sobre la costosa alfombra. ¿Era culpable de eso? Claro que no. El que iba a pagar los gastos de reparación de la suntuosa pieza era Sean.

—Al menos podrías mostrarte un poco agradecida —dijo el diablo en persona.

Sentado en una butaca de la salita de la suite, Sean la contemplaba refunfuñar en voz baja mientras iba de un sitio a otro con dificultad. Nada deseaba más que ayudarla, pero la mujer era tan terca como una mula.

—Ya te dije `gracias', ¿qué más quieres cuando me has secuestrado? —preguntó fulminándolo con la mirada—. Me tocará ser esclava de lunes a viernes, y presidiaría los fines de semana.

Él no pudo contener una carcajada. Se puso de pie.

—La llave electrónica está sobre la mesita de noche —señaló sin perder la sonrisa—, y estoy seguro de que eres una mujer muy inteligente que sabe apreciar un gesto amable cuando lo recibe.

Tracy lo confrontó, manos sobre las caderas, acortando la distancia; no demasiado cerca. ¿Quién quería quemarse las alas de cera junto al sol? Ella, no. Una vez más, alguien debería premiarla por sus comparaciones y dotes de dramatismo.

—Ahora mismo necesito descansar, ¿me podrás conceder estos días a solas?

Él hizo una negación con la cabeza, y sacó del bolsillo trasero de su pantalón el teléfono. Marcó y esperó a que respondieran del otro lado. Habló tan rápido, y breve, que Tracy no tuvo tiempo a descifrar qué decía o a quién.

—Por supuesto. Dentro de quince minutos subirá una enfermera para encargarse de que no hagas ninguna tontería.

—¿Cómo qué, por ejemplo, oh, magnánimo amo? —preguntó con sarcasmo, pero el brillo que refulgió en la mirada de Sean le dejó muy claro que había sido interpretado de un modo distinto o que, quizá, le gustaba la idea de estar al mando de un modo particular en un sitio que no tenía nada que ver con la oficina. Tracy se aclaró la garganta antes de agregar—: No voy a discutir, ya he tenido suficiente. Gracias por tu preocupación...

Esa última frase le valió una amplísima sonrisa del tipo más insufrible, sexy y listo que conocía. Solo esperaba no estarse sonrojando. ¡Era su jefe! «Que quiere meterse en tus bragas», le dijo una incómoda vocecilla. Y si era honesta, quisiera o no, ella deseaba también poder ver a Sean Winthrop sin

nada que le impidiese comprobar si sus fantasías equiparaban la realidad.

—Ahora tengo que ir a ver a Milla. Volveré en la noche.

—¿Para qué...?

—Quiero ver cómo sigues.

—¿No puedes llamar? —preguntó, nerviosa, y eso le valió otra sonrisa—. Además, me has contratado una enfermera, no veo la necesidad.

—Espero que no tengas miedo de mí, Tracy —dijo con suavidad—. Cuando entraste en mi oficina parecías bastante confiada de tus capacidades profesionales, y cada que tu boca se abre para emitir algún sarcasmo tampoco tienes recelos. ¿Por qué temes mi cercanía cuando tú y yo sabemos que solo tienes que decir una palabra para acabar con esta tensión?

Ella se encogió de hombros.

—Solo estoy cansada —dijo— y, sí, también me pones un poco nerviosa. ¿Eso te satisface? —preguntó con rebeldía.

Sean estiró la mano para acariciarle con ternura la mejilla magullada.

—Claro que no —replicó—, lo que menos quiero es que te sientas nerviosa con mi cercanía fuera de la oficina —bajó la mano—, en todo caso, te dejaré descansar. Y te llamaré para saber cómo sigues. No hagas esfuerzos más de los necesarios.

Tracy se sintió un poco tonta, porque en realidad deseaba que él se acercase más y que, tal vez, la besara. Quería perderse en la sensación de esa boca y permitirse apoyar sus manos en la fuerza física de Sean. Sabía que no podía tomar una decisión tan de repente. Necesitaba tiempo. ¿Por qué su vida tenía la tendencia de complicarse de un momento a otro?

—Gracias por preocuparte...

Con un asentimiento, Sean salió de la habitación. Pasaron tan solo unos minutos, justo antes de que Tracy tuviera tiempo de una de sus impulsivas decisiones —como ir tras él, conseguir que la mirase para luego besarla hasta

dejar que la sensualidad tomase el control—, cuando una mujer de mediana edad entró con una sonrisa cauta.

—Buenos días, soy la enfermera Mariam Winehouse —le extendió la mano—, y estaré encantada de poder ayudarla en su mejora. El señor Winthrop me contrató.

—Buenos días —murmuró Tracy—, no se lo tome a mal, pero no requiero de una niñera. Puedo sobrevivir a unos pequeños golpes.

La mujer, como si estuviese acostumbrada a tratar con personas obcecadas, tan solo volvió a esbozar una sonrisa amable. Dejó a un lado un pequeño bolsito.

—Por supuesto. Tan solo me acomodaré en el sillón —señaló el sitio en el que Sean se había sentado momentos atrás—, y si usted necesita ayuda para ducharse o cambiarse de ropa, entonces estaré aquí. Lo que no es negociable es que le recuerde tomarse los medicamentos prescritos.

—De acuerdo... Tome asiento.

—Gracias, ¿me muestra los detalles de los consejos médicos, por favor? Me gustaría después comprobar su presión, y también revisar su lista de medicamentos, así como los horarios.

—¿Y si le dice a Sean que no puede hacer el trabajo porque estoy en perfectas condiciones de cuidar de mí misma?

La mujer de cabellos rubios inclinó la cabeza hacia un lado sin perder el buen humor en su expresión. Quizá estaba habituada a pacientes complicados, y no es que Tracy lo fuera, pero lo cierto es que no le agradaba estar a merced de otra persona. Al menos, cuando se consideraba perfectamente capaz de mantenerse en pie.

—Me apenaría mucho tener que devolver el generoso anticipo que he recibido para venir un fin de semana, y el resto de la paga prometida para los días por venir. ¿Sabe? Tengo un nieto de siete años que se muere por ir a

Disneyland París. Llevamos ahorrando un buen tiempo, y creo que este trabajo será ideal para completar el último tramo de los gastos para ir juntos. Ya sabe, el tiempo de una abuela es contado, así que tenemos que crear la mayor cantidad de recuerdos posibles.

Tracy rio con sincera alegría, y también un sincero dolor en las costillas al hacerlo. Lo disimuló.

—Imagino que sé por qué Sean la contrató.

—No me diga...

—Usted y yo, quizá, podamos llegar a llevarnos bien. Después de todo, la tendencia al drama puede ser un factor que une masas en el mundo.

—No es drama —dijo la mujer con pasmosa seriedad.

—¿Qué es, si no? —preguntó Tracy creyendo que la había ofendido.

—La cruda realidad —replicó Mariam riéndose, y Tracy no pudo evitar imitar el gesto al darse cuenta de que estaba tomándole el pelo—. Ahora, deje de perder el tiempo, señorita Goldstein, y tráigame lo que le he pedido. Después comprobaremos si es cierto que puede manejarse sola.

—¿Cómo hará tal cosa? —preguntó cruzándose de brazos.

—Lo que le he mencionado. Llamará pidiendo mi ayuda, porque tendrá que bañarse. A menos que sea Hulk, conozco a ese hombre verde por mi nieto, y se bañe sin quejarse del dolor cuando sus manos no alcancen a desabrochar el sujetador porque sus costillas parecerán cuchillos contra sus órganos más cercanos. O tal vez si se cree La Viuda Negra, que no está nada mal con su traje de cuero y habilidad marcial, e intenta quitarse ese pantalón sin creer que alguna criatura extraterrestre está conspirando para romperle el brazo.

—¿Me va a hablar ahora con metáforas de superhéroes de Marvel?

—Tan solo si actúa como mi nieto cuando rechaza la ayuda de su abuela para ciertas tareas. Algún día lo necesitaré yo a él, seguro, pero por el momento, Allan está atado a lo que yo le diga.

—¿Cómo yo? —preguntó bajando los hombros.

El antibiótico para el dolor, y la píldora que había tomado para descansar mejor empezaba a surtir efecto. Se sentía fastidiada, dolorida y agotada. No tenía ganas de continuar presentando batalla.

—Claro que no, porque en su caso particular puede elegir entre torcerse como contorsionista del Cirque Du Soleil tratando de moverse sin dolor o bien permitir que yo sea su punto de apoyo.

Soltó un suspiro. No tenía idea de cómo Sean había conseguido una mujer como aquella en tan poco tiempo. ¿Cómo iba a librarse de la enfermera si parecía estar diseñada para responder tal y como ella lo hubiera hecho de estar invertidos los papeles? Empezaba a preocuparla el hecho de que su jefe no solo era un hombre que sabía organizar una campaña para mover masas con un objetivo: comprar, percibir, aceptar, amar u odiar un producto, sino que también era un depredador capaz de conocer al dedillo la mente de su oponente. Y claro, ella no era un oponente, sino algo peor: un punto de interés sexual para un hombre que tenía la molesta capacidad de que lograra olvidar su enfoque profesional.

—Serán unos largos días —rezongó Tracy.

—Solo si usted se empeña en creer que ser una mujer independiente implica mostrarse fuerte cuando pedir ayuda es un sinónimo de madurez y no de fortaleza.

—¿Me está llamando inmadura?

Mariam sonrió. Conocía a la familia Winthrop desde hacía muchísimos años, y el hecho de que Sean la hubiera llamado para atender a una persona distinta a su círculo más personal hablaba volúmenes sobre el interés del muchacho en la terca jovencita que estaba ante ella. Sabía lo importante que era la discreción, y apreciaba mucho a la madre del exitoso publicista, así que se limitaría hacer su trabajo.

—Le estoy diciendo que depender de otros no es una debilidad, menos cuando físicamente no es posible sostenerse por uno mismo.

Tracy suspiró.

—Lo sé.

—Me alegro de que, finalmente, empecemos a concordar en algo.

Resignada a su suerte, Tracy fue por la receta médica, y empezó a decirle todas sus dolencias a Mariam. Le resultó un alivio saber que contaba con una profesional que podría cuidar de ella. No tenía tendencia a los accidentes, al menos no del calibre de la noche anterior, así que quizá no era tan malo aceptar que no era invencible.

Boston, Estados Unidos.

Bethany abrió el sobre que reposaba sobre la cama king-size de su habitación. No podía decir que era una estancia lujosa, porque iba más allá de eso. El ambiente era cautivante, sensual y también cómodo. El mobiliario estaba dispuesto para servir cualquier necesidad del huésped. El mini-bar que descansaba en una esquina tenía variedad de licores y vasos. Ella no creía que fuese a beber todo eso, pero podría probar un poco. ¿Qué se lo impedía si ya había pagado mucho dinero por pasar toda la semana en ese paradisíaco lugar?

Los tonos malva y blanco dispersos en las paredes, decoradas con atrevidos y tenues dibujos de las diferentes poses del Kamasutra, invitaban a observar sin pudor, a sonrojarse e incluso a desear que el halo de misterio que envolvía al silencioso hotel cayera para descubrir los secretos. Bethany no era una mujer tan paciente, aunque un poco de secretismo tampoco le molestaba.

Después de dejar sus pertenencias cuidadosamente ubicadas en los sitios

correspondientes reparó en un sillón de tono por completo negro. Tenía forma de N, pero con curvas en lugar de ángulos rectos, y el final de la letra en este caso era alargada. Una silla de tantra. El arte del sexo que no buscaba el orgasmo, sino el solo placer de los sentidos. Sí, la identificó porque había leído al respecto. La idea de lo que podría significar la presencia de esa silla de tantra le causó una sorpresiva humedad entre sus piernas.

Se apresuró a abrir el sobre cerrado con un decadente sello de cera roja.

Querida Bethany,

*Gracias por alojarte en el Hotel Cumbria. Esperamos que tu estancia sea inolvidable y llene tus expectativas. Te detallamos a continuación las actividades diarias a las que estás invitada, mas no obligada, a asistir. Agradecemos que nos confirmes al *609, con al menos tres horas de antelación, si atenderás alguna, o todas, para hacer los arreglos pertinentes.*

- a) Velo de susurros.*
- b) Júbilo de sabores al ocaso.*
- c) Masaje a medianoche.*
- d) Fiesta de máscaras.*

Cordialmente,

Hotel Cumbria.

Intrigada empezó a analizar cuál de las cuatro posibilidades le parecía más atractiva. No tenía idea de qué podría ofrecer cada una, pero sí estaba segura de que sería una experiencia que jamás iba a olvidar. Tomó una profunda inhalación. Experimentó un aleteo de emoción recorriéndole la piel cuando agarró el teléfono y marcó la extensión *609.

CAPÍTULO 11

—Papi, ¿por qué no me dejas ir a la casa de Hannah? —preguntó mientras tomaba otra cucharada de helado en un centro comercial.

Llevaban toda la mañana en la calle, desde que Sean dejó a Tracy instalada en el hotel, y su hija no paraba de pedirle cada tanto lo mismo: ir a jugar con su amiguita de la escuela. Él no podía explicarle que Ophelia, la madre de Hannah, se le insinuaba sexualmente cada que estaban cerca en un mismo entorno social.

No tenía problemas en rechazar avances no deseados, pero con aquella mujer llegaba a un punto demasiado incómodo y lo peor era que, por lo general, sucedía en actividades de la escuela. Sean no quería abrir más espacios de interacción que pudieran propiciar encuentros a solas con la madre de Hannah. Lo sentía mucho por Milla, pero era consciente de que esos comentarios en doble vía de Ophelia podían llegar a oídos de la pequeña, y no tenía ganas de explicarle algo que solo podría comprenderlo siendo más adulta. Los niños tenían solo una misión: educarse, ser amados y divertirse. Eso era todo, y así pretendía que fuese para Milla.

Sean era consciente de que, al ser uno de los pocos —si no el único— padres solteros en la escuela de Hannah, con una empresa muy lucrativa y un aspecto físico atractivo, se volvía un objetivo para quienes lo veían como un potencial esposo. Él no tenía intención de casarse de nuevo, ni tampoco ser padre sustituto. La psicología de un niño era muy frágil, y ya tenía suficiente con el hecho de que Milla hubiera tenido que nacer sin el amparo de una madre que la amara.

—Hoy no, princesa, porque tú y yo tenemos una agenda que cumplir para

que nuestra casa esté muy bonita. Vamos a limpiar, a comprar, y después iremos al cine. ¿Qué te parece? —Ella se encogió de hombros—. Es más —dijo en tono animado— te dejaré elegir a ti la película, y el día lunes que vaya la señora Tyson le contaremos lo que has hecho. Y si no llego a casa temprano podrás comer helado de postre.

—Vale... —murmuró bajando la mirada.

Milla no rompió a llorar. Agarró con firmeza la cuchara de colores y la metió de nuevo en la inmensa bola de helado y siguió comiendo en silencio. El silencio era un signo inequívoco de que estaba furiosa. Sean prefería esa actitud queda, al griterío habitual de los niños. Agarró la mano de su hija y salió del centro comercial.

Le dolía decirle a Milla 'no', aunque también era consciente de que ella tenía que aprender que no podía tenerlo todo, ni ser complacida en cualquier pequeño detalle que pidiese. Ser padre no era en absoluto una tarea sencilla, y cada día era un nuevo reto. Las noches insomnes, la angustia de no saber si estaba haciendo un buen rol, la perenne preocupación por el bienestar físico y emocional de Milla, lo consumían cuando a eso le sumaba el estrés de la oficina. Intentaba crear un balance, aunque no resultaba fácil.

Una vez en el automóvil ajustó el cinturón de seguridad a la sillita infantil, y él se acomodó en el asiento del conductor.

—Papi...

Sean bajó el volumen de la música infantil. Miró a su hija por el retrovisor brevemente.

—Dime, cariño mío.

—La mamá de Hannah le hace tartas de cumpleaños... ¿Dónde está mi mamá?

Menos mal, él todavía no había salido del garaje, porque la pregunta le acababa de caer como un balde de agua fría. No era la primera ocasión que

escuchaba a Milla hacerle una pregunta como aquella, pero había pasado mucho tiempo desde la última ocasión en que tuvo que abordar el tema.

Se quitó el cinturón de seguridad y se trasladó hacia la parte de atrás para sentarse junto a su hija. Ella lo miró arrugando la naricilla.

—El año pasado la abuela nos hizo una tarta deliciosa de fresas con moras. ¿Lo recuerdas? —preguntó acariciándole la manita. Se veía tan delicada y frágil en la suya.

—Sí, pero la abuela no es mi mamá —replicó mirando a su padre con aquellos ojos que conseguían que Sean quisiera surcar los mares con tal de que Milla sonriese. Si él pudiese cambiar el curso de las circunstancias que habían llevado a su hija a crecer sin una madre, lo haría una y mil veces.

—¿Quieres que aprendamos a hacer una tarta juntos? —preguntó a cambio y procurando no topar el tema que, incluso a él, le parecía difícil de abordar. Tal vez podría continuar dándole vueltas a ese tópico mientras su hija era pequeña, pero, ¿qué haría cuando llegase el momento en que ella no se distrajese tan fácilmente ni fuese tan crédula de cualquier excusa de Sean para evitarle sufrimientos?

Milla jugueteó con sus deditos sobre la palma grande y ligeramente callosa de Sean. Lo miró con una expresión que él solo veía cuando ella deseaba algo que le hacía muchísima ilusión.

—No, papi... ¿Sabes qué quiero?

Él se temía mucho lo que le esperaba a continuación.

—Dime, princesa.

—Quisiera tener una mamá. ¿Puedes casarte con mi profesora? La señora Rossy es muy buena y sabe muchas cosas —dijo con entusiasmo.

Sean contuvo una carcajada. La profesora de su hija era una mujer encantadora, guapa —no podía negarlo—, y podría encajar en una fantasía para cualquier adolescente, pero él no era uno. En alguna ocasión, ella le

insinuó la posibilidad de verse en un ámbito más personal, fuera de la escuela, pero Sean no se involucraba con ninguna mujer que tuviera contacto con el entorno del crecimiento de su hija. Regla de oro, y pensaba mantenerla.

—No, princesa, casarme con tu profesora no es algo que vaya a hacer.

Milla suspiró como si fuese un adulto a quien habían decepcionado terriblemente. Sean le dio un beso en la mejilla, y le acarició la cabecita de cabellos con aroma a manzanilla.

—¿Nunca tendré una mamá?

—Esta conversación es solo porque quieres hacer una tarta, ¿verdad? —preguntó a cambio con una sonrisa, aunque por dentro sentía el corazón triste porque su hija no tendría la experiencia de tener una mamá que se preocupase de darle el amor que, todo infante, merecía.

—No... Es porque soy la única de mi clase que no tiene mamá...

—Pero me tienes a mí, y yo intento ser tu papá y tu mamá al mismo tiempo. ¿Crees que estoy haciendo un buen trabajo por ahora? —le preguntó con cariño.

Ella asintió fervientemente con la cabecita.

—Sí, papi, pero no sabes hacer tartas...

—Entonces está decidido, iremos a buscar los ingredientes para aprender a hacer una en toda regla. ¿De qué le gustaría la tarta a mi princesa?

La expresión de Milla se volvió alegre por completo, y eso alivió a Sean. Lo que él daría para que su hija fuera siempre pequeña para así poder protegerla de los desastres que existían en el mundo...

—¡Chocolate, papi!

Sean se pasó hacia el asiento del conductor, y miró a su hija por el retrovisor.

—Aquí el conductor se dirige hacia el supermercado para comprar todos los ingredientes para la mejor tarta de chocolate que la señorita Milla

Winthrop haya probado jamás.

—¡Yupiii! —aplaudió y cuando la música volvió a sonar en los parlantes del Toyota Highlander color rojo, ella empezó a tararear la canción de su cartoon favorito.

«La batalla del día está salvada por el momento», pensó Sean antes de encender el motor y poner rumbo hacia la calle.

Cuarenta y ocho horas después, Tracy sentía que la claustrofobia iba a convertirse en un nuevo problema en su cuadro médico. Aunque, si debía confesar, también tenía mucho que ver el hecho de que Sean no la hubiera llamado como prometió hacerlo para preguntar por su estado de salud. Así que la ansiedad también entraba en la lista. «Seguro que encontró alguna persona para entretenerse el fin de semana.» Y no, no era un pensamiento que la ayudara a mejorar su estado anímico.

Apartó la portátil de sus piernas, y miró a la enfermera. La mujer era en realidad muy entretenida, aunque quejica cuando Tracy no quería tomarse los medicamentos porque prefería despachar algún correo del trabajo. Y vaya que tenía muchos pendientes por resolver. Tal vez hubiera sido mejor instalarse una cama en la bodega de la oficina, porque de repente contactar a Sean parecía el hobby del fin de semana de diferentes empresarios del mundo.

—¿No piensa salir? —preguntó Mariam mientras Tracy observaba enfurruñada las noticias del día en la televisión—. Tiene solo veintisiete años y, a pesar de las magulladuras, es muy bonita. Seguro que arreglarse un poco y dar una vuelta hará maravillas con su estado anímico.

—Me duelen las costillas para caminar y un poco la cabeza —rezongó.

—Si se tomara la píldora para la jaqueca...

—No sé por qué quiere que salga a la calle, ¿no es su trabajo ejercer de

carcelera?

Mariam se rio y dejó a un lado la Cosmopolitan que estaba leyendo. Durante el tiempo en que fuese enfermera de Tracy ella tenía reservada una suite contigua a la de su paciente, y solo salía al mediodía para visitar a su nieto.

—No sea tan dramática, sí puede salir, pero debe hacerlo con cuidado de no tropezar. Salvo que su pierna no haya dejado de dolerle. ¿Ha sido así?

—Tengo un moratón, como bien sabe, pero nada más allá de eso.

—La ayudo a vestirse, ¿le parece bien? Me apetece que me traiga un café.

Tracy se cruzó de brazos.

—Puede pedir servicio a la habitación...

—Ah, pero si lo hiciera eso implicaría que usted se quedará aquí. Al menos le estoy dando una excusa para salir un rato. Hay un centro comercial cercano e incluso una bonita cafetería nueva que abrieron hace pocos meses.

Tracy temía hacer preguntas que delataran su curiosidad. Pero, ¿qué más daba?

—¿Sean no ha llamado? —preguntó como si no le interesara.

—Claro que sí —respondió Mariam volviendo su atención a la revista y consciente del interés que existía detrás de la inofensiva pregunta.

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó bajando la revista a su regazo, y elevando la mirada hacia la peculiar paciente.

Tracy suspiró.

—Quiero saber qué le dijo, y si acaso va a venir o por qué no me ha llamado.

Mariam, la muy bribona, sonrió.

—Me dijo que estaba tratando de hacer una tarta con su hija y que era

probable que no pudiera acercarse hoy. También me comentó que su teléfono está apagado. —Tracy recordó que se había olvidado de cargarlo. «Mierda.» —. Y ayer lo tuvo ocupado haciendo mandados personales. ¿Por qué no lo invita a venir?

—Porque... —se aclaró la garganta—, porque estoy ocupada.

—¿Decidiendo si quiere quedarse encerrada o si quiere salir? Vaya, usted tiene que tomar grandes decisiones durante los fines de semana.

—Deje el sarcasmo.

—Solo si usted deja la necesidad —replicó Mariam con el mismo ánimo alegre—. En todo caso, señorita Goldstein, puedo llamar al señor Winthrop y decirle que sería bueno que pasara por aquí a saludar. Ya sabe, un tirón de orejas por la falta de delicadeza al dejarla a usted olvidada cuando está convaleciente.

Tracy esbozó una sonrisa. Sí, estaba recibiendo un poco de su propia medicina. No iba a quejarse.

—Está con su hija...

—Los niños no muerden, al menos que usted los provoque, y aún así... La niña Milla es una dulzura. Tal vez le siente bien conocer a alguien que, estando enferma, actúa como alguien de su edad. Cuatro añitos.

—Qué graciosa es usted, señora Mariam.

La mujer se rio.

—El joven Winthrop es un buen partido, y aunque la hija es un factor importante a considerar no creo que sea algo que le pueda incomodar a una mujer valiente como usted —dijo riéndose—. Después de todo, el tema de tener citas es solo eso: comer, pasear, un poco de sexo... No tiene que jugar a la familia feliz —le dijo a Tracy.

—No juego —replicó con fastidio, sentándose de nuevo en el borde del colchón—. Es complicado.

—La vida, en general, lo es. Usted debe saberlo. Si tiene interés en el señor Winthrop, entonces será mejor que deje un poco el drama.

—Es mi jefe...

—No es la primera persona que tiene un romance con el jefe o que se enamora del jefe, señorita Goldstein. Y creo que el interés es en doble vía.

—¿Me está animando a tener un affaire con mi jefe?

—No, tan solo estoy poniendo sobre la mesa una decisión que — aparentemente— usted ya ha tomado, pero que no es tan valiente para aceptar.

—Solo porque le conté que él quiere tener algo conmigo fuera de la oficina, un lapsus debido a su insistente forma de querer sonsacarme información y porque me hace preguntas cuando estoy a punto de dormirme, no significa que yo quiera acceder a ello. ¿Comprende?

Mariam se encogió de hombros.

—Claro.

Tracy, fastidiada, fue hasta el clóset en donde había puesto bastante ropa con la ayuda de Becky la tarde anterior. Su gata estaba acoplándose a un nuevo entorno y haciendo de las suyas con las alfombras.

Sí, estaba un poco adolorida —era normal— pero podía moverse. Trabajar sin descanso empezaba a pasarle factura a su estado de ánimo. No quería pedirle a la enfermera que la ayudara a bañarse, ni a cambiarse de ropa, así que —orgullo primero— agarró varias prendas y se encerró en el cuarto de baño.

Tardó casi una hora vistiéndose, y otro tanto ocultando las ojeras y la magulladura de la mejilla. Cuando estuvo satisfecha con el reflejo que el espejo le obsequiaba, sonrió. Iba a tomarse esa noche de domingo para ir a la librería a buscar alguna novela interesante que le despejase la mente, y después iría por un café. Y sí, le compraría una bebida a la enfermera.

No recordaba la última vez que había tenido que depender de otra

persona para hacer su rutina personal, es decir, vestirse y bañarse. Iba a tratar de ser menos dramática, porque la pobre enfermera —aunque le seguía la corriente— no tenía que escuchar sus lamentos trágicos cada tanto. Por más que le pagaran bien.

—Está muy guapa. El tono celeste le sienta muy bien —dijo Mariam observándola desde el sillón—. ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias, puedo sola. —Mariam asintió—. Iré a la cafetería que está a cinco cuadras y le traeré su café. Mi teléfono lo dejaré cargando.

—Muy bien, señorita Goldstein. Gracias por mi bebida.

—Si la llama Sean...

—Le diré en donde puede encontrarla. No se preocupe.

Con un asentimiento, Tracy agarró su bolsa y decidió disfrutar un rato a solas.

CAPÍTULO 12

Mientras Milla mezclaba la harina con la leche, y embarraba toda la cocina con los ingredientes para el cake, él no podía evitar pensar en todos los momentos de su pequeña hija que Sandy estaba perdiéndoselos. Ella había destruido muchas ilusiones a su paso, en especial las de él. Lo peor era que ni siquiera podía culparla de haberlo hecho a conciencia, no el todo al menos.

Todavía no era capaz de definir si lo que sintió con la madre de Milla fue amor o mera lujuria disfrazada de ilusiones propias de la juventud.

Luego estaba Tracy y el modo en que ocupaba sus pensamientos.

No lograba todavía encajar sus emociones alrededor de ella. La deseaba, sí, y de una forma visceral, aunque también existía la curiosidad de conocer sus otras facetas como mujer fuera de la oficina. La química era innegable, y quemaba cada poro de su piel cuando la tenía cerca. Ignoraba cómo había conseguido mantener a raya su lujuria en la empresa, en especial con el maldito aroma de Tracy persiguiéndolo.

Se sentía tranquilo al saber que estaba bien cuidada con Mariam. Bendita fuese la enfermera y amiga de la familia. Ella le había dejado claro que la paciente era poco cooperadora, pero consciente de que necesitaba descansar y por eso accedía a tomar la medicación. No lo sorprendía, porque Tracy era bastante obcecada hasta en los más mínimos detalles. Si él no estuviese al mando en la oficina estaba seguro de que ella se empeñaría en tratar de hacer las cosas a su modo.

Imaginaba que para Tracy no era nada sencillo seguir órdenes cuando, bien o mal, llevó su propia empresa durante varios años en Estados Unidos. La curiosidad sobre lo que realmente había sucedido al interior de HaGo solía picar su interés, y esperaba en algún momento que fuese ella misma quien, por

voluntad propia, se lo contase. Él sabía que una ruptura empresarial tenía muchas más aristas de las que estaban a simple vista. Aunque, por supuesto, él podía fácilmente lidiar con esa ligera ignorancia de hechos.

Sean había pasado el sábado y casi todo el domingo haciendo deberes infantiles y jugando con su hija. Cuando Milla dormía la siesta, a él le tocaba ejercer de amo de casa: hacer la colada, limpiar las habitaciones, lavar la vajilla, organizar la ropa de Milla para la escuela y también organizar todos los trastes de la cochera. Cada día era un reto nuevo, en especial los sábados y domingos que se quedaba sin niñera.

Pedirle ayuda a su madre era un recurso para temas de emergencia o en casos extremos en los que él no pudiera darse abasto. No quería que su madre dejase de ir a la calle con William, o a jugar Bridge con sus amigas en el club, por atender una responsabilidad que era por completo de él.

Aunque Sean podía contratar una persona que limpiara o cocinara los fines de semana, él prefería enseñarle a su hija —desde temprana edad— que por más comodidades que poseyera también era preciso que viese cómo se hacían las cosas. Milla no tenía un padre inútil —bastante catastrófico en la cocina y a la hora de zurcir la ropa, eso sí—, pero sí uno que procuraba celebrar cualquier pequeña ayuda que la niña ofreciera para así motivarla a ser proactiva.

En medio de su jungla personal, Sean no quiso llamar a Tracy, aunque varias veces estuvo tentado de escuchar la melódica voz y las réplicas sarcásticas. Él consideró que dejarla a solas el fin de semana era lo mejor. Tampoco quería agobiarla, en especial cuando tenían una conversación pendiente, y muy personal, de por medio.

—¡Papi! Es tiempo de poner al horno —dijo Milla con una sonrisa exultante. Tenía el cabello con clara de huevo, la nariz espolvoreada con azúcar impalpable, y los zapatos manchados de tono azul. El color del

merengue, porque no había nada mejor que el delicioso azúcar que se espolvoreaba con chispitas y que podía tener cualquier color que el cocinero deseara. En este caso, a elección de Milla, azul.

—Lo sé, cariño, lo sé —murmuró Sean, mientras le pedía a la niña que se apartara para calentar el horno—. Ve al cuarto de baño que voy en un minuto para quitarte toda esa suciedad.

—Quiero ver cómo introduces en ese espacio la tarta...—dijo poniendo los bracitos en jarras.

Él ocultó una sonrisa.

—Trato hecho, señorita. Aléjate del horno, Milla. Eso es. Ahora ponemos la temperatura correcta... ¡Voilà! Dentro de cuarenta minutos regresaremos.

—¿Ya? ¿Estás seguro?

Esta vez estaba muy seguro, porque había seguido varios tutoriales de Youtube, y leído varias recetas. No iba a permitir que su hija creyera que carecía de talento en la cocina. Ya bastante tenía tratando de hacer los mejores peinados en las mañanas para que ella fuese a la escuela.

—Claro que sí. Nos iremos a bañar, y el timbre del horno nos avisará cuando sea momento de bajar a sacar nuestra obra de arte —sonrió.

La niña dio dos palmadas con entusiasmo.

—¡Qué genial, papi! —dijo con una resplandeciente sonrisa que, para Sean, compensaría la hora y media que de seguro tardaría limpiando todo el desastre que habían hecho en la cocina.

El aire fresco le sentó muy bien a Tracy, y disfrutar de una humeante taza de café lejos del lujo del hotel —y la enfermera— le despejó la cabeza. Imaginaba que Becky debía estar haciendo las maletas para su viaje a

Australia, aunque lo más probable era que ya hubiera llamado a la aerolínea para adelantar el vuelo. Becky era la mujer más impaciente que conocía e iba a echarla en falta, aunque no tanto como extrañaba a Bethany.

No era lo mismo mantener su rutina en Boston que hablar por teléfono desde dos países diferentes. De hecho, llevaba días sin hablar con su mejor amiga, y no quería agarrar el teléfono solo para contarle su accidente. Preocuparla por una situación que no había terminado en desgracia, por suerte, era una pérdida de tiempo. Al menos sabía que Bethany estaba bien y que se había tomado vacaciones del hospital. Esto último era algo inaudito, porque la cabezota de su amiga era adicta al trabajo, así que Tracy se alegraba de que al fin hubiera entrado en razón. Esperaba que le fuese bien en aquel SPA especial en las afueras de Boston, tal vez incluso le pediría que se lo recomendase.

—¿Le sirvo algo más? —preguntó el camarero interrumpiendo el último sorbo de Tracy.

—Solo tráigame la cuenta, ah, y un cheesecake de frambuesa con un café. Que sea para llevar. —Dicho esto, el camarero se alejó y ella aprovechó revisar su teléfono.

No había mensajes de Sean. Tampoco llamadas.

Frunció el ceño, un poco decepcionada. ¿Habría dicho en serio la propuesta de ser amantes? ¿O quizá habría sido un impulso ante la idea de perder una asistente cuando existían muchas negociaciones importantes en el horizonte? Una vez había pasado por tonta con Adrian. Repetir esa equivocación sería su lápida profesional.

Por otra parte, Tracy era consciente de que la idea de ver a diario a Sean se estaba convirtiendo en una sutil, aunque potente, adicción. Su voz, el aroma de la colonia masculina, y la diligente manera de trabajar día a día. A pesar de que podía ser demasiado serio a ratos, lo cierto es que ella admiraba el tesón con el que manejaba la compañía. Era un jefe estricto, aunque justo; esta

combinación solía ser inusual, porque los presidentes o vicepresidentes corporativos tendían a caer en la tiranía.

Quizá era mejor mantener la distancia. Y si Sean se había arrepentido de todo lo conversado en el hospital, ella, aunque la sola idea la apenaba, no iba a sacar el tema a colación cuando volviese a verlo. De seguro la próxima comunicación con él estaría basada en temas profesionales y por videoconferencia. Ahora que no tendría que enfrentarlo cara-a-cara en las próximas semanas —debido a su residencia temporal en el hotel— ni iba a sentirse tentada por esa aura de seguridad masculina en la oficina, los latidos de su corazón estarían más inclinados a llevar un ritmo menos frenético. «La salud ante todo», pensó con humor negro.

Con resignación, y dispuesta a volver al hotel, salió de la cafetería. El cielo estaba empezando a teñirse de grises. Se había quedado absorta en sus pensamientos durante casi dos horas. Suspiró y continuó avanzando por la acera, mientras alrededor los murmullos quedos de una tarde propia de un día domingo se hacían eco.

Tracy no era de las que creía en las coincidencias, por eso cuando desde la esquina una figura conocida la saludó con la mano, se sorprendió de verdad. Se quedó estática hasta que el hombre llegó a su lado.

—Qué difícil eres de encontrar —dijo Lassner con una sonrisa amplia—. Te he llamado insistentemente. Siento mucho lo que te sucedió ayer, Tracy.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó.

—Me dejaste un mensaje de voz diciendo que tu jefe se haría cargo de tu bienestar. —Ella frunció el ceño, porque no recordaba eso. Quizá lo hizo bajo los efectos de la medicación—. Y estabas hospedándote en un hotel. Te llamé ayer, pero como solo me salía la contestadora pensé que querías pasar la primera noche sin tener que lidiar con visitas.

—No sé qué decirte...

—Fui a verte al hotel, pero la enfermera me comentó que de seguro habrías salido a dar una vuelta. Ha sido un golpe de suerte hallarte tan pronto porque esta zona tiene bastante movimiento.

—No un domingo...

Él asintió.

—Tienes razón —dijo él—, ¿ya comiste o llevas esto para comer en el hotel?

—Yo... —bajó la mirada—, escucha, Lassner, lo cierto es que no quisiera darte la idea equivocada. Quizá no es lo mejor que continuemos viéndonos.

Ese comentario borró el buen humor del abogado.

—¿Por qué? Creí que teníamos química. Realmente me agradas, Tracy. Y lo ocurrido ayer...

—Tal vez sea un presagio —interrumpió ella—, y ya te he comentado que soy un poco supersticiosa. —Él la miró con interés—. No creo que un accidente en una primera cita sea un buen augurio. ¿Tú sí? —preguntó esto con un tono ligero.

Él optó por otra estrategia. No iba a presionarla, pero tampoco iba a permitir que lo despidieran como si fuese un mequetrefe. Le gustaba Tracy y quería mantener el contacto. Tal vez no había sido el mejor inicio para un primer encuentro, y no por eso iba a dar por fallida la posibilidad de estar con una mujer tan interesante como ella. «Solo dale tiempo», pensó Lassner.

—Déjame acompañarte al hotel. ¿Al menos me permitirías eso?

Ella no vio nada de malo en el detalle. «Un cierre limpio y justo», pensó.

El hecho de que se hubiera olvidado tan pronto de la existencia de Lassner, solo dejaba claro que él no era alguien para repetir una cita, a pesar de que en primera instancia hubiese pensado lo contrario. La confesión de Sean le había dejado claro que Lassner no era el hombre para ella. ¿Cómo se

podía estar con un hombre si en realidad era otro el que le podía hacer hervir la sangre con solo una frase o su sensual cercanía?

—Gracias, Lassner —dijo ella—. Así me contarás un poco de lo que has hecho estas horas, mientras yo dormía tratando de olvidarme del dolor.

—Ah, la chica trágica ha regresado.

—Dramática, para ser precisa —dijo riéndose—. El hotel está a cuatro manzanas, ¿te parece si nos quedamos en el lobby charlando un rato? Luego tendré que subir a descansar. —Aquella era la forma más sutil de decirle que, después de su conversación en el hotel, quedaría todo en el olvido en un ámbito romántico para ambos. Ella esperaba que Lassner utilizara su astucia de la Corte, para entender la indirecta. ¿Ser amigos? Probablemente no sería tampoco buena idea.

Boston, Estados Unidos.

Velo de susurros. Bethany estaba a punto de descubrir de qué se trataba. De momento solo tenía la certeza de que el hotel sí tenía muchos huéspedes.

Ella creyó, al poner un pie sobre el césped perfectamente podado, que se girarían cabezas para mirarla. Gran equivocación. Nadie reparó en su llegada, tampoco la examinaron con curiosidad, y menos cuchichearon mirándola de soslayo. Eso le quitó los nervios. Intentó discernir qué estaba ocurriendo, pero no tenía elementos para sacar deducciones.

Llegó hasta la mesa del maitrê, y este le entregó un número. El de su habitación, pero también contenía una llave en forma de diamante.

—¿Para qué es esta llave?

—Nos entregan los itinerarios de las actividades de los huéspedes para guiarlos de la mejor forma posible. Usted se inscribió en las cuatro

actividades principales que ofrecemos a todos los invitados. ¿Verdad? —Ella asintió—. Esta llave, la utilizará para poder acceder a la Sala Cumbria en la que se lleva a cabo el evento *Júbilo de sabores al ocaso*. Debe estar a tiempo, caso contrario, no podrá acceder.

—¿Me va a explicar en qué consiste cada actividad?

—No estoy autorizado a desvelar las actividades. Existen, en secretismo, como parte de nuestra política del hotel —dijo el hombre con seriedad.

—Vale... —murmuró guardándose la llave—. ¿Me puede decir al menos qué requisito debo cumplir para ir a la Sala Cumbria?

—Solo querer ir.

—¿Puedo hacerlo ahora?

—No, porque es una actividad en compañía, y nosotros nos encargamos de que tenga usted un buen momento.

—¿Seguro no me puede anticipar nada?

—Bienvenida al patio Danubio —replicó a cambio, y dando por zanjada la conversación—. Espero que tenga una estancia provechosa. La atenderá nuestra camarera, Jane.

En ese momento, una mujer negra y alta se acercó con una resplandeciente sonrisa y con la mirada le indicó que debía seguirla. Bethany se limitó a obedecer.

El patio interior Danubio, pintado con motivos acordes a las ciudades más emblemáticas de Europa del este, tenía distribuidas muchas mesas de hierro blancas y sillas a juego; todas ocupadas, pero no se podía identificar si se trataba de hombres o mujeres, o de solo un sexo, porque cada mesa estaba recubierta con un velo suave —aunque de tela consistente— que no permitía identificar quiénes estaban detrás o qué hacían. Flores multicolores, música que simulaba los sonidos de la naturaleza africana, y también chimeneas exteriores ubicadas estratégicamente, creaban un entorno que parecía perdido

en el tiempo con un toque exótico.

—Señorita Carrington, estaré a su servicio mientras se encuentre en el patio Danubio. Cualquier pequeño detalle está a solo un timbre de distancia. Cada mesa tiene un dispositivo. Si requiere mi ayuda, presiónelo.

—Sí..., gracias —dijo algo nerviosa. Se había puesto un vestido de algodón en tono oliva y botas bajas, negras. Llevaba el cabello recogido en un tocado bajo y tan solo había aplicado un poco de delineador en sus ojos—. ¿Qué se hace aquí?

La camarera le sonrió, y se puso los dedos sobre los labios.

—La guiaré en su recorrido. Aquí hablamos en susurros solo con la persona que tenemos que hacerlo. Hay una mesa disponible para usted. La llevaré —dijo en tono muy bajito.

—¿Y qué debo hacer? —insistió preguntando lo que tanto la preocupaba.

La mujer tenía facciones finas y labios gruesos. Sus ojos eran expresivos, y llevaba un uniforme de tono azul cielo, al igual que el resto de empleados del hotel que Bethany había visto. Le sonrió con amabilidad.

—Disfrutar de una conversación con su compañía.

—Pero no tengo ninguna...

—Sígueme, por favor —interrumpió la camarera, y Bethany cerró la boca.

Caminaron entre las mesas, sin llegar a interrumpir ni con el frufú de los zapatos sobre el césped ni con las palabras. Estaba prohibido mirar hacia otro lado, aparentemente, según lo que estaba diciéndole Jane, una vez que se acomodaba en una de las confortables sillas de hierro con vistosos cojines.

Jane le indicó con la mano que se sentara.

—Le traeré sus bebidas y un menú Mediterráneo. Su acompañante llegará en unos momentos. Por favor, siga las reglas. No intente mirar a otras personas o descifrar su identidad. Solo concéntrese en su compañía de hoy. En caso de no seguir el protocolo, no podrá volver al patio Danubio —dijo y

empezó a apartarse, pero la mano de Bethany la detuvo.

—Espere...

—¿Sí?

—Se trata solo de hablar, ¿es eso?

Jane sonrió con discreción y se inclinó hacia Bethany a una prudencial distancia.

—En susurros, sí. —Se puso erguida, y agregó—: Lo que haga después de estas dos horas de conversación es su entera voluntad.

Una vez que la sutil cortina que cubría la mesa, a modo de elegante carpa, se cerró dejando tan solo una tenue línea por la que se filtraba la luz exterior, Bethany empezó a sentirse ansiosa. No podía ver más que el resplandor exterior filtrándose por el material de la tela que, al igual que el resto del mobiliario que rodeaba el hotel, debía costar cientos de dólares el metro.

No se le había permitido bajar ningún elemento electrónico. Estaba solo ella y su expectativa.

Quizá otras personas pudieran tacharla de cobarde, porque, ¿cómo en pleno Siglo XXI le era difícil aceptar su propia sexualidad? ¿Cómo le era tan difícil dejar el miedo para enfrentarse al mundo sin que le importase, en especial cuando vivía en Estados Unidos? Y es que ninguna de esas personas podría entrar en la cabeza de otro ser humano. A Bethany le resultaba tan osado tratar de encajar en un parámetro social lo que se podía y no sentir; lo que se podía y no desear; lo que se podía y no ser.

Su lucha era consigo misma, porque el entorno que le importaba era su familia y su mejor amiga. El resto no pagaba sus cuentas ni le extendía un brazo para llorar cuando lo necesitaba. Y por eso, por la gente a quien tanto le debía desde el corazón, y por sí misma, había aceptado la invitación al Hotel Cumbria. No se sentía capaz de salir adelante sin antes haberse enfrentado a su

mayor miedo: ella misma.

Bethany estaba a punto de beber de la taza de té cuando la cortina se abrió. Imaginaba que se trataba de Jane, pero no fue ella quien entró a la carpa de tela semitransparente. La figura que estaba viendo a contraluz era más alta y esbelta. Utilizaba un jumper blanco y un vertiginoso escote en el pecho. Unos senos pequeños y erguidos. Sin sujetador, pues Bethany podía ver cómo las puntas de los pezones se ceñían a la tela. La cascada de cabello era de un tono rubio y caía sobre los hombros en suaves ondas. Aunque entrecerró los ojos, no le fue posible identificar el rostro.

Cuando la cortina se volvió a cerrar, finalmente ambas pudieron verse el rostro sin ningún problema.

—Hola —dijo la desconocida a Bethany con una sonrisa amplia—, no es mi primera ocasión en el hotel, pero sí la primera en que encuentro una mujer tan guapa.

Sonrojada por el modo frontal de expresarse de la mujer, Bethany tragó en seco. Intentó ocultar el temblor de las manos poniendo las palmas sobre las rodillas, al amparo del mantel de lino de la mesa. Entrelazó los dedos y los apretó.

—Hola... —bajó la mirada—, yo... Gracias.

—Soy Peyton ¿está bien si me siento contigo? No hay reglas que indiquen que debemos aceptar la presencia de otra, así que...

—No, no... Por favor, siéntate. Qué pena. Es que me da un poco de corte tenerte aquí y —se aclaró la garganta— bueno, no sé qué decir —murmuró.

Con una confianza que Bethany envidió, Peyton se sentó frente a ella. Llevaba un perfume exquisito y unos aros de oro en las orejas. Lucía exótica y atractiva. Sintió el corazón latiéndole con fuerza. No comprendía si eran solo nervios o excitación. Tal vez un poco de ambas.

—Y bien, Bethany, ¿qué te trae al hotel?

—Intento descubrir un poco más de mí —se encogió de hombros— y Byron me invitó a venir hace ya algún tiempo. Lo que he visto hasta ahora me gusta. Es lujoso y discreto. Al parecer cada quién está atendiendo sus propios asuntos... Digamos que no me siento juzgada.

—No hay nada por lo cual deban juzgarte. Estamos para entretenernos, conocer otras personas, y disfrutar de un sitio alejado del ajetreo normal de Massachusetts —Peyton se recostó contra el respaldo de la silla—. ¿Te importa si fumo?

—La verdad es que sí —dijo—. Trabajo en un hospital con niños y la salud es importante para mí. Lo siento, pero preferiría que no fumes mientras estamos aquí...

La sonrisa de Peyton se ensanchó. Dejó a un lado la cajetilla de cigarrillo y se inclinó sobre la mesa apoyando los codos. Miró a Bethany.

—Me gusta una persona que no teme decir lo que piensa en una situación social. En toda situación, pero una social es algo refrescante. La gente por lo general me dice que puedo continuar fumando, aunque luego les veo el rostro de fastidio —se rio. Fue una risa impregnada de un tono sensual que a Bethany le erizó la piel.

—¿Es que acaso era una prueba, Peyton?

—Qué va, en realidad fumo, pero siempre prefiero hacerlo con el consentimiento de la persona con la que estoy departiendo socialmente. Es agradable que me digan la verdad, para variar —sonrió.

—Entonces, ¿ya has estado aquí anteriormente?

Peyton tomó la taza de té que estaba vacía y vertió un poco del líquido que salía humeante de la jarra de vidrio templado.

—Sí. Me gusta venir al menos una o dos veces al año. En algunas ocasiones lo hago para relajarme y otras para socializar. No siempre participo en estas actividades, pero hoy tuve una corazonada. El equipo que trabaja aquí

tiene una intuición muy aguda para organizar por parejas o grupos ciertos eventos.

—Ya veo...

—Soy abogada penalista, por si te preguntas, así que puedo leer con facilidad el lenguaje no-verbal. Me sirve bastante para mis casos.

—¿Estás leyéndome ahora?

—Lo que permites ver, sí. El resto —Peyton bajó la voz y los expresivos ojos celestes brillaron con picardía—, prefiero que me lo cuentes.

Bethany se rio, relajada.

—¿Cuál es la finalidad de estar en este patio tan elegante y misterioso hoy? Nadie me lo ha querido aclarar.

—Es parte de la experiencia del hotel. Nadie te dice los lineamientos sobre lo que debes o no esperar, simplemente te abren el espectro para que tú saques tus propias conclusiones. En mi caso trato de conocer personas, y si no te agradan, siempre puedes irte. Pero tú me agradas.

—¿Siempre eres tan frontal? —preguntó abriendo de par en par sus ojos turquesa. Tracy solía decirle que era una de las características físicas que más llamaba la atención a primera vista y que debía resaltarlos más con el maquillaje.

—La vida carece de sentido si la pierdes diciendo frases que no tienen un punto en concreto. ¿No lo crees?

—Llevas razón —concordó Bethany.

—¿Por qué estás tú aquí? —preguntó Peyton con suavidad.

—Hace mucho tiempo tengo un conflicto conmigo misma —dijo con soltura, envalentonada por el entorno y la sinceridad que percibía de la abogada que tenía frente a ella—. Me resulta difícil conciliar la idea de que me gusten las mujeres y al mismo tiempo poder vivir libremente aceptándolo. Temo el rechazo de las personas que amo, pero en especial lo difícil que es

para mí misma.

Peyton frunció el ceño.

—Si esas personas que son importantes para ti, te aman de verdad, sabrán aceptar tus decisiones. Al fin de cuentas no estás causándole ningún daño a nadie. El perjuicio puede ser para ti, porque no puedes ser libre con tu propia sexualidad.

—Tú... —se aclaró la garganta—, ¿tú tuviste problemas para aceptar la tuya?

—Claro, Bethany. Hay un punto en el que todo tu entorno te dice que a las chicas les gustan los chicos, y viceversa. Nadie te dice que enamorarse de otra chica es una opción y que es parte de tu libre albedrío como ser humano en este mundo. Amar no es un pecado, ¿por qué elegir a quien amamos tiene que serlo?

—¿Cómo lograste aceptarte y vivir a tu aire con lo que sientes y deseas como mujer, Peyton? —preguntó, no solo intrigada por la mujer que tenía ante ella, sino por las respuestas tan sencillas y precisas que estaba recibiendo.

—Lo hago cada día. ¿Qué te parece si empiezas haciéndolo tú?

Bethany sonrió de medio lado. Suspiró.

—No sé hacerlo.

—Claro que sí. Solo tienes que responder una pregunta. ¿Cómo te defines sexualmente?

—No es tan sencillo... Tú... Yo...

—Escucha, guapa —dijo Peyton con seriedad—, yo solo estoy aquí para conocer personas. Me gustan las mujeres, sí. Tengo pareja, no. ¿Si acaso me gustaría pasar más tiempo contigo y llegarte a conocer mejor? Por supuesto. —Se incorporó—. No se trata solo de sexo y placer, Bethany. Se trata de estar en paz contigo misma. Estar segura de lo que quieres, tus límites y tus deseos, pero lo más importante, ir a buscar aquello que te hace falta para

complementarte y poder sonreír. Un poco ingenuo, podrían decir unos, pero yo que trabajo todo el tiempo con criminales, y te puedo asegurar que no importa lo que otros digan, la única persona que puede decidir cómo vivir siempre serás tú.

—Peyton...

—Ha sido un placer conocerte —dijo incorporándose.

—Espera —interrumpió Bethany—, espera, por favor.

—Escucho.

—Gracias por tus palabras, las aprecio... Estoy tratando de hacer un esfuerzo para encontrar ese lado perdido de mí misma. Quiero conocer más personas, y me he inscrito en todas las actividades que me han enviado en la tabla de opciones en el hotel. Estaré aquí una semana, y esta ha sido una primera gran experiencia. Haberte conocido me ha alegrado el día.

Peyton sonrió.

—Recuerda que las palabras son solo palabras, lo que necesitan es acción para que puedan cobrar un verdadero sentido —dijo haciéndole un guiño. Colocó la mano en la abertura de la tela que cubría el íntimo encuentro, y miró a Bethany con intensidad—. Soy lesbiana, Bethany, y me siento orgullosa de serlo; si fuese heterosexual, lo diría con el mismo orgullo. También soy una abogada exitosa, una amiga leal, una amante entusiasta y una consejera un poco entrometida con malos hábitos en las comidas. Cuando descubras lo que te hace sentir orgullosa de ti misma, sin importar tu sexualidad o a pesar de ella, y estés dispuesta a admitirlo, espero que yo continúe por el hotel. Me gustaría volver a verte.

Cuando Bethany se quedó sola miró el reloj de pulsera que llevaba. Habían pasado dos horas con exactitud. ¿En qué momento el tiempo había “volado”? Iba a inscribirse en la siguiente actividad. De pronto se sentía menos temerosa, y más temeraria. Aquello ya era bastante decir debido a su

personalidad cauta.

Bethany, al fin, entendía que *Velos de susurros* no solo se trataba de un evento diario del hotel para conocer a alguien, sino de entender de qué manera las palabras dichas en un tono bajo y sutil eran capaces de calar más profundo que aquellas frases dichas con enérgica voz. Claro, ella pudo haber recibido como compañera a una persona algo desentonada o falta de química, pero, tal como le había dicho Peyton, en ese hotel poseían una habilidad única para generar interacciones entre los huéspedes con asombroso acierto.

Se incorporó y salió de su discreto espacio. Alrededor continuaba todo en calma, y mientras caminaba sobre el césped la brisa exterior le meció los cabellos. Bethany era consciente de que sus curvas eran pequeñas, pero en ese instante se sentía más segura de sí misma. Quizá estaba un poco alucinada por Peyton.

Lo cierto es que ella también esperaba volver a verla.

Sonrió, y se encaminó hacia su habitación. Tenía algunas cosas sobre las cuales pensar. Aprovecharía para ir a la piscina, nadar un poco, y al volver a su suite marcaría el *609 para confirmar su asistencia a *Júbilo de sabores al ocaso* en los próximos días, porque —al parecer— la lista por ese día estaba copada. «Interesante.»

CAPÍTULO 13

—¿Algo más, Sean? —preguntó Tracy en tono profesional, a través de la video-llamada. Llevaban cinco días tratando solo temas de la oficina. En ningún momento hubo un mínimo comentario que tuviera algún tinte personal. Lo que también incluía una lista de nulas visitas.

¿Qué ella era especial? ¡Já! La estaba tratando igual que el resto de empleadas de la compañía. Tonta ella que se creía cualquier palabra dicha por un hombre guapo... Bueno, Sean era más que solo 'guapo'. Pero tampoco tenía importancia hacer un listado de los motivos.

Le gustaría verlo despeinado, estresado y con la condenada barba de tres días luciendo horrenda, pero claro, ella no tenía esos dotes de bruja de mala película de Hollywood. Él lucía impecable por la video-llamada. Menos mal Tracy ya no estaba tomando ningún analgésico, porque la sensación de poder percibir el aroma de la costosa colonia de Sean —a distancia— habría podido ser atribuible a los fármacos. Pero no. Le tocaba atribuirla a su frustración con ese hombre.

Ahora se empezaba a arrepentir de haberle dicho a Lassner que no tenía un interés romántico en él. Qué bien que su cuenta en la plataforma de citas continuaba activa. Porque ese fin de semana pensaba empezar a navegar por los vericuetos románticos online. ¡Já!

—Procura enviarme mañana temprano los registros financieros que te ha dado Contabilidad con las bonificaciones pendientes —dijo él en tono firme—. Quiero cerciorarme de que todos los que han trabajado con eficiencia reciban un monto justo, caso contrario no voy a firmar los cheques. Envíame la agenda de reuniones que tengo mañana, por favor, y reorganiza todas aquellas actividades que empiecen a partir de las cinco de la tarde. ¿Está claro?

Estaba golpeada, aunque ya mucho mejor, pero no sorda ni tampoco se le habían removido las neuronas que hacían clic y le ayudaban a crear pensamientos coherentes. ¡Claro que estaba todo claro!

Tracy asintió con una sonrisa falsa. Si él lo notaba o no, le daba lo mismo.

Miró de reojo a la enfermera.

Mariam parecía ajena a sus constantes refunfuños y comentarios en voz baja en los que se quejaba, con mucho ingenio, sobre su jefe. Ese era el último día de trabajo de la enfermera porque Tracy ya había conseguido bañarse sola sin gemir de dolor; desabrocharse el sujetador y volvérselo a poner sin atentar contra su mal arte como contorsionista de circo barato, y moverse con más agilidad. Le dijo a Mariam que doblaría la paga que le estaba dando Sean si dejaba de cuidarla como si tuviese una parálisis física. Entre tanto jaleo y argumentos, la mujer se negó a aceptar la paga diciéndole que Sean le entregó la paga con la condición de que no era reembolsable. A Tracy poco o nada le importaba el trato al que había llegado con Sean, ni siquiera tenía idea de cuánto le estaba pagando. La había obligado a recluirse en un hotel. ¡No iba a devolverle el dinero de la semana que Mariam no trabajaría, y que él ya le había pagado! Se lo tenía merecido por haberla abandonado a su suerte, en un mar de triste soledad...

De acuerdo, no era una triste soledad, porque el hotel era de lujo, podía bajar a la piscina, a la cafetería o entretenerse después de sus horas habituales de trabajo, aunque creía que trabajaba más en el hotel que en la oficina. Si su jefe conocía que había despedido a Mariam tampoco lo mencionó, y eso que la charla con la enfermera tuvo lugar dos días atrás.

—Sí, no hay problema. Hasta mañana —replicó finalizando la videollamada sin darle tiempo a Sean de decir nada más. Después se removió el auricular de la oreja y lo lanzó alrededor sin un punto fijo.

Le preguntaba cómo estaba de salud, pero bien sabía ella que la enfermera le daba todos los reportes. Deseaba decirse a sí misma que le daba igual que hubiera una distancia física entre los dos, y que él hubiese decidido hacer de cuenta que ninguna de las palabras que le dijo fueron en realidad dichas. Tal vez solo sintió que tendría que recurrir a un nuevo y engorroso proceso de selección de una nueva asistente si Tracy decidía darse de baja durante un largo período.

Cerró la tapa de la portátil y se recostó contra las almohadas.

—¡Al fin es jueves! —dijo Tracy.

La mujer tan solo sonrió y asintió. Empezó a recoger sus pertenencias con la misma delicadeza con la que se movía.

—Me alegro que se sienta mejor, señorita Goldstein.

—No va a tener problemas con Sean porque le he pedido que deje de venir a cuidarme, ¿verdad? —preguntó con preocupación.

—Claro que no. Él me advirtió de que esto podría ocurrir.

Tracy frunció el ceño.

—¿A qué se refiere con “esto”? —quiso saber ella, mirando a Mariam con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Que usted decidiría que estaba sana y que podía prescindir de toda ayuda, en este caso pidiéndome que dejara de venir u ofreciéndome dinero para que me fuera —dijo riéndose—. Sin embargo, él me pagó por adelantado las dos semanas sin opción a reembolsárselo, como le comenté. Él sabe que separé este tiempo, rechazando otros empleos, por venir a cuidarla. Es una gran persona.

—Ya veo —dijo Tracy sintiéndose mal—. Me alegro por usted, de verdad que sí. No piense que soy mal agradecida, por favor. Realmente estoy mejor. No quiero hacerla perder su tiempo cuando ya no es preciso que continúe aquí. Sean es un exagerado y controlador. Eso es todo. Además, me

alegro de que tenga su paga completa, y me gustaría que, por favor, acepte una bonificación de mi parte.

Mariam se acercó a la cama. La miró con aprecio.

—No hace falta, ni la aceptaría. Con saber que está mejor, para mí es una compensación suficiente. Ya me han pagado por los servicios profesionales que he prestado. No necesito más, pero gracias. —Tracy asintió—. Escuche, señorita Goldstein, usted es una mujer capaz e independiente. Me alegra que sea así, pero si de verdad quiere conquistar al joven Sean va a tener que aprender a confiar un poco más y a ceder. No todos están tratando de hacerle daño y no todos están tratando de ayudarla, así que no utilice el miedo para tomar decisiones.

—Gracias...

—No tiene por qué, ha sido un placer conocerla.

—Enfermera —llamó.

—¿Sí?

Tracy se aclaró la garganta.

—No quiero conquistar a nadie.

—Espero que no esté tratando de convencerme a mí —replicó con una amplia sonrisa y haciéndole un guiño, antes de agarrar la bolsa para salir de la suite.

Tracy se arrebujó entre las sábanas y programó el despertador para las seis de la madrugada del siguiente día. Necesitaba dormir para digerir los comentarios de la enfermera, y también para aceptar la indiferencia de su jefe.

Mientras cerraba los ojos pensó en el nuevo apodo que utilizaría en la plataforma de citas por internet. Tal vez encontraría uno de esos hombres sobre los que leía en las novelas románticas históricas. ¿Acaso no tenía derecho a fantasear con un highlander que la defendiera de todos los ogros y pesadillas? Sí era capaz de pedir ayuda, claro que sí... En sus sueños al

menos.

Con un suspiro acomodó la cabeza sobre la almohada.

Sean entró al lobby del hotel ataviado con un pantalón gris marengo a medida, y que hacía juego con una prístina camisa blanca. Se había duchado antes de salir de la casa y se sentía como nuevo.

Los días viernes por lo general llevaba a Milla a tomar helados, pero en esta ocasión decidió variar la rutina, en especial porque el invierno se aproximaba en su vertiente más fuerte y no quería que la niña se constipara de nuevo. Además, necesitaba ese día para él.

Solía anteponer siempre a su hija a sus propias necesidades, ¿qué padre no lo hacía? Sin embargo, era consciente de que no era saludable olvidarse de sí mismo. Lo había hecho durante cuatro años, y era tiempo de tratar de aceptar que su hija no estaría siempre del mismo porte ni con la misma edad y que debía aprender a no tener a su papá todo el tiempo. Todo un reto, ¿verdad? Tomar la decisión era una cosa, pero ejecutarla, otra por completo diferente. De hecho, ya echaba en falta a su terremoto personal y tan solo llevaba cuarenta minutos sin verla.

Milla estaba en casa de Eugenia, así que él tenía el resto del día para pretender ser un hombre sin responsabilidades. No podía negar que le picaba la necesidad de agarrar el teléfono y llamar a su madre para preguntarle por la niña, pero se contenía. Él se preguntaba si acaso todos los padres se sentían un poco culpables por dejar solos a sus hijos, aunque estuviesen al cuidado de personas de extrema confianza.

En otro escenario, le venía bien un rato lejos de los confines de la oficina y de las interminables reuniones. Había sido una semana de trabajo brutal, y sumado a ello el ver a Tracy a través de una pantalla de video no hizo

nada por disminuir su frustración con ella, al contrario. La mujer no podía estar más anclada a su mente como ahora. Y no lo sorprendió la llamada de Mariam comentándole que, tal como él sospechó, había sido despedida. Sin embargo, lo que sí lo tranquilizó fue saber que, a pesar de los ligeros moratones, Tracy se encontraba ya en perfecto estado de salud.

Menos mal, ahora ya podía decir que todos sus compromisos estaban al fin en orden. Los clientes nuevos tenían una propuesta en camino para sus requerimientos, y junto a Jackson tenían en curso la investigación para definir si existía o no una filtración desde el interior de sus oficinas hacia la competencia. En las últimas semanas no se habían presentado incidentes al respecto. De hecho, todos los contratos que debían cerrarse con éxito, lo hicieron. Lo anterior no eximía a nadie en la empresa de pasar bajo la lupa de una entrevista personal para detectar posibles indiscreciones que, como no podía ser de otro modo, le costaría el puesto de trabajo con carácter inmediato de comprobarse.

—Buenas tardes —dijo él al maître—, tengo una reservación. Winthrop.

—Por supuesto —replicó el hombre con amabilidad al comprobar la información de la pantalla—, sígame, por favor.

El hombre lo guio hacia una discreta mesa. Esa noche había un festival de comida francesa y además un grupo de jazz estaba tocando en vivo. El clima del lugar era agradable y acogedor. Con su influencia se había encargado de que Tracy estuviese esa noche en el salón del hotel disfrutando del festival.

Le había dado a la obcecada mujer tiempo suficiente para decidirse, y él no era una persona particularmente paciente. ¿Acaso no estaba acechando a su némesis en ese preciso momento? Se preguntaba en dónde demonios se habría metido.

—¿Ya llegó Tracy Goldstein? —le preguntó al maître.

El hombre asintió, y con un discreto gesto señaló hacia la fuente de frutas. La mirada de Sean siguió de inmediato el gesto.

Lo que vio en un inicio generó sendas pulsaciones a su miembro, inquieto y con poco autocontrol cuando de Tracy se trataba, porque la mujer era espectacular. Y sus intentos por mantenerse alejado de ella habían fracasado. ¿Quién lo culpaba? Dios. Esa noche ella llevaba un vestido negro con la espalda descubierta. La tela marcaba la curva de sus caderas y ese delicioso trasero que él se moría por acariciar. «Enfócate.» No podía caminar alrededor con una erección. Avergonzarse a sí mismo no estaba dentro del plan de esa velada. Aunque, si debía reconocer, no poseía plan alguno.

Después se fijó en que no estaba sola. Un hombre parecía muy interesado en la boca de labios color frambuesa, y en mirar el escote de Tracy. Un escote que, desde la posición en que Sean se encontraba, no le era posible observar, pero no por eso dejó de cabrearle la actitud del imbécil aquel.

Sin pensarlo dos veces se incorporó de la silla y empezó a hacerse espacio entre la gente para acercarse hasta ella.

—Una mujer tan sexy y tan sola, ¿me permites acompañarte mientras eliges qué cenar? Tal vez incluso me pueda sentar a tu lado.

Escuchar las palabras del desconocido y ver la forma en que se inclinaba hacia Tracy, consiguieron que Sean apretara los puños.

—No puede hacerlo —interrumpió poniendo la mano en la espalda baja y desnuda que el vestido negro no cubría. Tracy se giró, mirándolo, sorprendida—. Está conmigo —dijo Sean con firmeza, sin mirarla.

—Una lástima —replicó el hombre sonriéndole a Tracy, y alejándose sin más.

Una vez solos, al menos era la percepción de ambos cuando se miraron a los ojos, el tiempo pareció detenerse. La intensidad de la presencia del uno y el otro les erizó los vellos de la piel por completo.

Ella se aclaró la garganta cuando una señora le pidió permiso para continuar adhiriendo frutas a su plato. Se disculpó, y se apartó de la fuente de comida. Sean la siguió hasta que ambos estuvieron cerca de la mesa que él había reservado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Me hiciste despejarte la agenda para el resto de la jornada, después de las cinco, porque querías atender otros asuntos no vinculados a la oficina. Te imaginé a esta hora en una cita importante. Y si pretendes que trabaje horas extras, pues debiste decírmelo hace rato cuando me diste el resto de la tarde libre, porque ya hice planes. —Él se limitó a reír—. No sé qué es gracioso.

—Tú eres mi cita del viernes en la noche, Tracy —replicó acariciándole la mejilla, un poco aliviado al ver que la magulladura del accidente estaba desapareciendo—. Una muy importante debo acotar.

Ella tragó en seco. Iba a sonreír, pero recordó que él ni siquiera le había preguntado por su estado de salud. Eso le quitó la bobería sentimental de por medio.

—No me digas...

—Ciertamente —replicó sin perder su buen humor—. La próxima vez que alguien haga avances indeseados te sugiero no sonreír, porque eso podría darles el mensaje equivocado. Una sugerencia.

Tracy achicó los ojos.

—Tú no me puedes decir qué debo o no hacer, Sean. Ahora, ¿qué quieres con exactitud?

—Creo que esa pregunta la he respondido con anterioridad —replicó satisfecho al saber que había logrado sorprenderla esa noche. Por lo general, ella se solía adelantar a la jugada —a nivel profesional eso era invaluable—, pero él prefería que en un ámbito lejos de los horarios de oficina sus cartas no estuvieran del todo sobre la mesa, menos con Tracy.

—¿Ah, sí? Fuera de las horas de oficina me dan ataques súbitos de amnesia.

Sean contuvo una risa.

—Acompáñame a cenar. No te invité a este festival francés para que te murieses de hambre. ¿Te parece bien?

—Así que tú eres el responsable de esta velada. —Él asintió, y Tracy bajó un poco la guardia. Los nervios la hacían actuar a la defensiva o generaban una interminable verborrea que podía impulsarla a decir sinsentidos o imprudencias que serían utilizadas en su contra—. Gracias por el detalle, aunque me habría gustado saber que estaba despejándote la agenda para pasarlo conmigo... ¿Por qué simplemente no me pediste que cenáramos juntos? Hoy pude haber rechazado la invitación del hotel, que ahora sé que estabas tú detrás de ella, e ido a otro sitio. ¿Qué hubieras hecho entonces?

—En ese caso, te habría llamado e ido a buscar.

Tracy soltó una suave exhalación.

—Estos días has estado... diferente. Entonces pensé que tú...

—¿Yo habría olvidado la propuesta que te hice? —completó él.

—Sí... —Sean la tomó del codo con suavidad y la guio hasta la mesa. Se acomodaron frente al otro—. Exactamente.

La miró con franqueza.

—Estaba tratando de darte un poco de espacio para pensar, Tracy. No quería que tomases una decisión basándote en tu estado médico, sino con claridad. Si de algo te sirve, la semana ha sido un pequeño infierno sin ti en la oficina.

—¿Siendo un dictador a través de las conferencias telefónicas y pretendiendo que no te interesaba mi estado de salud?

Él le acarició la mano sobre la mesa. Ella no lo rechazó.

—De ocho a cinco soy tu jefe —dijo con suavidad—, y aunque quería

preguntarte en detalle por tu estado de salud, ya tenía a la enfermera Mariam para que me diese esos informes. Un detalle poco dulce de tu parte despedirla tan pronto, por cierto, aunque no me sorprende.

—No hacía falta tener a la pobre mujer como si fuese mi mayordomo personal. Me siento mucho mejor, y puedo hacer las cosas con más agilidad.

—¿Es así?

—Sí... —murmuró—. ¿Vamos a cenar?

—No me has dado todavía una respuesta, Tracy.

—Tal vez recuerde la pregunta con el estómago lleno —replicó incorporándose y dándole a Sean un vistazo de su espalda desnuda mientras iba hacia la fuente de carnes y quesos.

Él no le dio oportunidad a caminar más de tres pasos, porque la agarró de la muñeca y la atrajo contra su cuerpo. Ella elevó el rostro para mirarlo, confusa, y después, enfadada. ¿Cómo se atrevía? Intentó zafarse, pero no lo consiguió.

—Me debes una respuesta —insistió Sean—. Y no te voy a dejar ir hasta que me la hayas dado.

Tracy miró alrededor. La sala estaba tan llena que nadie les estaba prestando atención. Decir que no había tenido tiempo de pensar en poder besarlo y conocer a ese hombre tan sensual era una mentira. Una vez creyó que Adrian tenía palabra de honor; le había dicho que la quería y la amaba. En este caso, Sean no le prometía amor, solo placer.

—Te daré una respuesta a cambio de que me hagas una promesa —dijo ella.

Sean esbozó una amplia sonrisa.

—Tu placer siempre estará primero —dijo él con desparpajo.

—Ja-ja. Qué generoso —replicó Tracy—. Lo tendré en cuenta, pero no se trata de eso, Sean. Prométeme que no te vas a enamorar de mí.

Él frunció el ceño.

—Solo si prometes exactamente lo mismo en lo que a mí concierne.

Tracy sonrió.

—No será nada difícil mantener esa promesa —dijo confiada—. Tengo claro lo que puedo y no esperar de ti.

—Lo mismo digo. —Sean sintió el preciso instante en que los brazos de Tracy se relajaron y él la dejó más libre, pero sin apartarla—. ¿Cuál es tu respuesta?

—Te la demuestro —susurró Tracy con picardía.

Soltó una risa suave ante la expresión de incertidumbre, tan impropia, de Sean. Atrajo la cabeza de él para tenerlo más cerca, y lo besó. Fue un contacto suave, leve, pero impregnado de una estela de fuego que amenazaba con volverse una llamarada.

Él podía estar en un lugar público, entre carcajadas alrededor, las conversaciones, el aroma a comida costosa, y el ritmo del jazz de fondo, pero nada de eso le importó en ese momento. Algunas parejas que no cenaban, bailaban al compás de la música. Ninguno de los dos reparó en que estaban moviéndose al ritmo que marcaba el grupo musical en vivo.

Antes de que Tracy se apartara, él la apretó más contra sí, y su lengua invadió con destreza la boca femenina. Ella no opuso resistencia, al contrario, soltó un suave gemido antes de entregarse por completo al beso. Sean experimentó la extraña sensación de que la fusión de sus bocas resultaba tan natural como lo era respirar. Buscó con avidez la dulzura de Tracy, mientras sus manos apretaban la suave piel de las caderas, sintiendo su calor y sensualidad.

Jamás la habían besado con autoridad y erotismo al mismo instante. Sentía que el beso estaba consumiéndola, haciéndola arder en llamas, derritiendo todas sus barreras y miedos. Soltó un suave ronroneo, y la evidente

erección de Sean se apretó más contra su centro femenino cubierto por el vestido que llevaba esa noche. Se alegró de haber elegido ese atuendo.

—Tracy —susurró Sean mordiéndole los labios—, vámonos de aquí o perderé la cabeza por completo.

Ella abrió los ojos con lentitud, como si estuviese saliendo de un exquisito trance, y echó la cabeza hacia atrás. Dejaron de moverse, y él aprovechó ese momento para tomar a Tracy de la cintura y sacarla del salón.

—¿Qué...?

—Ni una palabra más si no quieres que te tome aquí mismo.

—La cuenta —murmuró ella.

La confirmación de que él continuaba interesado en entablar una relación más personal, aduló su ego femenino, y descartó toda la telaraña de ideas sobre los motivos de la indiferencia de Sean a lo largo de la semana.

—Dejé un voucher abierto para ti en el hotel cuando te registraste el fin de semana pasado —replicó Sean llevándola por un camino que ella apenas veía, porque estaba demasiado embebida de él—. Aquí —dijo abriendo la puerta de un baño, que Tracy ni siquiera sabía que existía, y luego la cerró con firmeza.

—¿Qué haces? Mi habitación...

—Demasiada espera para probar algo que he deseado mucho tiempo —murmuró antes de volver a besarla, sin preocuparse de nada más que saborearla de nuevo y con más ímpetu esta ocasión.

La agarró con firmeza y la sentó sobre el pulcro mesón. El baño parecía que jamás se había utilizado, y Sean dio gracias a los hoteles de cinco estrellas por tener un personal que limpiara como poseso cada pequeño resquicio de metro cuadrado, en especial, agradeció mentalmente a los arquitectos que tenían la gran idea de construir un cuarto de baño en un sitio poco visible. Al menos para los menos detallistas. Él, claro, no estaba en ese

grupo.

—Sean... —susurró mientras él le subía el vestido hasta la cintura, y ella le mordisqueaba el labio inferior para después succionárselo. Pronto sintió cómo sus pechos desnudos recibían el aire frío, erizándole la piel.

—Tienes unos pechos magníficos —dijo él, antes de tomar uno con la mano y frotarle el pezón erecto, mientras con la boca succionaba el otro. Tracy gimió y echó la cabeza hacia atrás, enroscó las piernas alrededor de la cintura de Sean y lo atrajo más cerca, incitándolo a continuar sus caricias—. Tan suaves y deliciosos —murmuró lamiéndole la areola antes de volver a chuparle el botón de color rosa pálido.

—Oh, esto estorba en el camino —susurró tratando de quitarle la camisa, pero sus dedos estaban demasiado temblorosos—. Date prisa...

Él sonrió contra el pecho de Tracy, pero una llamada a la puerta lo hizo caer en cuenta de que no podía tener sexo con ella en un maldito baño. La primera vez, al menos, merecía un sitio más cómodo y memorable. Aunque no por eso iba a dejar de darle un placer que anhelaba prodigarle.

—No hagas ruido —dijo— y sostén tu peso en las manos. Reclínate más hacia atrás. Abre las piernas para mí, Tracy. Así —sonrió—, me gusta cuando puedes obedecer un par de peticiones sin rechistar —dijo quitándole las bragas.

—No te acostumbres...—jadeó la última palabra porque las manos de Sean se aferraron a sus nalgas para colocarla justo al borde del mesón, y así él tuvo pleno acceso y visión a su húmedo sexo.

—¿Te excita la idea de tener un orgasmo en un sitio público?

—Sean... —siseó cuando escucharon que llamaban de nuevo a la puerta—. No creo que esto sea una buena idea.

—Intenta no hacer ruido —replicó a cambio acariciándole el sexo con el dedo, humedeciéndola más entre sus pliegues—. Y tranquiliza a quien sea que

esté fuera, porque no me pienso detener.

Ella se aclaró la garganta.

—¡Un momento! —gritó a quien sea que estuviese afuera, y en ese preciso momento, Sean le frotó el clítoris. Ella no iba a permitir que nadie interrumpiese ese glorioso momento. Después, cuando hubiera liberado la angustia por alcanzar el éxtasis, solo entonces, el mundo podría colapsar y ella preocuparse... o intentarlo al menos—. ¡O vaya a otro baño! —exclamó en un tono firme, que incluso la sorprendió porque él estaba acariciándola sin dejar de mirarla a los ojos con picardía.

Sean se rio por lo bajo, no sin antes mordisquearle la boca a Tracy, y después —para que no tuviera tiempo de protestar— se colocó las piernas femeninas sobre los hombros para que ella estuviese más cómoda, y él tuviera un acceso pleno. Lamió la parte más íntima. La sintió contener la respiración, y él empezó a paladearla. El sabor tan único le pareció adictivo y no podía saciar su hambre.

Definitivamente, iba a morirse, pensó Tracy, observando la cabeza de Sean trabajando su sexo, y sentía las manos masculinas bajo sus nalgas apretándolas mientras la devoraba por entero. No era la primera vez que recibía sexo oral, no era una mojigata, pero sí la única en que sentía que su realidad empezaba a desdibujarse para solo dar paso al placer inequívoco que era la antesala del clímax.

Agarró el cabello de Sean y se aferró a él, mientras sostenía su equilibrio con la otra mano sobre el mesón. Sintió la succión, los lametones largos y luego cortos y fluidos, justo antes de que dos dedos la penetraran.

—Ah —gimió—, sí, así... —murmuró cuando los movimientos de Sean se volvieron intensos. En el preciso momento en que él puso la lengua en su clítoris de nuevo, succionándolo con pericia, ella se sumió en una bruma de delicioso placer, dejándose ir por completo.

Pasaron largos segundos hasta que Tracy recuperó el sentido. Sean la contemplaba con un brillo inconfundible de orgullo masculino. Se incorporó, no sin antes besarle cada ingle, hasta subir a su boca.

—¿Todo bien? —preguntó con la voz un poco ronca. Estaba a punto de explotar dentro del pantalón, tal como lo haría un hombre sin experiencia. No podía creer que ella lo afectara de tal modo.

—Sabes que sí —replicó acariciándole la mejilla, y consciente de su desnudez cuando él le tomó un pecho para acariciarle el pezón con el pulgar —. ¿Tú...?

—Estoy tratando de mantener el poco autocontrol que me queda para salir de este sitio y llevarte a la cama —dijo con firmeza.

Ella se rio.

—Eres imposible.

—¿Eso me hace sexy? —preguntó él besándola profunda y largamente, hasta que ambos estuvieron jadeando de nuevo.

—No sabía que estuvieras buscando cumplidos —murmuró mientras él la ayudaba a bajar del mesón, y acomodarse la ropa.

Después, sin darle tiempo a agregar otro comentario ingenioso, Sean le dio un beso sensual e intenso que los dejó a ambos con el ritmo cardíaco acelerado.

—Tu orgasmo es todo lo que necesito —dijo haciéndole un guiño, y agarrándola de la mano, mientras ella se reía, para abrir la puerta del cuarto de baño. Solo cuando estuvieron seguros de que la apariencia de ambos era decente se aventuraron a mezclarse entre la gente.

Para alivio de los dos, quien sea que hubiese estado esperando a que se desocupara el cuarto de baño, ya no estaba. Como dos adolescentes con las hormonas en plena ebullición prácticamente corrieron hacia los elevadores.

Llegaron al piso once, y cuando la puerta de la suite que Tracy había

ocupado durante tantos días se cerró, todo dejó de importar. Sean pensaba cumplir su fantasía de escucharla gemir su nombre cuando estuviera por completo anclado en lo más profundo de su delicioso cuerpo.

CAPÍTULO 14

—Quiero verte desnuda —dijo Sean besándole el cuello. Al aspirar su inconfundible aroma a coco y almendras, sonrió—. Conocer cada rincón de tu cuerpo, y tomarte tantas veces que lo único que recuerdes sea mi nombre.

—El deseo va en doble vía —replicó alargando las manos para empezar a desabotonar la camisa de Sean.

No quería nada a su paso. Deseaba, tanto como él, estar piel con piel. Absorber cada detalle de masculinidad a disposición y disfrutar tomándolo con su boca, así como había hecho él con ella minutos atrás. Había perdido la cabeza, lujuria o necesidad de desahogo, e iba a dejar las consecuencias de sus actos para después.

Tracy todavía se sentía un poco atontada por lo que había ocurrido en el baño. ¡Un baño de hotel, por Dios! No tenía dieciocho años ni estaba en la secundaria, pero los besos de Sean conseguían que ella se sintiese llena de adrenalina y lista para lanzarse de cabeza a cualquier inusitada propuesta que él le hiciera.

—Me gusta como piensas —dijo deshaciéndose del vestido hasta que la dejó en ropa interior.

Las bragas estaban húmedas, visiblemente húmedas, y se sintió complacido al ser el responsable de ello. Tenía los pechos más bonitos que recordaba haber visto en una mujer. Altos, llenos y con unos deliciosos pezones rodeados por areolas grandes. Lo mejor de todo era cuán sensible a su toque eran.

—Mmm —murmuró cuando la camisa cayó sobre la alfombra. Se inclinó para besar el pecho de Sean y descendió con la lengua recorriéndole los abdominales definidos. Él la tomó del cabello con suavidad para que lo

mirase—. Es mi turno —le dijo a modo de réplica ante su silenciosa petición de esperar. Lo miró con picardía mientras agarraba la cinturilla de los pantalones hasta que consiguió que la prenda cayera, después introdujo los pulgares en el elástico de los bóxers negros hasta que el miembro erecto vibró en toda su gloria—. Creo que te toca esperar... —ronroneó al percatarse del tamaño.

—No es mi mayor virtud —dijo él en un gruñido de aprobación cuando la sonrisa de Tracy fue la antelación a las manos de ella sobre sus nalgas arañándolas con un suave jugueteo, antes de lamer el glande con la lengua, probándolo—. Quiero primero...

Ella hizo una negación con la cabeza.

—Cállate, Sean. Yo doy las órdenes ahora —murmuró antes de succionar el glande con firmeza para que se callara. Y lo consiguió.

Le recorrió la punta roma con los labios y empezó a succionarlo poco a poco, mientras sus manos no dejaban de acariciar las nalgas firmes, para luego plantarse alrededor del grueso miembro. Su boca disfrutaba torturándolo, y sus manos se movían de arriba abajo aprendiendo la forma del grueso miembro dándole placer. Le acarició los testículos y pronto su boca empezó a lamer aquella parte sensible. Lo sintió contener la respiración, y eso la incitó a llevarlo más profundo dentro de su boca. Tener a Sean en sus manos, en su boca, le excitaba tanto como la idea de saber que pronto podría tenerlo en su interior, llenándola. Se sentía valiente, y débil al mismo tiempo, a causa del deseo. Sus labios íntimos estaban muy humectados con sus propios fluidos y la vibración que experimentaba en su sexo era consecuencia del anhelo de que Sean llenara ese vacío. Pronto.

—Tracy...—dijo entre dientes, a punto de perder el control. No quería correrse en la boca de ella. No era un cretino para asumir que era algo que le podría gustar—. Si no te apartas en este momento voy a terminar en tu boca.

—Esa es la idea —replicó ella con la mirada brillante de placer. No entendía cómo alguien podía decir que darle placer a un hombre de esa manera era humillante. Jamás había sentido su poder femenino de forma tan vibrante. Ser consciente de su capacidad de generar tal nivel de éxtasis en un hombre, no cualquier tipo de hombre, sino uno que se consideraba inmune a perder el control, la volvía más temeraria en el plano sexual—. Hazlo.

Él contuvo el aliento, pero la orden de Tracy quebró su último resquicio de cordura y control.

—Dios, mujer... —murmuró justo antes de que ella sintiera los espasmos contra la garganta, y escuchara el gemido gutural que salía de los labios de Sean.

Poco a poco ella se incorporó, no sin la ayuda de Sean cuando este pudo recuperar el sentido, y se sentó en la cama. Él la siguió, pero con suficiente fuerza como para acomodarla en el centro del colchón mientras se colocaba encima, procurando no ahogarla con su peso.

Debía reconocer que era la mejor felación que recordaba en muchísimo tiempo. El entusiasmo de Tracy, la mirada cándida y la forma de tomar el control era un afrodisíaco que no tenía parangón. Y principalmente, porque se trataba de la mujer que era la protagonista de sus fantasías sexuales más recurrentes.

—¿Sean? —preguntó súbitamente sonrojada—. ¿Te... —se aclaró la garganta— te gustó?

Él sonrió deslizando la mano bajo la espalda de Tracy y desabrochándole el sujetador. La expresión expectante de ella resultaba alentadora. Dejó a un lado la prenda, y después agarró las bragas para bajárselas, no sin antes ir dejando un reguero de besos a medida que la prenda descendía hasta perderse lejos de ellos.

—Más que gustarme —dijo inclinándose para mordisquearle el labio

inferior —, me encantó.

—Oh... —replicó arqueando la espalda cuando el miembro de Sean estuvo justo en la entrada de su sexo—. ¿Sean? —preguntó perdida en la mirada oscura.

—Dime, nena.

—Preservativo —sonrió, mientras él maldecía su descuido e iba a buscar el pantalón. Sacó el paquete plateado y lo abrió. Volvió al instante con ella, y Tracy se lo quitó de las manos—. Espero que no haya sido una presunción de tu parte que íbamos a acabar así hoy —dijo rodeándole el miembro hasta que el látex estuvo perfectamente colocado.

A él jamás le pasaba olvidarse de la protección, y eso tenía que ver con el hecho de que durante mucho tiempo había estado célibe.

—Las precauciones son importantes —replicó inclinándose para darle un lametón a un pecho, y luego hizo lo mismo con el otro—. Y por si te preguntas, no he estado con nadie hace mucho tiempo. Años —ella frunció el ceño—, y aunque me gustaría explicarte más detalles solo puedo decir que ser padre soltero es un gran impedimento.

Tracy asintió.

—Yo... —se aclaró la garganta—, no he estado con nadie desde mi ex, tampoco, hace más de un año. —Tracy anotó mentalmente retomar su ciclo de píldoras anticonceptivas.

—Bien, ya aclarado el escenario —dijo riéndose y consciente de que no podría aguantar más tiempo la necesaria charla—, ahora toca hacer lo más importante.

—¿Sí? —susurró ella—. Sean, sé que mi cuerpo puede acoplarse, pero eres bastante grande y...

—Lo haré poco a poco, me recibirás con facilidad.

—Lo sé... —Enroscando las piernas alrededor de las caderas

masculinas, Tracy se contoneó de forma sensual, agitando sus pechos al compás de sus movimientos mientras se acomodaba para que él estuviese más cerca—. Confío en ti.

Sean se inclinó metiéndose un pezón entre los dientes, y con los dedos le frotó el clítoris. Ella gimió, y él, sonrió. Aplicó la misma caricia al otro pecho, y cuando la vio contonear las caderas con ímpetu y atraerlo para besarla con desespero, la empezó a penetrar. Lo hizo despacio.

Tracy jadeó de placer cuando lo sintió ensanchándola, abriéndola con suma pericia y también cuidado. Se agarró a sus hombros, y él la sujetó por las nalgas, la levantó un poco para tener mejor acceso, y se deslizó hasta lo más profundo. Ella arqueó la espalda.

—¿Todo bien? —le preguntó con el sudor perlado la frente por el esfuerzo de no tomarla como un bruto desesperado. La mirada febril de Tracy y sus exquisitas curvas iban a acabar con él. Una fantasía hecha realidad era mejor cuando la realidad superaba la imaginación. Como en este caso.

—Sean —le dijo como si hubiera leído sus pensamientos—, no te contengas conmigo. Puedo tomarte por entero... Tómame por entera.

Él asintió y con un jadeó volvió a embestir hasta que estuvo de nuevo profundamente anclado en ella. Se deslizó con suave facilidad en el resbaladizo interior, y empezó a moverse despacio, girándose a ratos, deteniéndose a otros, pero llenándola al fin.

Tracy suspiró de gozo, y se agarró con más fuerza de los hombros firmes, mientras sus cuerpos se mecían al ritmo del baile más antiguo del mundo. Él se inclinó y le mordió los pezones, y ella no se contuvo en el jadeó que emitió. Le gustaba la sensación de sentirlo en lo más íntimo de su cuerpo, cubriendo cada espacio como nunca antes le había ocurrido.

—Sean... Oh, sí, rápido, hazlo así... —gimió mientras él movía las caderas generando fricción y el delicioso choque de sus cuerpos que se

replicaba en un eco sordo en la habitación impregnada de pasión.

—Eres tan sexy que me vuelves loco... —confesó entrando en ella una y otra vez, siempre en profundidad.

No quería que Tracy se olvidara de esa noche, porque estaba seguro de que él no podría hacerlo, aunque lo intentara.

—Es mutuo... —murmuró ella con la respiración entrecortada mordiéndole el hombro y con las uñas aferradas a la espalda. Bajo el contacto de sus dedos podía sentir claramente cómo los músculos se flexionaban, y era una sensación tan erótica como tenerlo en su interior pulsando cada nervio para llevarla al orgasmo.

Sean podía seguir los suaves temblores de las contracciones de Tracy palpitando alrededor de su miembro, succionándolo de la manera más carnal posible, y cuando ella se arqueó, casi al borde del orgasmo, él embistió una última vez con una emoción tan intensa que lo sobrepasó; jamás había experimentado la sensación de plenitud de ese instante. Resultaba aterrador y al mismo tiempo un solaz para un cuerpo que había estado alejado del sexo con una mujer durante tan largo período.

Ella jadeó su nombre como un mantra, y ese ruego casi gutural rompió la última cuerda de contención y él no pudo soportar más tiempo, porque su cuerpo se sacudió de una forma colosal. A los pocos segundos ambos estallaron en un impresionante éxtasis que los consumió dejándolos temblorosos y saciados.

El sol de la mañana se filtró con suavidad a través de las cortinas de la suite. Con una sonrisa perezosa, Tracy abrió los ojos, y se estiró hasta darse cuenta que a su lado no había más que una almohada vacía. Se incorporó sobre los codos. Frunció el ceño y esperó a escuchar el agua correr en el cuarto de

baño. Incluyó la cabeza hacia un lado, pero el silencio era elocuente.

Uno, dos, seis segundos. Nada.

Resignada se dejó caer de nuevo sobre el colchón y soltó un suspiro. No podía sentirse decepcionada. El acuerdo que tenía con Sean era claro, y bajo ninguna circunstancia pedirle que la abrazara o que se quedara a pasar la noche tenía sentido. Aunque le era difícil conciliar la idea de cómo funcionaba una aventura sexual, pues no era parte de su repertorio habitual, pero lo asumiría como mejor pudiese. Sí, una o dos ocasiones —cuando estaba en la secundaria— lo hizo, pero la sensación de vacío le impidió repetir. No era para ella.

Le gustaba una relación en la que hubiera al menos confianza y respeto. Sean era diferente, porque cumplía esos dos aspectos.

Tener sexo con un desconocido podía ser interesante, pero incluso cuando lo intentó —o pensó hacerlo— llegaba un automóvil intempestivamente que la enviaba directo a un hospital. ¿Qué tal eso como señal del destino? Ya se acostumbraría durante el tiempo que su affaire con Sean durase.

Al menos le quedaba la deliciosa sensación de que algunos lugares de su cuerpo, que habían permanecido intactos durante más de un año, ahora estaban más... ejercitados. Sonrió. Después de la primera vez, salieron de la cama para ir a ducharse juntos. Sean obró magia sobre su cuerpo de nuevo, y ella se encontró con las manos apoyadas contra la pared, mientras el agua caía sobre ambos, y él la tomaba desde atrás con firmeza. Desde esa posición, lo pudo sentir incluso más profundamente, si acaso era posible. El vaho del vapor de agua, sus gemidos fundiéndose sin contención, y el orgasmo que rebasó sus sentidos, la dejaron agotada.

Cuando terminaron de ducharse, él la secó con mimo, y acarició cada parte de su cuerpo que iba dejando sin gotas de agua. Se besaron con

intensidad, pero los gruñidos de sus estómagos los instó a pedir servicio a la habitación. Charlaron, comieron, se rieron, pero ningún tema era trascendental. Tracy conoció el lado más afable, desenfadado y encantador de Sean. Le gustó, y mucho, tanto o más que la forma tan deliciosa de darle placer.

Sean fue insaciable, y ella no se quedó atrás. Tuvieron una maratón de sexo, porque ninguno de los dos parecía saciarse del otro.

Tracy se sintió por completo desinhibida. Le gustó que él la hubiera dejado tomar el mando cuando le apeteció, y se sintió libre de gemir, pedir y exigir cuando deseó algo entre las sábanas. Dejó a su lujuria tomar las riendas, y esa libertad resultó refrescante. No obstante, le resultó imposible no pensar en sus anteriores amantes, que no eran muchos, pero era sincera al reconocer que, a pesar de que los conocía y tuvo una relación con ellos, ninguno daba la talla de Sean. Eso podía ser peligroso, pero a la vez alentador porque tendría por delante muchas sesiones de sexo interesantes y versátiles.

El solo hecho de que entre ambos se hubiera creado el ambiente propicio para explayarse a gusto le parecía más que interesante, revelador. Jamás un hombre había conseguido recorrer su piel, cada pequeño rincón, arrancándole gemidos y una vez saciada hacerla desear más y más.

Podría pasarse el resto del día pensando en Sean, pero sería poco saludable. Así que era mejor considerar que tenía todo el sábado para entretenerse, y pensaba iniciar su rutina con un baño caliente, después bajaría al SPA del hotel para un masaje, y en la tarde iría de compras. Iba a aprovechar la semana que le quedaba en un sitio de lujo con todo pagado. Además, iba a buscar una librería porque necesitaba llenar las horas.

La única certeza que poseía Tracy era que estaba disfrutando lo que acababa de empezar con Sean e incluso creía que con solo recordar todas las posiciones en que había tenido sexo se ruborizaba. Por otra parte, consideraba que lo más interesante de todo era que su meta profesional continuaba en el

primer lugar de su lista de prioridades. «Fantabuloso.»

¿Cómo iban a ser sus próximos encuentros o cuándo? No tenía la más remota idea. Iba a tomárselo a la ligera.

Miauuu.

Tracy sonrió. Tallulah se había portado muy bien. A diferencia de los ratos salvajes que solía tener su gata alrededor, destrozándolo todo cuando se quedaba sola, en ningún momento interrumpió su sesión maratónica de sexo con Sean. Solo por eso iba a comprarle una bolsa con galletitas especiales.

Miau.

—Lo sé, Tallulah, lo sé. Has sido buena —sonrió Tracy, mientras la gata se subía a la cama y se hacía un ovillo a su lado.

Después de constatar que Tracy estaba profundamente dormida, Sean salió de la suite. Se había sentido demasiado cerca y no en un plano físico. Cada ocasión que se fundió con ella, la sensación de conexión y pertenencia fue abrumadora. Él lo atribuyó al modo impactante en que los orgasmos junto a ella barrieron su conciencia, pero incluso cuando la vio dormir, completamente desnuda bajo las sábanas, no pudo deshacerse del invisible hilo que se había atado entre ellos. Quizá eran imaginaciones suyas. Quizá se debía al largo período de celibato. Por eso la necesidad de salir de la habitación cuando el sol apenas empezaba a acariciar el horizonte resultó más una medida de supervivencia que una de cobardía.

Mientras salía del lobby del hotel el corazón continuaba latiéndole con inusual fuerza, como si al alejarse de ella hubiera cometido alguna transgresión. No solo resultaba inexplicable, sino frustrante.

Condujo sin rumbo hasta que su estómago empezó a gruñir ante la necesidad de desayunar. Aparcó en un Starbucks y se acomodó en un sillón con una taza de té en mano, y también un muffin de vainilla con chispas de

chocolates. Aquellas eran indulgencias de fin de semana, y no solía permitirle a Milla que tuviera dulces como desayuno. Estaba esperando a que su madre lo llamara.

Cuando el teléfono le vibró en el bolsillo, sonrió. Las nueve de la mañana. «Justo a tiempo.» Su hija ya debía estar cambiada de ropa y a la espera de que él fuera a recogerla para ir a la clase que tomaban juntos. Sin embargo, el nombre que apareció en el identificador de llamadas fue el de su socio y no el de Eugenia. Frunció el ceño, pero respondió de inmediato.

—Jackson, ¿qué ocurre? —preguntó con tono preocupado. Era poco habitual que su amigo lo llamase un sábado en la mañana, menos tan temprano si no tenían ningún tipo de asunto que atender previamente agendado.

—Tenemos un gran problema. La cañería se averió en el baño debido a la fuerza de la presión del agua, y el conserje llamó para decir que prácticamente las oficinas están inundadas. Estoy rumbo al edificio, y pensé que querrías saberlo. Entiendo que ya hay un equipo de mantenimiento trabajando, pero no es suficiente. Tendré que coordinar otro tipo de ayuda, ya sabes el tema del agua y la empresa de la ciudad, así que necesitaré tu ayuda.

—Mierda... ¿Cómo carajo pasó esto?

—Accidentes desafortunados —murmuró Jackson con evidente malestar—. Te veo allá, socio.

—Por supuesto —replicó sin dudarlo—. Ahora mismo estoy contigo.

Con el pulso agitado, preguntándose el nivel de los daños materiales causados por el agua y el estado de la catástrofe, Sean marcó a su madre para pedirle que lo reemplazara en la clase de padre-hija con Milla. Eugenia le dijo que, por más que quisiera, el hotel del fin de semana en el que haría el retiro de yoga con William y otras parejas no solo estaba pagado, sino que el transporte privado de los organizadores pasaría dentro de cuarenta minutos a recogerlos.

De milagro, Sean no estrelló el carro en algún sitio de la ciudad, porque intentaba coordinar su agenda con Milla y lo que acababa de suceder en el trabajo, al tiempo que procuraba mantener las normas de conducción sin alterar. Intentó negociar con Eugenia, pero ella insistió que no podía ayudarlo esta ocasión.

Finalmente, Eugenia le preguntó para qué había contratado una asistente personal si en momentos de emergencia no podía contar con ella. Aquel fue un excelente punto, así que Sean hizo lo que había tratado de postergar —al menos hasta el lunes— y eso era llamar a la mujer con la que pasó todo el viernes por la noche y madrugada para pedirle que lo ayudara.

Ya estaba a cuatro bloques de la oficina.

Tracy respondió al cuarto timbrado.

—Necesito pedirte un gran favor —dijo Sean apenas escuchó la melódica voz saludándolo—. No tengo tiempo que perder para explicarte demasiado.

—¿Esto es un tema personal o profesional? —preguntó ella vestida para salir a disfrutar su fin de semana, pero era evidente que no podría hacerlo. No cuando Sean, con su tono de jefe dictador, estaba del otro lado de la línea.

—Profesional y personal. Hubo un accidente en la oficina y tengo que solucionarlo con Jackson. Mi madre tiene que salir de viaje, y Milla no puede quedarse sola y tampoco perder su clase, porque solo ocurre una vez al mes. Ahí tienes los dos escenarios.

Ella frunció el ceño porque él no estaba dándole demasiada información.

Se acomodó la bolsa al hombro, porque la llamada de Sean la había pillado con la mano en la manija de la puerta. Claro, en un inicio pensó que la llamaba para preguntarle cómo estaba o si acaso estaba libre esa noche o con algún plan para los dos. Obviamente, todas sus ideas preconcebidas se hicieron humo cuando él empezó a darle órdenes.

—Te cobraré horas extras por tratarse de un fin de semana, no porque tenga algo que ver Milla. Eso para aclarártelo.

—No necesito que intentes hacer concesiones, Tracy —dijo con innecesaria severidad—. Ahora, toma nota de la dirección de mi madre, ella te dará las instrucciones de seguridad infantil en el automóvil. A la academia llegarás sin problemas, mi madre también se encargará de darte los pormenores.

—¿Algo más? —preguntó presionando el botón para llamar al elevador.

—Te llamaré cuando me desocupe. Mi hija es lo más preciado que tengo en la vida, si por algún descuido tuyo llegase a ocurrirle algo, no dudaré en mover cielo y tierra para hacer tu vida miserable.

—Vaya, qué agradable amaneciste —murmuró ella—. No soy estúpida. Sé cuidar una niña, mi mejor amiga es enfermera y tengo amigas con hijos. Ahora, si tanto te preocupa que de pronto me convierta en una asesina en serie o traficante de niños, entonces déjame hacer el trabajo en la oficina y tú ven a atender a Milla.

—Este es un tema que compete a los socios, por lo inusitado de la situación. Caso contrario, no estaría perdiendo el tiempo tratando de lograr que dejes de ser tan parlanchina cuando lo que necesito es pragmatismo, y estarías tú en el despacho, y yo con mi hija.

—Eres todo un encanto, jefe —dijo con sarcasmo—. ¿Algo más?

—Infórmame de cualquier pequeño detalle. Sé que hacer de niñera no está en tus obligaciones, pero esta es una emergencia, así que aprecio que lo hagas —comentó esto último con suavidad, como si fuera consciente de que estaba perdiendo los estribos ante los comentarios de Tracy, y que ella no tenía la culpa de nada.

—¿Tengo alternativa? —preguntó al teléfono sin tono, porque Sean ya había cortado la comunicación.

Como no le apetecía manejar un automóvil, y no quería arriesgarse a perder el tiempo yendo hasta su casa a buscar el suyo, decidió tomarse la libertad de llamar a Coleman. Sabía que Sean estaba tan agobiado que ni siquiera le importaría su atrevimiento al contactar al conductor de la familia Winthrop. La situación ameritaba que ella tomara ciertas decisiones sin consultar, en especial si eran en bienestar de la hija de Sean.

Debía confesar que la ponía un poco nerviosa no solo conocer frente a frente a la niña, sino también a la madre de Sean. Otra de las bizarras situaciones que le ocurrían, en especial cuando ahora era la amante de un hombre que resultaba vital en la vida de las dos personas que iba a conocer dentro de poco. ¿Qué tal eso para un affaire de bajo perfil, y una asistente para horarios extracurriculares que incluían la familia de su jefe y que — casualmente— era ahora también su amante?

«Ella tenía tan buena suerte...», pensó con sarcasmo, mientras Coleman la llevaba por las calles de Toronto.

CAPÍTULO 15

Boston, Estados Unidos.

Bethany se aplicó brillo de labios, y después delineó sus ojos con delicadeza. Se decidió a utilizar un vestido estilo jumper de color rosa pardo y sandalias. La calefacción del hotel era perfecta, y la piscina en la que se iba a llevar a cabo la siguiente actividad a la que se había adherido estaba en la planta inferior. No tenía que salir ni pensar en las botas o ropa adecuada para el frío.

Los días habían pasado rápido desde que conoció a Peyton.

No era la primera mujer hacia quien sentía atracción, pero sí la primera que le causaba más de un par de pensamientos y con la que creía que podría entablar una relación más profunda si estuviesen en un plano cotidiano y no en un hotel con el tiempo prestado. Y esto era bastante revelador.

Se dio una vuelta completa y después se quedó contemplando su reflejo en el espejo de la suite. Le gustó haber tenido tiempo de hacerse tratamientos en las manos y los pies. Llevaba las uñas pintadas de laca azul oscura. Un poco de audacia en los colores no le venía mal a nadie, además que se sentía exactamente así, audaz.

A diferencia del evento de la mañana, la piscina no tenía a nadie que le diese la bienvenida. Le sorprendió el detalle, pero no pensaba quejarse. Caminó a lo largo del iluminado pasillo de acristalado y de pisos de madera oscura, y después abrió la puerta que daba a la fabulosa piscina.

Se hubiera quedado boquiabierto admirando el entorno, pero una voz se aclaró detrás de ella, y tuvo que avanzar. ¿Alguien había visto la película *Alicia en el país de las maravillas*, de la mano de Tim Burton? Pues la piscina

estaba rodeada de espeso verdor, como los jardines de la Reina de Corazones, y en lugar de densos muros del mismo material con el que estaba hecho el hotel, existían cristales. Parecía imposible que hubiera un sitio como ese en una infraestructura que recordaba lo victoriano y moderno en una fusión extraordinaria. Una vez más, Bethany se sentía maravillada.

Cuando el estupor y la sorpresa por el entorno dieron paso a una vista más detallada casi da un traspie. Ella estaba vestida, sí, pero no todos los visitantes lo estaban. ¿Una zona nudista?

—Así que aquí estamos de nuevo.

La inconfundible voz de Peyton hizo que Bethany girase su atención hacia ella. A su izquierda, sin nada que cubriera una espectacular figura femenina, la mujer le sonreía de oreja a oreja.

No fue capaz de disimular la apreciación física. Peyton tenía una figura estilizada. Abdominales planos y pezones pequeños y oscuros. Sus pechos eran de un tamaño mediano, y se mostraban orgullosamente erguidos. Estaba completamente depilada, y parecía tan cómoda con su piel como si llevara un traje de Mulberry.

—Yo —se aclaró la garganta—, hola...

—Puedes mirar todo lo que quieras —Peyton bajó la voz—, pero intenta que otros no lo noten, porque podrían sentirse incómodos. —Bethany se sonrojó, y la otra mujer soltó una carcajada—. Vamos, ya te acostumbrarás. — La miró con interés de arriba abajo—: Te queda muy bien esa ropa. Reafirma tus curvas y te otorga más sensualidad de la que crees que posees —le hizo un guiño. Algo llamó su atención, y cuando volvió a mirar a Bethany, no estaba ya la sonrisa—. Que tengas una interesante velada.

Bethany se quedó a solas, y trató de seguir el paso de Peyton con la mirada. La mujer era espectacular. «Así que un sitio especial, colorido, para nudistas», pensó mientras se dirigía hacia el bar meneando la cabeza

ligeramente con una sonrisa. La piscina era gigantesca, y el sitio tan amplio que daba bastante privacidad si uno no quería ser molestado. Quizá por eso la naturaleza ubicada con precisa intención causaba una sensación de estar blindado del resto del mundo. Si no fuese por la extraordinaria ventilación y la vista al exterior, no podría uno darse cuenta de que estaba en el interior de un increíble hotel en las afueras de Boston.

Ella no tenía idea de qué carajos iba a hacer esa tarde.

—¿Le servimos algo en especial?

Bethany se giró para mirar al camarero. No. No estaba desnudo. Al parecer la idea de desvestirse o no estaba a la entera discreción del huésped. Interesante.

—Un Martini doble, por favor.

—Ahora mismo se lo traigo, ¿está en alguna ubicación especial?

Ella frunció el ceño. No iba a quedarse de pie como idiota, mientras todos parecían estar pasándola divinamente o bien en el interior de la piscina o bien charlando o bien exhibiendo sus atributos físicos como si de una playa nudista europea se tratase. No estaba lista para andar en cueros, vamos, no se trataba de eso. Al menos no para ella. Prefería continuar especulando en su cabeza sobre su sexualidad, y eso no incluía quitarse la ropa... pero tal vez, sí que incluía, echar una miradita furtiva y apreciar el panorama.

Bethany localizó con la mirada tres sillones de apariencia cómoda en el mismo centro del ventanal. Había una fuente de frutas y dulces, no solo en la zona de las mesas, sino dispersas alrededor. El bar estaba a una distancia prudencial. Todavía tenía que recorrer los alrededores, pero por el momento quería sentarse y aventurarse a ver qué podría encontrar de interesante. O quizá “alguien” la podría encontrar a ella.

—En la mesa del fondo. La que tiene tres sillas negras —la señaló para indicarle, y el camarero asintió—. Gracias.

—Estamos para servirle —replicó el hombre, bastante joven y de barba perfectamente recortada.

Momentos después, con la copa de Martini en mano, Bethany sintió la urgente necesidad de conectar a otro nivel con alguien. *Júbilo de colores al ocaso* resultaba una actividad peculiar, pero ahora le encontraba sentido. Las personas que veía pasar, vestidas o no, difícilmente encajaban en un molde determinado. Unas eran guapas y otras no tanto. Otras tenían cuerpos espectaculares, otras no causaban tanto impacto visual. El escenario, la disposición de la maravillosa decoración, los colores de flores diversas, fundidos en una amalgama tan diferente y uniforme al mismo tiempo, era la metáfora perfecta. Sonrió.

Un espacio tan variopinto en el que personas de todas las procedencias e inclinaciones sexuales podían disfrutar de la misma vista, y experimentarla de manera diferente, representaba el día a día en la sociedad. ¿Acaso no era la vida de esa forma en todos los ámbitos? ¿Acaso no era la idea, el poder disfrutar de un mismo entorno sin juzgar, sin reprimir el solo “ser”? La elección de la preferencia sexual no tenía por qué cambiar eso. Los derechos humanos eran los mismos para todos, sí, y así como no se podía exigir amar, desear o elegir a otros, tampoco se podía tratar de que una sociedad pre-establecida cambiase de la noche a la mañana. Ella lo entendía, y tampoco estaba de acuerdo en forzar a otros a aceptar la diferencia.

El asunto, a su juicio muy particular, era solo el respetar y convivir en paz. ¿Por qué resultaba eso tan complicado? ¿Por qué siempre había gente tratando de decirles a los demás cómo vivir? Era agotador.

—¿Te puedo hacer compañía? —preguntó un hombre alto y de ojos oscuros.

Pestañeó para volver su mente al hotel. Se había ido muy lejos con sus reflexiones. Solía ocurrirle a menudo.

—Hola —sonrió—, claro que sí. Soy Bethany.

—Kensal —dijo él. Poseía un rico acento extranjero. Quizá un toque de italiano o quizá ella estaba equivocada—. Estos días el hotel está poco visitado. Me gusta más así que en las temporadas altas.

¿Desnudo? Sí, el hombre estaba desnudo. Ella hizo un gran esfuerzo para no quedarse mirando fijamente el miembro masculino. Era curiosa, y en algún momento de su existencia tuvo un pene en su profundo interior, así que comparar con el pasado tampoco era un mal hábito, en especial cuando empezaba a esforzarse en aceptar que podía simplemente ser libre de desear a otra mujer y no tener por ello que auto-recriminarse. No era algo que podría conseguir en unos días, pero tener conciencia al respecto —clara y firme— resultaba un avance muy grande para ella.

—Entonces eres un huésped habitual —resaltó lo obvio.

—Algo así —sonrió. Poseía unos dientes blanquísimos—. Las fiestas de máscaras son espectaculares. Creo que, de todas las opciones, una vez que ya has venido varias veces, resulta la mejor. De hecho —bajó la voz en un tono de confianza— es la única velada que tiene invitación exclusiva, y no general como sucede con el resto de actividades.

Ella sonrió también, porque la energía que emanaba de ese hombre era contagiosa en un modo optimista.

—Una confesión interesante, no lo sabía. Yo tengo una —dijo—, y ya que dices que es una de las mejores veladas, pues asistiré sin dudar.

—Hazlo, guapa —dijo Kensal—. Y dime algo, ¿por qué estás sola? Hay algunas personas que de seguro ya se fijaron en ti, y tú pasas de ellos. No das señales de estar interesada en socializar.

—¿Por qué lo dices? Me agrada a veces tener mi propio espacio. Me quedé un poco sorprendida al darme cuenta del concepto de esta piscina —se rio bajito—, pero ya me he hecho a la idea, creo —sonrió.

—Cuando me acerqué parecías muy interesada en algún punto muerto a la distancia, sin ofender.

—No pasa nada —dijo ella—, pero me alegro que te hayas acercado. Iniciar el primer acercamiento no es fácil, y te concedo puntos por ello. Aunque, si te preguntas —se aclaró la garganta— pues no estoy interesada en los hombres. —Decirlo en voz alta le causó una liviandad en el pecho que no había esperado. Un poco de franqueza exterior desde el interior—. Prefiero a las mujeres. —Más liviandad todavía—. Solo por si... —se encogió de hombros—, por si te preguntas.

Kensal se rio.

—Bueno, me quise acercar porque estoy tratando de hacer un poco de vida social con las mujeres. Los hombres, aquí entre los dos, también pueden ser bastante intensos y yo acabo de salir de una relación dolorosa. —Ella abrió y cerró la boca—. Esta visita al hotel ha sido para desconectar un poco. ¿Por qué te sorprende mi comentario? —preguntó con curiosidad.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, examinando la expresión de Kensal.

—Por lo general, y no trato de ser prejuiciosa, los hombres suelen acercarse a una mujer que está sola porque les interesa, no solo para hacer conversación banal.

—En algunas ocasiones, pero no en esta —dijo con suavidad y un guiño.

—Puedo... ¿Sería muy atrevido de mi parte preguntar qué ocurrió con tu relación?

—Estoy aquí, con gente alrededor, en cueros —comentó con una carcajada—. ¿Tú que crees que te puedo responder?

Ella rio también.

—Pues la verdad y nada más que eso, ¿cierto?

Él asintió.

—Fue una relación falsa. —Bethany frunció el ceño, pero se limitó a

esperar a que él continuase—. Soy un arquitecto que trabaja con las cadenas de hoteles más grandes de Estados Unidos.

—¿Así conociste a Byron?

—Sí. Un gran amigo, la verdad. —Ella asintió—. Una tarde, en medio de una jornada de trabajo en un yate de lujo en Washington, en el río Potomac, me presentaron a Frank. Yo había tenido relaciones pasajeras, pero en realidad ningún hombre causó tanto impacto en mí como él. Era extrovertido, exitoso y guapísimo.

—Me hago la película —murmuró Bethany. Le parecía tan fuera de este mundo poder hablar fluidamente con un hombre desnudo de temas tan personales.

—Empezamos una relación apasionada. Duró meses. Incluso pensé en proponerle matrimonio. Jamás me había sentido tan cautivado.

—¿Enamorado? —preguntó ella con suavidad.

—El enamoramiento es una clase de locura, pero sí, digamos que lo estaba. Me cegué de un modo que ni siquiera mi mejor amigo consiguió hacerme entrar en razón cuando mi empresa empezó a recibir sendas demandas por incumplimiento de contrato. Fue una pesadilla, pero yo no quería escuchar.

—¿Frank era arquitecto?

—No, él manejaba ámbitos de construcción. Hicimos una sociedad aparte, en la que Frank llevaba los materiales, yo hacía los diseños, y otra compañía manejaba los contactos para manejar un *networking* exitoso. Era todo perfecto para una expansión corporativa, y que yo había estado buscando. Parecía un sueño hecho realidad —confesó con un tono amargo.

—Prometedor.

—Lo era... Hasta que mis abogados empezaron a ahondar en profundidad en las demandas, que no son inusuales en mi mundo laboral, pero se pueden manejar, y se dieron cuenta de que Frank estaba haciendo tratos

extras a mis espaldas, sacando dinero, y no cumpliendo con lo que prometía.

—¿Y la otra compañía que manejaba los contactos? ¿Era Frank también detrás de eso? —preguntó ella sintiendo pesar por lo que escuchaba.

—Sí. Me estafó. Dañó mi nombre. Casi me hunde emocional y financieramente. Me tomó un largo tiempo aceptar que había pasado por idiota. Cuando lo confronté me dijo que no merecía ser amado y se largó.

—No sé qué otra cosa podría ser más dolorosa —murmuró Bethany, y pensando en su mejor amiga. Tracy era desconfiada y, después de la trastada de Adrian, no había sido la misma. Al menos no en lo que a los hombres se refería.

Él suspiró.

—Es fácil hablar contigo —dijo Kensal con una media sonrisa—, no suelo ser tan abierto.

—Bueno, me halaga que hablaras conmigo de esta manera. Y siento mucho lo que te sucedió... Imagino que encontrarás otra persona que te quiera por quien eres, y no por lo que eres capaz de generar a nivel económico.

—Y tú, además de unas vacaciones, ¿qué más buscas en el hotel? —preguntó cambiando de tema por completo.

—La verdad, no lo tengo claro. Pero ya lo averiguaré... Al menos debo hacerlo hasta antes de abandonar este lugar tan bonito.

Él sonrió y asintió.

—Creo que ya es momento de ver el motivo principal por el cual es tan bonito este lugar al ocaso, y lo que me trajo aquí esta tarde, por supuesto. — Se giró hacia el cristal que daba al extenso jardín y lago. Bethany siguió su mirada—. Mira cómo cambia el cielo. ¿Acaso no es sobrecogedor?

—Hermoso...

—Todos somos luz y ocaso, Bethany. El cuerpo es solo el resplandor de lo que hay dentro de ti.

—Me gusta esa metáfora —dijo ella—. Interesante que los arquitectos también tengan un poco de sutileza que vaya más allá de los diseños.

Él se rio.

—Bueno, es que soy un arquitecto con bastante flexibilidad mental y aficionado a contarle a una extraña pasajes de mi vida que no suelo compartir. —Ella sonrió—. De verdad, la vida con tantos golpes me ha enseñado que depende de nosotros aprender a valorar ambos lados del día. El brillo y la oscuridad. Así es la vida —dijo mirando al exterior—, ¿no lo crees?

Ella amplió su sonrisa, complacida con lo que observaba a través del prístino cristal. El horizonte empezaba a tintarse de ráfagas anaranjadas, pinceladas de rojo, detalles de lila y un inconfundible negro-grisáceo que daba cuenta del ocaso.

—Lo creo. Sí...

Cuando se quedó a solas, Bethany fue hasta el bar. Encontró mucho más fácil ser la primera en entablar conversación, y conoció personas encantadoras y otras no tanto. Le gustó una pareja de novios polacos muy elocuentes, y también un matrimonio de lesbianas graciosísimas. Empezaba a creer que era un hotel solo para la comunidad LGBTI, pero se equivocó cuando charló con una chica y un chico heterosexuales que eran expertos en áreas de tecnología y estaban en el hotel para disfrutar de un ambiente diferente, alejados de Boston.

Hotel Cumbria no era un lugar para definir quién eras, ni mucho menos, pero sí para encontrarte con piezas que creías perdidas o que no sabías que existían en ti. Y todo el quid del asunto era el aporte que cada huésped, cada persona que trabajaba en el hotel, le daba al entorno, gracias a las actividades que —empezaba a descubrir con gusto— estaban planeadas con meticulosa anticipación considerando los perfiles de quienes iban a hospedarse.

Júbilo de sabores al ocaso era una oda a la hermosura de la naturaleza vista a través del filtro humano y de la arquitectura. Una oda a los matices que

representaban la variedad que existía en una sociedad. Interesante, pensó Bethany, cuando el ambiente se oscureció por completo durante breves segundos, para luego dar paso a las luces internas más potentes.

Se preguntaba hacia dónde se habría ido Peyton.

Y con eso en mente fue hasta el restaurante del hotel para cenar.

CAPÍTULO 16

Tracy esperó en el porche de la casa hasta que, finalmente, apareció una pequeña niña con una expresión algo curiosa en el rostro, seguida de una mujer mayor de cabello corto y peinado con pulcritud. La impresión de ambas le provocó una sonrisa sincera, aunque eso no implicaba que los nervios estuvieran ausentes.

Sí, había hecho presentaciones corporativas para multimillonarios en Boston, pero ninguno de ellos tenía lazos de sangre con el hombre con quien se acostaba. Tampoco era cualquier cosa la misión que tenía entre manos durante las siguientes horas. Sean prácticamente le había dicho que, si algo salía mal, él iría tras sus huesitos y no en un plano sexual, no. Así que más le valía andar con los seis sentidos en órbita y funcionamiento para cuidar de Milla.

De cabellos castaños ondulados, un rostro en forma de corazón, y ojos de un tono azul pardo, la niña era una muñequita de carne y hueso. Eugenia, por otra parte, era alta, iba elegantemente vestida, y tenía una amplia sonrisa en el rostro.

—Buenos días —dijo con un poco de nerviosismo—, mi nombre es Tracy. Soy la asistente de Sean. Es un gusto conocerlas a las dos. —Sonrió.

—Oh, claro, querida. —Eugenia la saludó estrechándole la mano—. Qué pena tener que arruinarte el fin de semana con esta emergencia. Me alegro de que hayas podido venir a cuidar de mi nieta. La niñera de Milla no trabaja los fines de semana, porque tratamos de crear memorias en familia, y ante una situación inesperada hemos tenido que recurrir a ti...

—Por favor, no hace falta que se disculpe —interrumpió con suavidad—. El jefe paga horas extras —dijo con una amplia sonrisa que la mujer imitó.

Tracy se acuclilló y se acercó a Milla.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás?

—Saluda, cariño —instó Eugenia—. Ella te llevará a la clase. Y después esperará a que tu papá te recoja. Yo tengo que irme pronto, así que pórtate bien con Tracy.

—Hola... —murmuró la niña de mala gana—. ¿Por qué no está aquí mi papá? —preguntó con resentimiento.

—Tuvo una emergencia en el trabajo, pero lo solucionará pronto, y así podrás pasar con él el resto del fin de semana —dijo Tracy—. ¿Qué te parece? Será poco tiempo el que pases lejos de tu papá.

A modo de respuesta, Milla se encogió de hombros.

—Le toma tiempo entablar confianza —comentó Eugenia tratando de darle ánimos a Tracy, mientras William aparecía en el umbral de la puerta con dos bolsas de viaje pequeñas, aunque con aparente peso de más. La madre de Sean hizo las presentaciones.

—¿Seguro no puedes venir? —preguntó Milla mirando a su abuela con pesar.

—Cariño —intervino William—, puedes estar segura de que lo pasarás genial con Tracy. Así tendrás una nueva amiga y que, además, puede llevarte a comer algún postre si te has portado bien durante el tiempo que tu papá está trabajando.

Milla alzó la mirada, para comprobar si la expresión de Tracy coincidía con las alentadoras palabras de su abuelo. Que quizá no era el padre biológico de Sean, pero era quien la trataba como su nieta preferida.

—Por supuesto que así será —dijo Tracy sonriéndole a Milla.

—Vale...—murmuró la niña.

Una vez que la pequeña estuvo asegurada en su sillita de viaje, Tracy se volvió hacia Eugenia para despedirse y asegurarle que lo tenía todo

controlado. Al menos ella intentaba creerse semejante mentira para controlar las ganas de salir corriendo. Carecía por completo de experiencia con niños. Y era en esos instantes en los que echaba en falta a su amiga enfermera, Bethany.

Tracy estaba lista para partir junto a Milla en el asiento trasero del Lincoln, cuando de repente la madre de Sean le tocó la ventanilla.

—Aquí tienes, casi lo olvido —dijo Eugenia, entregándole un llavero—. Para que puedas entrar a la casa de mi hijo cuando haya concluido la clase de Milla. Si hubiese alguna urgencia, en la mochilita de mi nieta hay números de emergencia. El mío, el de mi esposo, y claro, el de Sean. Aunque estoy segura de que, si pasaste esos ridículos filtros de seguridad de la empresa de mi hijo, eres no solo una profesional óptima, sino una persona de confianza.

—Gracias, señora —replicó con una sonrisa.

—Oh, por favor, solo llámame Eugenia. Me siento vieja —le hizo un guiño— y no lo soy. —Se rio y William puso los ojos en blanco, mientras le rodeaba los hombros con el brazo—. Entonces, ya estás a cargo, Tracy.

—Seguro que sí, Eugenia —replicó sonriéndole—. Una pregunta más, ¿de qué se trata exactamente la clase a la que asistiré en reemplazo de Sean?

—Es para que los padres solteros aprendan a hacer peinados a sus hijas.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Fue implementada por Edwin Montmer, un señor que perdió a su esposa en un accidente, y se quedó a cargo de dos nenas de la edad de Milla —explicó Eugenia—. No sabía cómo enviarlas a la escuela con un peinado decente, como el que solía hacerles su esposa antes de morir, así que pensó que quizá no era el único padre soltero en la ciudad. Organizó, no sé cómo, un evento que convocó a varios padres en sus mismas condiciones y empezó a montar un taller de cómo hacer peinados para niñas. Ha sido un éxito fenomenal. Cuando Sean se enteró, pues quiso inscribirse. Es una actividad de

padres e hijos, pero ellos entenderán que hoy vayas tú. La idea es que, lo que aprendas en la clase de hoy, se replique en la siguiente antes de aprender alguna nueva técnica. Así que —sonrió— más te vale prestar atención para que Sean no quede mal el próximo mes que tiene la siguiente clase.

Tracy se quedó boquiabierta. ¿Sean Winthrop aprendiendo a hacer peinados? Lo más curioso era que al imaginárselo, con el ceño fruncido y concentrado, no le parecería tan fuera de sitio. Una parte de su helado corazón pareció derretirse ante las cosas que solía hacer él por su hija. Pero tenía que recordarse que no iba a volver a caer en la misma estupidez. Su ex la había dejado escarmentada en el departamento de las ilusiones rotas.

Adrian había sido bastante especial en sus formas de sorprenderla, y al final terminó creándose una imagen de que él era un hombre que merecía la pena querer y con el cual arriesgar comprometerse emocionalmente. El saldo de su ingenuidad había sido en contra para ella. Si se hablase de bancos, pues iría directo a la central de riesgo con tentativa de prisión. Quedarse sin empresa, con la reputación hecha trizas, el corazón roto y las ilusiones en la basura... Lo había perdido todo. No iba a confiar de nuevo. Ella y Sean eran solo amigos con derechos. O como diría una de sus amigas españolas, *folla-amigos*. Punto.

—Sin duda es un padre que piensa en todo. Qué interesante el proyecto. Me ha picado la curiosidad.

Eugenia asintió.

—Mi hijo quiere darle lo mejor a Milla, y si tiene que aprender cómo peinarla o incluso a coser ropa de niños, créeme, lo hará. La madre de mi nieta...

—Eugenia —reprendió con voz firme William, y la mujer se calló.

—Comprendo —murmuró Tracy cambiando el tema, aunque no por eso menos curiosa sobre lo que hubiera podido decir Eugenia. Se preguntaba

sobre la mamá de la niña, porque era obvio que esos ojos azul pardo no eran de los Winthrop. No se decía si él estuvo casado o si era viudo. Nada. Un completo misterio, pero Tracy prefería mantener su cabeza fuera de esos laberintos. No quería salir escaldada. Cada familia con sus cadáveres en el clóset—. Haré mi mayor esfuerzo para prestar atención y evitar generarle calvicie infantil —sonrió.

Eugenia asintió, devolviéndole la sonrisa, y William se rio.

—Chao, tesoro mío —dijo la mujer a su nieta, acariciándole la barbilla a través de la ventana del automóvil que tenía todavía los vidrios bajos. Coleman ya había encendido el motor—. Sé buena con Tracy. ¿De acuerdo?

La niña asintió.

El bullicio en la pequeña salita de la casa de Edwin Montmer, y sus gemelas de ocho años de edad, se detuvo cuando Tracy apareció con Milla en el umbral de la puerta. Los nueve padres, que se encontraban cepillando los cabellos de todos los tonos y texturas de las diferentes niñas, las miraron. Al reparar que se trataba de la hija de Sean, la saludaron agitando la mano a distancia, y las otras niñas sonrieron.

—Bienvenida, querida Milla —dijo Edwin. La versión de Hugh Jackmann, pero con algunos años de más y la barriga algo prominente—. ¿A quién has traído hoy contigo? —preguntó mirando a Tracy con amabilidad.

—Soy la asistente de Sean, Tracy Goldstein —le estrechó la mano—. Hubo una emergencia en la oficina, y me dijo que esta clase es imperdible. ¿Hay algún problema si me quedo?

Ewdwin soltó una carcajada.

—Venga, pues, bienvenida. Te presentaré con los muchachos y empezaremos la rutina. Aunque ya estamos calentando motores —dijo

guiándola hacia el centro de la sala—, y hemos iniciado con el cepillado del cabello en seco para que esté más brillante y fácil de manipular. ¿Trajiste la bolsa de útiles?

—Oh, sí, sí, claro —dijo Tracy. En el automóvil de Sean estaba una bolsa con implementos de colores para el cabello, diferentes tipos de cepillos, secador, plancha de rizado y un spray hipo-alérgico para niños—. Aquí está nuestro equipo —expresó con entusiasmo mostrándole el bolso que colgaba de su hombro derecho, y agitando la mano de Milla con una sonrisa.

—Magnífico. Te presentaré con la tropa. Nuestra clase es informal, y la academia en realidad no tiene costo. —Tracy asintió y no soltó a mano de Milla en ningún momento—. ¿Deseas algo de tomar?

—Quiero agua —dijo la voz de Milla de pronto.

Edwin le sonrió y le acarició la cabecita.

—Ahora mismo, princesa. ¿Te parece si le indicas a Tracy en dónde suelen sentarse tú y tu papá para que se familiarice? Después de todo, tú eres la experta —le dijo haciéndole un guiño. Tracy murmuró un “gracias” silencioso, porque ese impulso de confianza de Edwin le quitó a Milla por completo la expresión de incertidumbre—. Hoy vas a representar a tu papá también en la sesión, así que debes instruir a Tracy cómo hacerlo bien.

—Vale —sonrió Milla mirando a Tracy—. Lo haré.

—Somos un gran equipo —dijo la asistente de Sean a la niña—, y la próxima semana tu papá y tú demostrarán que saben mejor que nadie conseguir un peinado hermoso para la escuela.

Se sintió exultante cuando la niña asintió con una mirada decidida, y no volvió a darle el trato de indiferencia con el que había empezado la jornada. «Al menos era un progreso», pensó Tracy tratando de no fijarse en los padres solteros. Había papás de todas las edades, y bastante guapos en dos casos específicos. Algunos no dejaban de mirarla de forma sutil, pero Tracy podía

sentir los ojos en ella. No le incomodaba, y si acaso sus cabecitas estaban imaginándola si acaso encajaba en el perfil de madre sustituta en potencia, pues iban por mal camino.

—Ven, Tracy —dijo Milla halándola de la mano para llevarla hasta un lado de la sala. Al parecer todos se sentaban siempre en los mismos lugares —. Aquí me siento yo, y detrás de mí te sientas tú. Edwin empezará a explicarnos los peinados que ha aprendido este mes para que todos sepamos —sonrió—, ¿acaso no es genial? Así puedo ir a la escuela con algo diferente. A papá le gusta.

Tracy dudaba esto último, pero, ¿cómo desinflarle la ilusión a la niña? Se limitó a asentir y acomodarse en donde le había indicado. Segundos después, Edwin se ubicó en el centro de la sala con sus dos hijas. Una era la encargada de pasarle los materiales, y la otra hacía de modelo con su cabello para que él pudiese explicar lo que estaba haciendo. Los demás papás estaban ubicados en un semicírculo para que así fuera posible ver desde todos los ángulos la clase.

—Es genial, Milla —dijo con la mirada al frente para pillar todos los detalles —, y no vamos a decepcionarlo.

La niña asintió, y Tracy no podía ver su rostro porque ya estaba de espaldas con el cabello listo para ser trenzado. Ah, porque ese día al parecer iban a aprender a hacer la trenza con torcidos. ¿Para qué carajos se complicaba tanto la gente?

Que fuera mujer no la ubicaba entre las mejores maquilladoras ni estilistas del planeta. Así que, creyeran o no sus amigos, lo cierto es que a duras penas sabía hacerse una coleta. Por eso solía preferir el cabello suelto. Lo único que rogaba era no quemarle el pelo o hacerle doler el cuero cabelludo a la pobre Milla. «Seres celestiales, por favor, que no deje a esta niña como una Bratz electrocutada mezclada con Troll.»

En las oficinas centrales de S.W. Group, Sean iba a entablar una demanda contra la empresa de administración y mantenimiento del edificio. Llevaba cinco horas con Jackson intentando que asumieran la responsabilidad de la ruptura de la cañería que, como encargados del conglomerado, les correspondía cuidar.

Las cañerías habían explotado en las zonas que no habían sido renovadas en al menos ocho años, según la inspección, dejando las oficinas de la corporación llenas de agua. Sean imaginaba que sus vecinos de los pisos inferiores no corrían con la misma desgracia que él. Pero iba a conseguir que las demás compañías se sumaran a la demanda colectiva, porque ese sábado quizá era él el afectado, pero a cualquiera podría tocarle la siguiente ocasión. Necesitaban una nueva proveedora de servicios de administración y mantenimiento en el edificio.

—Vaya día de mierda —dijo Jackson pasándose los dedos entre los cabellos—. Al menos los CEO de las otras compañías aceptaron reunirse para hablar de este asunto el día lunes. ¿Qué nos queda? —le preguntó a Sean mientras bebía de la botella de Heineken. Estaban en un restaurante cercano a las oficinas. El hambre había agregado gasolina al mal humor de ambos.

—Estoy seguro de que nuestros abogados lograrán que saquen a esos buenos para nada. Tenemos otras cosas más importantes que preocuparnos de las malditas cañerías por Dios —replicó con fastidio—. Imagino que tendremos que habilitar el último piso para que las oficinas de los creativos se instalen las próximas dos semanas, hasta que hayan cambiado las alfombras, pintado nuevamente la zona inferior de las paredes. Supongo que el equipo de administración tendrá que trabajar remotamente desde casa, porque el agua llegó hasta esos cubículos. Hemos corrido con suerte, porque la sala de

archivos está intacta.

—La haremos revisar de todas formas, Sean. Le diré a mi asistente que lo coordine todo. Creo que la tuya ya tiene bastante con tolerarte a ti —dijo riéndose.

—Está cuidando a Milla... —suspiró—, una larga historia. Pagamos la cuenta y me iré directo a casa. Nada de esto me esperaba. Mi hija debe echarme mucho en falta, no conoce de nada a Tracy, y mi madre está fuera de la ciudad con William. Si no hubiese hecho una exhaustiva selección, mi hija estaría ahorita aquí conmigo.

Jackson se rio. Terminó de un bocado la última pieza del cake de amaretto.

—Apuesto a que en la casa tienes cámaras de seguridad...

—La única seguridad es Coleman. Me llamó para decirme que está encargado de llevar a mi hija y a Tracy donde ellas quieran. Al menos no tengo que pensar en todo en momentos de crisis.

—Entonces, Coleman es el guardia de seguridad de Milla.

—Exacto.

—Mmm... Pensé que confiabas en tu asistente.

—Ninguna seguridad será jamás suficiente para Milla. Conozco de más años a Coleman, aunque confío en Tracy. Solo es precaución. Como padre debes entenderme. ¿O no? A veces nos volvemos algo paranoicos.

—Mmm, esa chica, Tracy, es diferente —comentó a cambio.

—¿En qué sentido? —preguntó Sean frunciendo el ceño.

—Tiene un efecto particular en ti. Sigues siendo una patada en el culo, no lo dudes, pero tu expresión es menos sombría. ¿Tiene sentido?

Sean soltó una carcajada.

—Solo es eficiente.

Jackson lo estudio un par de segundos. Asintió. Después sacó un par de

billetes de cien dólares, y los dejó sobre la mesa.

—Esta comida la pongo yo, porque creo que alguien que ha roto su celibato merece celebrarlo —dijo riéndose, y Sean le dio un puñetazo en el hombro.

—Cierra la boca. —No iba a preguntarle cómo lo sospechaba, porque Jackson lo conocía desde las guarradas que solían hacer en la secundaria y la universidad. No en vano era uno de sus mejores amigos.

—Será mejor que tengas cuidado con tus decisiones —expresó Jackson cuando salieron del restaurante—. Entiendo que Tracy sea una mujer atractiva, y con una chispa que no encuentras con facilidad, pero puedes lastimarla en el camino.

Ambos fueron ajenos a las miradas que les lanzaban las mujeres en el local. Sí, los dos eran guapos y exitosos, poseían cuerpos de infarto y que los trajes a medida resaltaban, pero ninguno tenía interés en otra persona que aquella que invadía todos sus pensamientos. Una esposa en el caso de Jackson, y una amante en el caso de Sean.

—¿Entonces qué? —preguntó Sean con acidez, aceptando la insinuación de Jackson de que estaba acostándose con Tracy—. ¿Debería pasarme el resto de la vida preocupado por recibir una llamada que quizá nunca llegue?

—¿Hace cuánto no sabes de los Mayward, Sean? —le preguntó en tono preocupado, mientras esperaban sus automóviles—. Me parece bien que dejes que tu libido fluya, vamos, es lo normal y saludable. Somos jóvenes, sin embargo, tienes que pensar que Tracy no es una mujer cualquiera.

—No sabía que eras un erudito en lo que a ella se refería —dijo con fastidio, porque no le gustaba que su amigo se refiriese Tracy. Era por completo estúpido que él se sintiera celoso por un comentario de Jackson quien, además, estaba casado y tenía hijos, ¡por favor! ¿Qué le estaba pasando? —. Y claro que no es una cualquiera, ni tampoco posee el mismo

patrón que otras mujeres —rezongó.

—Sean, si tienes que utilizar ese tipo de comentarios conmigo, entonces creo que vas a tener que repensar la idea de continuar acostándote con ella.

—No sé de qué...

—Solo me bastó unos minutos, cuando hablé con Tracy en la empresa, y otros pocos minutos aquí y allá cuando nuestros caminos se cruzan por temas empresariales —eso ya lo sabes— para darme cuenta que tiene carisma y es capaz de comprender mucho más que otros profesionales con experiencia de años en el negocio publicitario. Una joya para la empresa. No me interesa saber cuándo ocurrió algo entre ustedes o qué arreglo tienen. Solo quiero que pienses que no vale la pena lastimarla por un calentón..., menos perder un elemento humano como ella en la compañía.

Sean apretó los puños a los lados.

—Lo que suceda entre Tracy y yo, no es de incumbencia de nadie. ¿Es que acaso debo pasarme el resto de la vida mirando por sobre el hombro a ver si mi pasado decide venir a atormentarme de nuevo? ¿Cuánto más tengo que pagar, Jackson?

Ser socios había sido solo una consecuencia. La amistad de los dos era sólida y se había formado desde que eran unos mocosos con ganas de ir de juerga, sacarse un título y cumplir sueños. Jackson había sido, más que el resto de la pandilla de amigos, el que escuchó y apoyó todo lo concerniente a Sandy. Fue su punto de apoyo, y Sean jamás podría agradecerle lo suficiente.

Gracias a Jackson y su equipo impecable de abogados, Milla seguía a su lado, bajo su entera custodia. Nadie iba a cambiar eso.

—No se trata de pagar penitencia alguna. Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya. Solo debes conseguir el informe favorable del médico. Te repito, ¿hace cuánto no sabes de los Maynard?

Sean se rascó la cabeza con el ceño fruncido.

—Desde que Milla tenía cinco meses de edad... —replicó tratando de alejar todos los recuerdos dolorosos del pasado—. Les pagué a los Maynard, Jackson. ¿De acuerdo? Firmaron un maldito contrato de confidencialidad, y aceptaron todas las cláusulas. *Todas*.

Jackson soltó una exhalación. Apretó los labios, frustrado, porque ambos sabían lo que iba a decir a continuación. Algo que, por supuesto, marcaba la diferencia y también la sentencia de Sean.

—Sí, pero ella, no.

Ninguno necesitaba aclarar a quién se referían con el solo mencionar “ella”.

—Lo sé, Jackson..., ¡maldita sea la hora en que pensé con mi pene y no con mi cabeza! Si pudiera comprar el tiempo, lo haría, sin dudarlo. Aunque eso no me habría dado a mi hija, y créeme, Milla es lo único bueno de todo este enredo.

—Sean —dijo el vicepresidente de S.W. Group poniendo la mano en el hombro de su amigo—, no es una situación fácil, jamás lo fue. Ahora, si de verdad te importa Tracy, entonces dile la verdad. Si de verdad la aprecias, y no tiene que ver con estar emocionalmente involucrado. Ella parece fuerte en su fachada exterior, pero sabemos que todos tienen un lado sensible. Las mentiras no son de agrado de nadie, y creo que nadie mejor que tú lo sabe.

—No le he mentado —replicó entre dientes.

—Le estás ocultando una información muy importante. Es equivalente a mentir.

La perspectiva de que la mirada apasionada de aquella vital y sexy mujer se apagara, y que esos besos no volvieran a ser saboreados por su boca, le causaba un terrible desasosiego a Sean. Por otra parte, no podía comprometerse a más... Lo que tenían era todo lo que era capaz de darle.

—Es solo la mujer con la que me acuesto, Jackson, ¿por qué tengo que

complicarme más la vida hablándole de temas que no le competen más allá de lo que hacemos? —preguntó, sintiéndose canalla por decir semejante estupidez a su amigo. Muy dentro sabía que, indistintamente del tiempo que llevaba Tracy en la empresa, la mujer se había colado bajo su piel desde el primer día en que apareció con su charla rimbombante, la ropa más extraña, y réplicas frontales—. Somos adultos. Tenemos un acuerdo. Eso es todo lo que hay. Se acaba, pues se acaba. Ella seguirá trabajando para mí, y yo continuaré al mando de la compañía. Y si no le gusta la idea o no soporta verme, entonces puedes darle empleo en tu oficina. Le prometí que, si las cosas no funcionaban, jamás comprometería su puesto de trabajo. Pienso cumplirlo.

Jackson solo lo observó, con aquella mirada de águila, y luego asintió. Eran esos gestos los que enervaban a Sean, porque —aunque no lo admitía— sabía que no estaba siendo de verdad honesto con Tracy. En realidad, le estaba ocultando una parte muy importante de su vida y que quizá hubiera sido un factor —para ella al menos— a considerar en su decisión de ser amantes fuera de los horarios de oficina. O simplemente, su amante sin más... Pero no podía. Lo cierto es que la idea de no probar esa boca, saborear la esencia de mujer de la mismísima fuente de placer, lo había impulsado a hacer la omisión.

Tal vez, más adelante, podría arriesgarse a hablar de su pasado. No era algo que podía hacer a la ligera. Además, sabía que Tracy era capaz de guardar secretos. Tan solo ignoraba si el tamaño del suyo podría causar más daño que indiferencia.

—De acuerdo, Sean, comprendo —dijo con tono solemne, pero no convencido—. Hemos tenido un día complicadísimo hoy, creo que merecemos un respiro los dos.

—Jackson, entiende que...

—Por cierto, Lucy y los chicos te esperan a cenar con Milla el próximo viernes —dijo interrumpiendo y cambiando el tema por completo. Era mejor

que su amigo digiriese lo que tenía que hacer, o no, a solas—. ¿Crees que puedas venir? Mi esposa me ha dicho que hará costillas de cordero asadas. Su especialidad.

Sean sonrió genuinamente. Le gustaba la familia de Jackson, y Lucy había conseguido domar el espíritu salvaje y aventurero de su esposo. Era una de las pocas, si acaso no la única, amiga en la que Sean podía confiar. Debido a la carga familiar que Lucy sobrellevaba, cuidando a los dos niños y trabajando como dueña de una tienda de suplementos para hospitales infantiles, casi no tenían tiempo para hablar. Se alegraba de que Jackson hubiera encontrado una mujer a su medida.

—Por supuesto, hermano —le dijo con una sonrisa—. Milla y yo estaremos encantados de asistir. Eso sí, procura que Lucy haga su postre de tres leches, porque mi hija no va a perdonar que no haya su dulce preferido.

Jackson se rio.

—Le diré a mi Lucy al respecto.

Se despidieron con un abrazo fraternal, y luego cada uno subió a su automóvil. Al menos habían resuelto la crisis. Las instrucciones de cómo proceder los siguientes días, la organización, el traslado de algunos administrativos y todo el equipo de creativos al piso de archivo y bodega, ya estaba asignada a la asistente de Jackson y la persona de recursos humanos.

Sean y Jackson vivían en direcciones opuestas. Resultaba una graciosa analogía a sus personalidades y formas de trabajar. Sin embargo, siempre encontraban el punto medio para mantener una amistad de tantos años.

CAPÍTULO 17

La casa de Sean era acogedora.

Tracy no creía que pudiera ser de otra manera, en especial cuando el dueño tenía tanta afinidad con temas vinculados a la estética por su carrera profesional. Los pisos eran de madera oscura, las paredes de tonos cálidos y uniformemente pintadas.

La sala principal tenía sillones grandes blancos y en el centro había una mesita baja de madera más clara con dos jarrones transparentes con tupidos girasoles. Naturales. Sí, lo sabía porque se acercó a tocarlos. A medida que pasaba caminando por los alrededores, guiada por la mano de Milla porque insistió en mostrarle toda la casa, también notó una sala más pequeña con muebles grises y un televisor de pantalla gigante empotrado cerca de otra ventana que daba al jardín. El cine en casa, y al parecer también el sitio preferido para jugar de la niña, pues había varios juguetes desperdigados sobre la alfombra al igual que unas cuantas piezas de legos.

El comedor era de ensueño, pero a diferencia de una casa sin niños, esta sí estaba cubierto en una esquina de cuadernillos y algunos lápices de colores. La mesa era para ocho comensales y del techo pendía una lámpara de cristales de oro viejo; una tendencia en toda la casa, al parecer.

Milla la llevó escaleras arriba, y le mostró su habitación. Le habló de todas y cada una de las muñecas. Le enseñó los autos de carreras de juguete con los que solía jugar a ratos con su padre. También le enseñó uno por uno los títulos de sus cuentos preferidos. Después la hizo recostarse en el colchón para que se diera cuenta de lo cómoda que era la cama. La llevó por el baño adjunto, y le dijo que su papá solía hacerle baños de burbujas cuando se portaba bien. El fervor con el que Milla hablaba de Sean le derretía el

corazón.

Sin embargo, después de recorrer la biblioteca y lo que parecía ser un cuarto de dibujo de Sean, Milla detuvo su recorrido.

—Quiero enseñarte la habitación de mi papi, pero siempre dice que es territorio prohibido —se rio y después se encogió de hombros—, no sé qué es eso, pero imagino que los grandes a veces usan palabras extrañas. ¡Es solo una habitación!

—Entonces, mejor llévame a otra parte, así no entramos al cuarto de tu papá —le había dicho Tracy, no por eso con menos curiosidad por conocer el sitio en el que dormía Sean. Eso estaba fuera de los límites consentidos por sí misma, y no podía aprovecharse de ingenuidad de una niña de cuatro años.

Considerando que era padre soltero, Sean mantenía la casa bastante decente, de hecho, casi impoluta. O eso creyó Tracy hasta que Milla la llevó a la cocina. El final de recorrido, porque la niña no tenía acceso al amplio patio trasero, por la mansión. La propiedad no era para nada pretenciosa, sin embargo, el impacto visual por la increíble organización de las piezas en cada sitio resultaba sobrecogedor.

—¡Esta es la cocina! —dijo Milla con una sonrisa.

—Gracias por mostrármela, nena.

El mesón central era de granito y tenía un tamaño que podía albergar varias personas comiendo, pero estaba lleno de ingredientes diversos. Chocolate en polvo, leche en polvo, frascos abiertos de mermeladas y un par de instrumentos para lo que, al menos era evidente, se trataba de elementos para hacer dulces.

Tracy sabía que Sean utilizaba un servicio de limpieza —ella era la que pagaba ese tipo de cuentas online—, que era monitoreado por la niñera de Milla, así que mantener la casa pulcra no era algo que pudiera quitarle el sueño a su jefe. No obstante, era gracioso cómo era la cocina el lugar en el

que —indistintamente si eras padre o madre soltera— todos los desastres parecían condensarse. Al final, ¿no era la cocina el sitio de mayor convergencia en los hogares?

Todo el espacio alrededor estaba lleno de inmensos gabinetes altos, Tracy imaginaba que lleno de vajillas y utensilios. La refrigeradora doble estaba junto a la estufa de hornillas eléctricas, y había una ventana que daba al patio. El microondas estaba del otro lado junto a una estantería en la que solo había mugs con leyendas de padres e hijas y vasos para café o té, además había una Keurig de última generación y una increíble cafetera industrial. Imaginaba que esos eran los juguetes de Sean, porque el resto de cosas —al menos las que yacían en el fregadero a medio lavar— estaban diseñadas para una niña. Todo a prueba de accidentes o incidentes que pudieran llevar a un infante a la sala de emergencia de un hospital.

Desde la cocina se podía ir al patio, porque las puertas corredizas daban a él y estaban cerradas con un candado. En el exterior había un jacuzzi, que estaba al parecer encendido, y una piscina cercada con una valla de vidrio bastante alta para que una niña no fuese capaz de treparla. La llave la tendría Sean de seguro, y la cerca era por precaución en el caso de que a Milla se le ocurriese zambullirse sin supervisión. Considerando que Milla parecía ser capaz de desarrollar una hiperactiva interacción cuando ganaba confianza, imaginaba que en la casa era un tornado.

—Mi papi no sabe hacer un cake —dijo Milla, llamando la atención de Tracy quien apartó la mirada del patio—. Todos esos materiales los usamos el jueves... —suspiró como si fuese una hecatombe personal... a sus cuatro años de edad—. Y ya no quise comer nada porque él dejó que se quemara. ¡Wákala! No sabe hacer dulces, así que fuimos a un restaurante y me compró un gran helado —sonrió.

Ella le sonrió y se acuclilló a su lado.

Después del curso de peinados la había llevado a tomar helados, luego a dar una vuelta con Coleman en el automóvil, y a medida que pasaba el tiempo charlaba con Milla hasta que poco a poco, la niña empezó a sentirse más relajada. Y claro, aquello mejoraba bastante el panorama. Considerando que la niña todavía tenía todos los huesos en su sitio, los cabellos en orden, y no había sido secuestrada por un grupo extremista, pues no estaba haciendo tan mal el trabajo improvisado de niñera auxiliar.

—No me digas, ¿cómo es eso posible? Todos los papás deben saber cómo hacer un delicioso cake a sus hijas —le tomó las manitas entre las suyas.

Milla se encogió de hombros. Era un poco regordeta, y Tracy contuvo las ganas de abrazarla. Tampoco quería que pensara que era una de esas personas raras que agarran de los cachetes a los niños rechonchitos sin razón. O con razón... En todo caso, no quería ganarse una demanda por acoso infantil. ¿Acaso era un pensamiento extremista? Mmm, quizá, y sí. Así que mejor dejaba sus dramas de lado, porque ignoraba a qué hora regresaría Sean y más le valía mantener el cerebro a punto para cuidar de la niña.

—La última vez el cake se hundió, y el merengue quedó aguado. Pero me lo comí, porque después él podía llorar de tristeza, ¿sabes?

Tracy se guardó una sonrisa. ¿Sean llorando por un cake? ¡Ni en mil años!

—Claro, pues hiciste muy bien, cariño. Eres la mejor hija que un papá puede pedir. —Tracy contempló el peinado que le había hecho. Para haber tenido que deshacérselo tres veces, escuchado varios quejidos de dolor de la pobre niña, y aplicado un poco de aerosol en sus propios ojos por descuido, pues debía decir que la clase de peinados para padres solteros había sido un rampante éxito—. A mí se me da bien hacer cupakes. ¿Quieres intentar hacer algunos? Aunque primero —miró alrededor— tendrás que usar tus súper poderes de hija a cargo de la casa para ayudarme a limpiar este desastre que

ha dejado tu papá. ¿Qué opinas, socia? ¿Somos un equipo para hacer cupcakes? —preguntó poniendo la mano para que la niña chocara los 5.

—Segurolas —exclamó chocando la mano de Tracy con la suya.

«Al menos me acabo de ganar la voluntad de Milla por el resto de la jornada.»

Cuando Sean entró en la casa, alrededor de las seis de la tarde, lo primero que sintió fue el impacto en las fosas nasales del delicioso aroma a cake recién salido del horno. No era un aroma a quemado, muy clásico en sus intentos de complacer a Milla. Había una pizca de vainilla flotando en el aire. Coleman había estado estacionado en el exterior de la mansión —tal como estaba previsto que hiciera—, y una vez que Sean le extendió un cheque por las horas extras de trabajo, tomó un taxi para ir con su familia. Apreciaba mucho a su chofer y la confianza en él era muy grande.

Dejó el teléfono sobre la consola de la entrada, y frunció el ceño a medida que avanzaba en el interior. Lo siguiente que escuchó fueron risas.

¿Su madre habría suspendido el fin de semana de yoga con William, de repente? Mmm, no creía que eso fuera posible, porque lo hubiera llamado a comentárselo y hasta hacía unos minutos atrás no tenía llamadas perdidas de Eugenia. Iba a llamar a Tracy, pero no hizo falta, porque a continuación escuchó su voz.

—Entonces, ¿qué te ha parecido? —la escuchó preguntar.

Sean se acercó más hacia el sitio de donde provenían las voces. La cocina. Se quedó bastante cerca, pero no demasiado para no ser visto.

—¡Deliciosisisísimo! —exclamó Milla con la boca llena—. Debemos dejarle unos a papá.... Come mucha comida... Es porque es un hombre muy grande...—siguió masticando con la boca llena—, pero es mi papi y lo quiero

muchote.

Tracy soltó una carcajada.

—Le dejaremos unos cuantos para cuando llegue.

—Yo no tengo mamá... —dijo la niña de repente, y Sean sintió como si le hubieran apuñalado el corazón—, pero mi mejor amiga de la escuela, sí. Mi mejor amiga se llama Hannah. ¿Puedo llevarle unos cupcakes a ella? ¿Me dejas?

—Absolutamente. ¿Sabes, Milla? Eres una niña muy afortunada porque tu papá te cuida por dos y eso es súper especial. ¿No te parece?

Sean cerró los ojos a la espera de la respuesta de su hija, y agradecido por el comentario. Una ligera sensación de calidez se instaló en él al escuchar la forma en que ella le hablaba a su hija. No podía saber que la estaban escuchando, así que todo lo que salía de Tracy en esos momentos era genuino.

—Supongo que está bien... Pero Hannah dice que su mamá quiere casarse con mi papá. Eso nos haría hermanas, ¿verdad que sí? Una vez —bajó la voz como si estuviera conspirando— vi que se besaron, ¡uggg! ¡Qué asco! ¿Verdad, Tracy?

—Yo...

«Suficiente», pensó Sean. No tenía idea de dónde había sacado esa idea su hija, porque jamás había besado a Ophelia Higginston, ni pensaba hacerlo. Necesitaba interrumpir en ese preciso instante la conversación. Se acercó hasta quedar en la visión de su hija. Cuando Milla reparó en él, se lanzó a sus brazos, y Tracy simplemente, lo miró. No podía culparla por la expresión impávida, no después de que su hija hubiera soltado semejante comentario. No es que tuviese importancia, ni que le debiese alguna explicación, sin embargo, sí que le escocía que ella pudiera creer que podía estar con otro hombre, y él con otra mujer mientras duraba su affaire. La sola idea de Tracy en brazos de otro hombre le causaba rabia.

—¡Hola, princesa! —dijo girando con Milla y dándole besos en la mejilla—. ¿Cómo te has portado?

—Muy bien —respondió, y se giró entre sus brazos para mirar a Tracy—. Ella ha hecho los mejores cupcakes y te guardamos unos para que no llores, papi.

—¿Es eso cierto? —preguntó retóricamente y sonriéndole a su hija, que asentía con entusiasmo, para luego mirar a Tracy, y agregar—: Gracias por cuidarla.

—No pasa nada —murmuró quitándose el delantal y llevando los bowls en los que había mezclado la masa para cupcakes a la lavadora de platos. La programó y luego se apartó—. Ya es momento de irme —se limpió la inexistente suciedad del pantalón negro que llevaba—, mi misión ha terminado.

—¡Nooo! —exclamó Milla sorprendiendo a ambos, Sean la dejó en el suelo—. Quédate a dormir, porfiiii, Tracy. Papi tiene que comerse los cupcakes y decirte que están muy ricos.

—En realidad, no creo que...

—Papi —miró a Sean con ojitos como el gatito de Shrek e interrumpiendo a Tracy que trataba de no reírse. Una niña de cuatro años tenía a sus pies al dueño de una empresa multimillonaria y con un carácter de acero—, ¿puede quedarse a dormir en casa, por fis, por fis, por fis?

Sean suspiró y le acarició el cabello.

—Tracy tiene una casa, princesa, y no puede quedarse a dormir con nosotros.

—¿Un ratititititito? —preguntó esperanzada.

Sean y Tracy se miraron a los ojos, por primera vez desde que él entró en la cocina, y de repente la corriente sexual pareció encenderse y caldear el ambiente. Ambos fingieron no darse cuenta.

Ella se aclaró la garganta.

—Me quedaré hasta que tú te duermas, Milla, ¿te parece bien? —le preguntó a la niña con suavidad. Menos mal le había pagado un extra a la persona de la recepción para que enviase a una persona, una vez al día, a chequear que Tallulah no estuviera haciendo de las suyas. Una gata sin supervisión era desastre seguro. «Gracias hoteles cinco estrellas por los servicios adicionales para huéspedes.»

—Sí, claro que sí. —Agarró la mano de Sean para que la mirase—: ¡Papi, llévame a bañar para que Tracy me lea una historia! Le enseñé mi cuarto, y le gustó, ¿sabes? También le dije que se acostara en mi cama, porque mi cama es muy cómoda. Y le gustó también. Por eso digo que debe quedarse a dormir.

—Milla, hijita...

—Pero no fuimos a tu cuarto, papi, porque tú me has dicho que eso es territorio prohibido —se rio—, pero no entiendo eso e igual no entramos —sonrió.

Sean la miró con dulzura, y Tracy no pudo evitar sonreír.

—Ya hablaremos más sobre tu día, pero, primero el baño. ¿Vale?

—¡Sip! —dijo la niña y de inmediato empezó a halar a Sean hacia la salida de la cocina, mientras él miraba a Tracy.

—Quédate, por favor, tenemos que hablar. ¿De acuerdo?

—Vale... —murmuró Tracy de regreso, antes de salir de la cocina para ir a sentarse un rato en la sala.

No tenía idea de cuánto solía durar el baño de una niña de cuatro años, pero a juicio de la hiperactividad de ese día, imaginaba que bastantes minutos... ¿Sumándole el azúcar? Un poquito extra de tiempo. Así ella podía aprovechar para saciar una curiosidad: buscar fotografías de la mamá de Milla.

Le intrigaba saber quién era la mujer que había conseguido que Sean Winthrop bajara las defensas lo suficiente como para tener una relación formal. ¿Qué habría ocurrido con la mujer? ¿Dónde estaba? ¿Viva o muerta? ¡Diablos, tantas preguntas y nadie que las respondiese!

¿No era inapropiado husmear en casa ajena, en especial si era tu jefe? ¡Por supuesto que sí! Y precisamente por eso iba a hacerlo.

La idea de que Sean estuviera en una relación con otra mujer, besándola como había dicho Milla, le daba carta blanca para hacer lo que le pareciera mejor. Los niños carecían de la idea real del tiempo, y ese beso de “una vez” bien podía ser algo recurrente. Que Tracy no tuviera mucha experiencia en ser amigos con derechos era una cosa, pero que le viesen la cara de estúpida, era otra.

—¿Qué buscas?

Concentrada en el álbum de fotografías que estaba junto a la mesita de teléfono, al lado del sofá, Tracy se sobresaltó. Al hacerlo, el álbum cayó sobre la alfombra.

—Vie... Viendo fotografías —replicó recogiendo y poniendo el álbum en su sitio—. Muy bonitos recuerdos.

Sean se cruzó de brazos.

¿Era muy babosa al decir que se veía guapísimo con ese pantalón gris marengo y la camisa a juego y remangada hasta el codo? Pues no le importaba. El hombre era un sueño... sexual, claro que sí. De repente se sintió algo intimidada, porque estaba fuera de su elemento. En un territorio, físico al menos, que le era por completo ajeno.

—Gracias por cuidar a mi hija hoy, aprecio el tiempo que invertiste. Te pagaré el triple de tu hora habitual de trabajo.

—¿Qué sucedió en el edificio? —Sean le relató todo de forma concisa y le dijo que, durante el camino a casa, los abogados de S.W. Group le habían confirmado que demandarían a la empresa administradora del edificio y contratarían una nueva en acuerdo con el resto de empresarios dueños de los demás pisos de oficinas—. Así que la mayor parte de la plantilla administrativa, y todos los creativos, van a tener que reubicarse en el piso de almacenamiento hasta que hagamos el saneamiento de toda la zona inundada.

—Vaya, ¡qué desastre! ¿Tu oficina?

—Menos mal no corrió ningún peligro, y está todo como siempre. Quedaremos pocos en el piso. El lunes vas a tener que coordinar algunas cosas extras con la asistente de Jackson. Ahora mismo, ella está trabajando en ello. No podía cargarte con más cosas, porque estabas con Milla, pero ya el lunes sí requeriré de tu apoyo.

—Por supuesto que voy a apoyarte, soy tu asistente después de todo, y cargarle toda la responsabilidad a Edinne es injusto.

—Vale, muy bien.

Ella se aclaró la garganta.

—Por cierto, en ninguna de las fotografías de ese álbum sale la mamá de Milla. ¿Por qué? —preguntó con un tono casual e ignorando el comentario de Sean.

—No es una información que me apetezca compartir contigo.

Tracy tragó en seco y se incorporó. Estaban separados solo por la mesita de centro de la sala principal de sofás blancos. Imaginaba que la mujer había fallecido, no existía otra explicación para que Milla dijese que no tenía una mamá. Le dolía por la nena, pero la respuesta de Sean no le gustó para nada.

—Claro —dijo dándose un golpe suave en la frente con los dedos—, a veces soy un poco idiota y se me olvida que, aparentemente, no tengo derecho a preguntar nada porque solo somos amigos con ciertos privilegios físicos. ¿Te

das cuenta? Incluso suena elegante. Imagino que, con tus parejas formales, lo haces o quizá con tus amigos. Entiendo, no pasa nada. Cambiando de tema...

—Tracy —dijo Sean interrumpiendo, y en tono de advertencia.

Ella se encogió de hombros como si no le importara que no compartiese más con ella, pero sí que le importaba. Tampoco podía exigir nada, porque no le había hablado de Adrian en un modo más personal y de la forma en que había cambiado su perspectiva sobre los hombres. Así que, en teoría, estaban a mano. Pasado era pasado.

—Ya conoces mis honorarios profesionales, que no incluyen sexo porque eso me convertiría en otra cosa, así que puedes transferirme a mi cuenta el valor de las horas del día de hoy. Ah, y si estás interesado en la clase de peinados con los otros papás y la trenza que hicimos durante casi un largo rato —miró su reloj—, pues vas a tener que contratarme durante horas adicionales, y ya la tarifa será cuádruple. Son casi las ocho de la noche.

—Tracy...

—¿Milla ya se durmió? Porque si no es así, entonces me gustaría subir y cumplir mi promesa de leerle un cuento —preguntó pasando junto a Sean, pero él la retuvo de la muñeca y lo que eran chispas se convirtieron en llamas—. Suéltame.

—Mi hija, apenas puso la cabeza en la almohada, se durmió. Ahora, no te voy a soltar hasta que dejes de balbucear temas por aquí y allá —dijo con seriedad—. ¿Por qué pareces tan ofendida? ¿Es por lo que dijo Milla sobre la madre de su amiguita?

Tracy agitó la mano, y él la dejó soltarse. Pero ambos sabían que Sean podía ir tras ella en caso de que fuese necesario.

—Hasta donde yo tengo entendido, el acuerdo que tenemos es exclusivo —se encogió de hombros—, pero si no ha sido ese el caso, mea culpa, porque tampoco es que tengo una maestría en relaciones sexuales esporádicas. Así

que, entonces, asumo que puedo acostarme o besarme con cualquier otra persona cuando me venga a gusto y todo bien entre los dos. ¿Verdad?

Sean apretó los dientes. Quiso gritar que no, porque le pertenecía a él. Que, si alguien se atrevía a besarla, a tocarla si quiera, iba a destrozarlo con sus puños. Sin embargo, contuvo la lengua porque decirle tales cosas sería ponerse en la línea de fuego sin saber de verdad qué diablos le pasaba con Tracy. Sabía que debía dejarla ir, pero no podía hacerlo. Era un egoísta bastardo y probablemente algún día pagaría su avaricia por esa mujer, pero todavía no. Confiaba en que todavía no.

No quería dejarla ir. Sentía la estúpida y primitiva necesidad de marcarla a fuego con sus besos, con sus caricias, porque solo podía ofrecerle eso, y nada más... Odiaba la situación, pero jamás pensó que se hallaría en ese escenario. La idea de Jackson de hablarle de su pasado le parecía tentadora, aunque demasiado arriesgada. Aquel era un punto sensible de su vida, y estaba de por medio Milla. Quizá, cuando pasara un poco el tiempo, podría profundizar en su relación con Tracy. Aunque era probabilidad bastante remota. Confiaba en ella, y eso era ya bastante para alguien tan cínico y habituado a recibir reveses como él.

—No he tenido sexo con otra mujer, en cuatro años, más que contigo. ¿Responde eso a tu pregunta?

—La verdad es que no, ¿puedes ser más específico en tu respuesta? — preguntó con su habitual tono sarcástico y mirándolo con desafío.

Él no perdió el tiempo en replicar con palabras.

La atrajo contra su cuerpo y fundió su boca con la de ella. Consumió sus labios con intenso fervor, la agarró las caderas con firmeza, y la sintió temblar entre sus brazos. Ella le rodeó el cuello con las manos y se entregó al beso tratando de emular la pasión que los envolvió. No eran necesarias las palabras, porque sus caricias alcanzaban a decir lo que sus bocas, ocupadas

en besos febriles, no eran capaces.

Sean la tomó de las nalgas, y ella le rodeó la cintura con las piernas. Él estaba excitado y su miembro duro contra el cuerpo de Tracy era la prueba de ello.

Ella no podía evitar rendirse al sabor único de Sean, y hundió su lengua en la boca pecaminosa que estaba devorándola sin compasión. Con cada beso parecía extraerle el aire de los pulmones, y el único oxígeno capaz de llenarlos era el sabor de la pasión de Sean. Jamás había sido besada de un modo tan concienzudo, y siempre, siempre, la memoria de los besos de ese hombre tan sensual y mandón tomaban el curso de sus intentos de compararlo con otro. Como si él fuese el único que la hubiera besado jamás, trastocado su mundo erótico en formas inesperadas, y cautivado su cuerpo con cada toque, con cada lametón y cada penetración de su duro miembro.

—Necesito verte —le dijo dejándola en el suelo, tratando de que en ningún momento dejara de frotarse contra su cuerpo—. Desnúdate para mí, Tracy.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Un striptease? No soy muy buena en ello —dijo todavía sonriendo, mientras le desabotonaba la camisa a Sean.

—Te reto a intentarlo —murmuró contra la oreja de ella, antes de mordisquearle el lóbulo y bajar por el cuello dejando un reguero de besos, para luego volver a apoderarse de la boca femenina—. Hazlo.

Tracy se apartó.

—Milla está arriba —dijo con voz entrecortada por el esfuerzo de mantener la cordura durante esos momentos. Alguien tenía que usar el cerebro, y era evidente que Sean no era el que estaba a cargo de ese departamento en esos instantes.

—Mi hija duerme profundamente, y yo tengo un oído bastante aguzado

para escucharla... Ahora, ¿aceptas o no el reto?

Ella meneó la cabeza riéndose con suavidad.

Tomó a Sean de la mano y le indicó que se sentara en el sofá. Cuando le obedeció, sonrió. Empezó a quitarse la blusa. La dejó caer en la alfombra. Puso los dedos en la cinturilla de su pantalón y empezó a moverse para deslizarlo hacia abajo, inclinándose para que Sean apreciara el modo en que sus senos parecían desbordarse del sujetador. Él apretó los dientes y sus hermosos ojos oscuros parecieron remover los calderos más antiguos del deseo. Se sintió complacida.

Luego pensó en un pequeñísimo detalle. Esa mañana. Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él al notar cómo cambiaba la expresión de su rostro de decidida a dubitativa.

—Esta mañana —empezó a decir—, me llamaste sin preguntar absolutamente nada sobre cómo me encontraba. No soy una prostituta...

—¡Alto ahí, señorita! —dijo con firmeza—. Jamás pienso, ni pensaré, eso de ti. Así que, por favor, no vuelvas a hacer un comentario de ese calibre. ¿Estamos claros en eso, Tracy?

La seriedad en él era tan contundente que ella asintió.

—Entiendo que no existen sentimientos de por medio, aunque eso no implicaba que tenías que ser tan indiferente. Solo eso quería decirte...

Él entendía a qué se estaba refiriendo.

—Lo siento —dijo Sean con sinceridad—, no debí ser tan brusco y desconsiderado. Me sentí agobiado por muchos pensamientos que me embargaron en su momento, y luego la llamada de Jackson me descontroló por entero. ¿Me disculpas, por favor?

—Porque —señaló la evidente erección de Sean—, ¿quieres acostarte conmigo?

—No solo eso, sino principalmente porque tienes razón —dijo.

—Vale... Te creo. Disculpas aceptadas —murmuró con una sonrisa—. ¿En qué estábamos? —preguntó cambiando por completo su tono de voz a uno más juguetón—, tú y yo hace un momento?

Él soltó una carcajada.

—Eres única —murmuró asombrado por su belleza física, pero también la facilidad con la que podía cambiar de un tema a otro.

Sí, ahora conocía que solía tener sus momentos de drama, pero más allá de escenas, eran los pensamientos ocurrentes que ella solía expresar cuando creía que nadie la escuchaba. A veces pensaba en voz alta. Muy curioso, y nada agradable cuando a Tracy se le salían esos comentarios durante una junta o una reunión en la que su papel era tomar notas o asistirlo de algún modo, en lugar de emitir alguna opinión profesional.

—Lo sé, pero gracias —se rio.

Ella estaba en sujetador y bragas. Se acercó un poco más. En el momento en el que Sean estiró la mano para tratar de tocarla ella se apartó.

—Dijiste un striptease, nadie habló de tocar —dijo ella, mientras Sean murmuraba sobre lo taimada que estaba comportándose.

—Date prisa —la urgió.

Tracy continuó girando y tentándolo. Después llevó las manos a la espalda y soltó los corchetes. Los tirantes cayeron en sus brazos, y cubriéndose con las dos manos, dejó que el sujetador quedara a un lado. Se acercó a Sean.

—Quiero verte, *ahora*, Tracy —dijo tomándola de la cintura. Le apartó las manos de los pechos, y soltó un siseo—. Eres tan provocativa y hermosa.

—Gracias —replicó temblorosa cuando los dedos de Sean tomaron el elástico de las bragas y empezó a deslizar la pieza de lencería hacia abajo. Ella lo dejó hacer, porque le gustaba sentir el aliento cálido besándole cada pequeño trozo de su piel por el que la pieza iba bajando. Cuando llegó hasta

sus pies, él la lanzó sin contemplaciones a un lado—. Sean... —murmuró empujándolo de los hombros.

—¿Piensas tomar el mando? —le preguntó estirando la mano hasta que sus dedos alcanzaron un pezón erecto. Lo apretó con fuerza, y ella soltó un gemido.

—Sí... —dijo mirándolo a los ojos—. ¿Te molesta?

—Me encanta —replicó deslizando el dedo entre el valle de los pechos y descendiendo, sin dejar de mirarla, por su vientre plano. Cuando llegó hasta el vértice que ocultaba sus secretos, se hizo espacio y la tocó—. Dios, ya estás húmeda —dijo frotándole el suave capullo.

—Yo...—se aclaró la garganta— yo estoy al mando.

De inmediato, él apartó la mano, y el jadeo de Tracy le indicó que le hubiera gustado que continuase la tortura. Pero, ¿acaso las decisiones no tenían una consecuencia?, pensó él, con malicia. La miró y lamió el dedo que la acababa de tocar íntimamente.

—Después, quiero saborearte por entero.

Ella le hizo un guiño, y Sean se rio.

—Shhh, por ahora me toca a mí —dijo con una sonrisa mientras colocaba sus rodillas a los costados de las de él. Después descendió poco a poco—. Ah, ah, sin tocar, señor Winthrop.

—Brujita...

Tracy se inclinó sobre Sean con sensualidad hasta que sus senos quedaron al alcance de la boca masculina.

—Chúpalos, Sean —le ordenó.

—Un placer —dijo, agarrándola de la cintura, y abriendo sus piernas ligeramente para que, al mismo tiempo, se abriesen un poco las de ella.

Tomó con su boca el pezón izquierdo y lo lamió, mirándola siempre a Tracy a los ojos. Le gustaba ver las reacciones que sus caricias creaban. Con

la mano le agarró el otro pecho, y mientras sus labios succionaban un pezón, sus dedos apretaban el otro. La sintió temblar de placer, y él incrementó la rudeza de sus succiones, para después lamerle las areolas.

—Sean... —gimió cuando la mano que todavía permanecía en su cintura bajó hasta colocarse en su sexo expuesto, gracias a cómo él había abierto sus musculosas piernas y al hacerlo ella no tuvo otro remedio que abrir también las suyas para no perder el equilibrio.

—Escucho —dijo frotándole el sexo, y luego la penetró con un dedo. Giró sus caricias, humedeciéndola con sus propios fluidos. Con el pulgar le frotó el clítoris, mientras su dedo entraba y salía de su suave intimidad—. ¿Sin palabras? —preguntó, provocándola.

—Desnúdate, Sean —le ordenó con la voz jadeante—, no es justo...

—¿Qué sería lo justo? —murmuró abandonando el sexo de Tracy para tomarle la cara entre las manos y devastar sus labios con otro beso ardiente. Se llenó las manos con los pechos firmes y generosos, los acarició mientras frotaba las puntas erectas con los pulgares. Tracy se movía sobre él.

—Que te quites el pantalón y me penetres ahora mismo —replicó mordiéndole el labio inferior con fuerza—. Ahora, Sean, ¡ahora!

Sean tomó el mando, y pronto la giró hasta acostarla sobre el sofá. Se quitó la ropa a toda velocidad, y la cubrió con su cuerpo. Se inclinó para besarla. Le encantaba besarla. Si pudiera tener una adicción entonces sería ella. Siempre ella.

—Tracy, no podré ir tan lento...

—Vale, pero si no te das prisa pienso tomar las riendas en mis manos.

—Eso me gustaría ver.

—Si sigues dándome largas, lo más probable es que me veas ir, antes de tocarme a mí misma frente a ti.

—Eres imposible.

—Lo bueno, nunca es fácil —replicó ella, pero pronto perdió el hilo de lo que estaba diciendo porque Sean deslizó las manos bajo sus caderas para acomodarse, y a continuación la embistió con suavidad.

—Dios, se siente tan bien —le dijo empezando a moverse en su interior. Disfrutó penetrándola cada vez más profundamente, y el vaivén de sus cuerpos. El sonido de sus cuerpos chocando era la mejor música que podía tocar una y otra vez.

El sexo entre ellos los consumía por entero.

Las pelvis de ambos se unían hasta el punto de crear sensaciones que les impedían saber en dónde empezaba el uno y acababa el otro. A pesar del nivel de lujuria, la forma en que los dos conectaban no ocurría tan fácilmente entre un hombre y una mujer. Resultaba aterrador, impactante, y al mismo tiempo era éxtasis.

Tracy le clavó las uñas en los hombros, después lo apretó contra sí. Si acaso pudiera ser posible, Sean la llenó más hondo y embistió varias veces, siempre besándola o diciéndole lo hermosa que era, cuánto la deseaba cuando no estaba cerca... Cuando él la sintió contraerse a su alrededor, la sensación que lo invadió fue de plenitud. Antes de que tuviera tiempo de analizarse más a conciencia, llegó el orgasmo para barrer con todo síntoma de cordura.

—Sean —jadeó ella arqueando la espalda, mientras él ahogaba un gruñido de placer contra su cuello, y lo sentía derramarse en su interior.

—Sí... —murmuró antes de quedar laxo sobre ella unos segundos, hasta que fue consciente de que estaba aplastándola.

Se apoyó en las palmas de sus manos, poniéndolas a cada lado de la cabeza de Tracy, y la miró con intensidad.

—Eso fue...

La sed del uno por el otro de pronto se había vuelto insaciable, incluso podía considerarse en límites destructivos; destructiva para la cordura, la

conciencia de lo que tenían alrededor y los motivos por el cuál continuar juntos, indistintamente de la naturaleza de su relación, era una bomba de tiempo.

—¡Papi! ¿Por qué hay ropa por todas partes?

Asustados, Tracy y Sean, se quedaron atónitos, mirándose. Ella, de inmediato alargó la mano y agarró la blusa que, menos mal, estaba al paso. Él recuperó los cinco sentidos de golpe, y habló a Milla cuidando de hacerlo sobre el respaldo del sofá. Su hija estaba abrazada a un muñeco de peluche.

—Cariño, ¿qué sucedió?

—No puedo dormir, hay monstruos y quiero que me des besos anti-monstruos.

—Los monstruos no existen, tesoro. Y claro que te daré besos. Dame un momentito para...

—¿Es esa ropa de mujer? —preguntó señalando el sujetador de Tracy que no había manera de ocultar. ¿Cómo había acabado a varios metros de donde se encontraban los dos? Era un misterio de la ley de gravedad.

—Sí, mi vida, lo que pasa es que Tracy tiene que lavar su ropa sucia.

Milla lo miró con ojos somnolientos.

—Ahhh, ¿y por qué estás sin camisa? Te vas a poner malito.

Sean miró hacia abajo. Claro, al menos su hija no lo había encontrado en pelotas. Eso era algo por lo cual dar gracias. Traumar a su niña a esa edad era imperdonable.

—Es que también iba a lavar mi ropa —replicó, porque no se le ocurría nada más—. ¿Qué te parece si subes a tu habitación y te veo en solo tres segundos? Te daré muchos besos y hablaremos...

—¿Y Tracy va a venir contigo? ¿Está ahí contigo? —preguntó interrumpiendo.

Tracy se cubrió la boca con las manos, respiraba agitadamente, ¡pillada

por una niña de cuatro años mientras se daba al lote con el papá! No pues, otra anécdota para su libro de récord guinness de Tracy Goldstein. ¿Cuáles eran las posibilidades de que un infante, que habitualmente dormía largo y tendido, se despertase *justo* cuando su padre estaba teniendo sexo con una mujer? Y que esa mujer fuese Tracy. ¿Cuáles?

—Oh, no, ella está en la lavandería preparando las máquinas para limpiar su ropa. Qué bueno que hayas encontrado esa ropa, así puedo llevársela. Pequeña, ¿me esperas, por favor, en tu habitación? Enciende las luces que nada va a sucederte.

—¿Seguro...?

—Tú eres valiente. ¿Recuerdas? Tú eres mi princesa Mérida.

La niña pareció meditar lo que le pareció una eternidad, mientras Sean rogaba a todos los dioses del pasado, presente y futuro, que no se le ocurriese ir hasta donde se encontraban. La imagen no sería en absoluta digna de una menor de edad. Él continuaba en interior de Tracy, así que poco a poco movió su pelvis para desenlazar sus cuerpos. Sintió la pérdida, pero el miedo de que Milla los encontrase desnudos era mucho mayor.

—Vale, papi, claro que soy la princesa Mérida. ¡Soy valiente! Pero, ¿luego le dices a Tracy, cuando limpie su ropa, que yo le puedo prestar una blusa de la Barbie y un pantalón de los Trolls?

Sean casi, casi, escuchó a Tracy soltar el aire que estaba conteniendo para procurar no reírse a carcajadas y arruinar la posibilidad de salir indemnes de la vista de Milla.

—Una promesa, princesa mía.

—Bueno... Está bien, papi —murmuró la niña y subió las escaleras que estaban a la vuelta de la sala, mientras iba encendiendo todas las luces.

Tracy, como si hubiera sido movida por un resorte automático, se apartó y empezó a vestirse frenéticamente. Sean, menos apurado, lo hizo a un ritmo

rápido.

—Solo para que conste —dijo, cuando Tracy se terminaba de abrochar el pantalón—, nuestra relación es exclusiva. Y lo dejo muy claro, señorita.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. Frunció el ceño.

—¿La mamá de Hannah, la amiguita de Milla...?

—Una larga historia. Deja de fruncir el ceño. La mujer cree que seré el padre de su hija y me casaré con ella. No sé de dónde ha sacado Milla que nos hemos besado, pero no ha ocurrido semejante tontería.

Tracy se encogió de hombros, pero Sean le agarró la barbilla con suavidad. Ella lo miró. Tenía todavía los labios hinchados por sus besos.

—De acuerdo, te creo, aunque no tengo ningún derecho a preguntarte.

Sean suspiró. Era la única mujer que conocía a su hija, y había logrado que Milla la quisiera tener alrededor, en *su* casa. Sí, sí tenía derecho a preguntarle. Todos los límites estaban empezando a desdibujarse de manera tan abrupta que lo desconcertaba.

—Pero yo te quiero responder, y te acabo de decir la verdad. Solo quería dejártelo claro. Ningún hombre va a poner una mano sobre ti.

Ella enarcó una ceja.

—Lo mismo va contigo —replicó ella.

—No me gustan los hombres —dijo tratando de fastidiarla.

Tracy apuntó un dedo contra el pecho de Sean, presionando.

—Ay qué listillo eres, pues mira que me alegro, porque mientras dure nuestro acuerdo tampoco te va a gustar ninguna otra mujer. ¿Te parece?

Él se rio y se inclinó para besarla rápidamente. Pero el beso se extendió lo suficiente para dejarlos a ambos jadeando. Se apartó dejando la frente contra la de Tracy, y asintió.

—No sé qué haces conmigo, pero tienes un trato. Ahora tengo que subir a ver a Milla. ¿Quieres quedarte un poco más...?

Ella estuvo tentada a aceptar, pero creía que era suficiente para un día. Tenía que organizar sus pensamientos. Conocer a la familia de Sean, tratar con su hija durante horas, darse cuenta que el hombre apasionado en la cama y frío en la oficina era un padre ejemplar, y además, el haber estado a punto de ser pillada en cueros en plena faena de sexo por una niña de cuatro años, pues llenaban el menú de aventuras existenciales para cualquiera. Al menos en su vida, sí.

—Me encantaría, pero creo que debo darme una ducha —sonrió—, y Sean...

—¿Sí? —preguntó mirándola con intensidad.

Era la mujer más bonita y peculiar que recordaba haber tenido en sus brazos. Y removía emociones en él que creía muertas... Dios. Empezaría a tener serios problemas si continuaba pensando de ese modo en relación a Tracy.

—La próxima que estemos juntos, me tocaré para ti —murmuró antes de agarrar su bolsa y encaminarse hacia la salida, dejándolo boquiabierto.

Él iba a responder, pero un grito desde el piso superior lo cortó.

—¡Papiiii, veeeen, hay monstruos!

Sí, bastaba la voz de su hija para que su naciente erección muriera, y su hambre sexual fuese reemplazada por el amor incondicional que sentía hacia Milla.

—Ahora voy, Milla —gritó con voz firme mientras corría escaleras arriba y escuchaba la puerta principal cerrándose a sus espaldas.

Cuando Tracy volvió al hotel, después de ducharse, se quedó acostada un largo rato pensando en lo intenso que había sido ese encuentro con Sean. No solo eso, sino que, al final, continuaba con la misma incógnita sobre la madre

de Milla.

Imaginaba que para Sean enterrar a la mujer que se amaba era algo difícil de sobrellevar. Se sintió de pronto celosa. ¡Estaba loca, por Dios! Debía bajar a beber una copa de vino o pedirlo a la habitación. Así podría continuar su loca cascada de ideas en las que se preguntaba cosas como: ¿Hacía cuánto tiempo se habría muerto? ¿De qué habría fallecido? ¿Por qué quitar todas las fotografías de la mujer si tenían una hija de cuatro años que necesitaba conocerla, aunque fuese en un papel fotográfico? Incluso en una fotografía digital o ¡escaneada!

Si la mujer estuviera viva, aunque estuviesen divorciados, pues Milla tendría a su mamá y no hablaría de ella como si no la tuviera alrededor. «Pobre niña.» Pero cada papá criaba a su hija como mejor le parecía. Ella no tenía ni voz ni voto.

Los hombres podían ser un mundo bastante extraño, pero lo cierto es que el mundo de los padres solteros conseguía ser una ardua competencia también.

De momento se alegraba de que Sean le hubiese aclarado que, la de ellos, era una relación de amantes exclusivos. ¿Acaso no era entretenido? No era una relación formal, sin embargo, mantenían ese privilegio.

A ese paso, con tantas contradicciones, iba a terminar en el manicomio. Al menos su vida sexual había cobrado brío de un modo fabuloso. No se podía tener todo, ¿cierto?

Con un suspiro, Tracy agarró el teléfono, lista para pedir servicio a la habitación. Vino, queso y un poco de carne para cenar le iría fenomenal. ¿Lo mejor? Todo iba a cuenta de Sean. Sonrió.

CAPÍTULO 18

La siguiente semana de trabajo la tuvieron a tope. Los equipos de mantenimiento, arquitectos incluidos, y la compañía de decoración, estaban yendo y viniendo por las oficinas de S.W. Group. Había ruido, construcción, polvo, para tratar de reparar las zonas afectadas por el agua. La asistente de Jackson, Edinne, y Tracy estaban procurando que todo estuviera en orden.

Al menos habían conseguido que la cuenta de gastos, por entero, la pagara la anterior compañía administradora. Bien por el equipo legal de todos los dueños de los pisos del conglomerado empresarial.

Lo más complicado resultó reubicar a los clientes en la agenda antes de alquilar un piso completo que, menos mal, acababa de ser desocupado por una compañía de implementos de alta cocina en el edificio. Lo habían alquilado a un precio muy bajo para las siguientes tres semanas. Ese era el tiempo que, a juicio de Sean y Jackson después de conversar con los representantes de las compañías encargadas de sanear el desastre del fin de semana, tomaría dejar las oficinas como nuevas.

Tracy no podía quejarse de la experiencia profesional que representaba todo su trabajo. Poco a poco, empezaba a hacerse más cercana del equipo de creativos, e incluso en un par de ocasiones —cuando se enteraron de su interés que iba más allá de constatar agendas para reuniones con Sean— le pidieron su opinión para una gran campaña que se estaba llevando a cabo.

A pesar de que las mañanas seguían iniciando con un timbrazo a las seis de la madrugada en su teléfono, la voz del otro lado del auricular había dejado de ser cortante y fría. Ahora incluso sonreía cuando veía el nombre de Sean en la pantalla de su móvil, porque sus conversaciones solían extenderse hasta que ella alcanzaba el orgasmo con sus propios dedos escuchando todas las

guarradas que él quería hacerle cuando estuvieran a solas en la noche.

Después de que dejó el hotel para volver a casa, las horas robadas eran la parte más divertida con Sean, en especial cuando terminaba la intensa jornada de trabajo que llevaban auestas. Tenían una nueva cuenta por ganar, y de nuevo, los competidores eran de la agencia Ashton Brothers. Una casa de modas parisina, que quería ingresar al mercado canadiense, era el cliente en esta ocasión.

Por otra parte, Tracy no quería habituarse a la deliciosa rutina nocturna que tenía con Sean. Tenía miedo de involucrarse emocionalmente, porque el hombre que veía ella, no era el que conocía el ojo público del mundo empresarial. Sentía que experimentaba un privilegio al poder conocer los lados humorísticos, encantadores, incluso dulces, y otros siempre apasionados, de Sean Winthrop.

Su mejor parte del día era cuando al fin podían besarse y tocarse sin ningún tipo de restricciones. Apenas Milla se dormía, Tracy tomaba el automóvil para ir a casa de él. Estaban a tan corta distancia que quedarse, siempre procurando el menor ruido, hasta altas horas de la noche hablando se había convertido en un ritual con vinos, besos y apasionante sexo.

En el caso de Milla, lo cierto era que le había tomado cariño. Era imposible no hacerlo por más que se instara a poner distancia. Un par de días atrás, ella llegó a la casa de los Winthrop, y la niña todavía no se iba a dormir. La recibió con un abrazo como si la conociera de toda la vida, y Tracy fue incapaz de alejarse. Le devolvió el abrazo, y tuvo que cumplir la promesa pendiente de leerle un cuento antes de dormir. La niña era educada y chispeante.

A Tracy se le derretía el corazón al ver cómo brillaban los ojos de Sean de amor por su hija. Y temía empezar a ablandarse, pero le gustaba su vida tal como era ahora. Podía disfrutar de su trabajo, un jefe justo e inteligente, y en

las noches pasaba recorriendo las vías del deseo de diferentes formas con él.

—Tracy —dijo la voz de Sean a través del intercomunicador de la oficina.

Ella miró el reloj de pared. Eran las ocho y dos minutos de la mañana.

Él acababa de entrar en la oficina, ciento veinte segundos atrás, dejando una estela de su exquisita colonia en el ambiente y a ella haciéndola recordar, quisiera o no, la sesión de sexo de la noche anterior. Tracy había aprendido otros usos interesantes que se le podía dar a un jacuzzi.

Dejó a un lado la pluma fuente que estaba utilizando para firmar la recepción habitual de varios documentos, y envíos diversos. Solo esperaba que con el paso de los meses pudiera encontrar la manera de filtrarse en un proyecto interesante de corte publicitario. Todavía no había mencionado ese punto a Sean, al menos no con tanta insistencia, pero pensaba hacerlo pronto. Necesitaba la oportunidad, y la experiencia para su hoja de vida.

—¿Sí? —preguntó algo dubitativa.

Sabía por qué la estaba llamando, aunque esperaba que no fuese a explotar con algún tipo de comentario tonto que la hiciera cabrear. Él ya había aprendido que, empleada o no, amante o no, ella siempre decía lo que pensaba. Con filtro, claro que sí, pero solo cuando lo ameritaba..., que eran muy pocas veces.

—Necesito que vengas a mi oficina, por favor. Ahora mismo. —Cortó la comunicación de inmediato. Ella tomó una profunda inhalación antes de apartarse de su cómoda silla ejecutiva. Activó la contestadora automática, porque no se permitía que ni un mensaje se pudiera perder. Todo era importante.

Se alisó la falda roja, y se ajustó la chaqueta a juego. Llevaba unos tacones altos a tono con la ropa, y el cabello le caía en una brillante cascada sostenida de un lado por un aplique pequeño y bonito en forma de mariposa.

Entró en la lujosa oficina de escueta decoración. Al menos lo había sido hasta el día anterior. Sean estaba con el trasero contra el escritorio, los pies cruzados uno sobre el otro, mientras se apoyaba con las manos sobre la superficie. Lucía tan guapo que a ella se le cortó la respiración. Luego lo miró a los ojos, y le sonrió. Él, no.

—Explícame —dijo pronunciando con lentitud cada sílaba.

—No sé de qué me hablas —replicó fingiéndose ignorante, aunque la prueba estaba a su alrededor.

Las paredes habían sido retocadas durante el domingo y los filos de las esquinas tenían una tonalidad verde agua. También había una estantería nueva en la que reposaban los premios ganados por la compañía, y en el otro lado todos los reconocimientos de Sean, a título personal, por su carrera. El sofá había sido reemplazado por un juego nuevo de tono rojo burdeos. Los toques delicados, pero precisos, de color en la oficina la hacía parecer más vibrante. ¿Quién era la culpable? Tracy, sin duda.

Él avanzó mirándola, pasó a su lado sin tocarla, y ella escuchó cómo ponía el seguro. Después, Sean volvió a su posición inicial.

—¿Por qué? —preguntó Sean enarcando una ceja.

Ella tragó en seco.

—La oficina de un ejecutivo creativo debe ser vibrante y es lo que conseguí. Todos conocen lo estricto que eres y cuán comprometido estás con tu carrera, pero no necesitas tener un espacio, en el que pasas tantas horas al día, que sea tan gris. ¿Acaso no te da un poco de envidia que tus creativos tengan unas oficinas fabulosas, y tú una tan... sobria?

Él ocultó una risa.

—Mmm... ¿Así que soy aburrido?

—No he dicho eso —replicó frunciendo el ceño y ajena al tono bromista, porque estaba tan decidida en dejar claro que acababa de hacer un

aporte excelente al ambiente laboral y solo le importaba lograr que Sean entrase en razón—. Además, por si te preguntas esta renovación no representó para nada un gasto para la empresa...

—¿Cómo así? —preguntó inclinando la cabeza hacia un lado.

—Lo pagué de mi propio dinero, bueno no con dinero-dinero, sino a cambio de hacer una campaña publicitaria para la diseñadora de interiores. Una emprendedora con potencial —contestó mordiéndose el labio inferior, para después dejarlo estar —. Así que fue un intercambio justo. Ella ganará clientes, y yo pues —abarcó la estancia con sus brazos— tan solo esperaba que a mi jefe le gustase. Aprovechando las reformas que están haciendo, por más específicas que fuesen, quise agregar un detalle a la que, sin duda, es la oficina más importante: la del CEO.

Sean se acercó a ella, le tomó la barbilla con el dedo y la hizo mirarlo. Era la primera vez que la tocaba en horas de trabajo. No estaba enfadado por lo que Tracy había hecho, tan solo le sorprendía que se hubiera tomado la molestia de hacer algo así, y en especial ofrecer sus servicios gratuitos para pagar algo como aquello.

—Tracy, no hacía falta. Me gustaba mi oficina tal y como estaba.

Ella apartó la mirada, pero él continuaba sosteniéndole la barbilla con firmeza.

—¿Quieres que vuelva a ponerlo todo como antes? —preguntó como si él hubiese pinchado el globo favorito recibido por un niño en su cumpleaños.

—Gracias —dijo sorprendiéndola con una sonrisa—. Lo cierto es que resulta un cambio refrescante y con estilo. No tenías que hacerlo, pero gracias.

—¿Sí...? ¿Te ha gustado? —preguntó en tono esperanzado.

—Estamos en horarios de oficina, pero, Tracy... Qué demonios.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó dura y largamente. El beso fue sensual e intenso, también posesivo. Los gemidos de Tracy lo excitaron

más, y su boca empezó a moverse sobre la de ella saboreándola. Le dio acceso y con su lengua la exploró. La adrenalina fluía en los torrentes sanguíneos de ambos como una droga potente. Ella elevó las manos para rodear el cuello de Sean, apegando más su cuerpo contra el de él. Le hundió los dedos en el espeso y suave cabello masculino, gimiendo mientras su boca era asaltada con paciente erotismo y ella devolvía el mismo ímpetu.

La mano de Sean no podía saciarse de las curvas de Tracy. Tocarla sobre la ropa era magnífico, pero tocarla desnuda era la gloria. Empezó a quitarle la chaqueta, mientras ella hacía lo propio con el cinturón. Le acarició los pechos sobre la fina tela de la blusa de seda blanca, y con los dedos frotó los pezones que se irguieron de inmediato. Le agarró el bordillo bajo de la falda y se la subió con facilidad hasta la cintura. Después sintió las manos de ella sobre su miembro, frotándolo sobre la tela del pantalón, para luego desabotonarlo y bajar el zipper.

—Sean —jadeó una vez que la tuvo sin blusa y sin sujetador.

—Dios, es el mejor inicio de una mañana. Contigo, en mi oficina, y con esos pechos deliciosos —dijo antes de dejar caer la cabeza para que su boca encontrara los pezones rosados.

—Oh... —murmuró Tracy con los dedos aferrados al cabello de Sean, no quería moverse, porque le gustaba lo que la boca de él estaba haciéndole a sus senos.

Lo sintió succionándole y jugueteando con un pezón con entusiasmo porque, ahora que conocía su cuerpo y sus deseos a la perfección, sabía que eso la encendía. Tracy arqueó la espalda, y él esbozó una sonrisa satisfecha antes de cambiar su atención al otro pecho. Recorrió las exquisitas y tersas cumbres con su lengua, y dejó una estela de besos alrededor, volviendo siempre a chupar las tersas puntas rosadas.

—Sostente de mí, muñeca —le dijo mientras la levantaba para dejarla

sobre el escritorio. Con una mano ágil barrió todo lo que le impedía acomodarla. La dejó cerca del borde, le arrancó las bragas, y la besó una vez más—. Me has dado una vista placentera con mi oficina —sonrió— y ahora tengo yo una a la que quiero homenajear con caricias —dijo mirándole la suave y húmeda entrada de su sexo femenino.

—Sean, estamos en horas de oficina.

—¿Hemos revisado la agenda del día? —preguntó él, mientras se bajaba el pantalón para que después sus bóxers siguieran el mismo destino. Su miembro vibrante y erecto quedó a la vista, y Sean se complació al verla humedecerse la boca con la lengua.

—No...

—Entonces, el día no ha empezado oficialmente —murmuró antes de reclinarla hacia atrás para que Tracy se apoyara con los codos sobre el escritorio, y se arrodilló para colocar los muslos de ella sobre sus hombros—. Y esta es la mejor vista que he tenido el privilegio de observar. Ahora, señorita Goldstein, disfrute su agradecimiento por el gesto desinteresado de hoy con mi oficina —dijo antes de lamer los labios más íntimos de ella y empezar a recorrer con su experta lengua los caminos que iban a llevar a Tracy a explotar de placer.

Ella sintió cómo los dedos de Sean le iban separando lentamente los pliegues de su sexo, mientras aquella lengua pecaminosa continuaba lamiéndola con pericia. Le acarició su sensible abertura y pronto lo sintió penetrándola con los dedos. Moviéndose en su interior. En la posición en la que ella se encontraba, con las caderas al borde del escritorio, él podía acariciarle los pechos. Y eso fue exactamente lo que hizo con los dedos que tenía libres.

—Mmm, ¿estás lista para mí? —le preguntó cuando ella creía que no podría resistir más tiempo antes de alcanzar el clímax.

—Sabes que sí... Deja de torturarme así... Diablos... —jadeó cuando el pulgar de Sean le acarició el clítoris—. Sean... ¡Sean, por favor!

—¿Qué?

—Quiero que te corras conmigo. Quiero que me tomes, por favor.

Él sonrió y se apartó, no sin antes cubrir toda su vulva suave con la boca para chuparla una última vez. Después le dio dos lametazos más que la dejaron a punto. Con prontitud, Sean la acomodó y la tomó de las caderas. Se acomodó justo en el vértice de su entrada y se deslizó dentro de ella.

Tracy, con la respiración entrecortada, se movió ligeramente hasta que sus piernas rodearon la cintura de Sean. Le tomó el rostro, bañado en sudor, y lo besó como si fuese su último día en la Tierra.

Sean embistió con fuerza, con deseo, pero también con amor. Porque indistintamente de lo que hubiera acordado en un inicio, Tracy era la mujer que quería para él. Fuera o no libre para tener todo lo que deseaba iba a encargarse de que jamás tuviera ningún reproche o que se arrepintiese de haber aceptado su propuesta. Iba a ganarse su plena confianza.

—Sentirte a mi alrededor es tocar el cielo con las manos, Tracy —le dijo, cuando con una última embestida dejó escapar un gemido ahogado en el cuello de su amante.

Los espasmos de liberación barrieron los sentidos de Tracy, aunque no lo suficiente para que le impidieran sentir el súbito instinto de posesión que experimentó hacia Sean. De repente temía sentirse demasiado apegada, pero no podía negar que sentía a ese hombre como suyo. Todos sus músculos más íntimos, en esos instantes contrayéndose alrededor del duro miembro, lo reconocían como el único hombre capaz de llevarlos al punto de máxima y dolorosa tensión antes del clímax.

Y el mayor de sus miedos quiso aparecer en medio de su éxtasis del modo más claro, porque reconocía en Sean el potencial de lograr ser capaz de

resquebrajar todos los miedos de su pasado y transformar toda la pasión que sentían en un nuevo inicio. En una confianza indeleble. En una posibilidad que ella trataba de rechazar a toda costa. Debía recordarse que Sean no era Adrian. Jamás lo podría ser.

—Esto no debió suceder —murmuró ella, cuando estaban arreglándose la ropa—. Ha sido...

Él le sonrió. Se habían aseado en el baño privado de Sean. Ahora lucían como si nada hubiese ocurrido. El único detalle era que Tracy iba a tener que encontrar la forma de sobrevivir sin bragas el resto del día de trabajo.

—No usemos adjetivos para algo que no lo tiene, Tracy —dijo él acercándose para darle un suave beso en los labios. Un beso que sabía a ternura y no lujuria, porque este último era el único lenguaje que habían manejado entre ambos y les servía como mutuo recordatorio de lo que acordaron semanas atrás. Un mecanismo de defensa que Tracy utilizaba con bastante asiduidad.

Cada que él tenía un gesto cálido o la besaba con dulzura, ella transformaba ese impulso en algo lujurioso y pasional. Porque no quería confundirse, equivocarse y volver a caer en el mismo error del pasado. Porque necesitaba ese trabajo, y si algo sabía era que Sean era un hombre honorable y que jamás pondría su trabajo en riesgo por la aventura que estaban llevando. Lo había llegado a conocer mejor, y sabía que podía en ese aspecto confiar en él.

Incluso, una noche, Sean le confesó que, si terminase la relación, y ella llegase a sentirse incómoda trabajando para él, no tenía que dudar en decírselo, porque Jackson la contrataría de inmediato en la oficina opuesta a la de Sean. Una oficina desde la que no se podía ver o escuchar lo que ocurría en la del CEO de S.W. Group.

—Si tú lo dices —replicó, sonrojándose.

Él le acarició la mejilla, y después se apartó. La mirada llena de pasión cambió por una más seria. Ambos sabían que era momento de empezar el día y dibujar de nuevo los límites que acababan de cruzar. El efecto, no obstante, todavía no era posible sentirlo. Tracy se acercó a la puerta y le quitó el seguro. Después volteó hacia Sean de nuevo.

—Hoy saldré puntual a las seis de la tarde. Puedes salir más temprano si te crees que has dejado todo en orden —comentó dirigiéndose hacia su escritorio. Sin mirarla, lo acomodó, pero era claro que estaba recordando lo que había ocurrido minutos atrás. Después se sentó en su cómodo sillón, manos sobre el escritorio, la miró—: Ahora, ¿qué tenemos en agenda hoy?

Ella guardó una sonrisa. «Sean en modo jefe. Aquí empieza mi día.»

Ese fin de semana, después de haber dejado organizada una nueva campaña para una línea de electrodomésticos, presupuestos aprobados para viáticos y bonificaciones, y la coordinación de reuniones con clientes dentro y fuera del centro de la ciudad, llegaron al restaurante. Por separado. Esto último a petición específica de Tracy. Sean imaginaba que era un intento de poner distancia, después de lo ocurrido en la oficina.

Él no tenía remordimientos sobre ese memorable encuentro sexual en particular, aunque comprendía la reticencia de ella y en honor a eso intentaría contenerse. No podía negar que había resultado un encuentro muy excitante.

Milla estaba pasando el sábado con Eugenia y William disfrutando de un fin de semana de abuelos y nieta. Así que Sean y Tracy tenían el día por entero para los dos. Al menos hasta la mañana siguiente.

Habían estado conversando de que todavía quedaba pendiente la respuesta de la empresa de moda parisina, DuMour, si les daban el contrato a ellos o a Ashton Brothers. Eso tenía a los principales publicistas de la

compañía a tope, y Jackson también estaba involucrado en el proyecto y era algo que a Sean le gustaba mucho, porque su amigo era muy sagaz. Este proyecto iba a ser la clave definitiva entre saber si estaban saboteándolos o si acaso algún elemento en sus estrategias estaba fallando sistemáticamente. Tenían muy claros los perfiles de quienes participaban en el proyecto, y habían procurado que incluyeran a los que alguna vez trabajaron para anteriores proyectos para ganar la licitación contra la agencia Ashton Brothers.

—Hay algo que te está molestando y me gustaría saber qué es, Tracy — le dijo Sean sin ningún preámbulo.

Esa noche él estaba tomando algo más ligero de lo habitual porque, horas atrás, había cenado en casa de los Luthor.

—Me gustaría que nos tomáramos un tiempo... —suspiró—, es decir, no vernos fuera de los horarios de oficina.

Tracy había estado preocupada los días anteriores por la forma en que Sean parecía estar apropiándose de sus pensamientos y emociones de una manera que no había esperado. Cuando le comentó a Becky de sus miedos, ella le dijo que no podía permitirle a Adrian continuar siendo una sombra en su relación con otros hombres ni medirlos creyendo que podían traicionarla como lo hizo él.

Después de aquella larga charla, las dos tuvieron una salida de chicas a un bar y se relajaron. Sin embargo, cuando Tracy volvió a casa, no creía que hubiera ningún cambio. Al día siguiente, en casa de Sean, se limitaron a conversar, a besarse, pero nada más allá. Incluso Milla, para sorpresa de Tracy, estaba —en lugar de la casa de Eugenia— alrededor jugueteando y pidiéndole que se metiera con ella a la piscina. Esto último fue muy entretenido. La niña había robado su corazón. Y mucho temía que, si no se apartaba a tiempo, pronto Sean empezaría a hacer lo mismo.

—¿Existe algún motivo? —preguntó él mirándola fijamente, tratando de

parecer calmado cuando en realidad no lo estaba.

Lo último que hubiera esperado era un comentario como ese, menos el día en que iba a decirle a Tracy que se había enamorado de ella. ¿Acaso creía que, después de ser un controlador obsesivo del bienestar y privacidad de Milla, le permitiría a cualquier mujer interactuar con su hija? O más claramente, ¿a una mujer? ¿Creía Tracy que él involucraría, a conciencia, a Milla para que interactuase en un plano cercano con alguien a la que solo quisiera para tener sexo?

La facilidad, soltura y naturalidad con que Tracy se vinculaba con Milla no era fingida. Los niños tenían un sexto sentido. De todo se daban cuenta. Y era evidente el cariño que sentía su hija. Incluso cuando un día que hablaron por teléfono, en videoconferencia con la ayuda de la niñera, le preguntó si Tracy era su novia. Sean, incapaz de mentirle, pero tampoco de crear esperanzas falsas, tan solo le dijo que se trataba de una amiga muy especial. Y de cualquier forma en que quisiera verse, lo era.

—Necesito espacio... Pensar.

—¿En qué? Tal vez podamos resolverlo juntos —dijo con calma—. Salvo por aquella mañana en mi oficina, pues creo que hemos mantenido bastante en bajo perfil nuestro acuerdo, y...—Ella suspiró—. ¿Qué?

—Sé que no querías nada con expectativas, y que Milla no debía verse involucrada en lo que a nosotros concernía. Y siento que de alguna forma eso ha tomado un giro que no esperaba.

—¿Te incomoda que mi hija haya estado alrededor durante algunas inesperadas ocasiones? Pudiste haberlo dicho —expresó con seriedad.

Tracy se sintió mortificada. Las palabras, cuando tenían que salirle bien, parecían enredarse en su cerebro. Maldita sea. Incluso había ensayado lo que iba a decirle.

—Adoro a Milla —confesó con brutal sinceridad—. Es una niña lista y

hacer querer con facilidad.

Sean se relajó y agitó el vino en la copa antes de beber.

—¿Entonces...?

—Te has estado comportando demasiado afectuoso, interesado en lo que hago con mi carrera...

—Eres mi empleada de ocho a seis, o a cinco, según se mire. Tengo todo el derecho a querer saber lo que haces con tu carrera, porque eso afecta a mi día a día.

Ella cerró los ojos con firmeza un segundo para abrirlos después.

—Te interesas por mis metas a largo plazo. Sabes cuáles son mis sueños...

—Fundar tu propia pequeña agencia en Toronto, y forjar una cartera de contactos con el respaldo que te otorga trabajar para mí —completó—. Lo sé, Tracy. Me lo dijiste desde el primer día, así que no sé qué tiene que ver esto con nada.

—¡Me haces creer que te importo en otro plano lejos del ámbito sexual! Y esa no era la idea, nunca la fue —exclamó entre dientes—. Dios... —se cruzó de brazos, exhaló—, es eso, y me aterra el compromiso. Incluso preferiría que hubieras continuado como la primera semana que me quedé en el hotel, y tú te ibas sin dejar rastro ni huella hasta que nos veíamos en la oficina.

Él enarcó una ceja.

—Intenté ser menos déspota. La primera semana estaba algo preocupado porque eras la primera mujer con la que estaba en mucho tiempo y a la que tendría que ver día a día, eso era inusual para mí. Si quieres que pase de abrazarte o prefieres irte pronto, dímelo a la cara. Pero no me mientas. No me mientas cuando tu cuerpo me dice una cosa, pero tu boca lo desmiente —dijo mirándola con rigidez.

—No soy doble rasero... Solo...

—¿Solo? —la instó a continuar.

Tracy se apretó el puente de la nariz con el índice y el pulgar. No es que le resultase como un catalizador de ideas, pero era un gesto que la ayudaba a veces a reenfocarse. De momento, le funcionó.

—Me aterra confiar en un ámbito distinto al que tenemos. Me gustas, me encanta compartir con tu hija, el sexo contigo es indescriptible, pero...

—¿No quieres enamorarte, y temes que quizá yo esté haciéndolo por el modo en que me intereso por ti? —preguntó sintiendo cómo le martilleaba el corazón. Vio la verdad y el miedo reflejados en el rostro de Tracy—. Hasta donde yo lo veo, la confusión no existe de mi parte. Yo no estoy enamorado de ti —mintió descaradamente. Si era esa la única forma de evitar que ella huyese, lo haría.

Le tocaba ser paciente.

Ante el panorama que tenía, Sean sabía que tendría que postergar el hablarle a Tracy de la madre de Milla. Tampoco era un episodio que quisiera recordar cada tanto, pero sabía que —ahora más que antes— era imperioso que encontrase la manera de hablar sobre Sandy. En lugar de que su vida fuese más fácil, ocurría lo contrario.

A Tracy le hubiera gustado decir que la confesión de Sean, diciéndole que no sentía nada por ella, no la hirió, pero sería hipócrita. ¿Acaso no era lo que quería escuchar para sentirse menos acorralada en su propio miedo? ¿Acaso no era el temor a la traición lo que había impulsado a su boca a reproducir verbalmente sus temores irracionales? Él la confundía, y desestabilizaba todo su mundo como nunca antes le había sucedido con un hombre. Ni siquiera con Adrian. «Cretino Adrian.»

—Me alegra entonces que lo tengas claro, porque yo no siento tampoco nada por ti. —Él simplemente asintió, tal como lo hacía en las reuniones

cuando le señalaban un punto en el presupuesto, con aburrimiento e indiferencia—. Tal vez tenga que hablarte de mí pasado para que entiendas... —se aclaró la garganta, y bebió un poco de agua antes de agregar con más convicción—: Para que entiendas por qué necesito un tiempo lejos de ti, en el ámbito personal.

Por primera vez, en muchísimo tiempo, Sean tenía el control férreo y claridad sobre sus emociones. Él que creía que podría manejar una relación con esa mujer, y lo que había sucedido era que, sin saber en qué punto, se había terminado enamorando. «Muy bien, Winthrop. Esta vez la has hecho buena.»

No quería tener un affaire con Tracy. Lo que deseaba era lo que no podía darle: construir una relación en profundidad y comprometida. Qué desgracia tener que vivir con las consecuencias de sus errores.

—Escucho —replicó sin apetito. Le apetecía largarse a un bar, ligar con alguna mujer sin rostro para recordar, y olvidarse de todo. Ahogarse en alcohol y dejar de ser el hombre responsable de siempre. Dios, cómo envidiaba a los chavales de veintiún años de edad. Pero esa era su vida, y el show tenía que continuar, a pesar de que el personaje principal tuviera clavado un cuchillo en la espalda.

Aunque Sean sabía que en ese preciso momento podía pasar la modelo más sensual del mundo, la profesional más sofisticada o el cuerpo más perfecto sobre el que un hombre pudiera fantasear, pero nada iba a gustarle. Ninguna de esas mujeres sería Tracy Goldstein.

—Hace años, cuando vivía en Boston, fundé —como sabes— mi compañía, HaGo. Me asocié en la universidad con mi novio, Adrian Haunier, y creía que todo iba a ser magnífico. Los proyectos iban increíbles, el crecimiento de la empresa era lento, aunque sostenido, y mientras él se encargaba de cerrar los tratos, yo conseguía los clientes en varias ciudades

cercanas como Nueva York y Philadelphia. Empezamos como una pequeña empresa de publicidad, pero con el paso de los años y a medida que ganábamos conocimiento y experiencia, HaGo empezó a ganar reputación. Con esto llegaron más clientes, muy buenos clientes. —Tomó una honda respiración—. Adrian propuso casarme con él, yo acepté. Confiaba ciegamente en todo lo que me decía. Dejé todos los temas legales en sus manos, porque su padrino era dueño de una firma legal, y firmé todo lo que me pidió a ojos cerrados.

—Ya veo por dónde va la historia... —dijo Sean, sintiendo rabia y ganas de encontrar al tal Adrian y ahorcarlo con sus propias manos.

—Invertí parte de mi herencia en la compañía. Al menos seguí el consejo de Bethany, y reservé una buena porción en caso de emergencia. —Sean pensó que el día que conociera a la amiga de Tracy iba a darle un gran abrazo—. Para no alargarte la historia, Adrian me robó. Me encontré un día con nuestras cuentas conjuntas vacías, porque había transferido todo el dinero a su cuenta personal.

—¿Los dos tenían acceso a la cuenta, y el banco no te informó de que estaba siendo retirada toda esa cantidad de pronto? ¿No te llegó ni una alarma, nada?

Ella bajó la cabeza. Qué tonta había sido.

—Me lo notificaron, pero pensé que se trataba tal vez de una cantidad mínima. Solo leí el titular del correo, y nada más. A veces solíamos sacar, Adrian o yo, para pagar alguna bonificación o un regalo de agradecimiento a nuestros clientes.

—¿Y luego qué ocurrió...?

—Cuando ese mismo día volví al apartamento que compartíamos ninguna de sus cosas estaban ahí... En un solo día se llevó todas sus pertenencias... En la mañana todo iba bien, y luego, me dejó sin más... —Sean no fue consciente

de que estaba apretando con fuerza la cuchara hasta que la sintió doblarse. La dejó a un lado—. Ese fue el inicio...

—No necesitas contarme si te causa dolor, Tracy.

Ella lo miró fijamente.

—Solo quiero que entiendas. Que me comprendas.

—Lo hago, y no tienes que ir al pasado para eso.

—No amo ni siento nada por Adrian. —Él sintió un gran alivio. La idea de que estuviera prendada todavía de ese imbécil lo ponía de mal humor—. Pero no solo fue el dolor de su traición. Me robó la empresa. Mis clientes. Habló pestes de mi como profesional en la ciudad, y nadie quería contratarme. Además de eso, me engañó. Me engañó todo el tiempo... Me di cuenta de que nunca lo amé de verdad cuando el dolor que más sentí fue el vacío que dejó la pérdida de HaGo. Era mi mayor ilusión...

Sean asintió. Iba a encontrar a Haunier y a hundirlo. ¿Estaba en el campo publicitario? Entonces ese imbécil tenía que agradecer estar en dos países distintos. Él era el culpable de haber sembrado la desconfianza y el temor de abrirse a otros. Y si esa mujer era Tracy, entonces Haunier tenía los días contados en el mundo corporativo publicitario.

—¿Por eso terminaste en Toronto?

—Becky me echó un salvavidas y yo lo tomé. Echo en falta Boston, pero ahora siento que Toronto es mi hogar. Quiero echar raíces aquí con mi carrera. Es un nuevo inicio, por eso haber conseguido un puesto en tu empresa es importante para mí.

—Tienes talento, Tracy. Revisé tu portafolio. —Ella abrió y cerró la boca—. Investigo a todos mis empleados, pero no ahondo en su vida personal. Sabía que cerró tu empresa, que había un nuevo dueño, pero con otro nombre. Jamás creí el fango detrás... ¿Sabes? Escuché a uno de los directores decir que tu opinión a uno de sus subalternos había dado en el punto exacto para un

concepto particular. —Ella se sonrojó—. Tienes carta blanca para participar en algún proyecto que quieras en la compañía. Solo déjame saber cuál y lo conversamos.

De pronto, ella frunció el ceño.

—¿Lo dices por pena?

Sean la miró con frialdad. Y ella entendió que se lo había tomado como un insulto personal.

—Lo digo, porque soy inteligente y conozco el talento cuando lo veo. Porque tengo tres dedos de frente y si encuentro la forma de beneficiar a mi empresa, entonces lo hago. En este caso si tengo una asistente personal competente, y quiere ingresar en otra área de la compañía, la pongo a prueba, y si resulta encuentro la forma de darle la oportunidad de crecer y con ello crece S.W. Group. ¿Comprendes? —preguntó con menos paciencia.

—No quise decir que tu criterio estuviera guiado por tus emociones... Solo que después de lo que te conté y de que te pedí tiempo y...

—¡Basta! —zanjó con firmeza, y ella se calló—. No te he dado motivos para desconfiar de mí. Tampoco de mi integridad profesional. Deja que todo fluya por el caudal que debe ir.

—Lo sé...—murmuró— Solo que yo siento que... Esto... —Sean quiso que terminara de hablar que le dijera que su miedo era porque empezaba a sentir algo profundo en relación a él, pero calló—. Lo que hice con tu oficina, al decorarla pagando con mi creatividad a esa emprendedora, no tiene ningún significado especial —le dijo esta vez con firmeza, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de algo—. Es parte de mi trabajo. No quiero que leas un significado que no existe. ¿De acuerdo?

Él asintió, ya no iba a presentar batalla por esa noche. Era evidente que Tracy tenía una idea en la cabeza, y no podía impedir que se replegase en sí misma para hallar respuestas o claridad.

Cuando se acercó el camarero interrumpiendo para servirles las órdenes de cada uno, Sean aprovechó para ordenar un café. De pronto la cafeína le parecía más que bienvenida para tener el cerebro despierto.

—Comprendo.

—Ahora entiendes mi pasado, y esto —se señaló a sí misma y luego a Sean— es un affaire. No puede ser nada más. No es nada más —dijo con nerviosismo al sentirlo tan calmado—. Mi prioridad es mi carrera, y si me das la oportunidad de poder encontrar una vía trabajando en algún proyecto de la compañía que no interrumpa mis horas de asistente en tu oficina, te estaré siempre agradecida.

—Tú pones en la mesa el talento, y en base a tus resultados serás compensada. Como en cualquier sitio. Así que no me agradezcas hasta que te hayas ganado esa oportunidad —dijo Sean.

—Quisiera tomarme el fin de semana...

—Los fines de semana son tuyos salvo que haya un proyecto, y en esta ocasión, pues no lo hay. Jackson y Edinne están coordinados para el cliente francés, y yo tengo tiempo para pasarlo con mi hija. No son requeridos tus servicios como asistente de presidencia, pero creo que ya lo sabes. ¿estás buscando mi reafirmación?

—Solo quería dejarlo claro.

—Lo acabas de hacer —replicó moviendo la cucharilla dentro del café caliente.

—Mi mejor amiga, Bethany, regresa de sus vacaciones el domingo y así aprovecho mañana a darme una vuelta por Boston. Quiero ir a visitarla. Estaré en la oficina el lunes como siempre.

—Que disfrutes.

¿Qué había esperado, que la detuviera? ¿Quería acaso que él dijera que rectificaba, y que en realidad sí que estaba enamorado, y así ella podía

confirmar su teoría que justificaba el miedo seguido de su intento de huir del acuerdo que tenían, porque temía que Sean fuese otro Adrian? «Dios, necesitaba terapia... O una botella entera de Don Julio.» O quizá llamar a un manicomio. ¡Tal vez, incluso podría hacerse con el contacto de la agente de Stephen King y servirle de inspiración! «Cállate, Tracy.»

—¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —reiteró él con suavidad, porque no podía decir lo contrario. Ahora que conocía la historia de Adrian, podía entender los miedos de Tracy. Ella lo miró como si no lo creyera, así que Sean agregó—: No estoy leyendo un mensaje equivocado. Seguimos manteniendo el acuerdo inicial entre los dos.

Ella pareció creerlo porque el ceño de su entrecejo desapareció.

—Vale...

—Y otra cosa más, Tracy —dijo pidiéndole la cuenta al camarero. Cuando Sean volvió a mirarla lo hizo sin un ápice de duda—: No pongas en mí las culpas de las trastadas de otros. Si algún día vas a juzgarme que no sea comparándome con un tipejo de la talla de Haunier. ¿Estamos claros en ese aspecto?

—Como el cristal más limpio —replicó.

—Bien.

Boston, Massachusetts.

Bethany había seguido las instrucciones al pie de la letra. Tenía que despojarse de toda su ropa una vez que llegase a la cabina de masajes. Se trataba de un ambiente creado al estilo de Oriente Medio. Lámparas de aceite pendían de las esquinas y el acondicionador de aire estaba a una temperatura

perfecta. Los aromas que impregnaban el aire eran deliciosos.

No recordaba la última vez que había recibido un masaje. Tenía la cabeza apoyada en el hueco de la camilla, los brazos a los costados, y su cuerpo por completo expuesto. No existía la cortesía de una toalla, porque la temperatura no ameritaba que se cubriese, y —por la naturaleza del hotel— se trataba de un masaje distinto al que estaba acostumbrada. Era consciente de ello.

—Déjeme saber si la presión es la correcta —le dijo el masajista en un tono suave—. Soy Kirk, y estaré atendiéndola. A la mitad del masaje vendrá mi compañera, Fergie, para completar la rutina.

—¿Me puede decir qué esperar? —preguntó en un susurro.

—Placer hasta donde usted lo permita, y relax, porque esa es la misión de nosotros en este SPA —replicó mientras esparcía el aceite desde la base del cuello, en un hilillo tibio, bajando por la columna vertebral, siguiendo por sobre las nalgas, los muslos hasta las plantas de los pies—. Debe decirme, cuando le avise que hemos llegado a la mitad, si desea que el masaje lo termine yo o Fergie.

Las manos empezaron a recorrerle el cuerpo desnudo con un exquisito y cálido aceite de romero. Pronto Bethany dejó su mente en blanco. Sentía cómo cada músculo era cuidado con mimo. Los movimientos circulares y relajantes empezaron a adormecerla. Quería decir que el masaje no le afectaba a un nivel erótico, pero sería mentir, en especial porque después de que Kirk terminase la fricción que estaba aplicando con suma eficacia llegaría otra masajista. Esperaba placer, sí. Por supuesto.

El tiempo pasó demasiado rápido, y ningún toque de Kirk fue más allá de un masaje relajante. Durante cuatro ocasiones le pareció que iba a tocar sus labios vaginales, pero solo pasó muy rápido los dedos alrededor, sin tocarlos siquiera. Imaginaba que estaba húmeda, que tal vez él podría notarlo, pero no dijo nada.

—Señorita Carrington, ha llegado la mitad de su masaje. Ferggie está aquí conmigo. —¿En qué momento había entrado?, pensó Bethany, porque su nivel de relajamiento al parecer era extremo—. Y empezará el masaje. Déjele saber si desea que yo regrese a terminar el masaje o bien ella lo finalizará. Ha sido un placer.

Bethany sonrió, aún con el rostro en el hueco de la camilla.

—Gracias, ha sido estupendo, Kirk... —murmuró. Escuchó un 'clic' casi imperceptible en la puerta, y supo que estaba a solas con la mujer masajista.

—Hola, señorita Carrington, soy Ferggie. ¿Está cómoda?

—Sí..., Gracias. ¿Qué hará a partir de ahora, Ferggie?

—Usted sabe que estas cabinas del spa están programadas para un masaje erótico, en eso consiste *Masaje a medianoche*, ¿verdad?

—Bueno, sí... Sí, lo sé.

—Entonces, ahora que su cuerpo está relajado, que Kirk ha dejado todos los nudos y contracturas de lado, mi parte es más suave y dedicada a darle placer sexual con mis dedos. ¿Me permite hacerlo? Si su respuesta es negativa, no tiene de qué preocuparse, terminaré el masaje con usted dándose la vuelta, con una toalla cubriendo sus partes más íntimas, en el mismo estilo en que Kirk lo ha hecho durante toda esta media hora.

Bethany tuvo ganas de decir que prefería el masaje relajante como lo había hecho hasta hacía poco el otro masajista, pero sentía curiosidad y también estaba bastante excitada. ¿Un masaje con final feliz? ¿En un hotel de lujo y en el que jamás nadie te juzgaría? Valía su peso en oro. Claro que lo aceptaría.

—Sí. Me gustaría que terminara el masaje erótico.

—De acuerdo. Por favor, incorpórese ligeramente para que la pequeña almohada que tengo en la mano quede justo bajo su abdomen. —Bethany obedeció—. Ahora puede volver a relajarse. Coloque el rostro sobre sus

manos. Exactamente, así. Muy bien. Abra ligeramente las piernas. Eso es.

—Fergie, nunca he hecho esto...

—Espero que la experiencia sea agradable —dijo antes de tomar el aceite tibio y echar un chorrito sobre la vulva de Bethany—. ¿La temperatura está a su gusto?

—Mmm, sí...

—Bien —replicó la masajista, desde cuya posición, a los pies de Bethany, podía ver claramente cada parte expuesta, en este caso, brillante por la humedad propia femenina y el aceite de romero.

Poco a poco, Fergie empezó a masajearle las nalgas. La presión suficiente para ser agradable y también excitante. Con cada movimiento deslizaba, como si fuese accidental —aunque ambas sabían que no lo era— uno de sus dedos humectados entre los labios íntimos. Después, con sus pulgares, le frotó la parte baja de las nalgas, en la precisa unión del muslo y el trasero, y la abrió ligeramente.

—Oh... —susurró Bethany cuando sintió los pulgares de la mujer frotándole los labios con intención—. Ah...

El masaje prosiguió en el mismo estilo. Cuando Fergie se daba cuenta de que Bethany estaba a punto de llegar al orgasmo cambiaba la técnica y subía las manos por el resto del cuerpo. Espalda, brazos, pies. Después volvía a repetir la caricia íntima, y en cada ocasión simulaba penetrarla.

—Me está tentando mucho —jadeó Bethany abriendo más las piernas, conscientemente, como si aquella fuese la señal ideal para que Fergie supiera que necesitaba correrse en ese momento—. Fergie...

—Tranquila, solo disfrute —dijo la voz suave y controlada de la mujer.

Pronto sintió la penetración del dedo femenino en su vagina. La frotó con suavidad, mientras el dedo pulgar presionaba el estrecho espacio que separaba su sexo con el canal del trasero, el perineo. Movi6 un dedo y luego

introdujo otro. Cuando Bethany estuvo a punto de revolverse de placer, la mujer volvió a detenerse.

—Pero... —empezó a protestar.

—Dese la vuelta, Bethany. —Ella no necesitó que se lo repitieran dos veces. Llevaba un antifaz para que no le fuera posible ver quiénes eran sus masajistas. Una estupenda idea sin duda—. Abra sus piernas. ¿Puedo tocarle los pechos?

—Sí... Sí... —dijo con ansias. Dios, no recordaba haber estado tan excitada en mucho tiempo por un masaje nada menos.

—Bien —replicó con el mismo tono dulce y amable, Fergie. A continuación, empezó a acariciarle los pezones. Los pellizcó, los apretó duro, y después los suavizó con aceite cálido.

Bethany movió la pelvis, y la masajista no la hizo esperar más. Masajeó los pechos, le recorrió el abdomen y después empezó a masturbarla. Le introdujo primero uno y luego dos dedos. Inició un movimiento que simulaba la penetración masculina, y con el pulgar le acariciaba el clítoris.

—¿Desea algo más? Recuerde que puede expresarse con libertad, no solo en lo que desea sino en lo que siente. La cabina está protegida.

Bethany no entendía cómo la mujer podía estar tan calmada.

—Tóqueme los pechos hasta que llegue al orgasmo —dijo en un tono exigente que la sorprendió a sí misma, pero la forma en que su vulva vibraba ante la necesidad de alcanzar el éxtasis superaba a la vergüenza. Y es que en el deseo no existía vergüenza. Simple como eso.

Fergie continuó manipulando con pericia el clítoris de Bethany, y al mismo tiempo empezó con su mano libre a acariciarle los pechos, pinchándole los pezones a ratos sí a ratos también. Pasaron quince segundos, y Bethany dejó escapar un grito de placer incontenible.

La masajista continuó acariciándola, con un ritmo más suave esta vez,

esperando a que la respiración se ralentizara poco a poco. Exhausta, porque no recordaba la última vez que había tenido un orgasmo de esa magnitud, Bethany suspiró.

—Gracias...

Las manos de Fergie se retiraron automáticamente del cuerpo de Bethany, y pronto lo cubrió con una toalla cálida.

—Ha sido un placer. Cuando se sienta lista puede incorporarse, ponerse la bata, y continuar su agenda de actividades. Gracias por confiar en nosotros.

Bethany solo amplió la sonrisa cuando estuvo a solas.

El placer que experimentaba el cuerpo no tenía género, ni raza, ni se medía por la cantidad de dinero. Te llegaba y te invadía hasta volverte loco. El clímax sexual simplemente existía, y era responsabilidad de cada persona cómo manejarlo para su beneficio. Qué recordatorio tan exquisito, pensó cerrando los ojos y sonriendo. ¿Podía sentirse todavía más libre?

Quedaba una última actividad en sus vacaciones. La fiesta de máscaras. Y al día siguiente estaría en Boston. Había sido un tiempo más largo del que hubiera esperado. Incluso llamó al hospital para pedirles unos días adicionales.

Las personas tan peculiares que había conocido cada día, la forma en que la atención de los empleados del hotel la hacían sentir bienvenida todo el tiempo, y el hotel era un lujo indescriptible. Jamás podría pagarle a Byron, en dinero, lo que había sido ese lapso en su vida.

En sus momentos de soledad, cuando daba largos paseos, nadaba en la piscina o tomaba un café en el salón francés del hotel, había aprendido a entenderse, a enfrentar sus contradicciones y a vencer su miedo a aceptar lo que le gustaba, lo que anhelaba. Dejó su absurdo miedo a aquella noticia que vio en la televisión tantos años atrás. Nadie tenía derecho a dictarle cómo vivir, cómo querer ni a quién amar.

Se dio cuenta de que tenía la potestad de disfrutar del placer simplemente porque podía, y carecía de importancia si le gustaban los hombres o las mujeres, porque primero tenía que gustarse a sí misma; el resto era secundario e irrelevante. Los enfrentamientos diarios con su reflejo en el espejo, ataviada —sin esconderse tras el uniforme de enfermera y las mil ocupaciones— con una ropa que le gustaba, que la hacía sentir bien, y que la exponía —mas no la ocultaba— había resultado duro, aunque liberador.

Solo quedaba la fiesta de máscaras. Quizá no volvería a ver a ninguna de las personas que conoció durante su estancia, pero todas —con una frase, una palabra o una anécdota de vida— habían dejado una huella en ella.

Ahora entendía la metáfora detrás de todas las actividades de Byron en el hotel. Desconocía cómo funcionaba la ingeniería para propiciar que unas personas y otras se conocieran, no sabía si estudiaban los perfiles y procuraban ayudarlos de algún modo, en diferentes aspectos de la vida. Quizá nunca sabría los secretos detrás del selecto Hotel Cumbria. Pero algo sí sabía, y era que —cuando acabase la fiesta de máscaras— la Bethany que iba a regresar a Boston sería la que jamás debió ocultarse de sí misma, y mucho menos de otros.

CAPÍTULO 20

Milla sonrió con los dientes llenos de chocolate. Era domingo por la mañana, y debido a su buen comportamiento, Sean decidió concederle el capricho de tomar un helado Sunday acompañado de pancakes. Sabía que su hija iba a estar hiperactiva lo que le restaba del día por los niveles de azúcar que estaba consumiendo, pero él le tenía planeadas algunas actividades en la ciudad para que quemara energías.

Las ganas de llamar a Tracy parecían ganar a ratos la batalla consigo mismo. No podía presionarla, aunque quisiera hacerle comprender que él no era como los otros hombres —o ese mísero cretino especialmente— que le había hecho daño. La noche anterior, Sean se encargó de hacer algunas llamadas a sus contactos en Estados Unidos. Un investigador privado y una firma de abogados estaba trabajando en el caso. Él pensaba hacer que Adrian pagase por lo que había robado. Y si acaso no se podía probar su crimen, entonces Sean tomaría otras medidas.

—Papi —dijo Milla sacándolo de sus pensamientos.

Él estiró la mano para limpiar la barbilla de su hija con una servilleta. Tenía mermelada de frutilla en la comisura de la boquita.

—Dime, tesoro.

—¿Cuándo voy a tener una mamá?

Y ahí estaba. Otra vez el mismo tema. Cada día, a cualquier hora, Milla soltaba un comentario de esos. Le dolía, y entendía que resultaba inevitable porque ella era la única niña de su clase que no tenía mamá.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué?

Sí, también quería explicaciones para todo. Para las más nimias de las cosas.

—Porque para eso yo tendría que casarme, y...

—¡Cásate! —dijo aplaudiendo.

Sean soltó una carcajada. Las opciones que tenía en su vida eran demasiado limitadas. Casarse no estaba dentro de sus intenciones por ahora.

—Las personas no se casan solo por quererlo. Primero, tienen que tener una pareja. Quererse. Después, si los dos integrantes de la pareja están dispuestos, tal vez puedan casarse. Pueden pasar meses o años. Cada pareja es diferente. ¿Comprendes? —Ella asintió fervientemente—. En mi caso, pues debería tener una novia.

Milla se rascó la cabecita con la mano todavía embarrada de dulce, y Sean sabía que le tocaba cuarenta minutos de acompañarla a jugar en la bañera y quitarle lo pegajoso del cuerpito regordeto. No le quedó de otra que sonreír.

—Ahhh... ¿Tracy es tu novia papá? —preguntó metiendo la cucharita de nuevo en el bowl de helado con jalea de chocolate y frutilla.

—Es una buena persona —replicó él, con cautela.

—Sabe hacer cupcakes, me dice que soy talentosa para jugar a los legos, sabe nadar —contaba con sus deditos todo lo que iba diciendo—, y huele siempre rico.

«Dímelo a mí, hija».

—Es verdad, siempre huele rico —murmuró terminándose su propio helado.

—¡Ah! Y el señor Bruce dijo que era sexy. —Sean casi escupe el helado. Bruce era uno de los padres solteros que iban a las clases de peinados. ¿Qué carajos le había dicho a Tracy, y por qué ella no le contó al respecto? La ola de celos que lo arrojó inesperadamente le agrió el humor. Aceptar que de seguro otros hombres se fijaban en ella no era novedad, porque vamos, la

mujer era un bombón, pero eso no impedía saber que —de hecho— había ocurrido, lo ponía de pésimo humor. Aunque su hija no tenía la culpa—. ¿Qué es *sexy*, papi? —preguntó, cuando también terminó su helado. Metió el dedito en el envase para sacar la última gotita de dulce, y le dio la vuelta recorriendo el plástico. Luego se chupó el dedo. Era una travesura que lo hacía reír, incluso en ese instante cuando quería agarrar a Bruce del cuello y pedirle que no volviese siquiera a pensar en Tracy.

—Una mujer guapísima.

—Ahhhh, entonces, Tracy es *sexy*. ¿Verdad?

—Mucho... Dime algo, Milla, si la vieras más seguido, ¿te parecería bien compartir tiempo conmigo y con ella?

Ella pareció pensarlo brevemente.

—¿Ella es tu novia, papi?

—Es una amiga muy especial, y sí, quisiera que fuera mi novia... Podría pasar más tiempo por aquí. Salimos a alguna parte, comemos helados, vamos al museo, al cine, al zoológico. Muchas cosas. ¿Te gustaría eso, Milla?

Los ojos en forma almendrada y tan llenos de inocencia se iluminaron.

—¡Sipiiis! Quiero que Tracy sea mi mamá —se bajó de la silla, y empezó a dar vueltas sobre sí misma. Sean la detuvo porque no quería que vomitase—. ¿Puede, puede, puede, puede?

«Ahhh, el azúcar y su inmediato efecto», pensó Sean.

—Esa es decisión de ella, pero de momento será una amiga especial. Y es nuestro secreto. ¿Vale?

—¡Chócala, papi! —dijo poniendo sus cinco deditos como lo había hecho con Tracy. Riéndose, Sean puso su mano grande y varonil sobre aquella pequeña.

Boston, Estados Unidos.

Tracy todavía no daba crédito a toda la historia que estaba contándole Bethany. Adoraba a su amiga, como si fuese su propia hermana, pero saber todo el tiempo que llevaba escondiéndose por temor de ser recriminada, le dolió. Le dolía que hubiera pasado tanto tiempo sin que ella tuviese la posibilidad de hablar con alguien. También le dolía que Bethany no hubiese confiado para hablarle de sus preocupaciones. ¿Cómo era posible? Jamás le dio indicios de que fuese a juzgarla mal.

Incluso ella, heterosexual en una sociedad aparentemente libre, era recriminada y discriminada. Las personas tenían la tendencia a creerse con el derecho de decir lo que otros estaban haciendo “bien” o “mal”. Sin embargo, imaginaba el calvario para alguien de la comunidad LGBTI porque al estar fuera de los parámetros socialmente aceptados se volvían una rareza, un punto de discusión, una estadística a juzgar, un ser humano enclaustrado en una categoría sin opciones a vivir en plenitud. ¿Qué clase de mundo era en el que vivían?

—Hubiera querido hablarlo antes, Tracy, pero ni siquiera yo era capaz de aceptarlo... —murmuró Bethany con lágrimas en los ojos—, lo siento. Me hubiera gustado decírtelo... No sabía cómo...

Tracy se incorporó del sillón de la sala para acercarse más a su amiga, la rodeó con los brazos fuertemente. Permanecieron un largo rato así. Sin decir nada. Poco a poco se apartaron.

—¿Cuándo piensas hablarlo con tu hermano? —preguntó Tracy.

—A lo largo de la semana. No tiene caso que se lo cuente a mamá, porque probablemente lo olvide, y no quiero repetir una y otra vez lo mismo.

—Aunque sea hazlo porque es una confesión simbólica e importante —sugirió Tracy—, y después quiero que me presentes a la tal Peyton. ¿Estamos

claras? No puede ser posible que esa mujer haya conseguido una confesión que yo no. Tengo que conocerla —dijo riéndose.

Bethany se rio también.

Durante la fiesta de máscaras, cuya temática consistía en utilizar un traje de época —proporcionado por la boutique del hotel a un precio razonable— ella no llevó antifaz; primero, porque no era requerimiento; segundo, porque se sentía feliz y plena siendo quien era ella, a quien había redescubierto en ese hotel.

Cada que recordaba cuando apareció Peyton apareció hermosamente vestida, sonreía. Era una mujer preciosa, pero sobre todo conseguía calar muy profundo en ella con opiniones que nadie se atrevía a darle con brutal frontalidad.

Esa noche bailaron. Se rieron y pasaron la noche juntas. Fue una seducción lenta que poco a poco empezó a cobrar intensidad. La velada juntas, hasta el amanecer, había sido un momento íntimo. Fue revelador, también especial. Importante.

A pesar de que Bethany creyó que, al dejar el hotel y sus máscaras de lado, todo quedaría olvidado, no fue así. Peyton le dijo que quería verla en Boston y que más le valía que no le diera largas. Siempre tan directa, le dio su número de teléfono personal, el de la oficina, así que intercambiaron información de contacto. Bethany estaba nerviosa, pero sentía que quería explorar más sus posibilidades.

Quería enamorarse de verdad, no sabía si ocurriría o no con Peyton, pero iba a intentarlo. También era consciente de que, poco a poco, estaba aceptándose más a sí misma, con sus matices y sus miedos, porque nunca se dejaba de temer, en especial aquello que desconocía.

Ahora, había llegado el momento para disfrutar de estar acompañada. No sabía lo que le depararía el destino en su plan sentimental, pero ya no

importaba, porque se sentía feliz de ser quien era, punto.

—Siempre estaré para ti. No me importa lo que elijas, vamos, a veces envidio a las lesbianas —dijo Tracy con una amplia sonrisa—, entre mujeres nos entendemos mejor. Pero, ¿qué remedio? Yo no puedo vivir sin los hombres.

Bethany soltó una carcajada.

—Así que ahora cuéntame más sobre la Fiesta de Máscaras en el hotel. Ah, y sobre el tal Byron.

—Solo si antes me prometes algo, Tracy.

—Oh-oh, cuando me pones esa expresión en el rostro me preocupo. —Bethany se rio—. Qué remedio —suspiró— a ver, ¿qué debo prometerte?

—Intenta aclarar lo que sientes por Sean en tu viaje de regreso a Toronto esta noche. No pierdas la oportunidad. Después de lo que me has dicho, ¿por qué sigues creyendo que va a ser otro Adrian? No te ha dado ningún indicio. Siempre ha sido frontal, incluso en la forma que te propuso que fuesen amantes.

—A veces siento que quiere más... Me da miedo confiar...

—¿Acaso tú mereces menos, Tracy?

—No. No merezco menos. No quiero lastimar a Sean. No quiero lastimarme a mí misma. Hay una niña de por medio, y es una divina como te he contado y tiene sus ocurrencias, si continúo alrededor puede hacerse ideas. Bethany, no estoy buscando una relación. Mi único objetivo cuando abandoné Boston fue aprovechar el salvavidas que me dio Becky. Haber entrado en S.W. Group es muy importante, y yo solo quiero enrumbar mi carrera, no quería que nada se complicara.

—Mírame a mí... He pasado años ocultándome de mí misma. Y después, sin pensarlo, me aventuré más de tres semanas en un hotel clandestino y lujoso. Un hotel que organiza eventos que todavía no descifro cómo lo consiguen a la

perfección, como si fueran hechos a la medida de cada persona. ¡Hay ciento ochenta habitaciones! Ciento ochenta personas con diferentes bagajes culturales, personales y necesidades, sin embargo, ellos se las ingenian para hacer la estancia como si fuese diseñada solo para ti... No sabía qué esperar, y la vida me sorprendió.

—No quiero enamorarme.

—Tú y yo sabemos que cruzaste la línea hace mucho tiempo con ese hombre. Jamás te habías preocupado de tantas cosas con el imbécil de Adrián, ni con otros tipos, pero con Sean, madre mía, parece que me estás contando un melodrama.

—Tiendo a ser dramática —murmuró.

—Eso es poco decir...

—Qué amable de tu parte —dijo Tracy cruzándose de brazos, y Bethany se rio.

—Escucha, tienes que asumir tus sentimientos y tu verdad, como yo he asumido mi sexualidad. Son dos cosas totalmente distintas, sí, pero al final se trata de eso: aceptar, ser honesto contigo mismo. Es que Tracy, el amor no se busca. Él te encuentra.

—¿Y si me miente y me traiciona?

—Pero, Tracy, ya le estás mintiendo tú primero al decirle que quieres dejar lo que tienen, y que tu idea de tener solo un affaire es todo lo que deseas. Además, todo tiene una explicación. Recuerda eso. Venimos de experiencias personales tan diversas... Sé sincera. Dile que lo quieres. Dile que estás enamorada de él. ¿Qué puedes perder?

Ella bajó la mirada. Hundió el rostro entre las manos.

—Que haya malinterpretado todo, y él no sienta lo mismo por mí.

—Ah... —dijo Bethany reclinándose contra el respaldo del sofá verde de su apartamento en pleno centro de Boston—, pues eso es otra cosa. Todo en

la vida es un riesgo. Yo me arriesgué a enfrentarme a mí misma. ¿Por qué no habrías tú de arriesgarte a abrir tu corazón?

—Creo que ese hotel te hizo algo en la cabeza...

Bethany soltó una carcajada, y agarró la copa de vino que reposaba sobre la mesita de centro de su sala.

—Solo tienes que decir “Gracias, Bethany por tu consejo”.

Tracy suspiró.

—Gracias, Bethany, pero si en esta meto la pata, entonces será tu karma y vendrá a perseguirte por siempre.

—En serio, estás perdiendo dinero con tu potencial para el drama. Podrías ser actriz de ópera.

—¿Y arriesgarme a que me lancen tomates con mi voz tan fea?

—Al menos te lanzarán tomates —dijo Bethany riéndose—. Es bueno para la piel, y tú que disfrutas de esos tratamientos de belleza cada tanto, pues sería gratis.

—Ja-ja. Tan graciosa. —Se incorporó—. Tengo que irme al aeropuerto.

Bethany asintió.

—Quiero que me tengas al tanto de todo. —Empezaron a mover las maletas de Tracy, llevaba dos pequeñas hacia la salida del apartamento—. Nada de negar lo que sientes con Sean. Arriésgate. No quiero que te tome años, como a mí, superar inseguridades. Aunque son circunstancias las de ambas, creo que el mensaje aquí es claro. ¿Verdad?

—Sí, y tú, la próxima vez que visites Canadá o yo vuelva a Boston, me presentarás a Peyton. Me ha causado mucha curiosidad. Muy difícilmente una persona causa un impacto tan profundo en ti. Y, Bethany. —Su amiga la miró con atención—. Siempre puedes confiar en mí. No dudes de nuevo de esta manera. Eres como una hermana para mí. Así que, ¿tenemos un trato?

—Sí, señorita —sonrió. Sellaron el trato con un fuerte abrazo fraterno.

Después se apartaron, y Bethany llevó a su amiga al Aeropuerto Internacional Logan.

Iba a ser un viaje largo, porque Tracy tenía mucho en qué pensar.

CAPÍTULO 21

Toronto, Canadá.

Sean organizó una reunión de último minuto el día miércoles. Habían perdido la cuenta DuMour a manos de la agencia de la competencia. Estaba verdaderamente enfadado. Convocó a todo el equipo de trabajo que había elaborado, desde un inicio, la propuesta de campaña. No había tiempo que perder. Después de una auditoría interna que ya llevaba semanas en curso, al fin había encontrado a la persona que estaba pasando información de la compañía a Ashton Brothers.

El responsable, Adam Wabbles, el jefe del departamento de diseño creativo, fue despedido de inmediato e iba a tener que responder ante la justicia por daños y perjuicios, por tráfico de información privilegiada y abuso de confianza. El equipo legal tenía mucho trabajo por delante. Pero reunirían todas las pruebas necesarias.

En otro aspecto, la vida con Milla iba a las mil maravillas. La niña estaba feliz con las clases de natación privadas que estaba recibiendo, y la escuela iba muy bien. Su hija era como una esponjita. Lo absorbía todo, y también cuestionaba hasta el mínimo detalle. El único punto que todavía no terminaba de cuadrarle a Sean era la actitud de Tracy que continuaba siendo cautelosa, y aunque Milla preguntaba por ella, él no tenía ninguna respuesta, así que le tocaba cambiar el tema.

A ratos creía que Tracy iba a pedirle que hablaran, después de la cena del viernes anterior, pero ella continuaba actuando con profesionalismo. Ignoraba si tal vez en Boston se habría encontrado con el tal Adrian. Quería llamar a su investigador privado, pero eso sería invadir la privacidad de ella, así que no le quedaba de otra que esperar a poder preguntarle una vez que

podieran sentarse a hablar como se debía. La echaba de menos. Su risa, sus besos... Seguía siendo diligente en la oficina, es más, no podía quejarse de su eficiencia, y el resto de empleados la tenían en gran estima.

Sean solo utilizaba sus recursos informativos para un objetivo: calcular, avanzar y ganar. En el caso de Adrian, no quería ganar nada, solo destruirlo por el daño que había causado a Tracy. E iba a hacerlo. Los procedimientos, halar hilos de aquí y allá, estaban enrumbados.

Tenía un dolor de cabeza terrible, y las Tylenol se habían agotado. Era una excusa perfecta para llamar a Tracy. Al fin podían estar a solas, después de esas horrendas setenta y dos horas. La casa de modas parisina, después del breve informe de los abogados de S. W. Group había decidido cancelar el contrato con Ashton Brothers a favor de la empresa de Jackson y Sean; aseguraron —en conferencia privada con los abogados de ambas agencias publicitarias— que iban a entablar una demanda por falsedad de datos, así como daños y perjuicios.

Sean no recordaba haber tenido tres días tan de mierda como esos. Dios, cuánto necesitaba reposar su cabeza.

Alzó la bocina de teléfono inalámbrico.

—Tracy, ¿me puedes conseguir, por favor, una Tylenol?

—Hola, Sean. No hay problema. En un momento te la llevo. —Cerró la comunicación.

Pasaron un par de minutos, cuando la puerta finalmente se abrió y la sensual figura de Tracy hizo acto de presencia. Él se embebió de su belleza y la forma en que sus labios se movían. Parecía que estaba hablándole... Se aclaró la garganta.

—¿Me decías? —preguntó como si hubiera estado ocupadísimo con la pantalla del ordenador y por eso se perdió lo que ella había dicho.

Tracy puso los ojos en blanco. No sabía por qué él estaba tan distraído,

aunque suponía que esos tres días —desde que se descubrió que la pérdida de clientes a manos de Ashton Brothers era culpa del jefe de diseño creativo— habían acabado con el poco buen humor de Sean. Ella trataba de darle espacio, pero nada deseaba más que esperar a que el vendaval amainase y así poder hablar con él. Todavía no sabía qué podría decirle, cuando era claro — vamos, Sean se lo había dicho a bocajarro— que él no estaba enamorado de ella, como sí ocurría de su lado.

Aceptar que lo quería, no solo a él, sino también el pack que formaba con Milla, le había costado muchísimo. Todo el vuelo desde Boston estuvo con la mente en un perenne análisis de los pros y los contras. El resultado de su comparación era que la única que había mentido en esa relación, acuerdo o como se quisiera ver, era ella. Jamás tenía problemas en decir lo que pensaba —de hecho, cuando decía lo que pensaba era cuando se metía en líos—, pero decir lo que sentía sí que era otro rollo.

Sin embargo, había decidido ser valiente. Arriesgarse como le prometió a Bethany que haría. Pero ningún momento, desde que pisó el día lunes la oficina, había parecido propicio. Todo se volvió un caos cuando llegó la notificación de la casa de moda parisina diciendo quién era la agencia elegida para llevar su cuenta. A partir de ese momento se destapó la olla de grillos. Rodó la cabeza de Adam Wabbles, el asistente personal de él y el contador de la compañía. Sean ni Jackson habían tenido piedad. Fueron directo a la yugular, y ahora todo estaba en manos de los abogados. Tracy no sentía pena por los traidores, pero no quería estar en sus zapatos.

Ver a Sean cada día, como de costumbre, la hacía sentir diferente. Los nervios y las mariposas en la panza seguían ahí. Y sí, ya sabía que nadie tenía mariposas reales, pero, ¿cuál era el problema con su analogía?

Ahora, cuando su corazón latía, con el caro aroma de su colonia o la simple imagen de Sean ataviado con el traje a medida o los recuerdos de sus

horas juntos las semanas anteriores, también estaban involucrados sus sentimientos y no solo el deseo de arrancarle la ropa para tocarlo, para probar su sexo, y luego sentirlo ensanchándola con su firme erección de la forma más carnal que conocía la humanidad. No sabía cómo aproximarse, y enfrentar el rechazo o acaso la esperanza de la aceptación.

—Que se acabaron las reservas de Tylenol y no solemos comprar otra clase de píldoras para la jaqueca por orden tuya, y con la mudanza al otro piso se llevaron el botiquín extra los del departamento creativo. Tendré que pedir las. Por cierto —dijo revisando en su móvil para precisar lo que estaba por comentar— el día lunes volverá todo el equipo a este piso. Han terminado las reformas. Jackson quiere hablar contigo sobre un nuevo proyecto para comprar una pequeña cadena hotelera, y no me dio más datos al respecto.

—Dile que lo coordine él solo. Ahora mismo no tengo espacio para nada. Necesito que organices con recursos humanos la contratación de seis nuevas personas en el departamento publicitario. Hay que trabajar un ascenso para cubrir el puesto del idiota que nos había estado vendiendo a Ashton Brothers. Envíame los perfiles actualizados de todos los empleados de ese departamento de la compañía, sus últimos logros y quiero hablar con cada uno a partir de la próxima semana también. Estaré bastante ocupado. Todos los nuevos contactos de clientes, dérvase los a Jackson.

—Anotado —replicó—. ¿Algo más, Sean?

Él la quedó mirando. Podía notar la forma en que súbitamente los pezones de Tracy se marcaron a través de la tela del vestido que llevaba. Su respiración se agitó de forma imperceptible, pero no para un hombre que conocía ese cuerpo tan sensual con precisión. Como si fuese consciente de aquello, ella apartó la mirada.

—Tracy... —dijo con suavidad, en un tono por completo diferente, más cálido. Apartó las manos del ordenador y le dedicó su completa atención, solo

a ella—. ¿Hay algo que *tú* quieras decirme, sobre cualquier tema? —preguntó procurando dejar el campo abierto para que ella eligiese.

No era un hombre dado a expresarse con circunloquios, aunque al parecer iba a tener que empezar a hacerlo en beneficio de su cordura y también para no asustar a Tracy. La curiosidad sobre lo que pudo haber sucedido en Boston, lo carcomía por dentro. Había regresado más callada e incluso parecía reflexiva a diferencia de su habitual cháchara o picardía al sonreírle. No era machista, y se estaba encargando de educar a Milla en una idea de equidad entre hombre y mujer para que siempre supiera que cualquier cosa que se propusiera podía conseguirla sin importar su género, pero por experiencia podía decir que cuando una mujer meditaba demasiado sobre algo era porque resultaba importante. Solo esperaba que cualquiera que fuese el resultado de la reflexión de Tracy, no fuese en contra de la —ahora— frágil situación de ambos.

«No es el momento ni el lugar», pensó Tracy. Además, él parecía muy absorbido por cómo se estaban moviendo las piezas de la oficina. Podían ser interrumpidos de un momento a otro, y no quería arriesgarse a ello. Iba a hablarle de sus sentimientos por él, algo que jamás consideró hacer, pero que gracias a Bethany sabía que era necesario. Iba a atreverse, a ponerse en la línea de fuego, y no podía permitir que sucediese en la oficina.

Además, tampoco podía dejar que sus nervios tomaran el control ante un escenario que resultaba tan importante para ella. Existía la posibilidad de un rechazo y que todo acabase al confesarle que lo amaba; y el otro extremo, que él le dijera que, aunque no estaba enamorado de ella quería continuar juntos y permitirse abrir su corazón para que eso sucediera en algún momento. Tracy podía vivir con la sinceridad y trabajar en base a ella, pero no era capaz de lidiar con la mentira. Sean jamás le había mentado en el tiempo que llevaban juntos.

La única mentirosa era ella, porque tenía miedo de salir herida. Ella, que exigía sinceridad, estaba siendo la menos honesta de las partes. «Bofetadas de la vida. Muchas gracias, universo, tan amable como siempre.»

Tal vez podrían hablar luego. Eso sería bueno, pensó Tracy. De hecho, lo iba a sugerir. Un sitio tranquilo. Ni la casa de él, ni la de ella. Aunque Becky había regresado ya de Australia, su amiga solía hacerse de oídos sordos y salir de la casa sin problemas. Pero no, Tracy prefería un sitio neutral.

—Yo...—empezó, pero en ese instante entró Jackson.

La conexión visual que se había establecido entre Tracy y Sean se rompió automáticamente. Ambos, como si hubieran salido de un súbito trance parpadearon, para mirar al vicepresidente de la compañía.

Jackson, que no era estúpido, notó que acababa de interrumpir algo.

—Lo siento —miró a uno y otro—, no es una emergencia, así que puedo venir más tarde sin ningún problema.

—No hace falta —replicó Tracy, y salió de la oficina cerrando la puerta tras ella.

Sean dejó escapar una larga exhalación. Se frotó las sienes, y después abrió la botella de agua que tenía al lado. Dio varios tragos largos hasta que la terminó. Después lanzó, atinando perfectamente, la botella vacía en el cubo de basura.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó Jackson sentándose frente a su amigo.

—Una larga historia, pero, en conclusión, estoy tratando de aclarar mi panorama personal. Eso es algo, ya sabes, que me divierte mucho.

Jackson se rio.

—¿Le dijiste que estás enamorado de ella?

—No sé cómo sabes...

—Te conozco desde hace años, y jamás te había visto en un plano tan

confuso, estúpido y de negación con una mujer. Así que una de dos. O estás enamorado sin remedio o... la embarraste diciéndole a ella alguna estupidez, y ahora te encuentras en un período de penitencia existencial.

—Parece que te diviertes a mi costa.

Jackson soltó una carcajada.

—Solo me recuerdas a mí cuando estuve a punto de perder a mi Lucy por imbécil. No quisiera que te ocurriese lo mismo si crees que Tracy es la mujer de tu vida. Creo que es momento de que cierres el capítulo de Sandy y sigas adelante. Porque, asumo, ya le hablaste de la madre de Milla, ¿verdad?

—No.

—¿A qué esperas, Sean?

Él se pasó la mano entre los cabellos, despeinándose.

—No lo sé... No lo sé...

—¿Por qué Tracy tiene cara de que están en un tipo extraño de interacción? ¿Qué diablos hiciste esta vez?

—Le dije que no estoy enamorado de ella, para que no huya como Bambi asustado ante los cazadores en la selva, tal vez se me haya escapado. Lo entenderías si supieras sobre su pasado, que no voy a revelarte porque no te incumbe, pero no es algo que podía reprimir decirle si quería que se quedara conmigo.

—Ah, y mira cómo te ha funcionado, ¿eh, Sean? Qué sutil, de verdad. Tienes el don de la palabra.

—Idiota, si no me vas a ayudar a resolver...

—Es que lo único que tenías que hacer era hablarle de Sandy. Eso es todo. A partir de eso, Tracy puede tomar una decisión.

—Quiere terminar nuestro acuerdo y no puedo permitirlo. Hablarle de Sandy le daría munición para ello. Necesito un poco de tiempo... —expresó cabreado consigo mismo y las circunstancias que estaba viviendo—. Incluso

Milla me preguntó por Tracy, y me preguntó si podría ser su mamá.

Jackson se incorporó.

—Si has permitido que Tracy se vincule con Milla hasta el punto en que le ha llegado a tomar aprecio, y quererla a su lado como su mamá nada menos, entonces, mi buen amigo, no tienes punto de retorno. Tu única opción es convencerla de que la quieres y que no hay nadie mejor para estar con ella que tú. Creo que tienes la cabeza todavía en funcionamiento como para sincerarte y saber que, si no eres tú, cualquier otro hombre daría lo que fuera por una mujer como Tracy.

—No necesito esas ideas en mi cabeza ahora mismo —gruñó.

—Pues es lo que va a terminar sucediendo. Estoy seguro de que a ella no le importa ni un ápice tu dinero. Se puede valer por sí misma y conseguir un empleo en donde sea. En la competencia, por ejemplo —dijo esto último solo para pincharlo, porque el mayor de los hermanos Ashton era un reconocido mujeriego.

—¿Cómo es que te has convertido en un experto en Tracy Goldstein? ¿Hay algo que deba saber? —preguntó a punto de soltarle un puñetazo a Jackson.

Jackson, a cambio, soltó una carcajada.

—Eres tonto, Sean, y agradece que eres mi mejor amigo porque o si no ya te habría soltado un puñetazo. Ahora, no sé si recuerdas que soy el vicepresidente de la compañía, y que Tracy suele ir bastante por mi oficina para darme documentos a mí o a mi asistente. Entonces, como soy un hombre civilizado porque tengo una esposa que me enseña a mantener mis buenos modales, converso. —Sean murmuró algo por lo bajo sobre los amigos idiotas que disfrutaban torturando a otros para que cayeran en sus trampas—. Por cierto, lo que te vine a comentar es que DeMour quiere ampliar su espectro de acción, no solo en Canadá, sino que quiere que le ayudemos en sinergia —con

su habitual agencia francesa de publicidad— para ganar mercado en el Reino Unido y Alemania.

—De acuerdo, me parece bien... —murmuró—. Y sobre Tracy...

—Lo que menos tienes es tiempo. No desperdicies elucubrando. —Miró su reloj—. Tengo que irme. Invité a salir a Lucy.

—Es tu esposa, no necesitas...

—¿Es que todo tengo que deletreártelo? —preguntó con tono cansino—. Cuando te casas, y tienes a tu esposa, lo que menos quieres es que otro la captive. El matrimonio no es una oficina de seguridad que impide el robo. Así que tienes que enamorarla siempre.

—Ya lo sé...

—Entonces, por amor de Dios, deja de decir tantas estupideces juntas y empieza a hablar y actuar con coherencia. Joder. Te llamo cualquier novedad, Winthrop.

—Okay —murmuró cabreado consigo mismo.

Estaba fuera de práctica en el ámbito sentimental, pero tenía que ponerse a punto antes de que todo se fuese al demonio. La sola idea de perder a Tracy aumentó su dolor de cabeza. Lo peor era que, literalmente, ella tenía la solución a su problema.

Tracy terminó de beber el café. Estaba agotada. Sean se había marchado hacía rato de la oficina, pero ella estaba terminando de organizarlo todo para una junta muy importante con un cliente de comidas congeladas que quería trabajar con ellos. Ya eran las ocho de la noche.

Considerando que a esa hora Milla estaba dormida, entonces quizá era el momento de hacerle una visita sorpresa a Sean. Sería su forma de mitigar un poco la tensión que se cocía desde el lunes que volvió de Boston, y también porque echaba mucho en falta sentirse protegida por el calor de esos brazos

que —tenía la certeza— podrían contener su tristeza o soledad, siempre, y ser su refugio. «Si tan solo sintiera lo mismo que yo por él.»

Apagó el ordenador y se dispuso a salir, pero una llamada entrante la detuvo antes de que ella activase el buzón de mensajes.

—Oficina de Sean Winthrop, buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con la bolsa con todas sus pertenencias al hombro, y una sonrisa en el rostro.

«Una última llamada.» Tal vez podría llevar comida del restaurante tailandés que tanto le gustaba a Sean. Una ofrenda de paz por su cobardía. ¿Qué sería de ella sin Bethany? Las mejores amigas eran el bien más preciado de una persona.

—Buenas noches —dijo la voz agitada de una mujer. ¿Estaba llorando?, se preguntó Tracy, pero se mantuvo callada a esperar que su interlocutora hablase—. Necesito hablar urgentemente con Sean.

Ah, se refería a él con nombre de pila. Curioso.

—No se encuentra ya en la oficina, pero si me deja un mensaje se lo haré llegar sin ningún problema —expresó con su tono calmado y amable de siempre.

—Soy Blanch Maynard, la madre de Sandy Maynard.

A Tracy no le hacía 'clic' el nombre. ¿Debería? Tenía buena memoria con los nombres de los clientes. Al menos eso siempre se aprendía y le había servido en varias de sus reuniones —cuando existía HaGo— para identificar y relacionar ciertas personas con otras. Pero el apellido Maynard no le sonaba de nada.

—Entiendo, le diré que ha llamado y...

—¡No! ¡Necesito hablar con él ahora! —exclamó la mujer sollozando. «Sí, estaba llorando.» —. Es una emergencia. Creo que, a pesar de todo, tal vez le interese lo que tengo que decirle.

—Lo lamento, no estoy autorizada a...

—¡Dígale a ese malnacido que por su culpa mi hija está muerta! Se lo quitó todo, todo —dijo con voz entrecortada y llorosa—, incluso mi nieta... Milla es lo único que me quedará de Sandy y ni siquiera tengo acceso a ella...

El corazón de Tracy empezó a latir de prisa. ¿Qué le pasaba a esa señora?

—Señora, si se calma entonces...

—Dígale a Sean Winthrop que su esposa acaba de morir y que, si le queda un poco de corazón, se ponga en contacto conmigo —interrumpió. Le dictó un número, que Tracy anotó con mano temblorosa, y después la mujer cortó la comunicación de forma abrupta dejándola con una sensación de pánico, confusión y dolor. Mucho dolor a medida que la información que acababa de recibir de sopetón empezaba a cobrar fuerza en sus pensamientos.

Un cúmulo de preguntas empezaron a formularse en su cabeza, una tras otra, pero no tenía respuestas. La única persona que podía contestarlas era también la única persona que acababa de hacerle girones el corazón.

Tracy se alegraba de que su lengua, por una vez, se hubiese contenido de expresar lo que había en lo más profundo de su ser. Dios, cómo se habría reído Sean de ella si le hubiera confesado que lo amaba. ¿Y lo peor de todo? Ahora tendría que, de todas formas, ir a darle la noticia en persona porque él tenía el teléfono apagado, como todas las noches pasadas las ocho.

Sean estaba casado.

Sean le había mentido descaradamente.

Sean y Adrian, al final, no eran tan distintos.

CAPÍTULO 22

Cuando escuchó el timbre, Sean estaba terminando de beber una cerveza. La dejó a un lado y salió de la cocina. Nadie solía llamar a la puerta de su casa a esas horas. Frunció el ceño mientras avanzaba descalzo. Observó por la mirilla y se sorprendió de ver a Tracy. ¿Habría tomado una decisión positiva sobre ellos?, se preguntó esperanzado.

Con una gran sonrisa abrió la puerta.

—Hola, preciosidad, qué sor...—Él no pudo acabar la frase, porque apenas estuvo en su campo de visión frente a frente, Tracy echó hacia atrás la mano y le cruzó la cara con una bofetada.

—Llamó tu suegra a la oficina para decirme, mi sentido pésame de antemano, que tu esposa acaba de fallecer. Así que más te vale que empieces a moverte para que vayas a ver qué ha ocurrido y organices el servicio fúnebre.

Sean la miró, con la mano sobre la mejilla en la que ella lo acababa de abofetear, y odió la expresión de dolor que vio en Tracy. No le importaba el golpe. Se lo merecía por haber dilatado la posibilidad de hablarle de Sandy. La idea de asociar el nombre de su esposa, sí estaba casado por un estúpido tecnicismo, con la muerte le era totalmente ajena.

—¿Cómo es eso de que Sandy ha fallecido? —preguntó sin poder procesar del todo la información. Y claro, acababa de formular una interrogante por demás estúpida y a la persona menos adecuada, porque la bofetada le recordaba que Tracy de seguro debía odiarlo en esos momentos.

—*Tu esposa*, Sandy Maynard Winthrop, acaba de fallecer —le dijo como si fuese tarado, y en cierta forma lo era para ella—. Tu suegra te llamó a la oficina. Me dejó ese mensaje, pero como tienes el teléfono apagado después de las ocho, entonces tuve que venir a dártelo —y la bofetada también, claro.

No quiero saber más de ti ni de tu empresa. Renuncio. Me arrepiento profundamente de haberte dado la oportunidad de lastimarme. Pero sobre todo de amarte.

—¿Me amas también...? —le preguntó mirándola boquiabierto—. Tracy, necesito que hablemos, hace mucho debí decirte sobre Sandy, pero la oportunidad no surgió. Lo postergué demasiado, pero estaba dispuesto a hablarte de ella. No es lo que parece, si me dejas explicarte, entonces podrías entender que...

—No me interesa —dijo interrumpiendo con los ojos llenos de lágrimas y la garganta seca. Sentía como si se hubiera tragado un puñado de arena. No tenía idea de cómo estaba ejerciendo su capacidad de hablar, pero sí sabía que ya no le importaba nada y todos sus filtros e intentos de mantener a raya sus emociones estaban colapsando; un ejemplo era que acababa de decirle a ese imbécil que lo amaba—. Después de que te hablé de Adrian, no fuiste capaz de ser sincero —expresó con un inequívoco tono de resentimiento.

—¿Me amas? —preguntó él, incrédulo.

—Me duele, porque de verdad, había pensado en arriesgarme a darte una oportunidad. A dármele. Cómo te debes haber burlado de mí... —se secó las lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas, sin poderlas contener, con el dorso de la mano. Lo hizo con rabia, porque lo que menos quería es que la viese llorar.

Sin poder contenerse, a pesar de toda la mierda que tendría que limpiar ahora con su pequeña-gran Caja de Pandora abierta, la tomó en brazos y la sostuvo contra su pecho. La abrazó con fuerza. Ella se debatió entre sus brazos, pero él era más fuerte. La sostuvo hasta que consiguió entrar en la casa y cerrar la puerta tras ellos.

Tracy continuó luchando contra él, hasta que Sean la sintió cansarse a medida que la fuerza de sus movimientos iba decayendo. Al escuchar sus

sollozos se le partió el corazón. En ningún momento la soltó, y estuvieron un largo rato en esa posición.

—Te odio —le dijo en voz baja y rota.

—No puedo dejarte ir —le dijo mirándola a la cara con férrea resolución en sus profundos ojos negros, y tomándole el rostro con firmeza. Le limpió las lágrimas con los pulgares—, no puedo perderte. Necesito que me escuches.

—¿Qué remedio, Sean? Estás casado. Me mentiste. Y aunque, ahora eres viudo, tuve una aventura con un hombre casado, por todos los demonios...

—No fue así. Técnicamente estoy casado, sí, pero no he visto a Sandy en cuatro años. No hemos tenido una relación de esposos desde que un día intentó matar a Milla ahogándola con una almohada y la encontré justo a tiempo para salvarla —expresó en tono desesperado, porque necesitaba que ella lo creyera, que entendiese que no mentía, que no estaba jugando con sus sentimientos.

Tracy abrió y cerró la boca. ¿Qué rayos?, pensó. Incluso para su potente mente creativa aquella era demasiada información para una sola noche. Necesitaba poner su vida en perspectiva. «¿Cómo una madre intentaba matar a su bebé? Dios...».

—Tengo que irme, Sean... Esto es demasiado... —susurró ella consciente de que tenía los ojos hinchados de llorar, y la voz ronca. Además, cuando lloraba se ponía muy fea. No como esas actrices de cine que, cuando lloraban, parecían adorables y los héroes de la película sentían que eran guapísimas de esa manera. Ella desde luego que no. Los dioses del Olimpo no la habían dotado de semejante arte físico—. Necesito... Necesito alejarme de ti, porque me duele mucho —dijo en tono desgarrador—. Pensé que después de Boston todo iría mejor... —bajó la mirada consciente de cómo el corazón de martilleaba en el pecho como una bomba de tiempo.

Su vida parecía más llena de adrenalina que la montaña rusa de Hulk en Universal Studios de Orlando. ¿Quién decía que en los momentos más trágicos de su vida un poco de drama extra no venía bien?

—Tú has visto al hombre que soy de verdad —dijo Sean—, has entrado en mi casa y conocido a mi hija. Contigo no puedo ser falso, ni tampoco lo es el cariño de Milla por ti. Desde un inicio creía que podía manejar la situación, mis emociones contigo, por eso te propuse ese trato. Un trato estúpido, porque al final me terminé enamorando de ti. Por eso fuiste tan peligrosa para mí, pero ya nada de eso importa. No cambiaría ni un minuto desde el primer instante en que te besé. ¿Acaso crees que permitiría que interactuases con Milla, y estuvieras compartiendo con nosotros, si no te quisiera y confiara en ti, Tracy? —le preguntó con vehemencia—. Te amo y eso no vas a poder impedírmelo. Aunque quisieras que fuese mentira, pues mis sentimientos por ti son tan fuertes que tardarán una eternidad en desvanecerse.

—Y yo que creía que era la dramática de la ecuación —murmuró por lo bajo, porque la confesión de Sean era agri dulce, cuando, en otra circunstancia hubiera sido la mejor noticia de su vida.

—Tracy, dime que me crees —pidió.

El dolor que él sentía en el pecho resultaba abrumador. En otro período de su vida, la tristeza y la desesperación las hubiera remediado con alcohol e incluso con otras mujeres; también rodeándose de gente desconocida en un bar con tal de no sentirse desesperado, pero, así era como se sentía en esos momentos: desesperado, preocupado y arrepentido por cómo se había enterado Tracy de que estaba casado. Maldita su suerte.

—Supongo que tengo el peor *timing* del mundo en el amor y los hombres en general... —murmuró—. El cariño de Milla, por otra parte, sé que es sincero. Los niños no mienten, pero también olvidan con facilidad. Con el tiempo ni siquiera se acordará de mi nombre. Seguro, con tu gran nivel de

creatividad, te inventarás una buena historia para cuando te pregunte por mi ausencia —dijo esto último con decepción—. No sé nada. Lo que menos tengo ahora son certezas...

—Necesito explicarte tantas cosas —dijo Sean mirándola con desesperación porque sentía que estaba perdiéndola—. Prométeme que, al menos, me vas a dar la oportunidad de explicarme. Si después de escuchar la historia completa sobre Sandy todavía quieres alejarte de mí, lo entenderé, pero no me rendiré en mi intento de reconquistarte. Porque ahora que he encontrado a la única persona que es capaz de llenarme al completo, pues no pienso dejarte ir de mi lado.

—La confianza no se reconquista, Sean. Una vez malograda se pierde para siempre...

—Ese es un pensamiento derrotero —dijo Sean aterrado, por primera vez, de perder a la única mujer que había sido capaz de que él abriera su corazón sin reservas e involucrase en la ecuación a la persona más importante en su vida en el proceso, Milla. No solo por él, sino porque Milla adoraba a Tracy, tenía que resolver todo ese enredo lo antes posible.

—¿Tú crees? —preguntó con sarcasmo apartándose de él—. Pues mira que, a este paso, además de publicista puedes hacerle la competencia a Deepak Chopra.

Sean suspiró controlándose. Se moría por besarla, por borrar con sus caricias el dolor que veía reflejado en su mirada. Odiaba tener que contenerse. Odiaba haberla lastimado de esa manera.

—Debí hablarte de todo esto antes, pero...

—Me dijiste que no estabas enamorado de mí el día viernes. Y hoy dices que me amas. ¿Estás consumiendo alguna droga? Porque si es así puedo llamar a tu madre y decirle que estás un poco chalado. Y si lo que intentas es retenerme, mintiéndome, entonces estarías ofendiéndome todavía más...

—Te dije que no estaba enamorado de ti, porque estabas asustada — interrumpió—. Porque tenías miedo de involucrarte más conmigo. No quería que te sintieras presionada e iba a decírtelo de un momento a otro, pero en un escenario más propicio. Con el tiempo. Y ahora toda esta situación con los Maynard se sale de control y me pone en una posición de gran desventaja ante ti.

—Para todo tienes una explicación, ¿verdad?

—Tracy...

Ella hizo un gesto con la mano para que no se le acercara. Él estiró la mano, pero la mirada tan dura de Tracy, lo instó a bajarla de inmediato. No quería que la tocara más, y dolía el saberlo, aunque imaginaba que no tanto como el hecho de que Tracy pensara que la había engañado con otra mujer.

—Mi renuncia a la compañía es irrevocable.

—Tracy, no lo hagas. Tu panorama en S.W. Group es amplísimo y puedes conseguir esa oportunidad que necesitas para expandirte en Toronto. Te dije desde un inicio que tu puesto de trabajo jamás iba a peligrar. Si quieres puedes trabajar con Jackson, él admira tu sagacidad y profesionalismo.

—O aceptas mi renuncia o no volvemos a hablar —zanjó, porque ya su nivel de autocontrol estaba a punto de colapsar.

Por otra parte, también debía reconocer —para sí misma, porque no pensaba darle más espaldarazos sobre sus virtudes a Sean— que él cumplía su palabra. Su puesto de trabajo jamás estuvo en peligro, ni cuando tenían discusiones bastante agitadas. E incluso, después de ese fantástico desliz sobre el escritorio de Sean, él se controló para mantener el horario de oficina estrictamente para fines de negocios, y no volvió a hablar del tema hasta que estuvieron a solas. Las noches con él eran simplemente inolvidables... Ni siquiera quería recordar detalles al respecto, ni nada que la hiciera sonreír y menos sonrojarse.

¿Cómo había podido ser tan crédula de nuevo? Tal vez su capacidad para juzgar a los hombres estaba atrofiada. Qué lástima que no vendiesen repuestos para la ingenuidad... Le haría falta un buen lote para reparar la suya.

Además, temía, de un momento a otro, flaquear y pedirle que se lo contara todo en esos momentos, que la convenciera de que todo iba a estar bien y que la amaba; temía pedirle que la besara hasta que la hiciera olvidar, hasta que solo quedasen los dos. Necesitaba irse de esa casa, en ese instante. Tampoco quería arriesgarse a que Milla se despertase, porque no estaban hablando en un tono bajo precisamente, y tener que ver esos ojitos observándola con curiosidad. Adoraba a esa niña tanto como al mentiroso de Sean.

—No puedo perder tu talento en la compañía, cariño, pero prefiero eso a no poder hablar contigo de nuevo... —dijo con los hombros caídos, y las manos dentro de los bolsillos del pijama—. Quédate. Siéntate. Escúchame.

Ella hizo una negación.

—Debes llamar a Blanch Maynard. Arregla tu pasado. Haz lo que tengas que hacer... —cerró los ojos un instante, porque el dolor de cabeza empezó a martillar insistentemente—. Y si en algún momento me siento preparada para escucharte, entonces lo haré. Déjame sola. Eso es lo único que te estoy pidiendo.

—Tu empleo...

—Siempre me las he sabido arreglar muy bien sola. Encontraré un nuevo empleo, así como la manera de volver a tener mi cabeza en su sitio. Cuando me sienta lista para escucharte, si es que en algún momento lo hago, te lo haré saber.

Sean le tomó las manos con firmeza. La certeza de que iba a pasar más tiempo sin ella, sin poder escucharla reír, sin besarla, sin hacerle el amor, y sin escucharla expresarse con sus ocurrentes formas, era desoladora.

—Mírame —pidió, y ella no pudo rechazarlo, lo miró—. Tracy, te amo. Y no existe nada más sincero que eso entre nosotros. Déjame explicarte todo cuando te sientas lista para escuchar... Por favor. Esperaré lo que haga falta. Solo dime que me crees cuando te digo que mis sentimientos por ti son de verdad.

Ella solo cerró los ojos.

—Adiós, Sean... —murmuró antes de soltarse y avanzar hasta la salida.

Cuando llegó a casa, la recibió Tallulah con un cariñoso maullido que la hizo llorar de nuevo. Menos mal, Becky estaba en una reunión hasta tarde con uno de sus folla-amigos locales, así que no tendría que enfrentar a su amiga. Fue a la cocina y bebió un largo trago de agua helada. Lo sintió refrescante.

Una vez en su habitación se descalzó. Avanzó como un autómata hasta el tocador del baño y se retiró el poco maquillaje que solía llevar. Se quitó los pendientes, y el reloj. Después se desnudó y se puso el pijama.

Se tumbó sobre el colchón de la cama en posición fetal.

Ella era una sobreviviente. Nadie iba a cambiar eso. «¿Acaso no era prueba suficiente de su valentía el hecho de haber sobrevivido a sus primeras dos horas con el corazón roto en cientos de pequeños e irreparables pedacitos?». Ese fue su último pensamiento antes de que las lágrimas dejaran de correr por sus mejillas, y se quedara —agotada— y finalmente, dormida.

CAPÍTULO 23

Tres semanas después...

Los periódicos se habían dado un festín con la vida personal de Sean Winthrop en las primeras semanas que salió a la luz pública que estaba casado, y ahora era viudo. No solo eso, sino que las circunstancias del deceso de su esposa fueron la comidilla en las columnas amarillistas del país.

La suegra de Sean había dado varias entrevistas en las que dejaba a su yerno como un malnacido que apartó sin misericordia a una hija recién nacida de su madre porque tenía problemas mentales. También habló del contrato de confidencialidad que él les hizo firmar, el pago que recibieron para mantenerse alejados de Milla, mientras Sandy existiese. Incluso se especuló de que Sean quizá hubiera esperado la muerte inminente de su esposa de un instante a otro.

La crueldad y el sin sentido de muchas de las noticias, el resentimiento de los padres de Sandy en su forma de expresarse durante las entrevistas, le dolieron a Tracy. En especial por Milla. Algún día crecería y leería todo lo que se estaba publicando en esos momentos sobre su padre y su madre.

Tracy incluso había visto que los paparazzi estaban rondando el barrio en el que vivían. Imaginaba que era un infierno para Sean, y que habría de seguro redoblado la seguridad en su empresa y en la casa.

Leía todo con tristeza y un peso en el corazón por la exposición a la que él, una persona tan privada, estaba siendo sometida. Las mentiras que se decían eran atroces. Sabía que eran mentiras, porque —a pesar de que él le hubiera ocultado esa parte de su vida— conocía a Sean, en profundidad y mucho más que otras personas; lo sabía con la misma certeza con que lo

amaba. El hombre de quien estaba enamorada no podría dañar intencionalmente a otra persona.

Muchas veces quiso agarrar el teléfono y marcar a uno de los editores de esas publicaciones para mandarlos a la mierda. Las fotografías del funeral fueron elocuentes. Milla no asistió, y Tracy se alegró de que no estuviese expuesta a los focos de las cámaras. La única persona junto a Sean fue Jackson. «Así que él también sabía de la situación», no pudo evitar pensar cuando los vio en las fotografías. No se sintió traicionada, sino que experimentó una gran oleada de empatía. Sin embargo, era consciente de que esas serían las peores circunstancias para acercarse, para hablar, para intentar organizar el rompecabezas de emociones que entre los dos habían esparcido y necesitaban unir otra vez para formar un todo de nuevo.

Sus emociones y resentimientos palidecían en comparación a lo que debía estar sintiendo Sean en esos momentos. Si los papeles fuesen invertidos, ella también le habría ocultado la existencia de un pasado como el que él arrastraba. La historia era tan triste como trágica, pero, sobre todo, injusta.

«Porque eras la primera mujer con la que estaba en mucho tiempo», le había confesado Sean. Él no le había mentado. Y ella, a cambio de su sinceridad, lo había condenado sin más... Unía los hilos entre los hechos que leía —falsos y otros certeros— y los que ella, de primera mano conocía, y cada vez se sentía peor.

A pesar de todo, Tracy no se sentía culpable. Eso, no.

Ella había actuado conforme a sus propias circunstancias, impulsada por su pasado y sus emociones. Tal como haría cualquier mujer que se enterase de que el hombre con el que tenía una relación estaba casado e ignorase las circunstancias de fondo detrás de la historia. ¿Quién se habría imaginado que la depresión post-parto causara tantos estragos en una mujer? ¿Dónde estaban los medios de comunicación, tan aficionados a cosificar al género femenino y

olvidar los temas importantes, cuando de educar sobre los infiernos que se abrían para una mujer que daba a luz y pasaba por esa etapa que, para muchas —como en el caso de Sandy— no se superaba y —en cambio— se transformaba en un foso del que no existía salida?

No podía retroceder el tiempo, no, pero en el momento en que decidió alejarse de Sean para poner su vida en perspectiva, supo que era la mejor decisión. Cuando él le confesó que no estaba preparado para hablar de su pasado, y que estaba esperando un mejor momento para contarle de la existencia de su esposa, ella no le creyó. Era imposible —considerando su personalidad— tener la mente clara para escuchar y utilizar la empatía que —ahora que estaba lejos de él— fluía a raudales.

Cada parte de su ser añoraba estar a su lado.

La falta de fotografías de Sandy —ya tenía un nombre para maldecirlo a gusto, y sí, que en paz descansara la mujer— en la casa de Sean, y el hecho de que Milla jamás hubiera escuchado su nombre, ahora cobraban sentido por completo. Ignoraba qué historias le habría contado él a la niña, pero Tracy se alegraba de que no tuviera que sufrir la pérdida de una mamá que había intentado matarla siendo una beba. Esa parte de la historia —corroborada por un médico, que pidió el anonimato, del centro psiquiátrico en el que había estado internada Sandy— tenía muchos colores, porque la fuente principal, Sean, no concedía entrevistas. El trasfondo, indistintamente de lo que uno u otro pudiera decir, era escalofriante.

Sí. Enterarse de que él estaba casado, que se lo ocultó durante mucho tiempo, casi la destruye. Entender el contexto, la realidad de Sean, la desarmó. Sin embargo, nada de eso borraba el hecho de que él le había ocultado información.

Dios, se moría por estar con él y hacerle saber que tenía su apoyo. Se sentía fatal. Exigía confianza y cuando se la pedían a cambio, ¿qué hacía? Se

alejaba. Porque ella también había esperado mucho para sincerarse con él sobre Adrian. Nuevamente, caía en una política de ser doble rasero. Se avergonzaba de sí misma en ese sentido.

Odiaba saber que toda esta desgracia tuvo que suceder para que pudiera creer a Sean. ¿Acaso no era decepcionante? Quizá no se merecía a ese hombre. Sus sentimientos, en comparación con el dolor de un padre al ver el nombre de su hija en los tabloides, carecían de relevancia.

Tracy imaginaba que Eugenia prefería estar al cuidado de su nieta que reunirse con los Maynard, en especial después del daño que estaban haciéndoles públicamente. ¿Lo más impactante de todo? No existía ninguna entrevista a Sean.

En todas las notas de prensa, al final, se señalaba que la oficina de S.W. Group había sido contactada, pero solo recibían negativas al requerimiento de hablar con el CEO de la compañía. ¿Quién sería la nueva asistente de Sean?, se preguntó Tracy.

Él no se defendía ante la prensa, y todo el tiempo —en las fotografías— llevaba gafas de sol, así que Tracy tampoco podía interpretar lo que podía sentir o no. Durante el tiempo que habían estado juntos, lo había aprendido a leer bastante bien; los ojos de Sean eran expresivos cuando estaba vulnerable, pero también podían blindarse cuando prefería mantener a los demás lejos de sus pensamientos o emociones.

—¡Oye! —exclamó Becky quitándole el periódico de las manos—. Pareces una vieja chismosa leyendo periódicos y no haciendo nada al respecto. ¿Es que piensas quedarte en pijamas todo el día?

—No, *mamá Becky*, lo que sucede es que estoy tomándome un tiempo para meditar la situación.

Tallulah aprovechó ese momento para bajarse del sofá e irse a deambular por la casa en busca de algún entretenimiento o menos feromonas

alteradas.

—Bueno, pues deja la meditación para los monjes tibetanos, y ve a buscar a Sean. ¿O acaso esperas que venga arrastrándose a pedirte perdón, después de todo el infierno que se ha desatado a su alrededor?

—Creo que preferiría no haberte contado sobre lo ocurrido —dijo haciendo una mueca y poniéndose de pie. Sí, había empezado a bosquejar los lineamientos de una nueva agencia publicitaria, pero no tenía ganas de nada por ahora, así que iba a ritmo de tortuga. ¿Era normal? Probablemente.

Becky hizo una negación con la cabeza, y le extendió una humeante taza de café.

—Él te necesita. Y tú también necesitas escuchar la historia completa. Deja de leer pendejadas, y de sumirte en una constante reflexión. Haz algo. ¿Cuántas semanas más piensas esperar?

—¿Y si no quiere verme más? —preguntó.

—De verdad, Tracy —dijo Becky con las manos en las caderas—, estás perdiendo el tiempo como publicista cuando puedes irte a Hollywood a intentar ser actriz. Te iría mejor. Deja la bobería.

—Tan graciosa...

—¡Fuera de aquí, jovencita! Ve a vestirte y buscar a ese hombre para decirle que sientes mucho haber sido una cobarde, y que quieres escuchar su versión de la historia. Sobre todo, dile que lo amas. ¿Estamos claras?

—Si, *mamá Becky* —replicó con una sonrisa mientras su amiga le daba un abrazo, y ella se lo devolvía.

Fue hasta su habitación para darse una ducha. Tenía una misión que cumplir por el bien de su cordura, pero en especial, de su corazón y el de Sean. «Si es que todavía está interesado.»

Sean contempló a su hija dormir. Lo haría y daría todo por ella. Gracias a su madre había podido mantener a Milla blindada del circo mediático que se armó con la muerte de su esposa. Maldita fuera Sandy, incluso después de muerta continuaba causándole estragos en su vida personal.

Llegar al hospital psiquiátrico para firmar todos los papeles fue un caos. La prensa lo siguió, pero él decidió blindarse al completo, y en todo momento tuvo el apoyo de Jackson y Lucy, al igual que sus otros amigos que conocían del trasfondo de su matrimonio y la existencia de Sandy.

Él que había esperado años para recibir una llamada de los médicos indicándole que Sandy estaba en todos sus cabales para firmarle el divorcio. Él que había esperado la llamada de sus abogados diciéndole que tenían todo listo y así finalmente poder ser libre para siempre de esa mujer. Nada de eso había ocurrido.

Sandy, tan apegada en su intento de hacerlo sentir como un cretino, optó por la única salida que lo dejaba como un mal esposo y mal padre de familia. En general, un pésimo ser humano. Se había suicidado con un cuchillo que robó, nadie en el maldito hospital mental sabía cómo diablos, cortándose las venas. Cuando la encontraron estaba desangrándose e inconsciente, y falleció antes de que la pudieran trasladar en la ambulancia.

El único motivo por el que Sean se había casado con Sandy fue porque estaba embarazada de Milla. Creyó que ese vínculo los uniría más y haría de ella una mujer más feliz, porque había notado, en contadas ocasiones cuando eran novios, que solía tener episodios depresivos. *Estoy bien. Solo son momentos tristes, Sean, no hagas problema donde no hay*, le solía decir cuando él se preocupaba. Tan obnubilado por la pasión y el deseo que Sandy provocaba en él, lo dejaba pasar.

Después de casados, una noche tuvieron una discusión, Milla tenía un mes de nacida y era una bebé muy inquieta que dormía poco. Sandy le insistía

que quería irse de vacaciones durante un mes en un crucero por el Mediterráneo, porque necesitaba descansar de la maternidad. Sean le dijo que más le valía cuidar a su hija, porque era lo más preciado que ambos tenían, y que Europa podía esperar otro año, y el mar no se iba a ir de paseo. La discusión la resolvieron como siempre, en la cama.

Cuando Sean regresó de la oficina al día siguiente, la casa estaba en silencio. Eso era algo muy extraño, porque a las ocho de la noche Milla solía despertarse a pedir de comer. Quizá su instinto paterno o no sabía qué, el asunto es que subió corriendo las escaleras y lo que vio le heló la sangre.

Sandy estaba sobre la bebé con una almohada, ahogándola.

Sean la tomó del brazo y la apartó lanzándola contra la pared sin miramientos, mientras agarraba al bultito pequeño que empezó a llorar con histeria. Se giró hacia Sandy y le dijo que se largara de la casa. Que no volvería a ver a su hija. Sandy se volvió loca, intentó pegarle y arrancarle a Milla de los brazos, pero Sean no se lo permitió. Se encerró en su habitación e hizo un par de llamadas.

Cuando bajó las escaleras, al escuchar las sirenas del coche de policía, su mujer ya no estaba. Lo que sí había era un completo destrozo de los adornos de la casa. Todo roto y esparcido por el suelo. Él intentó dar con su paradero, pero ninguno de los amigos que solían frecuentar parecía haberla visto.

Horas más tarde se reportó un accidente de tránsito en el que le informaban que Sandy había quedado inconsciente y estaba en el hospital.

Él tuvo una gran pelea con sus suegros, porque ellos pretendían quedarse con Milla para que Sean atendiese a su esposa. *¿Para qué están los médicos?*, les había preguntado él llevándose a su hija en brazos. La poca estima que sentía ya por su esposa se había extinguido en un tris-tras.

Les explicó a los Maynard que Sandy estuvo a punto de matar a la beba, pero ellos estaban en un constante estado de negación. Así que Sean tuvo que

tomar otras medidas, porque lo único que verdaderamente importaba era la vida de su hija. No podía ponerla en riesgo al cuidado de su esposa. Fue entonces cuando supo a conciencia que casarse con Sandy por las razones equivocadas, lujuria y embarazo, había sido la peor decisión de su vida.

Lo organizó todo con sus abogados para exigir el divorcio y quedarse con la custodia completa de Milla cuando Sandy fue dada de alta. Fueron a juicio, y el psiquiatra al que Sandy acudía —porque tenía depresión post-parto— confesó que su paciente era maniaco-depresiva. Basándose en que Sandy le ocultó esa vital información antes de casarse, y el intento de homicidio, exigió la custodia de su hija, y el juez accedió a ello. A Sandy la confinaron a un sanatorio a cambio de no enviarla a prisión por negligencia e intento de homicidio.

Podrían llamarlo desalmado, porque su esposa —después del accidente— como consecuencia del impacto de los golpes en la cabeza tenía lagunas mentales. Ese argumento fue utilizado por el abogado de los Maynard para impedir el divorcio. Los padres de Sandy argumentaban que, si él conseguía el divorcio, en esas condiciones, destruiría a su única hija. Sean no podía creer el nivel de estúpido egoísmo de esa familia a la que, había descubierto tardíamente, solo le importaba lo que pudiera decir la sociedad. Cuando a Sean lo único que le interesaba de verdad era que su hija estuviera a salvo, y lejos de una madre con crisis mentales que quisiera asesinarla. Porque un día podía ser Milla, y otro, él.

Sin embargo, aunque lo peleó, el juez le negó la anulación matrimonial a Sean hasta que Sandy —bajo evaluación médica avalada— estuviera en sus cinco sentidos para firmarlo. Él no tuvo otro remedio que aceptarlo, pero sabía que sería su condena no poder casarse de nuevo si alguna vez encontraba una mujer que consiguiera devolverle la confianza en el género femenino y que, además, también amara a su hija. Eran y serían siempre un pack. Ninguno

iba sin el otro.

Cabreado, después del largo juicio en el que Sandy se mostró sorprendida de todos los cargos y peticiones de él, Sean necesitaba encontrar otra salida, porque no quería tener nada que ver con su familia política. Los Maynard se dejaron comprar a cambio de no entrometerse en la vida de su nieta, y de dejarlo en paz; accedieron a firmar un documento de confidencialidad. Y así había sido hasta que, por el deceso de Sandy, ya no estaban atados a ninguna cláusula.

La bruja de Blanch estaba dando munición a todos los periódicos, y estos no tenían piedad. Odiaba la idea de que, algún día, esa información estaría a disposición de Milla. Con el paso de los años tendría que contarle la amarga verdad a la niña, pero mientras pudiera protegerla, lo haría sin dudarlo.

—Papi...

El abrió los ojos cuando se dio cuenta de que se estaba quedando dormido con la cabeza en el respaldo de la cama de su hija, mientras recordaba su amargo pasado. Su pasado había sido su cadena. Aquella decisión equivocada que lo había arrastrado e impedido la posibilidad de ofrecerle a otra mujer todo.

—Mi princesa —le dijo con amor acariciándole los cabellos suaves—, ¿qué te ocurre, no te puedes dormir?

—¿Por qué venían esos señores a mi escuela, papi?

Él frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas, dulzura mía. Cuéntame más.

—Unos señores que querían hacerme fotos y preguntarme cosas, papi. Pero esos hombres grandes que tú dices que me protegen no me dejaron decir nada... —comentó mirándolo con sus ojazos expresivos.

Sean contuvo una maldición. Para esas instancias ya debería haber bajado el nivel de persecución. No era egoísta, ni malo, pero esperaba que

pronto hubiera un cotilleo más jugoso que él en el centro de la tormenta. Había contratado guardaespaldas para Milla, y ahora que la niña hacía esos comentarios, se alegraba de haber tomado la decisión de protegerla.

—Oh, esos son fotógrafos y periodistas, son personas que buscan información. Pero tú eres muy pequeña, así que no tienen que preguntarte nada. No les hagas caso la próxima vez que los veas. ¿Vale?

—Vale, papi —dijo con un bostezo y se acomodó contra su costado.

Sean sonrió.

Cuando creyó que estaba quedándose dormida, ella volvió a hablar.

—Papi...

—¿Sí, princesa?

—Quiero que Tracy regrese, ella me quiere, papi... —murmuró antes de quedarse dormida otra vez, dejando a Sean triste.

Imaginaba que, después de todo el embrollo que se había desatado, Tracy no querría saber nada de él. Pero Sean iba a cumplir su promesa. Le iba a dar tiempo hasta que ella decidiera que podía escucharlo. Llevaba tres infernales semanas apagando los incendios que Sandy había desatado con su suicidio, y los que Blanch y su marido, Oleg, habían creado por la ambición de vender sus mentiras a los tabloides y programas radiales.

Con la cantidad de mentiras que salían en los periódicos, y que de seguro Tracy habría leído, no la culparía si decidía hacerlo esperar más tiempo. Él era paciente, pero cada día que pasaba sin ella le pasaba factura a su corazón.

Dos días más tarde, Tracy sentía el corazón latiéndole a mil por segundo.

Estaba afuera de la puerta de Sean, y llevaba una tanda de cuatro cupcakes grandes en la mano. Todos decorados con motivos de la película Brave. Una ofrenda de paz para Milla que —de seguro— habría echado en

falta dulces que no estuviesen quemados por un mal cocinero como era su papá. Al ser un día sábado a las nueve de la mañana, lo más seguro era que ambos estuvieran en casa.

Tracy había puesto especial esmero en su ropa. Llevaba un vestido morado que parecía inocente, pero la espalda estaba descubierta. Le costó un gran trabajo encontrar la forma de utilizar sujetadores especiales para sus pechos. Pero el resultado había valido la pena. Llevaba el cabello suelto y se lo había ondulado. Sabía que a Sean lo volvía loco su jabón de almendras con coco, así que se aplicó también un aceite muy sutil con esa fragancia en las muñecas y el cuello. Como maquillaje solo aplicó un poco de corrector de ojeras, y el delineador negro que enmarcaba sus ojos azules creando un impacto sutil.

Lo más difícil no era sentir confianza en su aspecto, sino en las palabras que iba a decirle a Sean. Y todavía más difícil, que él la creyera. Con todo lo que, obviamente, él tenía en su panorama, lo que menos querría sería una relación con una mujer incapaz de sobrellevar sus miedos y echarle la culpa a él de tener los propios.

El día anterior había estallado un escándalo por corrupción que involucraba a dos famosos economistas y una de las mayores corporaciones deportivas de Canadá. Así que el asunto de Sean y Sandy quedó en el olvido. Ni siquiera había ya pequeñas fotografías con comentarios, y los programas radiales parecían haber incorporado la amnesia en sus noticieros.

Ahora, tampoco es que Sean fuese una estrella del cine o la televisión, pero sí era muy reconocido por sus trabajos. Ese aire de misterio y secretismo que siempre mantenía había sido roto por el escándalo, y fue como miel para las abejas cuando salió a la luz el suicidio de Sandy.

Todo parecía haber retomado el cauce normal.

No podía existir mejor escenario para ella, se había dicho la noche

anterior, para ir a ver a Sean. No existía tampoco el temor de encontrar periodistas alrededor, y si se hubiesen aparecido en esos momentos pues ellos se habrían enfrentado con una de dos o bien un puñetazo de su parte o una — poco femenina— retahíla de insultos. Esto último le habría valido una categoría inferior en su nivel de actriz protagonista de papelones dramáticos, y la habría enviado al escalón de la actriz secundaria ofendida que el guionista terminaba asesinando. Pues no, ¿verdad?

Tomó una profunda inhalación. Le dio un acceso de tos y se le cayeron los cupcakes al suelo. «Mierda.» Se preparó mentalmente antes de llamar a la puerta, pero el ruido que hizo la bandeja de dulces al caer al piso alertó a los dueños de casa. Lo siguiente que supo fue que la puerta se abrió de par en par, y dos ojitos hermosos la miraron con asombro.

—¡Papaaá! ¡Papaaá! ¡Veen prontooo! —gritó la niña, mirando a Tracy con incredulidad, como si hubiera aparecido el payaso IT de la novela de Stephen King. Después se fijó en lo que había regado junto a las botas bajas de color negro e hizo un puchero mirando a Tracy.

—Lo siento... —murmuró al ver el rostro de la niña a punto de llorar—, te haré otros cupcakes. Lo prometo. Hola, Milla —sonrió con timidez. ¡Ante una niña! —. Estás muy linda con tu pijama de La Patrulla Canina. Ese dibujo animado es lo más.

—Te extrañé —dijo Milla de sopetón. Y los ojos de Tracy se llenaron de lágrimas mientras mantenía la mirada fija en la niña—. No te vas a volver a ir, ¿verdad?

—Yo...

—Buenos días —dijo la inconfundible voz de Sean, haciendo que Tracy se enderezara para mirarlo.

La voz profunda de él siempre parecía alcanzarla a un nivel físico, y después de tantas semanas sin verlo, el efecto era devastador.

—Sean... —murmuró absorbiendo su rostro.

Hubo un momento de absoluto silencio, mientras los ojos azules brillantes de Tracy colisionaron con los ojos negros de Sean. El fuego que ardió les enchinó la piel a ambos, y el fuerte golpeteo en el corazón no fue una sensación en una sola vía.

Milla rompió el hechizo tomando de la mano a Tracy e instándola a entrar. Antes de avanzar, se giró hacia su padre.

—Papi, Tracy trajo cupcakes, pero se le cayeron, ¡dijo que hará más!

—Ya limpio, princesa, no olvides que debes terminar tu vaso de leche. —Miró a Tracy, quien lo observaba con una pizca de inseguridad y otro tanto de esperanza. Le dijo—: Estábamos terminando de desayunar, ¿quieres acompañarnos?

—Sí, gracias —murmuró Tracy e inmediatamente se dejó guiar por una inquieta Milla que había empezado ya a contarle el capítulo nuevo de su serie favorita de dibujos animados.

El impacto de volver a verla, lo dejó perplejo. Su tono abrupto al saludarla quizá le pudo dar la impresión de que no se alegraba de tenerla cerca de nuevo, pero no podría estar más equivocada si acaso estaba considerándolo. Y lucía tan guapa y sensual que nada deseaba más que abrazarla para nunca más dejarla ir.

Si Tracy estaba ahí, él tal vez podría mantener la esperanza de que juntos podrían funcionar. Era imperioso que estuviera segura de que podía confiar en él, porque sin eso el camino sería todavía más escarpado para los dos; sin eso no podría haber un amor duradero, y él deseaba tenerla consigo y con Milla para siempre.

—¿Papi, limpiaste todito? —preguntó Milla cuando Sean volvió a la cocina y se lavó las manos en el fregadero.

—Siento el desastre en la entrada —murmuró Tracy sin mirarlo.

La niña sonrió.

—¡Tracy prometió que me haría otros nuevos! —exclamó.

Sean las miró y el corazón se le hinchó de amor. Eran las dos personas más importantes de su vida.

—Qué bueno —dijo él con cautela sonriéndole a su hija—. Señorita, hay que cepillarse los dientes, cambiarse de ropa, porque la abuela vendrá a recogerte pronto.

Milla miró a Tracy, mientras ella bebía una taza de café.

—¿Te quedarás cuando regrese? —le preguntó esperanzada. Confiada en que Sean no iba a echarla de la casa, Tracy asintió, sin mirar al hombre que causaba que su cerebro se cortocircuitase y su sangre bullera de alegría.

—Claro que sí, pequeña —dijo ella, mientras la niña daba brinquitos de dos en dos e iba saliendo de la cocina—. Aquí estaré. —Esto último no solo era para la hija, sino también para el padre.

—Ya sabes que esta es tu casa, así que puedes comer lo que desees. — Tracy asintió murmurando `gracias`—. No tardo en cambiar a Milla. Hoy se irá con mi madre y mi padrastro a pasar el fin de semana en las Cataratas del Niágara.

—Oh, ¿y tú no vas...?

—Es un paseo de abuela y nieta. Lo han estado postergando, pero creo que es el momento preciso de que salgan de la ciudad y disfruten lejos de todo el bullicio. Vuelvo en un momento.

CAPÍTULO 24

Una vez que se despidieron de Milla, el silencio se instaló en la casa. Ambos se quedaron en el sofá. Uno frente a otro. El tic-tac del reloj de pared de pronto parecía tener un sonido más fuerte del que recordaban.

Él se aclaró la garganta.

—Me alegra que hayas venido —dijo Sean rompiendo el hielo—. Y estás muy guapa hoy...

Tracy se rio con suavidad.

—Gracias.

—¿Vas a quedar sentada allá o tal vez me quieres conceder la posibilidad de estar más cerca de ti? —le preguntó.

—Prefiero la distancia, porque no creo ser capaz de mantenerme firme y decirte lo que llevo en la cabeza.

—¿Soy tan irresistible? —le preguntó bromeando con ella. Dios, cuánto la había echado de menos.

—Ya quisieras, pero no —dijo riéndose. Eso ayudó a disminuir no solo la tensión emocional, sino también la tensión sexual que se fraguaba con una fuerza que parecía crecer cada vez más a ratos—. Tiene que ver más con tratar de mantenerte a raya a ti, y procurar que mi cerebro comunique a través de mis cuerdas vocales todo lo que es importante —agregó esto último con seriedad.

—Lo sé, no tienes idea de lo que me está costando estar sin poder tocarte... Al menos estás aquí —dijo con dulzura, mirándola con sus profundos ojos negros—, y para mí es un gran avance... Gracias por haber venido...

Ella asintió y tomó una profundo inhalación. Iba a necesitar toda su fuerza para aceptar sus errores y expresar sus emociones. No entendía cómo,

para el ser humano, resultaba siempre tan difícil verbalizar el amor.

—Debí estar para ti —replicó, y notó cómo los ojos de Sean se ensombrecieron—, pero preferí recluirme un tiempo para tratar de entender de qué manera todo lo que sentía me afectaba y te podría afectar también a ti. Necesitaba lamer mis heridas en soledad, porque cuando recibí esa llamada y supe que estabas casado, me sentí traicionada, en especial aún, cuando te hablé de Adrian, fuiste incapaz de sacar el tema de Sandy a colación.

—Un gravísimo error de mi parte. Y me hago responsable del dolor que te causé, Tracy —murmuró Sean.

—Cuando salió en los medios de comunicación tantas mentiras sobre ti, me sentí impotente —confesó—, porque nada deseaba más que venir aquí y abrazarte. Pero el circo mediático que se había armado, la forma en que hablaban tus ex suegros, me pareció suficiente presión que tolerar como para agregar a eso una amante enfadada con la imperiosa necesidad de exigir respuestas.

—Tracy...

—No, escúchame, por favor, antes de que pierda el coraje de hacerlo. ¿Vale? —pidió mirándolo con sinceridad.

—De acuerdo —dijo él, y acomodó la espalda contra el respaldo mullido del sofá de la sala—, tenemos tiempo. Nadie va a interrumpirnos.

—No debí culparte por mentirme, cuando yo también lo había hecho, aunque tu mentira me dolió muchísimo. Me sentí defraudada porque creía que podía confiar en ti y que, a largo plazo, tal vez nuestra relación podría cambiar de ser solo un affaire a algo más..., digamos sólido. Tardé mucho en hablarte de Adrian y mis miedos, pero te juzgué por los celos que tenías sobre los tuyos. Eso no fue justo. También mentí cuando dije que quería mantener una relación estrictamente física contigo, porque en algún punto me empecé a enamorar de ti y quería que me quisieras... —apretó los dedos de las manos

entre sí, bajó la mirada—. El día en que me dijiste que no estabas enamorado de mí fue como un balde de agua fría, y me sirvió como excusa para justificar mi necesidad de alejarme y no exponerme.

Sean odió ver la expresión de dolor que ella había tratado de ocultar ese día. Por supuesto que se dio cuenta, pero no era el llamado a hacerla abrir su corazón, menos cuando él no le había hablado de su matrimonio con otra mujer. Se arrepentía de no haber manejado la presión que quiso ejercer, para que ella no huyera de su lado aquel viernes por la noche, de otra forma. Aunque ya no importaba, porque al final, Tracy había optado por alejarse de todas maneras, y después, su maldita Caja de Pandora le explotó en la cara.

—Siento haberte lastimado...

—No te lo digo para recriminarte, solo quiero que sepas cómo me sentí, porque para mí es importante.

—Lo sé. Continúa, por favor...

Ella asintió.

—He leído los periódicos. Sabes que siempre leo la prensa y me gusta estar informada de todo. —Él asintió con suavidad—. Al verte, con las gafas de sol, tratando de parecer fuerte cuando sabía que estabas preocupado por Milla, me rompió el corazón. Lamento la muerte de tu esposa en esas condiciones, pero no lamento que al fin su sombra te haya abandonado para que puedas ser libre. Fue por ella, por estar atado a ese matrimonio, por el que me ofreciste ser tu amante y no algo más, ¿me equivoco? Fue por ella que no habías estado con otra mujer, en un plano más personal, durante estos años, ¿verdad?

Sean llevaba a esa mujer bajo su piel. Muchas mujeres encendían a los hombres a un nivel primario, pero aquellas que eran como Tracy conseguían que un hombre olvidase las penurias y pudiera abrazar la esperanza.

—Sí, Tracy. Quizá en un inicio pensé que podría quitarme la necesidad

de tenerte si nos involucrábamos en un affaire breve, pero poco a poco fui conociéndote, y cada vez sentía la necesidad de tener más y más de ti. No creo que esa necesidad cambie —dijo con la misma sinceridad con la que ella estaba hablándole—. Me frustraba no poder entablar una relación con alguien, porque no sabía en qué momento podría recibir la llamada de mi abogado o los médicos de Sandy en que finalmente me dirían que ella podía ser legalmente avalada para firmar los papeles de divorcio. Me frustré todavía más cuando me di cuenta que estaba enamorado de ti y no podía darte más de lo que merecías. Me dolió cuando te fuiste, y me dolió más la forma en que te enteraste de mi pasado —bajó la mirada—, a pesar del dinero que poseo y que puede comprarme cosas inimaginables, la única cosa que realmente deseaba no podía comprarla, ni siquiera mis influencias parecían suficientes. Mi libertad emocional me estaba vetada con otra mujer. Durante muchos años me sentí culpable, y creí que el accidente de Sandy fue mi culpa. Estuve haciendo terapia, me recluí en mí mismo, en mi propio mundo profesional y como un hombre de familia, hasta que entendí que lo que hice en realidad fue proteger a mi hija, y las acciones de Sandy fueron fruto de sus propias decisiones, coherentes o parte de su problema mental. El día en que apareciste en mi camino, Tracy, estaba en un momento en el que no solo me sentía estafado, sino también enfurecido con el destino.

—Oh, Sean... —dijo esta vez sin contener las lágrimas—, cuánto tiempo perdido. Cuántas posibilidades te fueron arrebatadas.

—Mi única recompensa es que llegaste a mi vida —sonrió—. Y seguiré esperando por ti hasta que decidas que puedes perdonarme.

Ella soltó un suspiro.

—No, Sean, creo que has vivido en penitencia emocional injustamente, ¿quién soy yo para juzgarte si no soy capaz de ser honesta primero? —dijo con tristeza—. Siento mucho que tu esposa haya sido la causante de una situación

tan complicada.

Él soltó un gruñido y se pasó los dedos entre los cabellos al recordar todo el infierno que había sido su matrimonio. Las peleas, los insultos, las cosas que volaban de un lado a otro estrellándose contra las paredes cada que Sandy estaba con alguna de sus crisis.

—Intentó matar a Milla, Tracy... Una noche la encontré tratando de ahogarla con una almohada. Era maniaco-depresiva, y yo no lo sabía —dijo dándole detalles que raras personas sabían—. El parto la sumió en una depresión brutal y no logró recuperarse. Tuvo un accidente de tránsito que terminó por crearle lagunas mentales debido al impacto del golpe en la cabeza... Tomé una decisión basada en mi juventud, mis sueños utópicos, y no vi más allá. Sandy quedó embarazada y yo creí que lo mejor era casarnos. Fue un terrible error, pero lo único que me dejó y de lo que jamás me arrepentiré, es mi hija.

—Sien... Siento mucho todo lo que has tenido que pasar... Recordar es revivir el dolor del pasado, y no quiero que eso vuelva a sucederte. Quiero olvidar lo ocurrido, por el bien de los dos. Por tu bien y el de Milla.

—No podré olvidarlo, porque soy la persona en quien me he convertido debido a muchas de las circunstancias que me marcaron. Sin embargo, puedo asegurarte que la libertad que tengo es la mejor compensación después de todo este desastre. Tampoco puedo olvidarlo, porque entonces no podría valorar a la única mujer que en realidad me interesa tener a mi lado.

Ella bajó la mirada, y después volvió a elevar el rostro hacia él.

—Sean —dijo—, siento haberte dejado... Si todavía quieres intentarlo, solo quiero que sepas que te amo de una forma que no puedo explicarte. Estás en cada pensamiento, y tu dolor es el mío... Nada deseo más que volver a sonreír sabiendo que soy retribuida emocionalmente. No estaba en mis planes enamorarme, pero no volveré a huir si tú me quieres de regreso...—Sonrió

con cierta inseguridad, porque él la observaba con intensidad—. Aunque si no es así, entonces... No sé qué más podría decirte... y... Solo que te necesito conmigo.

Pronto, él le devolvió la sonrisa, y ella pudo sentir la calidez expandiéndose en su cuerpo y llenando aquellos rincones que habían quedado fríos por su ausencia. Sean, en lugar de acercarse a ella, se alejó, dejándola confusa. No le dijo nada.

—¿Sean? ¿Está todo bien? —preguntó en voz alta, pero nadie respondió.

Empezó a temblar. ¿Se habría sentido mal y necesitaba un rato para él? ¿Debería ir a buscarlo? Sus preguntas fueron respondidas cuando Sean volvió, bajando las escaleras con rapidez, y esta vez se acercó a ella sentándose a su lado. Su cercanía envió oleadas de calor a su cuerpo, cada rincón que había permanecido bajo el frío del resentimiento y la tristeza, empezaba a experimentar el confort de la cercanía del hombre que tanto quería.

—¿Me amas, Tracy? —le preguntó acariciándole la mejilla con suavidad.

Ella sonrió iluminando el mundo de Sean.

—Más que a nada en el mundo, y a Milla la adoro.

—No sé cómo he tenido tanta suerte, pero no te voy a defraudar de nuevo. No más secretos —dijo con intensidad y ella asintió—. Estoy loco por ti, y estas semanas han sido un verdadero infierno lejos de ti. Te amo de una forma tan intensa que debería estar prohibida. Me haces sentir y tener ganas de vivirlo todo contigo a mi lado. Me encanta hacerte el amor y estar tan íntimamente unidos que somos uno solo; jamás había sentido con nadie la sensación de pertenecernos de verdad el uno al otro.

Ella se rio entre lágrimas y lo abrazó.

—Necesito besarte —le dijo apretándola con fuerza entre sus brazos, y luego se apartó poco a poco hasta que sus bocas quedaron muy cerca—, y si

no quieres besarme porque todavía tienes cosas que decirme, entonces tendrás que apartarme o si no...

Ella no quería más palabras, y cerró la distancia entre los dos. Un leve gemido escapó de su garganta cuando Sean tocó sus labios. Poco a poco le recorrió la boca con dulzura, y presionó para que le permitiera entrar. Ella suspiró y aceptó la sensual invasión de la lengua masculina. Lo agarró de la camisa de tela suave, cerrando el puño sobre su pecho tan fuerte y firme, y casi podría afirmar que el temblor de sus músculos era palpable, al igual que los latidos de ese corazón que le pertenecía.

Sean gruñó algo sobre la pasión y la mujer de su vida, mientras probaba con febril anhelo esa boca que tanto había echado en falta. Se embebió de su aroma, aquel que era capaz de brindarle solaz, almendras y coco. Tan ella, tan suya. Besarla era como llegar a casa. Un lugar que siempre lo recibía con una bienvenida dulce y cálida.

El sabor de Tracy era lujuria, entrega, dulzura, y tan suya. Siempre suya. No pensaba dejarla escapar. La perseguiría por donde fuese hasta que lograra tenerla a su lado. Ella abrió poco a pocos los puños y deslizó las manos acariciándole los pectorales hasta que llegó a la nuca y le enredó sus dedos.

Jugueteó con los cabellos de Sean y perdió la noción de todo lo que no involucrase el aroma masculino y el tacto de su cuerpo. Le gustaba sentirlo junto a ella, y la dureza masculina vibrante. Empezó a apartar las manos de su nuca e inició un descenso sensual hasta que llegó a la entrepierna de Sean, y él jadeó.

—Espera...—murmuró Sean apartándose a regañadientes. Colocó su frente contra la de Tracy—. Espera, muñeca. No quiero que se nos vaya de las manos antes de hacer algo que he meditado hace muchos días.

—¿Qué ocurre? —preguntó confusa y con la respiración agitada.

Sean metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, y después se

arrodilló frente a Tracy. Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Sean...—se tapó la boca con la mano—. ¿En qué momento...?

—Compré el anillo al día siguiente de que te marcharas a Boston. Ignoraba si volverías pronto, y a pesar de que yo no sabía cuándo podría ser libre, siempre supe que no quería estar con otra mujer que no fueras tú e iba a luchar por ti, siempre lucharé por ti. Solo quería darte tiempo, pero luego todo se fue al diablo...

Ella soltó un sollozo.

—Oh, Dios... Sean...

—Tracy, yo no puedo vivir un día más sin ti. Mi hija te adora, y para mí eso es invaluable. Quiero que seas la compañera de mi vida, la madre para los hijos que podamos tener, un ejemplo para Milla, mi cómplice y mi amante, pero, sobre todo, quiero que me hagas el honor de aceptar ser mi esposa, ¿te casarías conmigo?

Con lágrimas en los ojos, ella se lanzó a los brazos de Sean y ambos cayeron sobre la alfombra. Tracy lo besó en rostro, lo abrazó, le dijo que era la mujer más afortunada por tenerlo, pero que no se le ocurriese sacar algún otro trapo sucio del clóset porque lo ahorcaba. Él se rio.

—Mi vida —dijo, jadeante, colocándose sobre ella—, no me has respondido. —Intentaba que el anillo no se le cayera de la mano—. Y no tengo la facultad de adivinar tus pensamientos.

—Más te vale...—replicó riéndose—. Soy tan feliz, Sean. Tan, tan feliz.

Él se aclaró la garganta.

—Y yo lo seré más cuando decidas responderme —murmuró mordisqueándole el labio inferior—. Anda, sácame de mi miseria y dime que aceptas ser mi esposa.

Ella le dedicó la sonrisa más amplia, sincera y llena de amor que pudo.

—Sí, claro que acepto. ¡Te quiero tanto, Sean!

—Y yo a ti.

Al caer la noche, desnudos y abrazados en la cama de Sean, se miraron. Habían hecho el amor varias veces, y después habían hablado de todo. Hubo risas, y lágrimas, pero sobre todo amor.

—¿Sabes quién se va a poner contenta mañana al llegar a casa? — preguntó él acariciándole el pecho desnudo con suavidad. Le gustaba tenerla a su lado, suave, cálida y suya. Se sentía muy posesivo con Tracy, y no creía que eso fuera a cambiar.

Ella le sonrió.

—Milla... Aunque, una cosa es que me vea más seguido, y otra que le digas que voy a casarme contigo —comentó con un ligero tono dudoso.

—Me preguntaba siempre por ti, hasta que yo me quedé sin excusas y tuve que empezar a cambiar de tema. —Ella abrió y cerró la boca con pesar—. Supongo que ahora serás su compinche —sonrió.

—La eché mucho en falta, y estuve muy preocupada por la forma en que la situación con los Maynard podría afectarla —confesó—, pero la certeza de que eres un gran padre para ella me dejó tranquila. Noté cómo la aislaste, y así ningún medio pudo especular con su fotografía. Nadie tiene derecho a invadir de la forma en que lo hicieron los periódicos, la vida de una persona, menos cuando hay un menor de edad. Tu calidad humana y tu ética como padre es una de las cosas que amo de ti.

—Gracias, mi vida.

—Solo digo la verdad —replicó besándolo por largos segundos.

—Mi hija te adora, Tracy, y ella no es una niña muy dada a apegarse a las personas. Dejaste una huella en Milla, y otra más profunda en mí.

Ella le sonrió con dulzura.

—Sería un honor para mí guiarla, pero ya ves, no creo que te sea de gran ayuda porque yo misma soy un desastre —dijo riéndose—. Ya te conté que mi propia empresa sigue en papeles porque no he tenido cabeza para echarla a andar. Ojalá pueda hacerlo pronto. ¡Viva la independencia laboral femenina! Yeiii.

Sean se rio.

—Lo harás. Eres muy talentosa. Después podrás ser incluso mi competencia. Ahora, hablemos de algo que continúa en la línea de lo importante.

Ella frunció el ceño.

—A ver...

—¿Qué más amas de mí, señorita Goldstein? —le preguntó en tono sensual, muy consciente de que ella estaba acariciándole el miembro con la mano, muy sutil, pero consistentemente.

—Oh, bueno, un poquito de eso y otro de aquello —dijo, juguetona.

—Por cierto, quiero que tengas claro que mi empresa será la tuya. Será nuestra. Ven a trabajar conmigo. Puedes abrir un departamento totalmente nuevo y dirigirlo. No me entrometeré en nada, lo dejaremos por escrito.

Ella arrugó la nariz.

—¿Y tener que despertarme con la llamada de un jefe bravucón y mandón a las seis de la madrugada? —preguntó riéndose, mientras Sean se acomodaba sobre ella, y le abría los muslos con las rodillas para abrirse espacio—. No, gracias, prefiero ser mi propia jefa.

Él soltó una carcajada ronca.

—¿Qué te parece si te doy una muestra de cómo sería despertarte a mi lado cada día, mi amor? —le preguntó deslizándose suavemente en su húmedo canal, centímetro a centímetro, ensanchándola.

Ella se agarró de los hombros masculinos, mientras sus piernas se

enroscaban en la cintura de Sean para sentirlo más profundamente en su interior. Él empezó a embestir con firme suavidad.

—Me gustaría... Me gustaría eso para aclarar mi mente... —expresó entre jadeos, pero él aceleró el ritmo de las acometidas—. Sí, oh... ¡Sean! —jadeó antes de que él absorbiera sus gemidos con su boca, y transformara las risas en pulsaciones de placer que duraron por el resto de la noche en que continuaron amándose.

EPÍLOGO

Tres años más tarde.

Los días sábados, los Winthrop procuraban quedarse en casa. Disfrutaban cocinando juntos, jugando con sus hijos, y claro, haciendo el amor, porque a pesar de que pasaban los años, la pasión que existía en lugar de apagarse poco a poco, crecía.

—¡Mamá! —exclamó Milla desde el sofá de mimbre que estaba en el patio de la casa, que se habían comprado sus padres, después de casarse. Ella ponía todos sus cuadernos sobre la mesita de centro, y disfrutaba de la naturaleza que tenía alrededor—. Charles arruinó mi tarea de dibujooo. Veeen.

Tracy miró a Sean, y este solo se rio mientras terminaba de batir la crema para un cake que estaban haciendo. Todavía no había aprendido a hacer cupcakes tampoco, y todos los dulces que horneaba continuaban quemándosele. Tracy sospechaba que a él le gustaba el proceso de interacción en la cocina con su Milla, y disfrutaba viéndola enfadada y después riéndose cuando se ponía a corretear por la casa tratando de que Sean se comiera el cupcake o el pedazo de cake que estaba más quemado y tenía el peor aspecto.

Llevaban tres años de casados. Habían tenido peleas terribles, pero reconciliaciones maravillosas. Discutían, y también creaban recuerdos que llenaban sus corazones de una alegría que jamás creyeron posible, en especial después de sus relaciones sentimentales tan caóticas.

Sean le confesó a Tracy que, cuando la empresa de Adrian Haunier se hundió en la bolsa de valores y poco después cerró, no fue por falta de una estructura creativa, sino que él había movido cielo y tierra para exponer los trapos sucios de maniobras corruptas que había hecho Haunier. El hombre

había mantenido un historial fraudulento estafando a algunos clientes de empresas pequeñas, sin que estos —atados por contratos de confidencialidad— pudieran hacer nada, y también tenía negocios turbios que, gracias al investigador privado de Sean, se descubrió y se enviaron las pruebas a la policía de forma anónima.

—¿Por qué lo hiciste? —le había preguntado ella—. Adrian dejó de ser parte de mi vida hace muchísimos años, incluso antes de conocerte.

—Porque te amo, y si podía hacer que ese malnacido pagara por el daño que te hizo antes de que yo llegara a tu vida, entonces no me iba a quedar de manos cruzadas.

Ella no discutió, y jamás se había vuelto a mencionar el nombre de Haunier.

—¡Ya voy, Milla! —exclamó Tracy caminando hacia el frondoso patio que tenían. Habían construido una piscina grande con varias alturas para que Milla pudiera disfrutarla, y ellos también en sus ratos libres.

La casa tenía estanterías con fotografías de los momentos más importantes de sus vidas. Con amigos, y en especial, con Milla y su hijo de un año, Charles. El niño era una dulzura, sí, pero tenía unas manitas muy traviesas que hacían de las suyas cuando su hermana mayor se descuidaba un instante.

Tracy no había aceptado la idea de trabajar de nuevo en S.W. Group, y en cuatro meses empezó a trabajar en su propia marca. T-Designs. Para no pasar tanto tiempo alejada de Sean, porque las agendas de ambos los consumían, decidió alquilar una oficina en el mismo piso corporativo en el que estaba S.W. Group.

Aunque su esposo no era ya su jefe, él continuaba despertándola a las seis de la madrugada para disfrutarse mutuamente antes de iniciar una larga jornada. Dormir en sus brazos era la mejor parte del día cuando llegaba agotada, y despertar entre ellos, su alegría constante.

Todavía no habían discutido sobre lo que le dirían algún día a Milla sobre Sandy, pero aún quedaba tiempo para pensar en algo coherente. Los Maynard estaban fuera de sus vidas, y la vida que llevaban por fin estaba llena de tranquilidad. Salvo por las típicas situaciones familiares, estrés laboral o discusiones.

Con el paso del tiempo, Tracy había conocido mejor a Jackson y a Lucy, al igual que al resto de la pandilla que formaba el círculo personal más estrecho de su esposo. Podía decir que era afortunada de tener un grupo de personas con las que, sabía, siempre podría contar.

Incluso su mejor amiga, Bethany, con sus altibajos, había logrado salir adelante después de que su relación con Peyton Baranski no diese los frutos que esperaba. A Tracy, cuando se la presentó, le cayó muy bien Peyton, y se apenaba que la relación entre su mejor amiga y la abogada no hubiese dado resultado. El día en que Sean y Milla conocieron a Bethany, porque fue la Dama de Honor, les cayó bien de inmediato. Su amiga seguía en su intento de encontrar su alma gemela, y cada que podía viajaba a Toronto. Lucas, el hermano de Bethany, después de que tuvieran una conversación sincera sobre su descubrimiento para reencontrarse consigo misma, la apoyó sin juzgarla. La madre de ambos había fallecido dos años atrás, no sin antes haber escuchado la verdad detrás de la realidad de Bethany. Ella solo le dio amor, como siempre había hecho.

Becky se había mudado a vivir a Australia cinco meses después de que Sean y Tracy se comprometieran, y debido a sus horarios de trabajo le fue imposible estar en la ceremonia de matrimonio. Tracy la echaba en falta, pero siempre estaba la maravillosa tecnología para comunicarse.

—A ver, pequeña, ¿qué ocurre? —preguntó Tracy acariciándole los cabellos a su hija. Ella le había hecho el mejor regalo cuando, al finalizar el baile de los recién casados durante su matrimonio, le preguntó si podía

llamarla `mamá`, a Tracy solo le quedó abrazarla con fuerza y tratar de no llorar. No tuvo éxito en lo segundo.

—Charles dañó mi tarea, ¿ahora qué hago? —hizo un puchero, mientras Tallulah deambulaba alrededor, presumida y más mimada que nunca.

Tracy vio que su hijo daba pasitos cortos y estaba a punto de lanzar el florero al suelo. Se apresuró y lo alzó en volandas. Le dio varios besos en las mejillas regordetas, y después lo abrazó con amor. El niño tenía sus ojos, pero el cabello ensortijado y oscuro como el de su padre.

Sean apareció en ese momento y contempló la escena. Sonrió y sintió el corazón henchido de amor. Después de tantas vicisitudes, la vida lo había premiado, no solo con una mujer sensual, inteligente e ingeniosa, sino con un hijo saludable, y una hija que era valiente y generosa. *Su familia.*

—Pues tienes que hacerla de nuevo, princesa —dijo Sean sentándose junto a su hija en el amplísimo sofá del jardín—. A veces tenemos que empezar todo desde cero, así valoramos el esfuerzo que hicimos la primera vez, en especial si esta no resultó.

—¡Es que sí resultó, papá, pero Charles lo arruinó!

Tracy no pudo evitar soltar una carcajada. Con Charles en brazos se sentó en el junto a Sean. Él le pasó el brazo por la cintura, antes de besarla suave, aunque firmemente, en los labios.

—Gracias por haberme dado esta familia tan hermosa, Tracy —le susurró al oído—. Te amo.

—Lo hicimos juntos —murmuró mientras su hija, a regañadientes, empezaba todo de nuevo y Charles se dormía entre sus brazos—, y eso es lo que cuenta.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela se terminó de editar pocos días después de que un gran escritor y generoso amigo español, Enrique Laso Fuentes, falleciera. No solo deja vacíos los corazones de sus familiares, sino también los del mundo de la auto-publicación y del que fue uno de los pioneros. Siempre le estaré agradecida por sus consejos, tiempo, y valiosas sugerencias que me ayudaron a tomar decisiones en las turbulentas aguas del marketing digital. Por personas como Enrique, la idea de formar parte de una comunidad de escritores se sentía más real, y su partida me deja muy apenada.

Gracias Enrique por todo, descansa en paz, y que el viaje te sea leve.

Quiero agradecer a todas las personas que, de una forma u otra, siempre me han tendido la mano en este escarpado camino de la literatura, en especial en el mundo indie, un mundo para nada sencillo. “Un hombre de familia” es mi novela veintitrés en cinco años, y no quiero que ese número deje de aumentar. Escribir es mi pasión y mi solaz. La certeza de que al menos una persona sonreirá al girar la última página de una de mis novelas consigue que todo el esfuerzo, tiempo e ilusión, que invierto al escribir cada libro valga la pena.

A ustedes, mis lectoras, por permitirme vivir de la actividad que más disfruto: escribir, leer y viajar. GRACIAS. Ustedes son el motor de esta aventura. Nada sería posible sin el apoyo que siempre me brindan. ¡Gracias, siempre, gracias!

SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única escritora de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Twitter e Instagram: [@KristelRalston](#)

Facebook: [KristelRalston, Books](#)

Web: www.kristel-ralston.com

